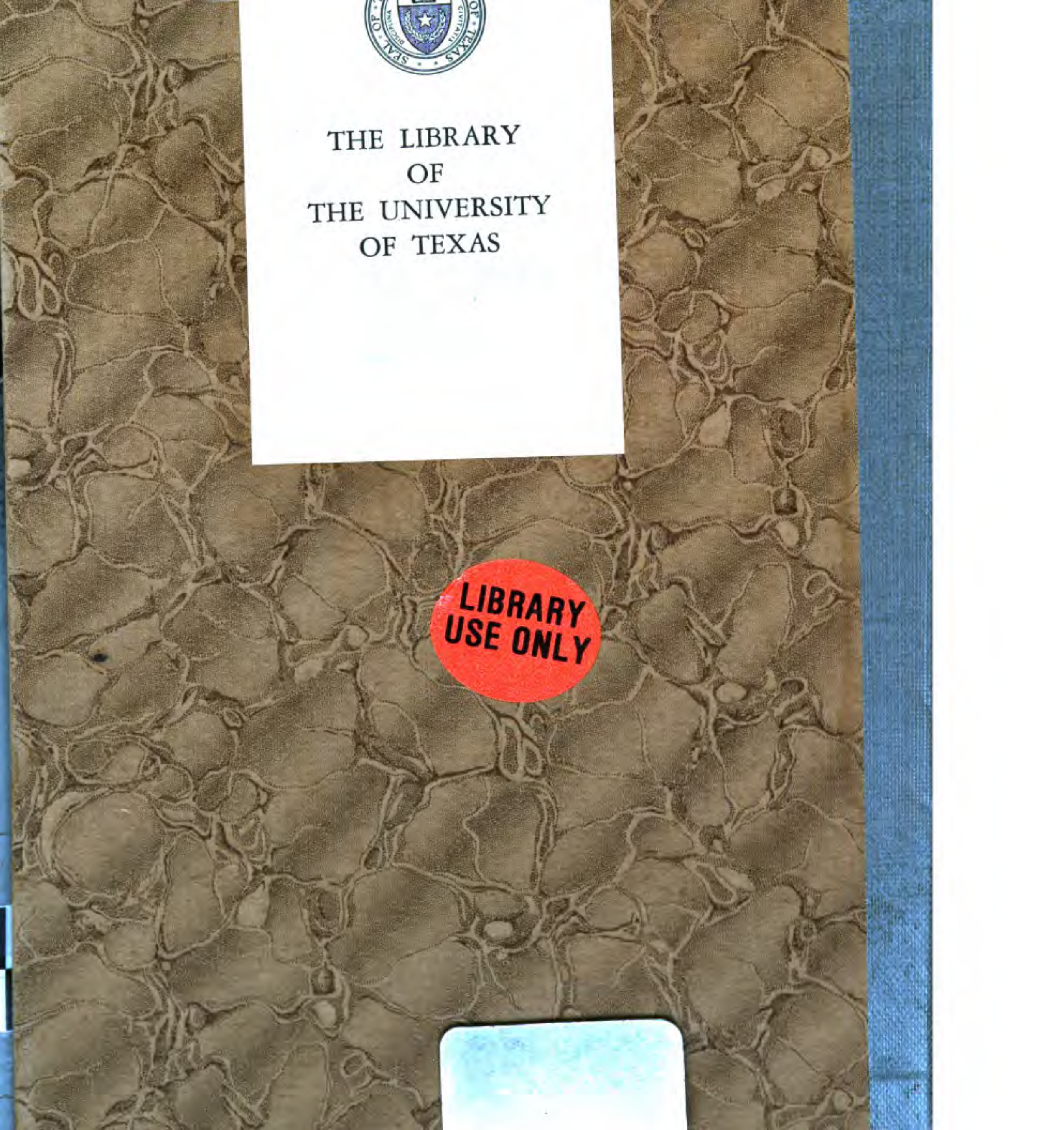
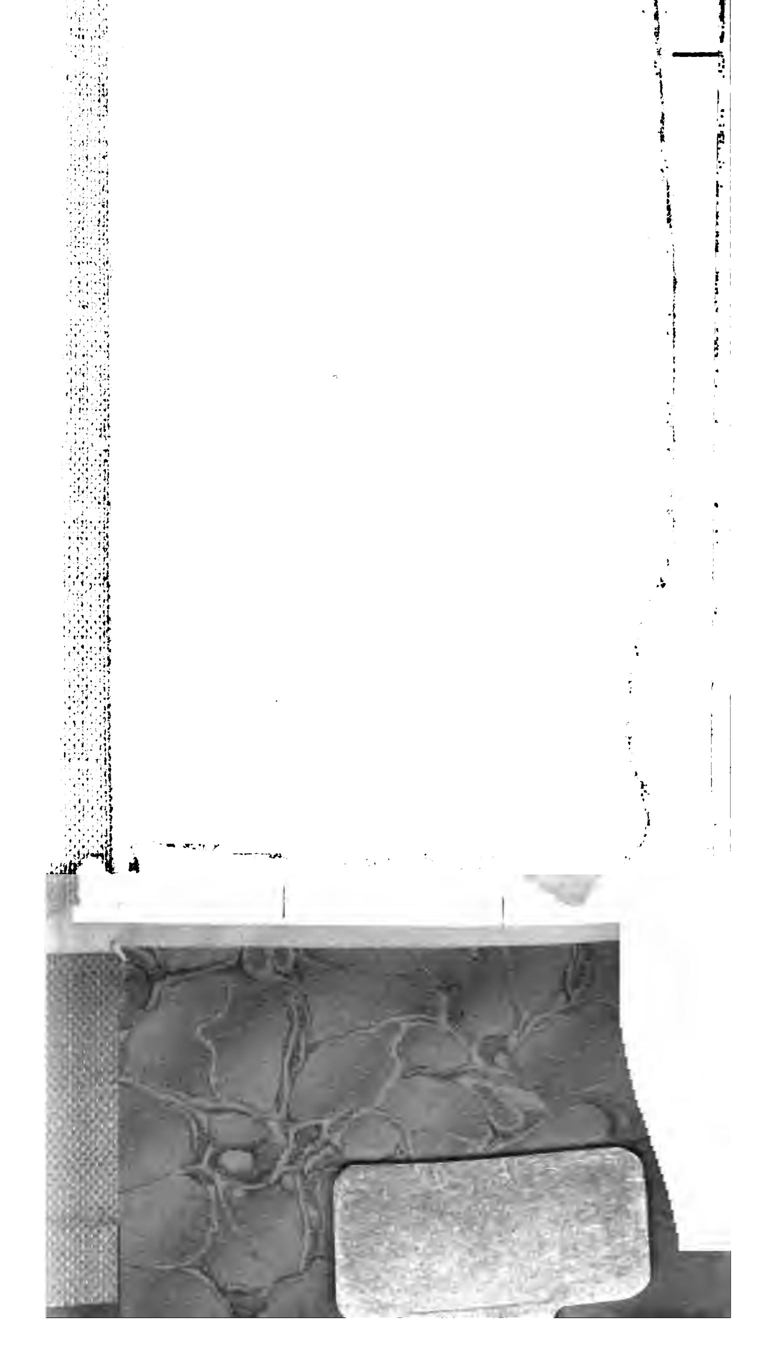
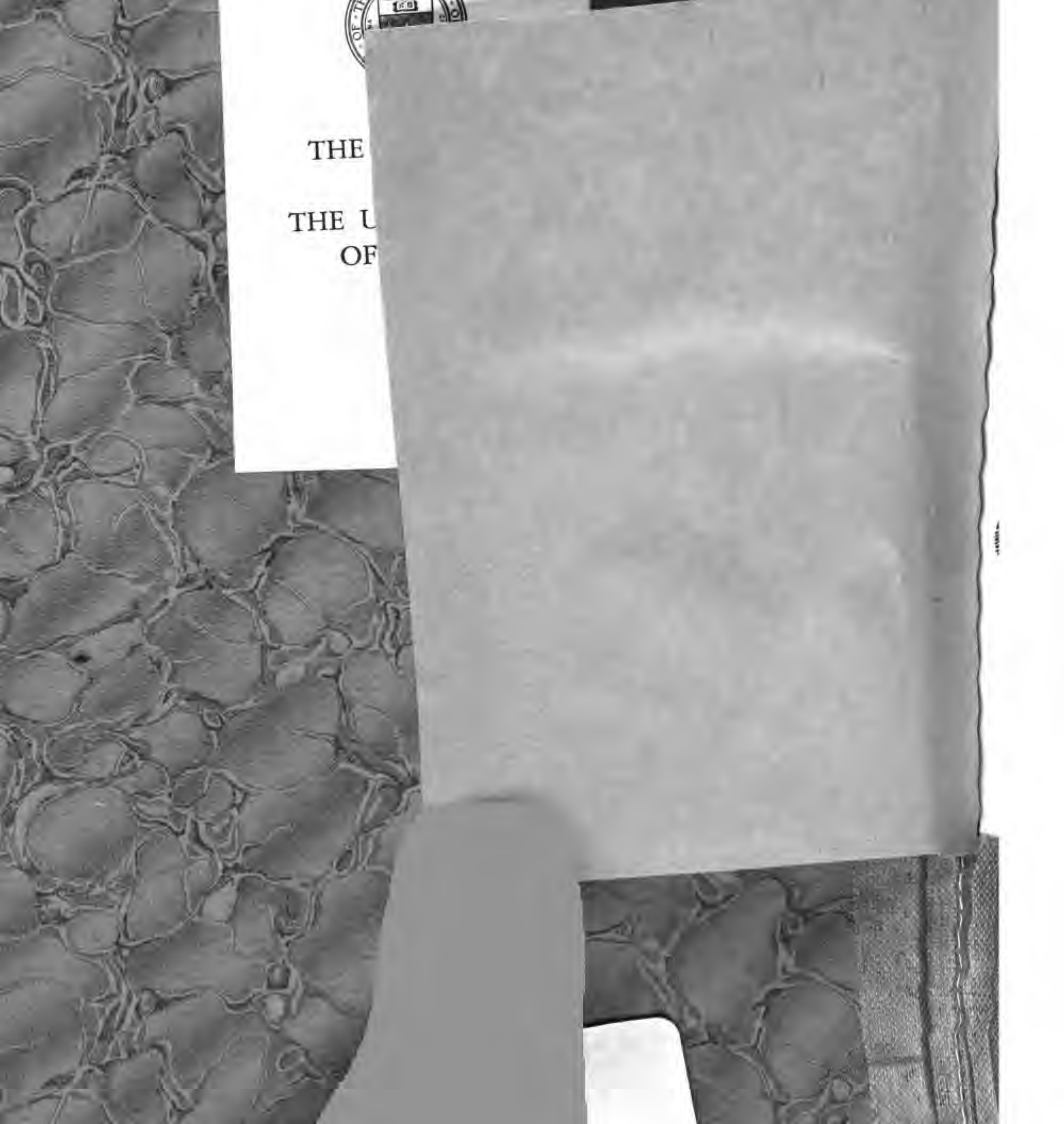



SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS
THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS
LIBRARY
USE ONLY




THE
THE U
OF

ENCICLOPEDIA



RAMON DE CAMPOAMOR




THE
OF

EDITOR—J. BARBIER—MEXICO

ENCICLOPEDIA POPULAR

SECCION RECREATIVA

El Parnaso Hispano-Americano

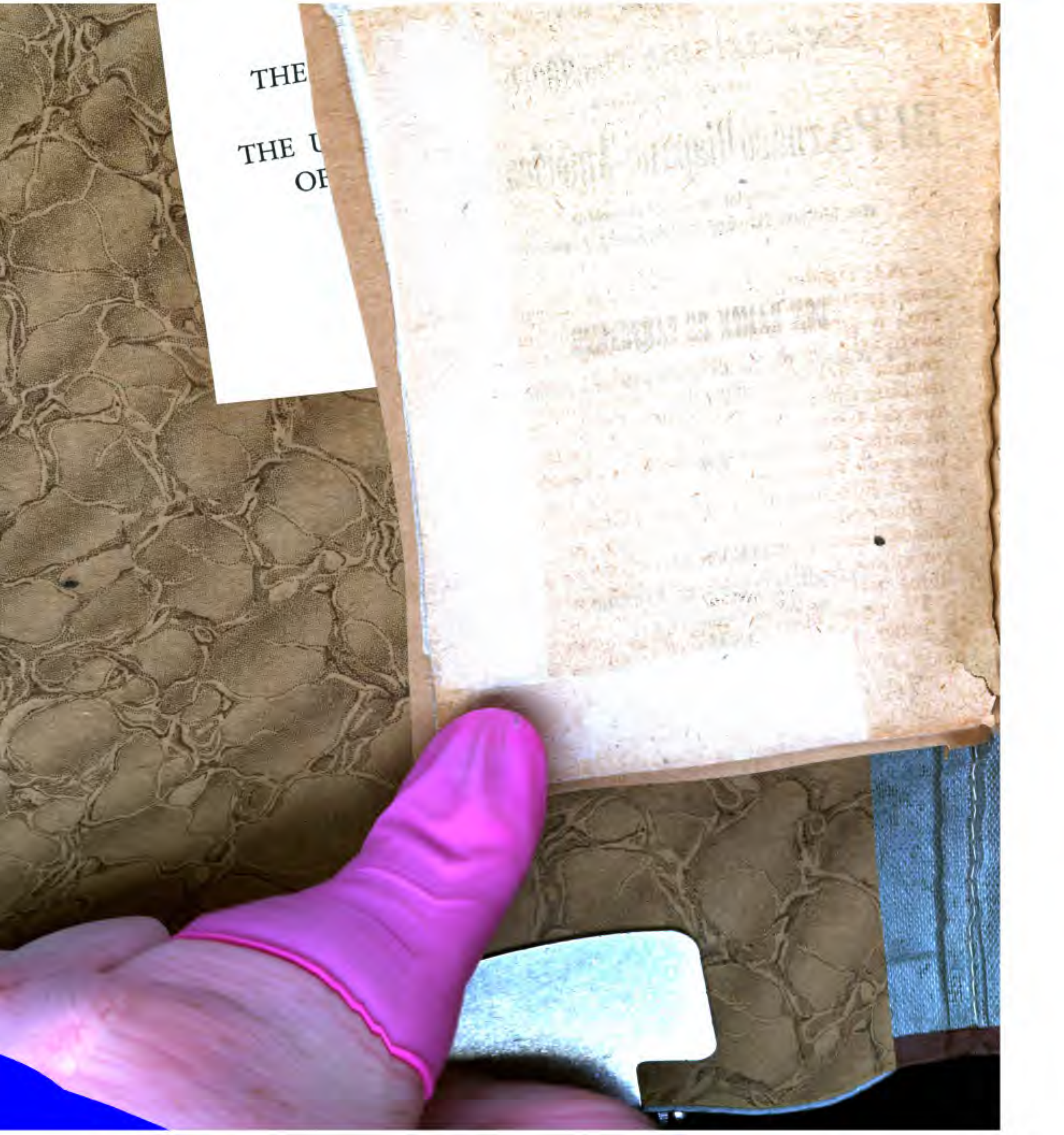
Coleccion de obras escogidas
de autores Hispano-Americanos y Españoles

DON RAMON DE CAMPOAMOR

Su Retrato, Poesías del mismo y de otros autores
distinguidos

MEXICO
TIPOGRAFIA DE JOSE BARBIER
2a. de San Lorenzo 16 y 17
1885

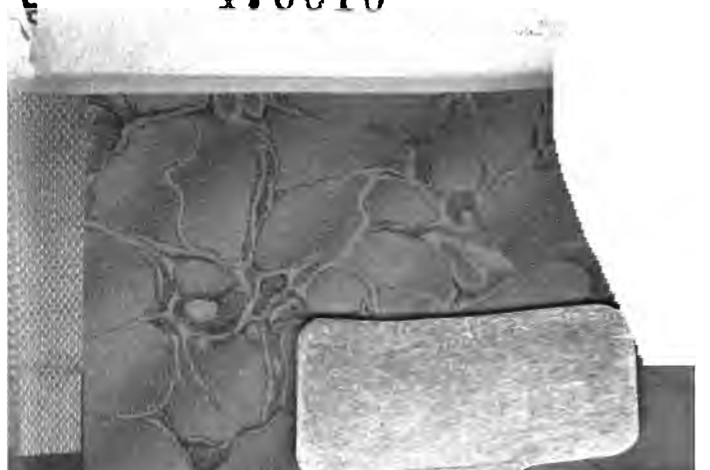


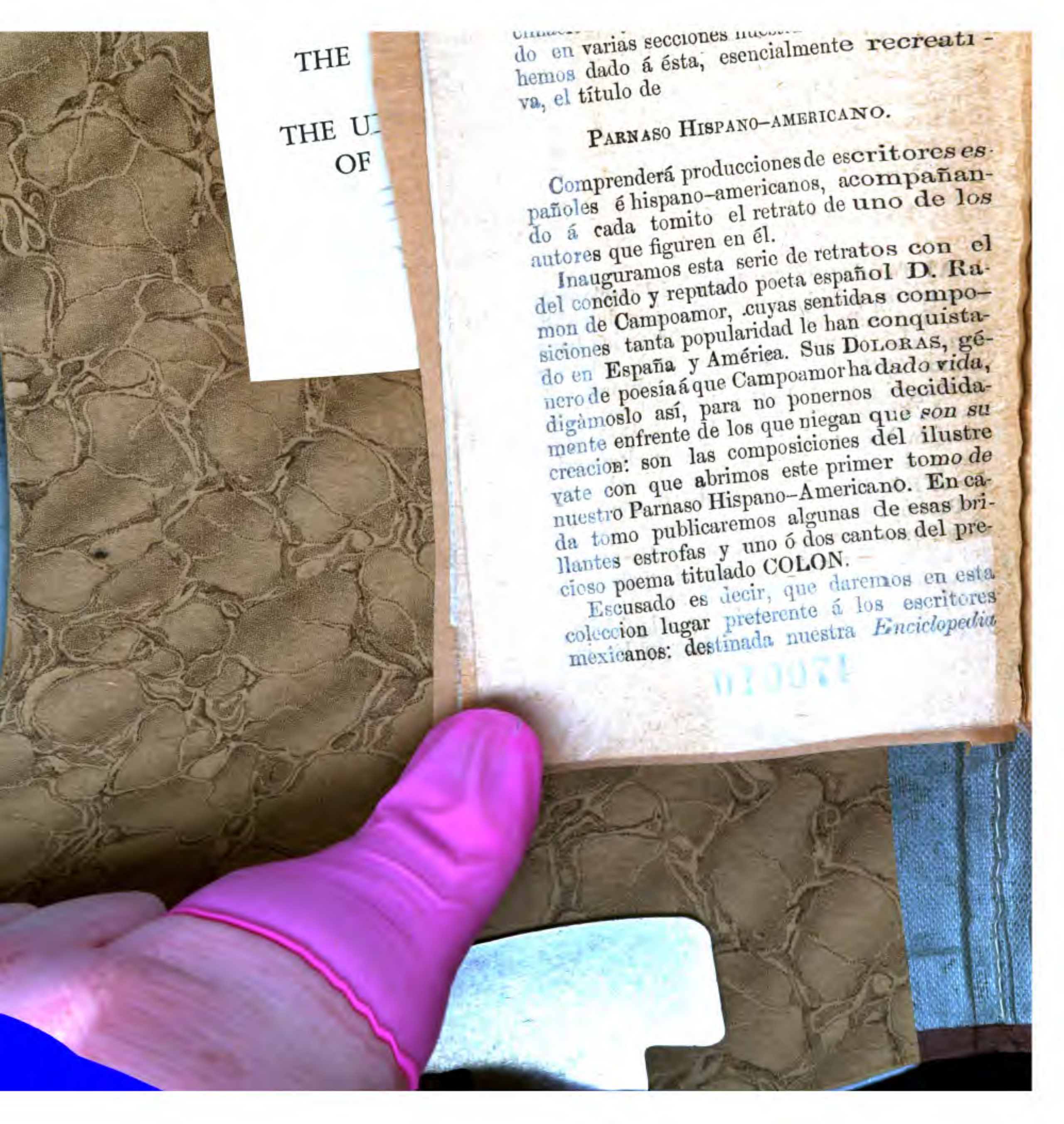

THE
THE

Al fundar esta Biblioteca ó Enciclopedia nos guía, principalmente, el objeto de publicar, á precios sumamente módicos, una larga serie de obras escogidas, acerca de todos los ramos del saber humano, de los autores más distinguidos, que han escrito en el rico idioma de Cervantes, que es el propio de la Península Española, sus provincias ultramarinas y el vasto territorio comprendido hoy entre el Rio Bravo y el Cabo de Hornos.

Pretendemos poner al alcance de las clases menos acomodadas, que son las que mayor suma de ilustracion necesitan alcanzar, libros útiles y recreativos á la vez.

Y, para facilitar más su adquisicion, y poder satisfacer cumplidamente las in-





do en varias secciones nuestr... hemos dado á ésta, esencialmente recreativa, el título de

PARNASO HISPANO-AMERICANO.

Comprenderá producciones de escritores españoles é hispano-americanos, acompañando á cada tomito el retrato de uno de los autores que figuren en él.

Inauguramos esta serie de retratos con el del concido y reputado poeta español D. Ramon de Campoamor, cuyas sentidas composiciones tanta popularidad le han conquistado en España y América. Sus DOLORAS, género de poesía á que Campoamor ha dado vida, digàmoslo así, para no ponernos decididamente enfrente de los que niegan que *son su creacion*: son las composiciones del ilustre vate con que abrimos este primer tomo de nuestro Parnaso Hispano-Americano. En cada tomo publicaremos algunas de esas brillantes estrofas y uno ó dos cantos del precioso poema titulado COLON.

Escusado es decir, que daremos en esta coleccion lugar preferente á los escritores mexicanos: destinada nuestra *Enciclopedia*

a popularizar los autores mexicanos.

El tomo segundo comprenderá el retrato del jóven, y, sin embargo, ya célebre poeta Veracruzano, Salvador Diaz Miron, y poesías inéditas del mismo, precedidas de su biografía, escrita expresamente para nuestra coleccion por el inteligente y popular Batalla, quien mas jóven aún que Diaz Miron, casi niño todavía, se ha conquistado gran reputacion como orador político y forense. Batalla posee un gran talento, prematuramente desenvuelto, que promete hacerle figurar entre las glorias de la nacionalidad mexicana, porque á sus dotes naturales reune un amor y asiduidad sin límites al estudio y al trabajo.

En los siguientes tomos nos esmeraremos en la eleccion de producciones y autores, procurando escojer siempre lo más selecto.

El Editor.

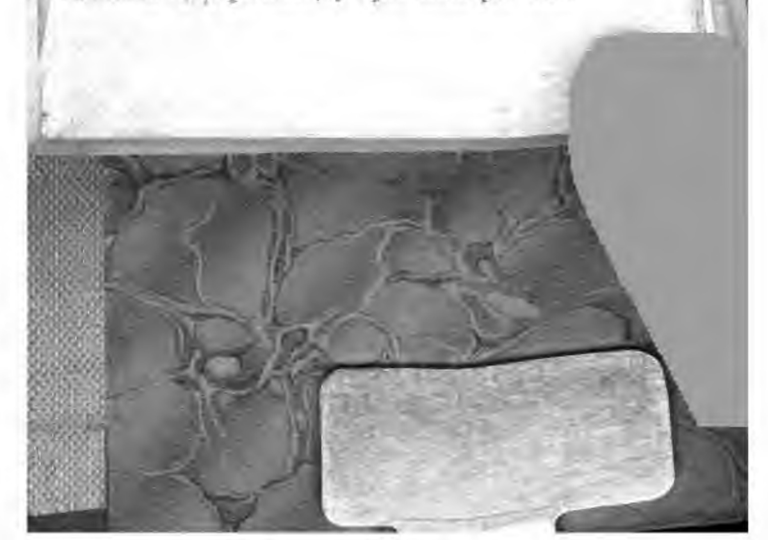


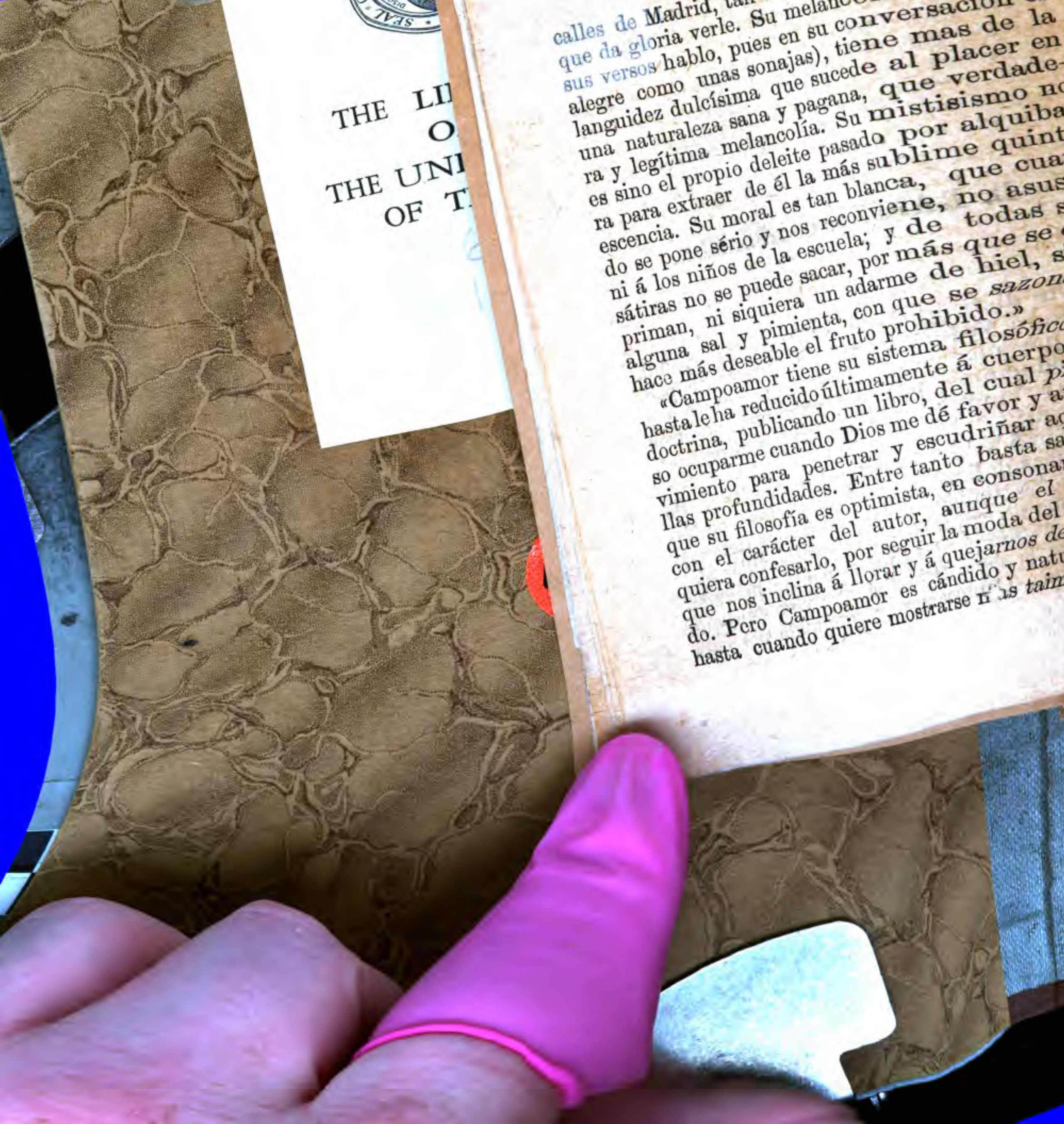

THE U
OF

D. RAMON de CAMPOAMOR.

Un distinguido literato y crítico español, D. Juan Valera, ha hecho del eminente poeta que nos ocupa, el siguiente retrato que reproducimos, porque no sabriamos nosotros dibujarlo ni tan perfecto, ni tan al natural. Dice así:

«Voy á hablar á nuestros lectores de uno de los mas delicados y graciosos poetas, que España ha tenido en estos últimos tiempos; y como no soy amigo de inquirir vidas agenas, no me pondré aquí á contar menudamente la suya. Solo diré que vive aun, que se llama Campoamor, y que anda por esas





calles de Madrid, tan
que da gloria verle. Su melanco
sus versos hablo, pues en su conversacion
alegre como unas sonajas), tiene mas de la
languidez dulcísima que sucede al placer en
una naturaleza sana y pagana, que verdade-
ra y legítima melancolía. Su mistisismo no
es sino el propio deleite pasado por alquiba
ra para extraer de él la más sublime quint
escencia. Su moral es tan blanca, que cua
do se pone sério y nos reconviene, no asus
ni á los niños de la escuela; y de todas s
sátiras no se puede sacar, por más que se
priman, ni siquiera un adarme de hiel, s
alguna sal y pimienta, con que se *sazon*
hace más deseable el fruto prohibido.»

«Campoamor tiene su sistema *filosófico*
hasta le ha reducido últimamente á cuerpo
doctrina, publicando un libro, del cual *p*
so ocuparme cuando Dios me dé favor y a
vimiento para penetrar y escudriñar a
llas profundidades. Entre tanto basta sa
que su filosofía es optimista, en consonan
con el carácter del autor, aunque el
quiera confesarlo, por seguir la moda del
que nos inclina á llorar y á *quejarnos de*
do. Pero Campoamor es cándido y natu
hasta cuando quiere mostrarse más *taim*

y ordenado para el bien, y que las cosas no pueden estar mejor de lo que están, pues hasta sus defectos son perfecciones, si se atiende al enlace y trabazon con que van encaminadas y convienen á la universal armonía.»

De las principales producciones de Campoamor poco diremos, porque para indicar lo que quisieramos necesitariamos llenar muchas páginas de que no podemos disponer.

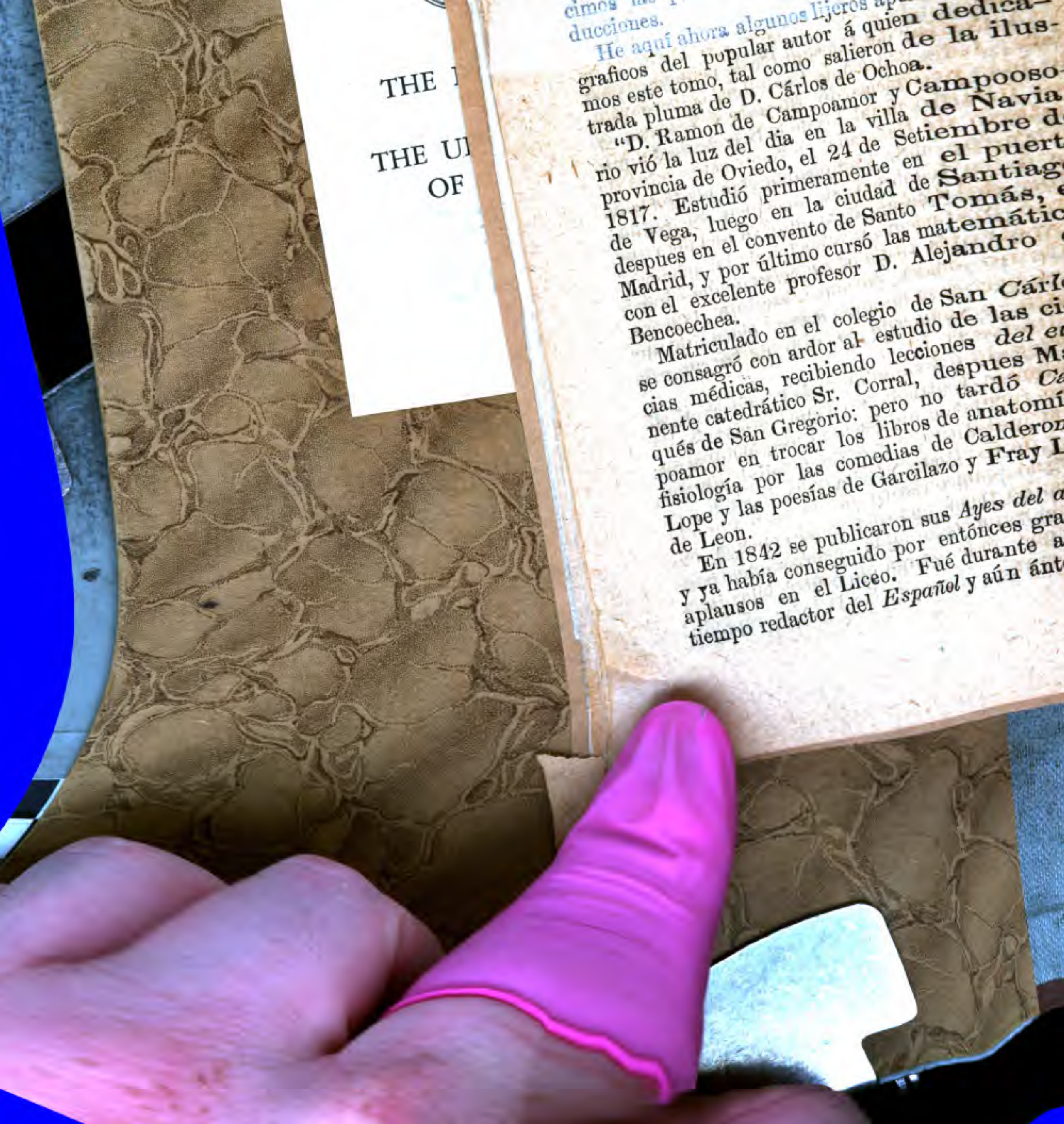
En los *Ayes del alma*, mostrandose inspirado por las heridas que produce el amor, se finge un cielo que adorar, eleva á él sus suspiros, quedando contento de las cosas de este mundo.

Ternezas y flores lo son de la primavera de sus dias: en ellas todo es amor y alegría.

Sus fábulas pertenecen á varios géneros: las tiene políticas, filosóficas, religiosas, morales, etc. Están escritas con ingenio y en estilo natural y sencillo.

De sus Doloras y del poema titulado Colon nada decimos aquí, porque además de insertar en este mismo tomo un juicio, debido á erudita pluma, de las Doloras, reprodu-





cimos las p
ducciones.

He aquí ahora algunos lijeros ap
graficos del popular autor á quien **dedica-**
mos este tomo, tal como salieron **de la ilus-**
trada pluma de D. Cárlos de Ochoa.

"D. Ramon de Campoamor y **Campooso-**
rio vió la luz del dia en la villa **de Navia**
provincia de Oviedo, el 24 de **Setiembre d**
1817. Estudió primeramente en **el puert**
de Vega, luego en la ciudad de **Santiag**
despues en el convento de Santo **Tomás, e**
Madrid, y por último cursó las **matemátic**
con el excelente profesor **D. Alejandro**
Bencoechea.

Matriculado en el colegio de **San Cárl**
se consagró con ardor al estudio **de las ci**
cias médicas, recibiendo lecciones *del e*
nente catedrático Sr. Corral, despues **M**
qués de San Gregorio: pero no **tardó** *Ca*
poamor en trocar los libros de **anatomí**
fisiología por las comedias de **Calderon**
Lope y las poesías de Garcilazo y **Fray L**
de Leon.

En 1842 se publicaron sus *Ayes del a*
y ya había conseguido por entónces gra
aplausos en el Liceo. Fué durante a
tiempo redactor del *Español* y aún ánte

mo escritor político, con la publicacion de una *Historia crítica* de las Cortes reformadoras.

Auxiliar del Consejo Real, cuando se creó éste, Jefe político de Castellon, Gobernador de las provincias de Alicante y Valencia, y por último oficial 1.º de la Secretaría del Ministerio de Hacienda, en todos estos actos se distingue el Sr. Campoamor como correspondía á un hombre de su capacidad. Siendo auxiliar del Consejo Real, publicó una obra que llamó justamente la atencion de las personas competentes, titulada *Filosofía de las leyes*."

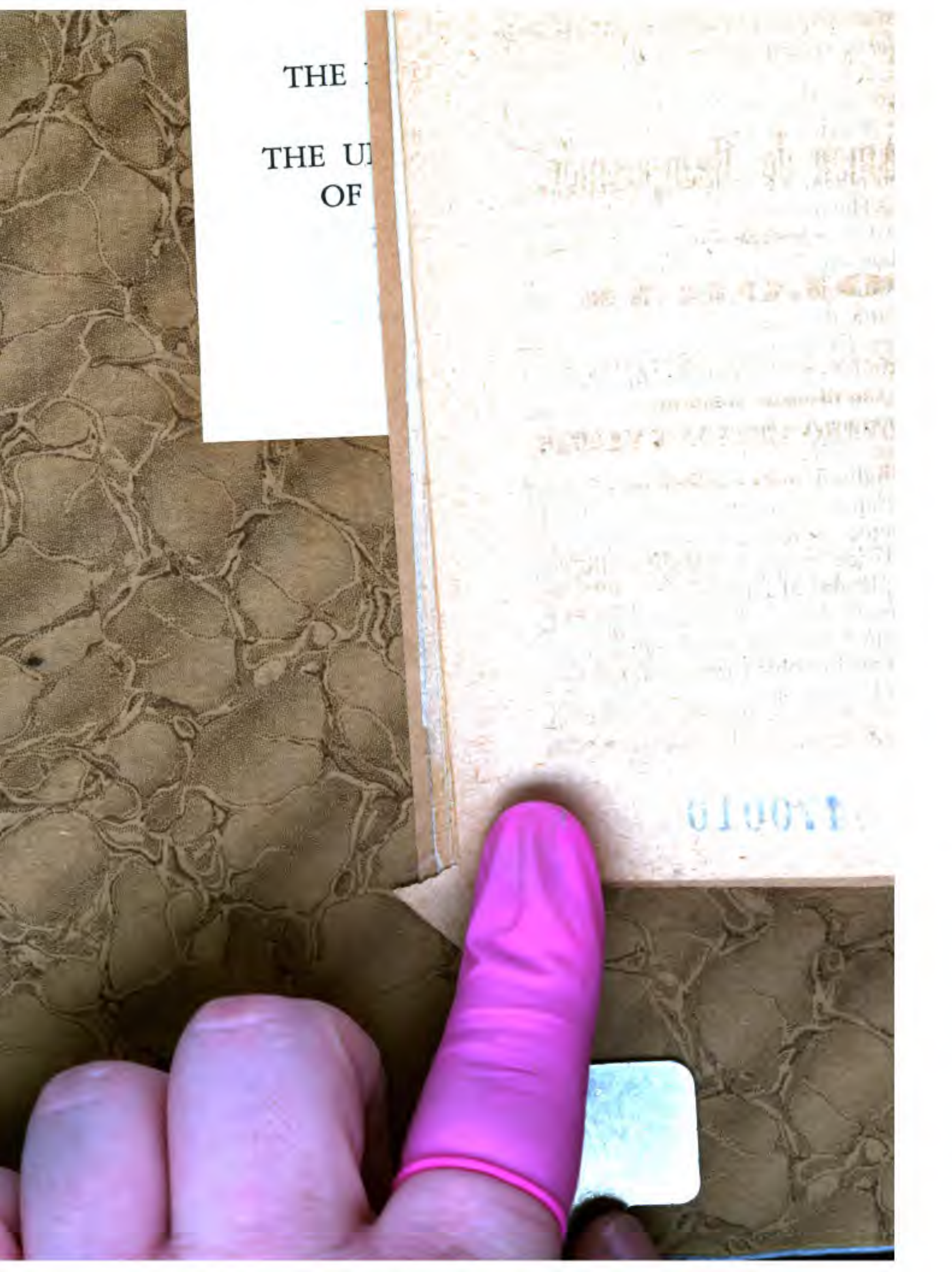
Como orador parlamentario fué famoso, entre otros, su discurso sobre libertad de imprenta pronunciado en el Congreso de los diputados en 1857.

Elegido individuo de número de la Real Academia Española en 1862 leyó el dia de de su recepcion un discurso muy notable sobre la metafísica, que segun el autor, limpia, fija y da explendor al lenguaje.

Signo característico de nuestro querido poeta: no tiene una sola condecoracion, habiendo renunciado noble y generosamente varias que se le otorgaron, entre ellas una gran cruz.

J. B.

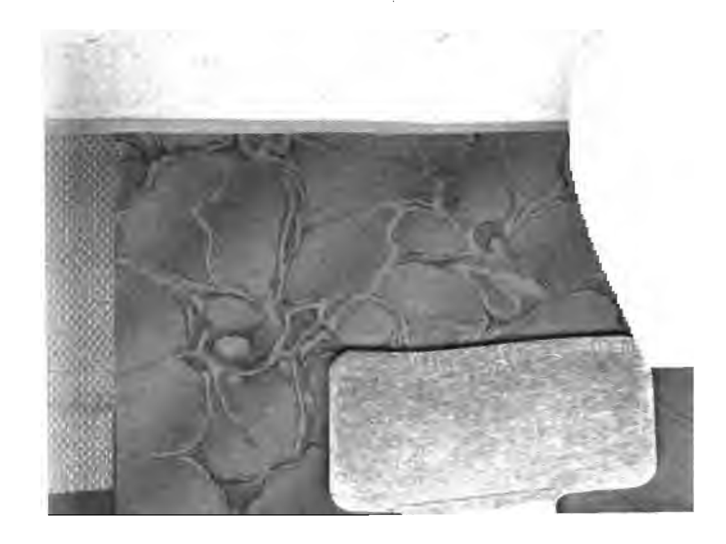


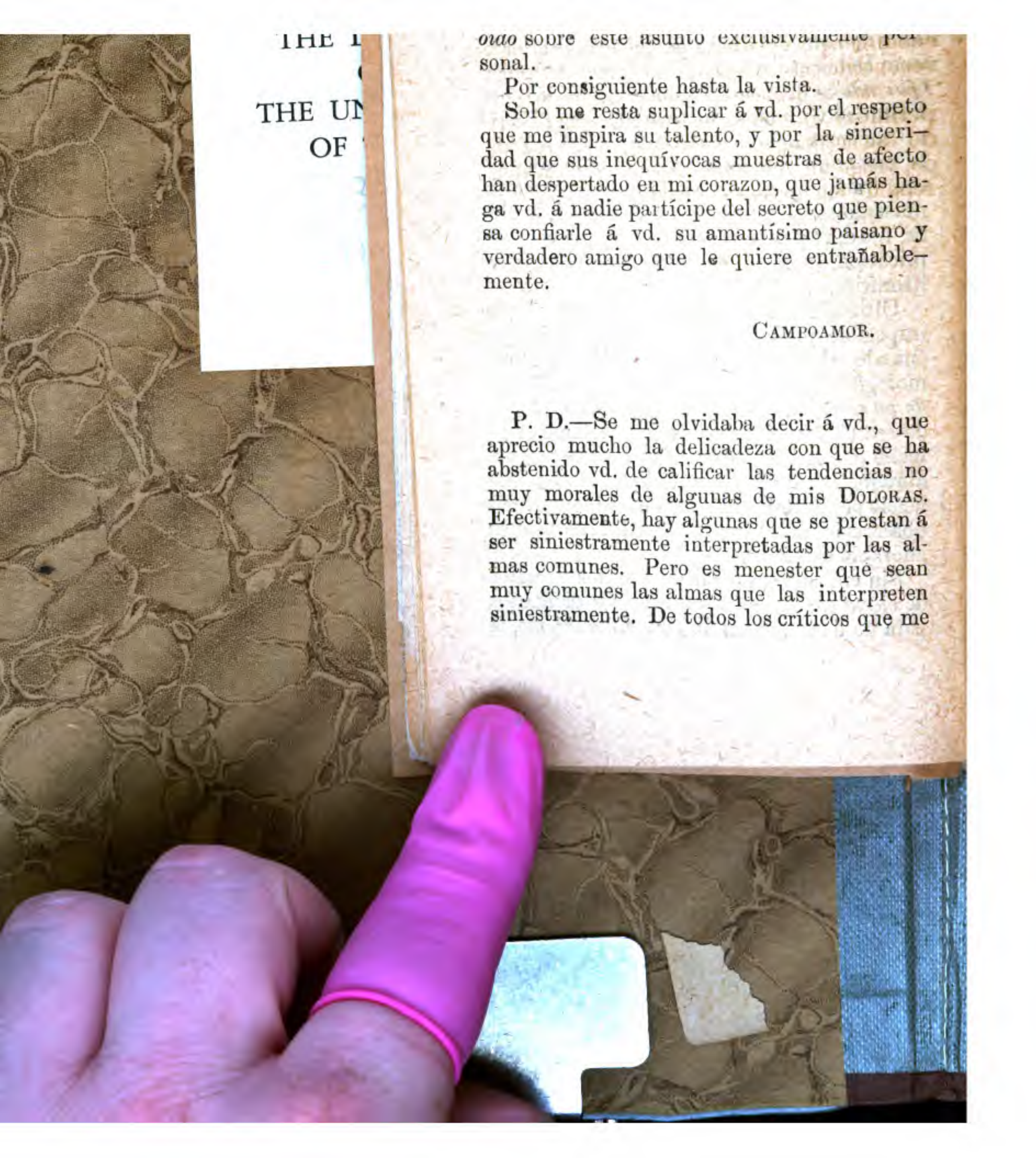

THE
THE
OF

en el alma cierta clase de *dolor*, con un fundamento bastante pausible se las pueda llamar DOLORAS."—Ya sabe vd. que todos los que hemos respirado en nuestra niñez el purísimo aire de nuestras montañas, en general no sabemos más que decir la verdad, y por lo mismo me perdonará vd. que le exprese con franqueza que la razon no me parece demasiado concluyente, aunque, si á vd. le gusta, me daré por muy servido, porque esta explicacion satisfaga en parte sus escrúpulos literarios.

Ultimamente concluye vd. diciendo:—¡Es imposible que la historia de esa palabra, aun cuando vd. no quiera darme noticia de su etimología, no tenga su orígen en *los misterios de su corazon!*—Protesto contra la tendencia de esa observacion insidiosa, y reclamo el derecho que indisputablemente me asiste, para abroquelar mi alma tras el antemural del silencio poniéndola al abrigo de las inoportunas observaciones que pretende vd. hacer con su adorable suspicacia.

Sin embargo, á pesar de que los secretos de *cierta clase*, hasta procuro yo olvidarlos para no darme razon de ellos á *mí mismo*, la




dido sobre este asunto exclusivamente personal.

Por consiguiente hasta la vista.

Solo me resta suplicar á vd. por el respeto que me inspira su talento, y por la sinceridad que sus inequívocas muestras de afecto han despertado en mi corazon, que jamás haga vd. á nadie partícipe del secreto que piensa confiarle á vd. su amantísimo paisano y verdadero amigo que le quiere entrañablemente.

CAMPOAMOR.

P. D.—Se me olvidaba decir á vd., que aprecio mucho la delicadeza con que se ha abstenido vd. de calificar las tendencias no muy morales de algunas de mis DOLORAS. Efectivamente, hay algunas que se prestan á ser siniestramente interpretadas por las almas comunes. Pero es menester que sean muy comunes las almas que las interpreten siniestramente. De todos los críticos que me

rendirle aquí el tributo de mi más profundo reconocimiento. Aunque el juicio del señor *Hurtado* es demasiado lisonjero para mí, me permitirá vd. que se le trascriba, pues he sido tan acerbamente satirizado, que, soy franco, tengo un verdadero placer en verme defendido tan apasionadamente.




THE
THE UN
OF

D. Ramon de Campoamor.

DOLORAS

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION

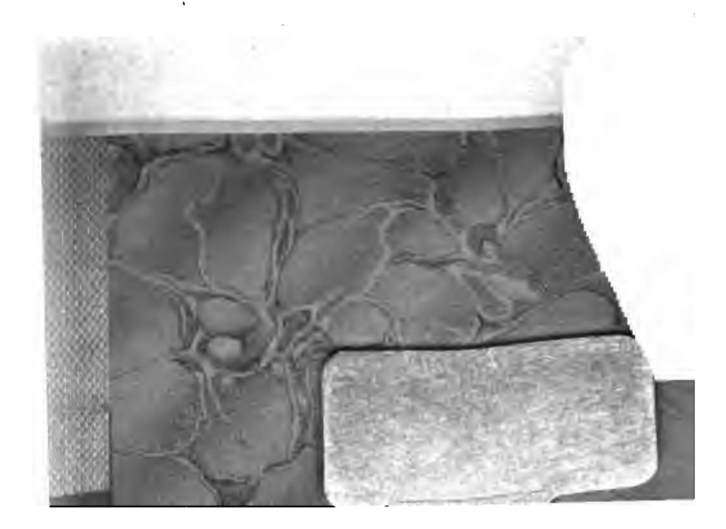
Carta-contestacion

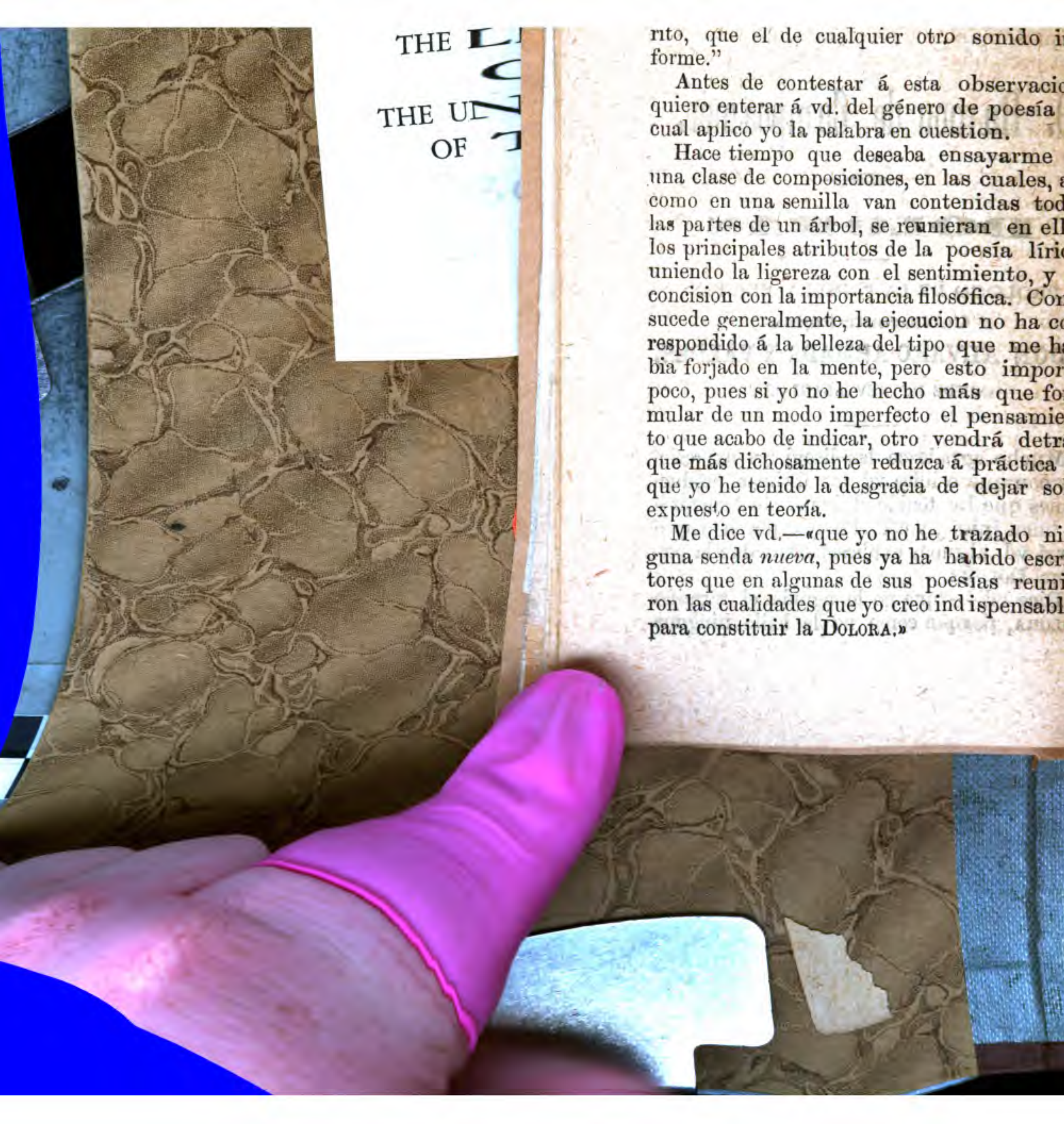
A DON ALVARO ARMADA Y VALDES,

CONDE DE REVILLAGIGEDO.

Mucho agradezco las lisonjeras expresiones con que califica vd. las últimas producciones que he tenido el honor de someter á su buen juicio, y con el mayor placer voy á dar á vd. algunas explicaciones sobre la palabra Dolora.

Dice vd.—"que no le agrada el término Dolora, porque como no le halla ninguna





rito, que el de cualquier otro sonido i
forme."

Antes de contestar á esta observacio
quiero enterar á vd. del género de poesía
cual aplico yo la palabra en cuestion.

Hace tiempo que deseaba ensayarme
una clase de composiciones, en las cuales, a
como en una semilla van contenidas tod
las partes de un árbol, se reunieran en ell
los principales atributos de la poesía líri
uniendo la ligereza con el sentimiento, y
concision con la importancia filosófica. Com
sucede generalmente, la ejecucion no ha co
respondido á la belleza del tipo que me ha
bia forjado en la mente, pero esto impor
poco, pues si yo no he hecho más que for
mular de un modo imperfecto el pensamie
to que acabo de indicar, otro vendrá detrá
que más dichosamente reduzca á práctica
que yo he tenido la desgracia de dejar so
expuesto en teoría.

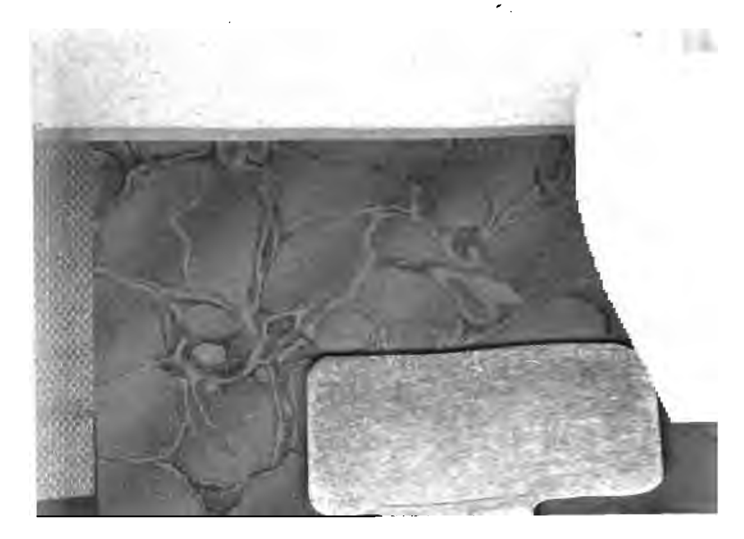
Me dice vd.—«que yo no he trazado ni
guna senda *nueva*, pues ya ha habido escri
tores que en algunas de sus poesías reuni
ron las cualidades que yo creo indispensabl
para constituir la Dolora.»

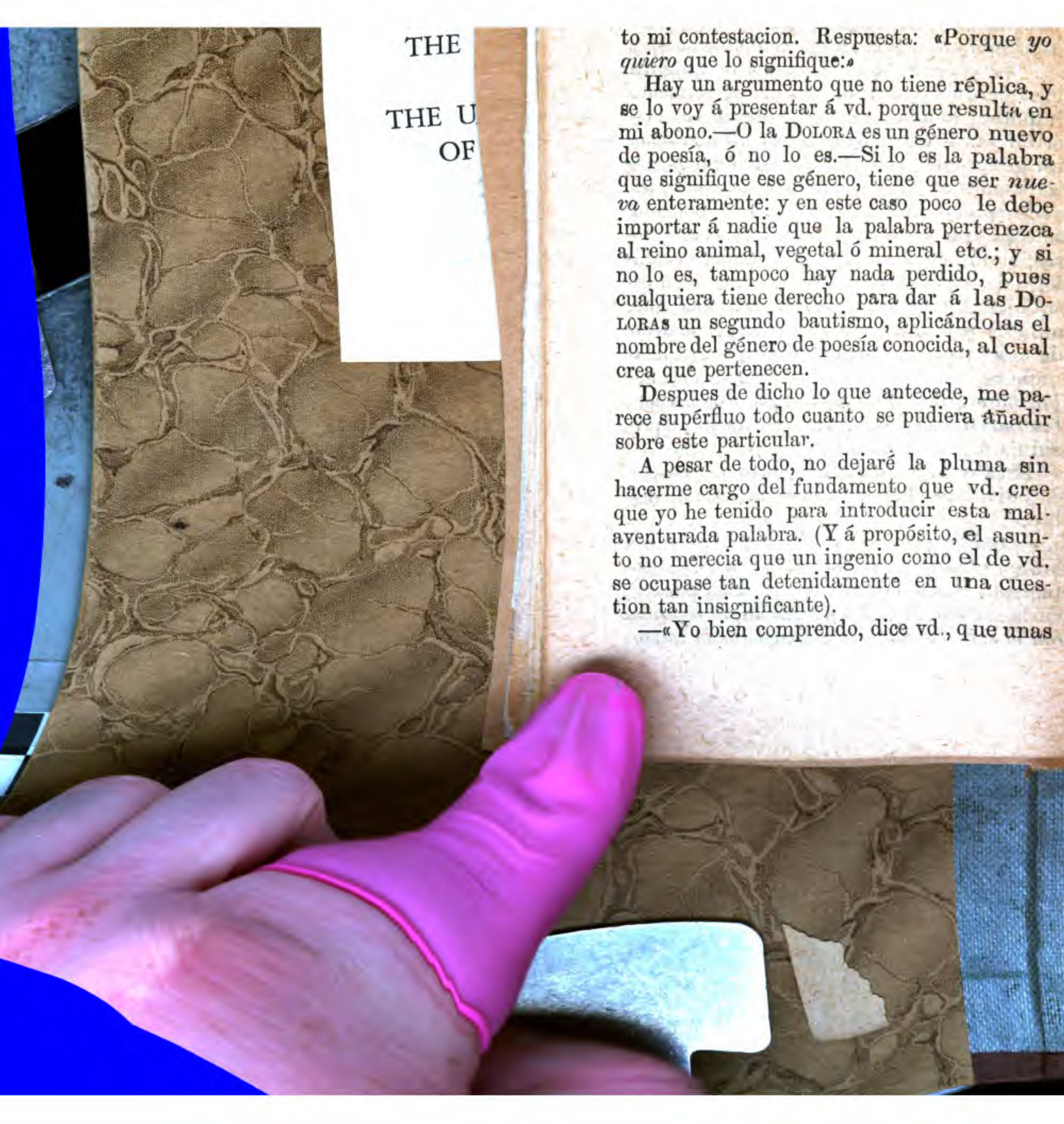
sin pretender yo haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido reducir á *sistema* un género de poesía, en el cual algunos autores solo se han ensayado inconexa é *incidentalmente*. Creo que la poesía por muy selecta que se ostente en sus formas exteriores, siempre debe atender á agrandar el catálogo de verdades conocidas, y fundado en esta creencia he escrito estas DOLORAS que, aunque sean muy imperfectas, se puede decir de ellas para que sirva de base para su definicion ulterior:—«Que deben ser unas composiciones ligeras en sus formas, y en las cuales *indispensablemente* tiene siempre que presidir un pensamiento filosófico.»

Esta es la historia del género de poesía.

Volvamos ahora á la historia de la palabra.

—«¿Qué significa DOLORA? me pregunta vd. en el primer párrafo de su carta. Respuesta: «Significa una composicion poética, en la cual *se dede hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concision con la impor-*





to mi contestacion. Respuesta: «Porque *yo quiero* que lo signifique.»

Hay un argumento que no tiene réplica, y se lo voy á presentar á vd. porque resulta en mi abono.—O la Dolora es un género nuevo de poesía, ó no lo es.—Si lo es la palabra que signifique ese género, tiene que ser *nueva* enteramente: y en este caso poco le debe importar á nadie que la palabra pertenezca al reino animal, vegetal ó mineral etc.; y si no lo es, tampoco hay nada perdido, pues cualquiera tiene derecho para dar á las Doloras un segundo bautismo, aplicándolas el nombre del género de poesía conocida, al cual crea que pertenecen.

Despues de dicho lo que antecede, me parece supérfluo todo cuanto se pudiera añadir sobre este particular.

A pesar de todo, no dejaré la pluma sin hacerme cargo del fundamento que vd. cree que yo he tenido para introducir esta malaventurada palabra. (Y á propósito, el asunto no merecia que un ingenio como el de vd. se ocupase tan detenidamente en una cuestion tan insignificante).

—«Yo bien comprendo, dice vd., que unas

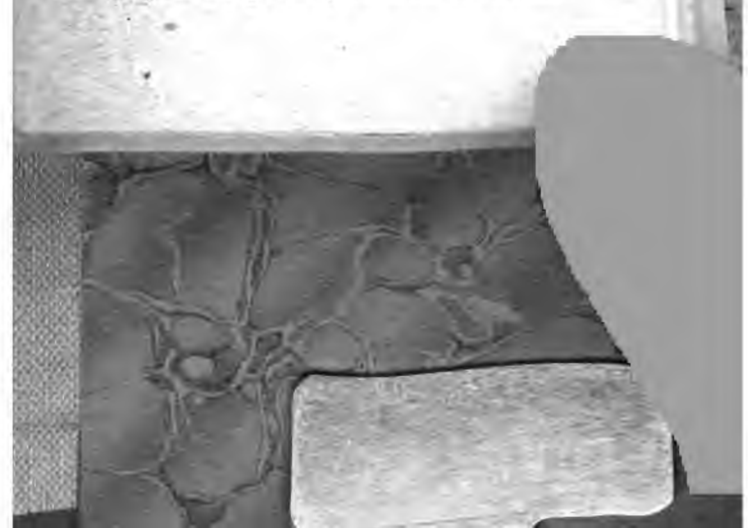


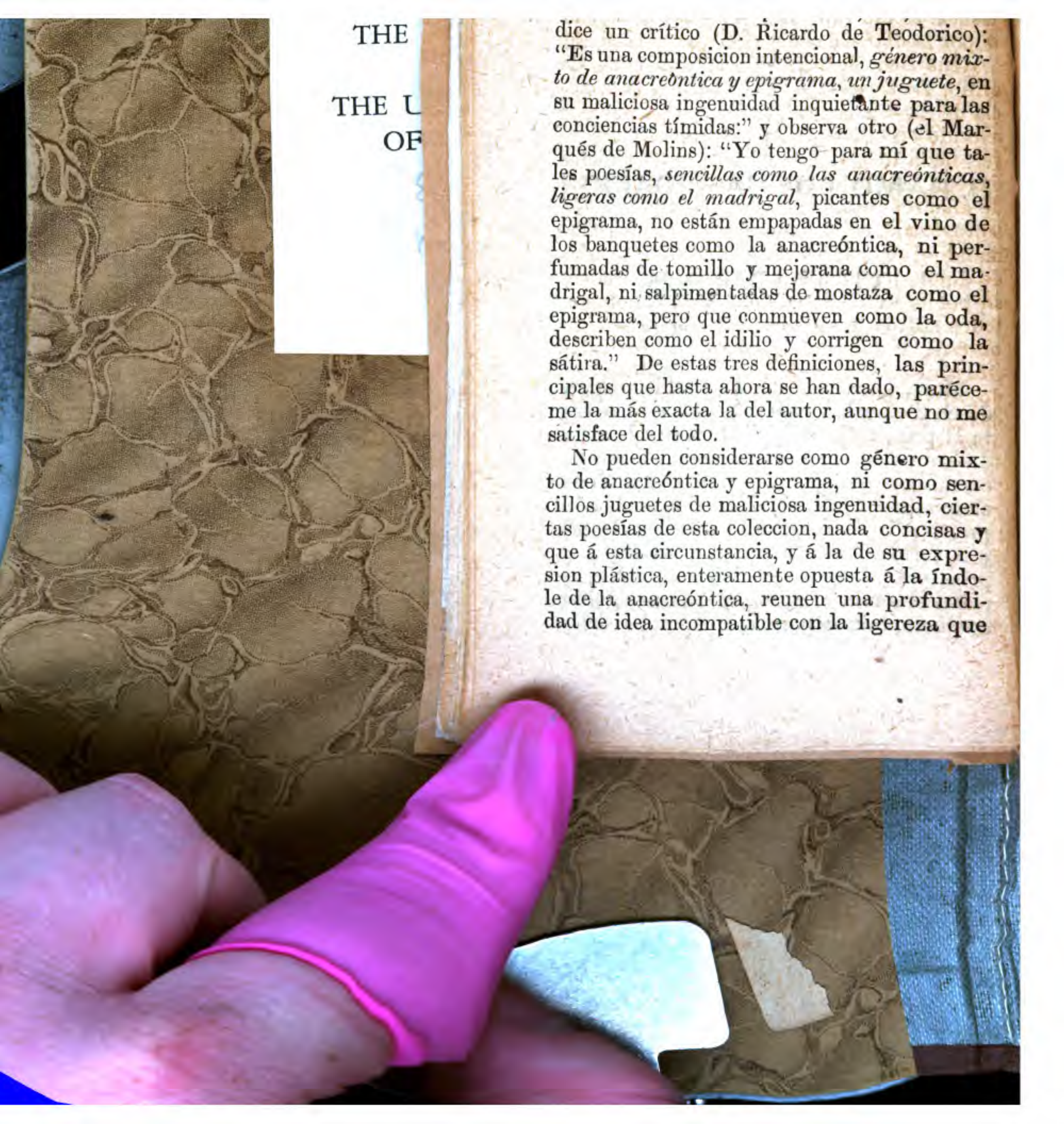
D. RAMON DE CAMPOAMOR

DOLORAS

PROLOGO DE LA OCTAVA EDICION.

Muchos son los críticos que se han ocupado en definir la palabra DOLORA, sin que hasta el presente hayan podido ponerse de acuerdo acerca de su verdadera significacion; y no, en mi concepto, por las dificultades que ofreciese aquella, sino por haber intentado comprender, bajo una misma definicion, el fondo y la forma, la sustancia y el accidente, lo principal y lo accesorio. Véamos como se expresa el autor. La DOLORA—dice—significa una composicion poética, en la cual se deben





dice un crítico (D. Ricardo de Teodorico): "Es una composicion intencional, *género mixto de anacreóntica y epigrama, un juguete*, en su maliciosa ingenuidad inquietante para las conciencias tímidas:" y observa otro (el Marqués de Molins): "Yo tengo para mí que tales poesías, *sencillas como las anacreónticas, ligeras como el madrigal*, picantes como el epigrama, no están empapadas en el vino de los banquetes como la anacreóntica, ni perfumadas de tomillo y mejorana como el madrigal, ni salpimentadas de mostaza como el epigrama, pero que conmueven como la oda, describen como el idilio y corrigen como la sátira." De estas tres definiciones, las principales que hasta ahora se han dado, paréceme la más exacta la del autor, aunque no me satisface del todo.

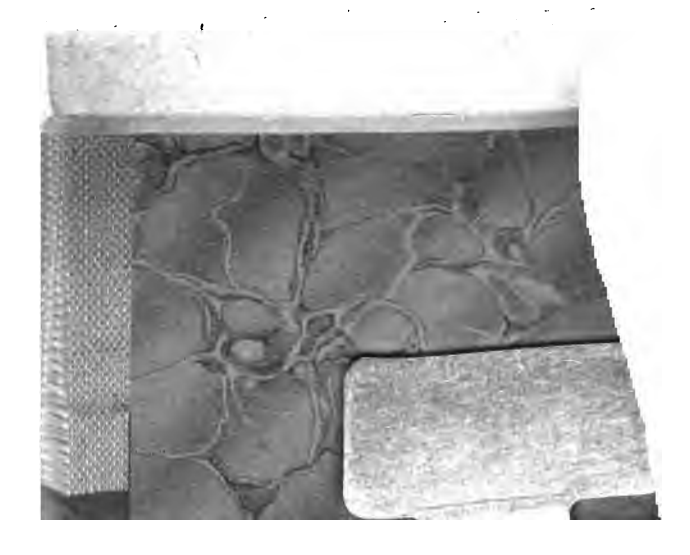
No pueden considerarse como género mixto de anacreóntica y epigrama, ni como sencillos juguetes de maliciosa ingenuidad, ciertas poesías de esta coleccion, nada concisas y que á esta circunstancia, y á la de su expresion plástica, enteramente opuesta á la índole de la anacreóntica, reunen una profundidad de idea incompatible con la ligereza que

es por la diafanidad del vaso que la encierra.

¿Qué tiene de anacreóntica, qué tiene de edilio, *La comedia del saber*, que es la comedia de la humanidad, en la que el pueblo, reunido en el foro de Atenas, trata de resolver, nada ménos, el problema si ha de dudar ó creer, ó si ha de reir ó llorar? ¿Qué tiene de anacreóntica, qué tiene de idilio, *la Metempsicosis*, en la que el poeta concluye afirmando que el variar de destino solo es variar de dolor, puesto que desde la flor (ascendiendo por la escala de la vida) hasta el hombre, todos sufren y padecen? ¿Y *La dicha es la muerte*, y *Las dos tumbas* y en particular *Muertos que viven*, en la que un padre afligido, al ver pasar el féretro que conduce el cadáver de su hija, *muerta con la fé de la ilusion*, se consuela

Mirando el cortejo, y viendo
Tantos que sin fé viviendo
Llevan muerto el corazon?

Muchas más composiciones pudiera citar en apoyo de lo que digo.

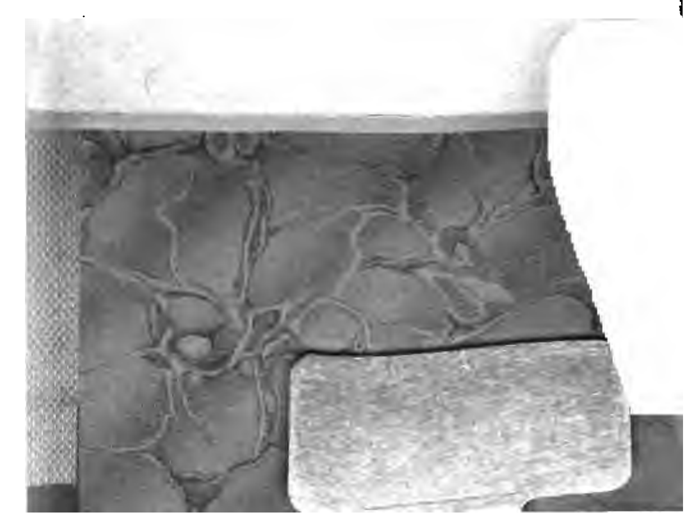




hay en ella, y puede determinarse con bastan
exactitud la definicion de la palabra DOLOR
fijándose únicamente en su espíritu. Yo d
ria que la DOLORA es una composicion poé
ca, en la cual debe hallarse *constantemen*
unida á un sentimiento melancólico, más
ménos acerbo, cierta importancia filosófic
En efecto, no recuerdo ni una sola q
no posea estas dos condiciones en mayor
menor grado. Se me responderá que ni a
así constituye la DOLORA un género nuevo
poesía. ¿Por qué? ¿Qué más razones, qué
tulos más legítimos pueden alegar en abo
del suyo, los géneros restantes que conoc
mos? Campoamor ha hecho lo que Linne
Tournefort y otros célebres naturalistas h
cieron en botánica; vieron individuos veget
les diseminados en la inmensidad del glob
y observando en unos caractéres que los a
milaban á otros, los reunieron por clases, ó
denes, familias, géneros, especies y varied
des, formularon sus sistemas, y de aquí n
ció la ciencia, es decir, un conjunto de ve
dades que han aumentado considerablemen
el tesoro de las que poseía la inteligencia h
mana.

escrito DOLORAS, ó lo que es lo mismo, que ántes de que Campoamor formulara su sistema, ya existian en los amenos vergeles del Parnaso flores aisladas, con todos los caractéres de la DOLORA, segun yo la concibo, cosa es tan sabida, que seria ocioso entretenerse en demostrarla. La famosa décima que empieza: *Cuentan de un sábio que un dia*, es una DOLORA compuesta más de doscientos años ántes que la bellísima titulada: *Muertos que viven*, cuyo gusto calderoniano y gallardo corte la hacen digna del autor de *La vida es sueño;* pero es innegable el mérito del poeta de nuestros dias por haber dado en su libro la fórmula de este género, creando con la agrupacion de séres espirituales y análogos, la interesante personalidad estética, á que, como dice muy bien uno de los críticos aludidos, la prescripcion ha dado carta de naturaleza en el arte.

Y pasando ahora á consideraciones de un órden más elevado, examinemos las tendencias de la DOLORA. ¿La DOLORA, es, ó ha querido su autor que sea una obra didáctica, una obra docente? Yo creo que no; Campoamor tiene una idea más alta de la poesía. La poesía es, en su esencia, la expresion desintere-



sada y exclusiva de lo bello, independiente mente de lo útil: lo bello posee en sí mismo la virtud y la eficacia para interesar. El poeta que, al coger la pluma, dice para sí. "Voy á enseñar moral, voy á explicar filosofía, historia, religion, política, etc., etc.,» de sacerdote de Apolo, se convierte en pedagogo, ó sacristan: en vez de lira, debe tomar la palmeta y las disciplinas, y calarse las gafas de dómine, ó despojándose de su alba túnica, ponerse una sotana, subir al púlpito, y con la elocuencia de un buen misionero, ó la estrafalaria y gárrula facundia de Fr. Gerundio de Campazas, realizar su intento laudable. No. y mil veces no. Campoamor es moralista, filósofo y teólogo, porque, aunque quisiera, no podria ménos de serlo: porque la naturaleza de su genio le impele irresistiblemente en esa direccion: porque su temperamento, sus inclinaciones y hasta los estudios en que se emplea le conducen á ese terreno. O no es verdad aquello de que el estilo es el hombre,—frase atribuida á Buffon, si mal no recuerdo, aunque pronunciada siglos ántes por un español—ó las DOLORAS representan la individualidad psicológica de Campoamor, son un reflejo de sus creencias sobre varias cuestiones trascendentales, Pero Campoamor

no moraliza ni filosofa con homilías y discursos en variedad de metros: hijo hasta la médula de sus huesos de un siglo escéptico y materialista, cantor de un mundo que enseña, como otro Job—sin la santidad de Job—la podredumbre de su alma, sentado sobre el muladar de sus miserias, entona sus salmos, sus DOLORAS crueles, unas veces con pavoroso acento, otras con una alegría que tiene algo de siniestra, ora embriagándose en las locuras de un sarao, ora aspirando el deliciosísimo aroma del café; pero mostrando siempre con brazo inflexible, la llaga inmensa de la sociedad. En sus cantos parece que palpitan sordamente, que se oyen los golpes de la zapa que va minando los cimientos de esa impura Babilonia.

Para dar á conocer el rostro de *su* hombre, no se entretiene en pintar una à una sus facciones, ocultas bajo un antifaz hipócrita, sino que se lo arranca sin misericordia: así como para dar á conocer el alma del mismo, no se contenta con levantar una punta del manto de esta misteriosa tapada, sino que la despoja de el audazmente. Asi moralizan, y asi filosofan las DOLORAS. No es en este libro el poeta de las esperanzas y los consuelos: al contratorio en su portada pudiera escribir la



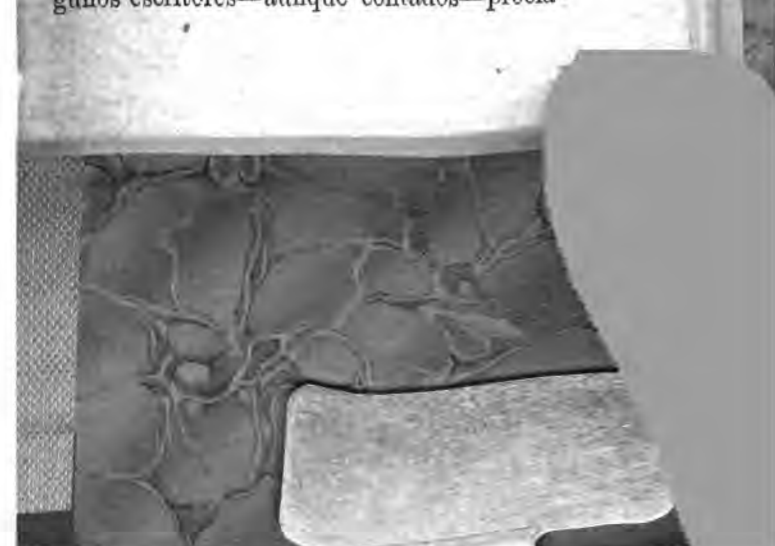
tremenda inscripcion que puso el Dante en la del infierno: *Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate.* En *Glorias de la vida,* celebra un *auto de fe* con el amor, á quien arroja al fuego por hereje contumaz: en *Ventajas de la inconstancia,* considera las relaciones de los enamorados como un comercio de mala fé, en el que entiambas partes se engañan reciprocamente: en *Vanidad de la hermosura,* dice que todo es viento, é ilusion en la tierra. *La comedia del saber, Metempsicosis, La dicha es la muerte, Las dos tumbas, Muertos que viven,* ya citados, y otras muchas, que dejo que citar por no ser difuso, tampoco alegran, por cierto el cuadro del mundo contemporáneo. El autor es de sentir que el mal posee el dominio eminente del espíritu humano: el autor duda del bien aquí abajo, no porque deje de existir, sino—á mi juicio—porque el no lo ve: pero alguna vez la intensidad de su amargura le hace levantar los ojos al cielo, como en el final de *Las creencias,* y prorrumpe así, por boca de uno de los interlocutores de este pequeño drama:

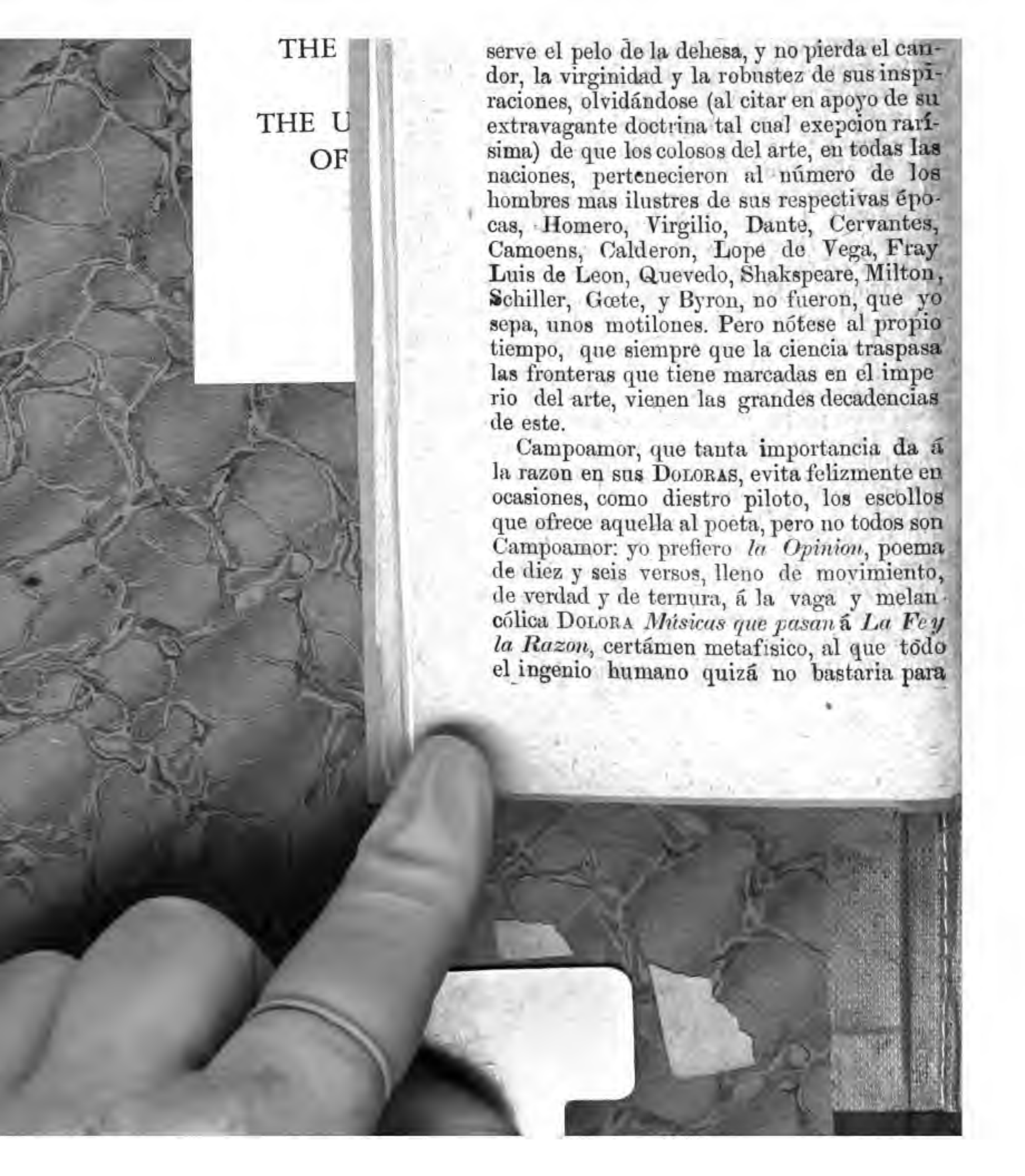
¡Inutilmente, traidora,
Dardos la impiedad te lanza,
Religion, que el mundo adora,

De esta virtud que nô llora!
¡Nunca el alma racional
Podrá creer que eres sueño,
Bálsamo de todo mal,
Luz á traves de la cual
Todo en el mundo es pequeño!

Y alguna vez apartando los ojos de la ruina de las cosas perecederas, alienta nuestro espíritu, como en el *Porvenir de las almas*, con la dulce promesa de la inmortalidad. Asi, pues, el *Porvenir de las almas*, y otras análogas son como floridos y amenos oasis, donde se percibe la frescura de las arboledas del cielo, y el eterno y armonioso murmullo de sus fuentes.

Dice Lamartin que la poseía venidera será la razon cantada; no se yo hasta que punto llegará á realizarse este pronóstico: pero, si en efecto, la poesía hiciera la evolucion que anuncia el autor de las *Meditaciones*, yo—con perdon sea dicho—temeria por los futuros destinos de la poesía. Es evidente que esta se ha agitado en el vacio durante épocas enteras, y que ha existido poco menos que como un entretenimiento del espíritu: es evidente que algunos escritores—aunque contados—procla-



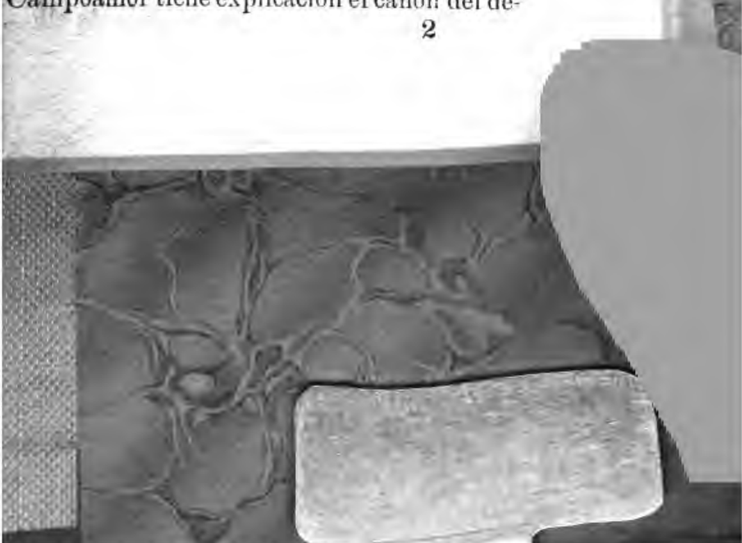


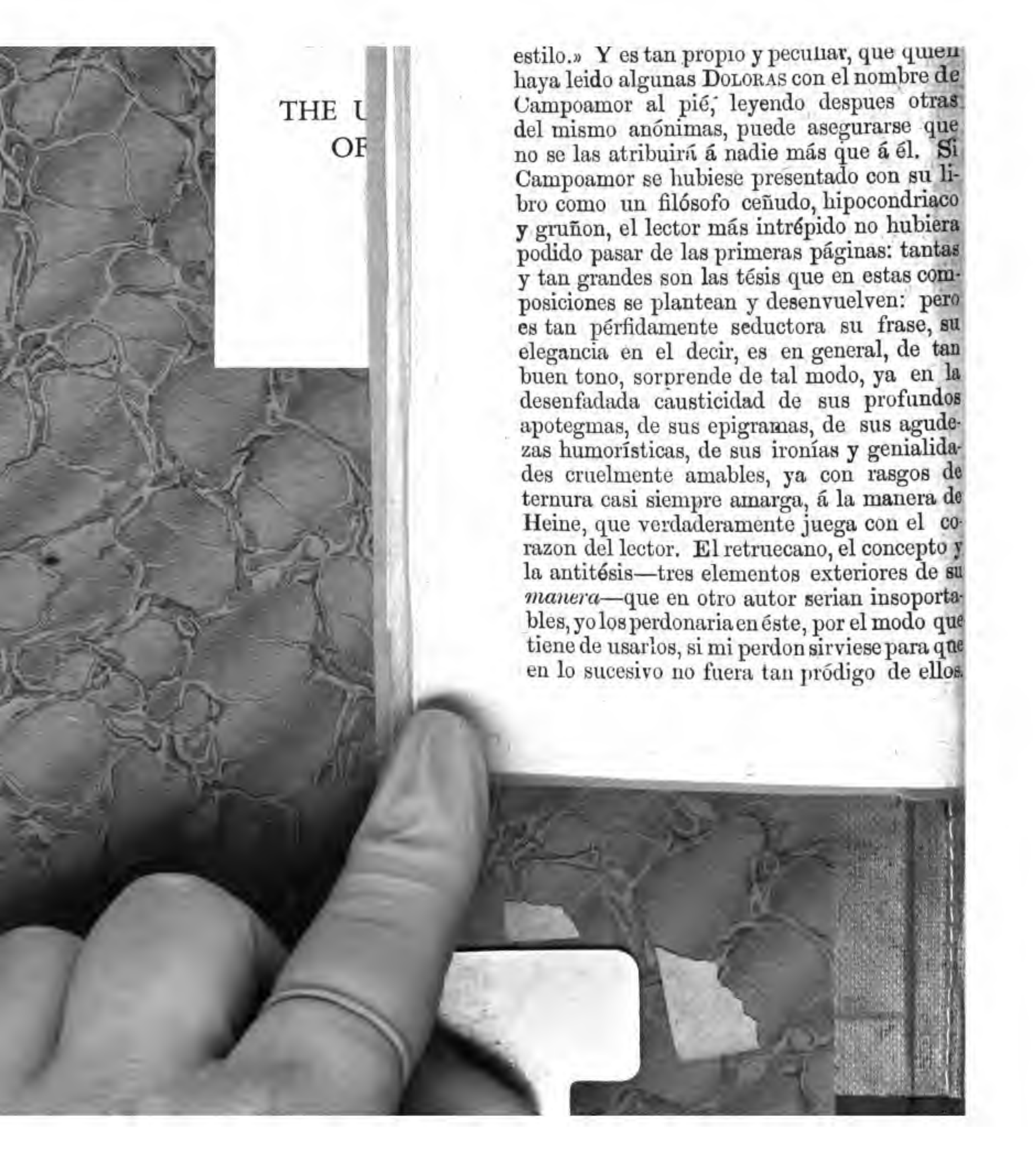
serve el pelo de la dehesa, y no pierda el candor, la virginidad y la robustez de sus inspiraciones, olvidándose (al citar en apoyo de su extravagante doctrina tal cual exepcion rarísima) de que los colosos del arte, en todas las naciones, pertenecieron al número de los hombres mas ilustres de sus respectivas épocas, Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, Camoens, Calderon, Lope de Vega, Fray Luis de Leon, Quevedo, Shakspeare, Milton, Schiller, Gœte, y Byron, no fueron, que yo sepa, unos motilones. Pero nótese al propio tiempo, que siempre que la ciencia traspasa las fronteras que tiene marcadas en el imperio del arte, vienen las grandes decadencias de este.

Campoamor, que tanta importancia da á la razon en sus DOLORAS, evita felizmente en ocasiones, como diestro piloto, los escollos que ofrece aquella al poeta, pero no todos son Campoamor: yo prefiero *la Opinion*, poema de diez y seis versos, lleno de movimiento, de verdad y de ternura, á la vaga y melancólica DOLORA *Músicas que pasan* á *La Fe y la Razon*, certámen metafísico, al que todo el ingenio humano quizá no bastaria para

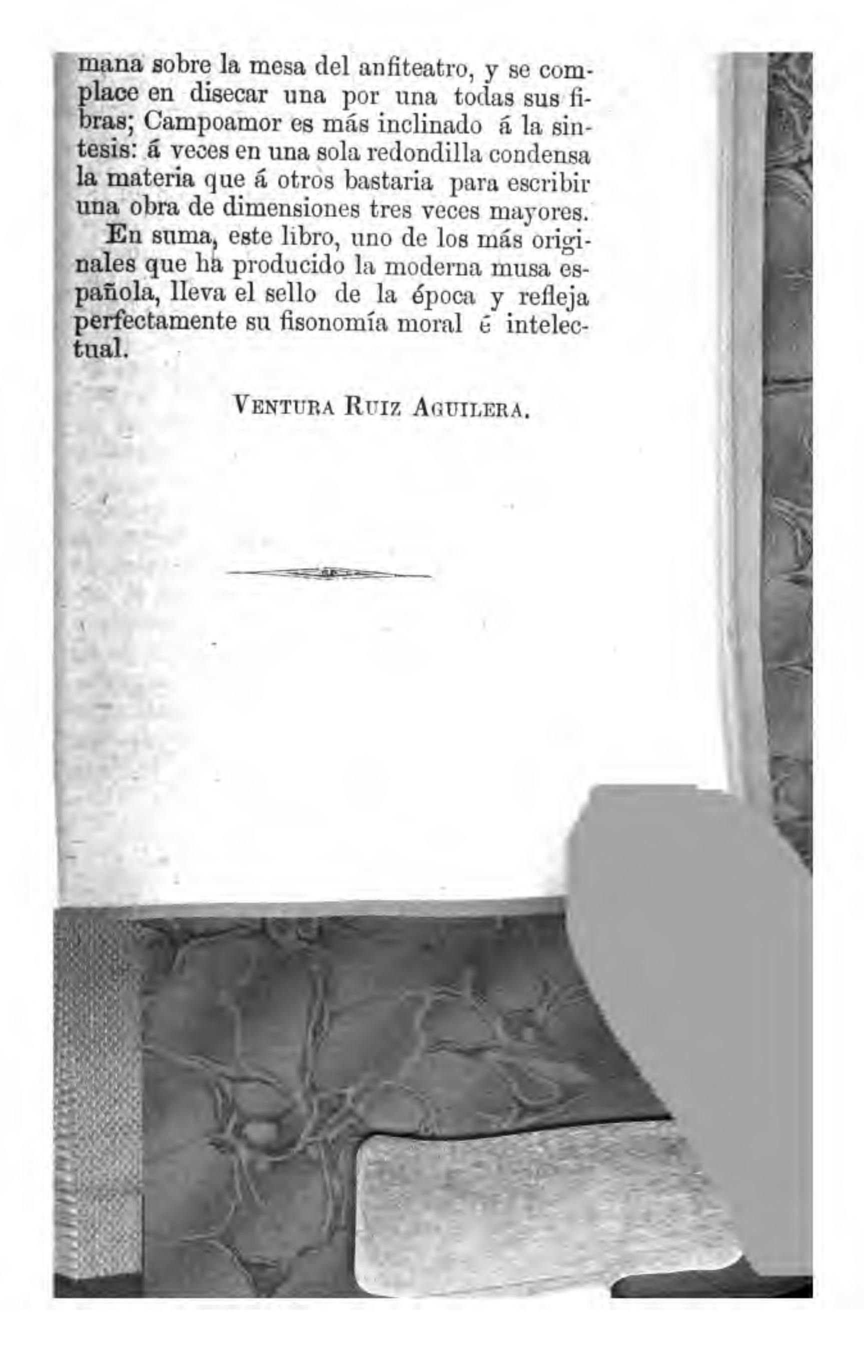
razon, ó mejor dicho, que haya de comprenderse con la cabeza solo, corre peligro de no ser poesía: la ciencia rimada es pájaro de vuelo bajo y torpe, y que nunca logrará escalar las altas cimas donde tienen su nido las águilas, y que tanto ha frecuentado nuestro insigne vate. La reina de Suecia, disputando en verso con Descartes sobre materia filosófica, trae á mi memoria todas las argucias, nebulosidades, sutilezas, sofismas y alambicamientos del escolasticismo en su época decadente, el cual, si con razon fué echado poco ménos que á puntillones de las universidades y academias, con mayor lo fué de los dominios de la poesía, en donde, con los nombres de discreteo, culteranismo, etc., etc., reinó tambien despóticamente largo tiempo en todas las literaturas europeas.

El estilo de las Doloras no se confunde con el de ninguno de nuestros poetas. Hablando de ellas uno de sus prefacistas, dice con muchísimo acierto: "El nuevo género se distingue por una originalidad picante; esta cualidad suele rayar en lo peligroso: pero en Campoamor tiene explicacion el cánon del de-



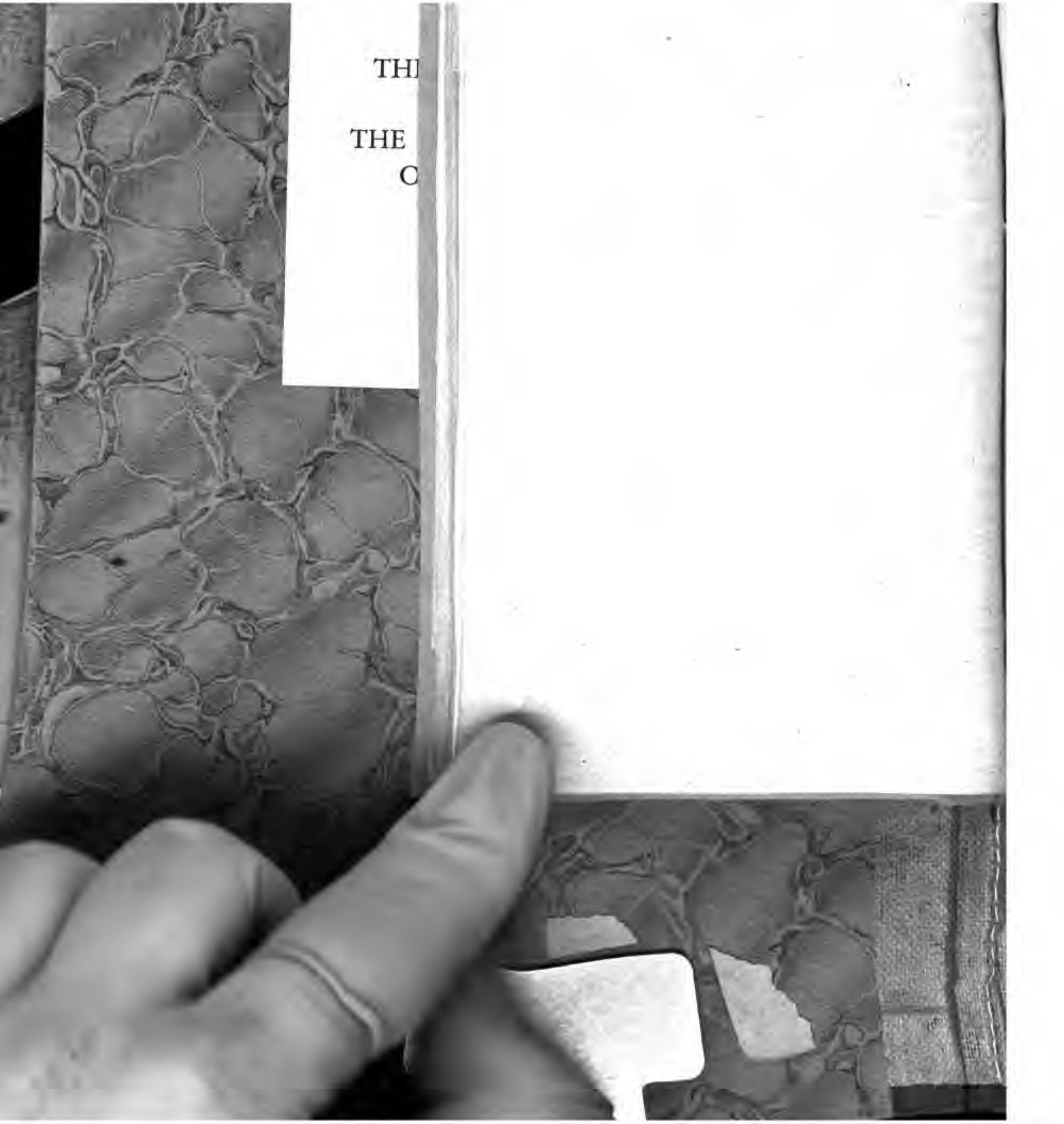


estilo.» Y es tan propio y peculiar, que quien haya leido algunas DOLORAS con el nombre de Campoamor al pié, leyendo despues otras del mismo anónimas, puede asegurarse que no se las atribuirá á nadie más que á él. Si Campoamor se hubiese presentado con su libro como un filósofo ceñudo, hipocondriaco y gruñon, el lector más intrépido no hubiera podido pasar de las primeras páginas: tantas y tan grandes son las tésis que en estas composiciones se plantean y desenvuelven: pero es tan pérfidamente seductora su frase, su elegancia en el decir, es en general, de tan buen tono, sorprende de tal modo, ya en la desenfadada causticidad de sus profundos apotegmas, de sus epigramas, de sus agudezas humorísticas, de sus ironías y genialidades cruelmente amables, ya con rasgos de ternura casi siempre amarga, á la manera de Heine, que verdaderamente juega con el corazon del lector. El retruecano, el concepto y la antitésis—tres elementos exteriores de su *manera*—que en otro autor serian insoportables, yo los perdonaria en éste, por el modo que tiene de usarlos, si mi perdon sirviese para que en lo sucesivo no fuera tan pródigo de ellos.


mana sobre la mesa del anfiteatro, y se complace en disecar una por una todas sus fibras; Campoamor es más inclinado á la síntesis: á veces en una sola redondilla condensa la materia que á otros bastaria para escribir una obra de dimensiones tres veces mayores.

En suma, este libro, uno de los más originales que ha producido la moderna musa española, lleva el sello de la época y refleja perfectamente su fisonomía moral é intelectual.

VENTURA RUIZ AGUILERA.


THE



D. RAMON DE CAMPOAMOR.

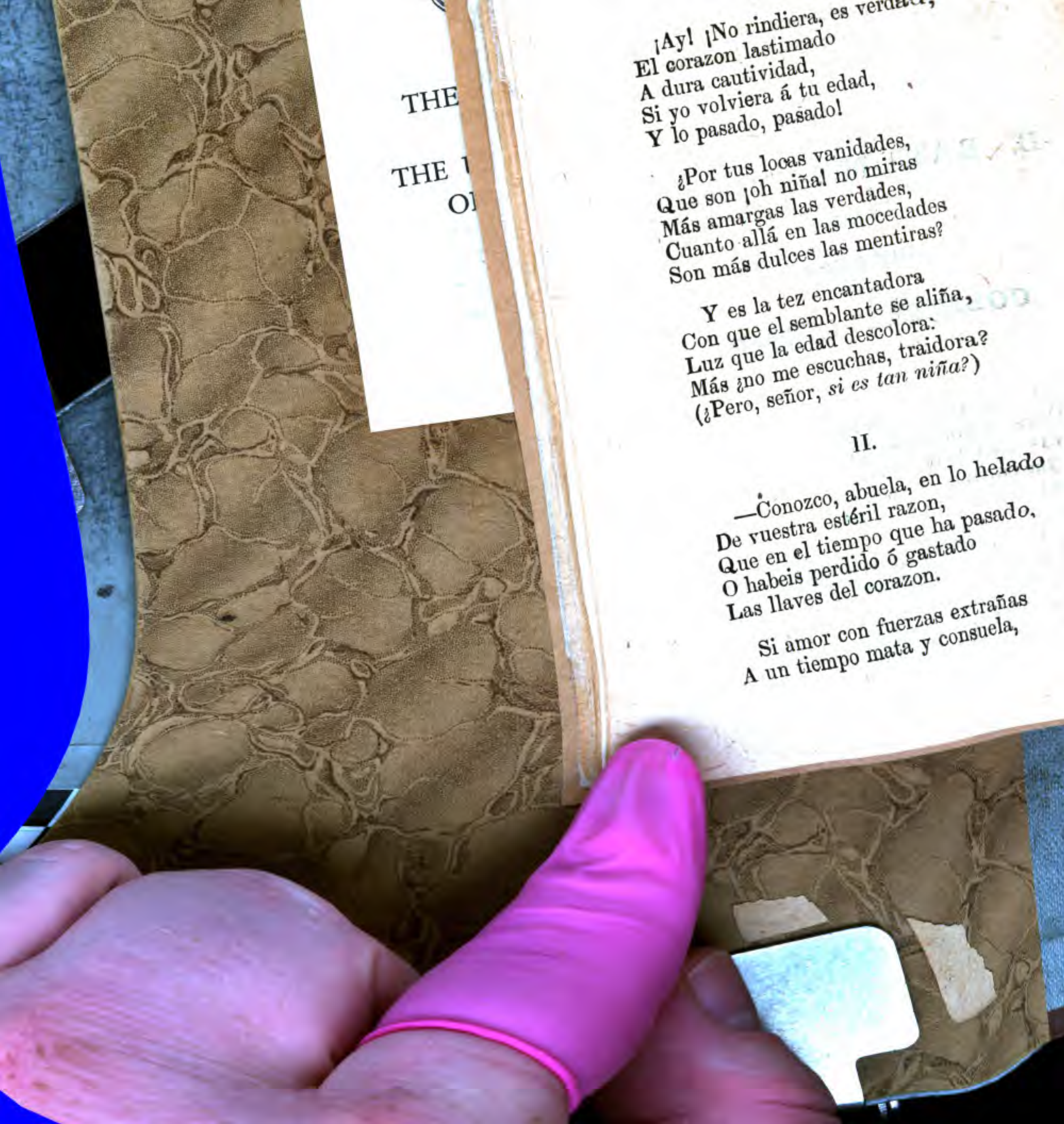
DOLORAS.

COSAS DE LA CARIDAD.

I.

—Sé que corriendo, Lucía,
Tras criminales antojos,
Has escrito el otro dia
Una carta que decia:
«Al espejo de mis ojos!»

Y aunque mis gustos añejos
Marchitan tus ilusiones,
Te han de hacer ver mis consejos
Que contra tales espejos
Se rompen los corazones.



¡Ay! ¡No rindiera, es verdad,
El corazon lastimado
A dura cautividad,
Si yo volviera á tu edad,
Y lo pasado, pasado!

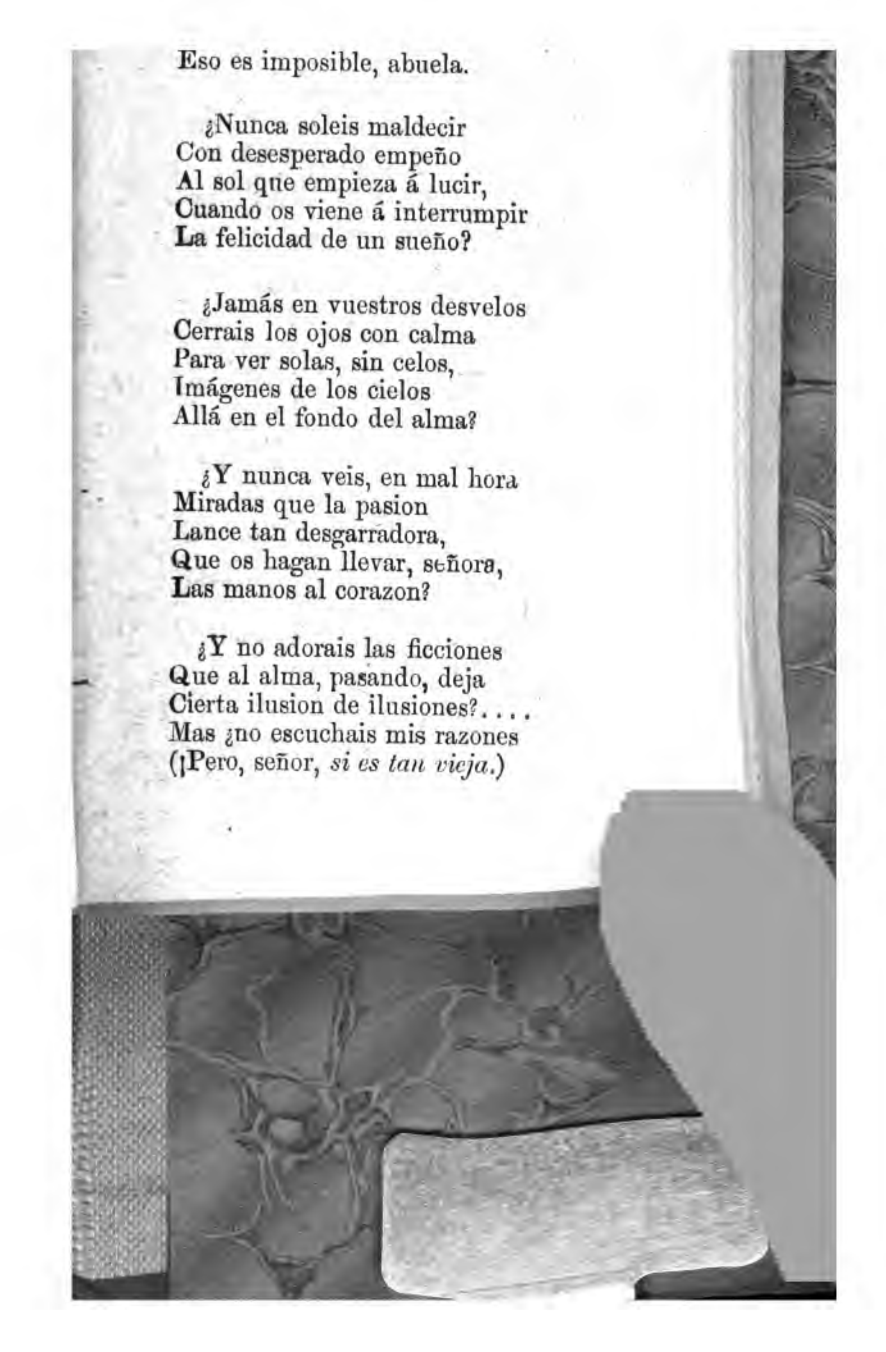
¿Por tus locas vanidades,
Que son ¡oh niña! no miras
Más amargas las verdades,
Cuanto allá en las mocedades
Son más dulces las mentiras?

Y es la tez encantadora
Con que el semblante se aliña,
Luz que la edad descolora:
Más ¿no me escuchas, traidora?
(¿Pero, señor, *si es tan niña?*)

II.

—Conozco, abuela, en lo helado
De vuestra estéril razon,
Que en el tiempo que ha pasado,
O habeis perdido ó gastado
Las llaves del corazon.

Si amor con fuerzas extrañas
A un tiempo mata y consuela,



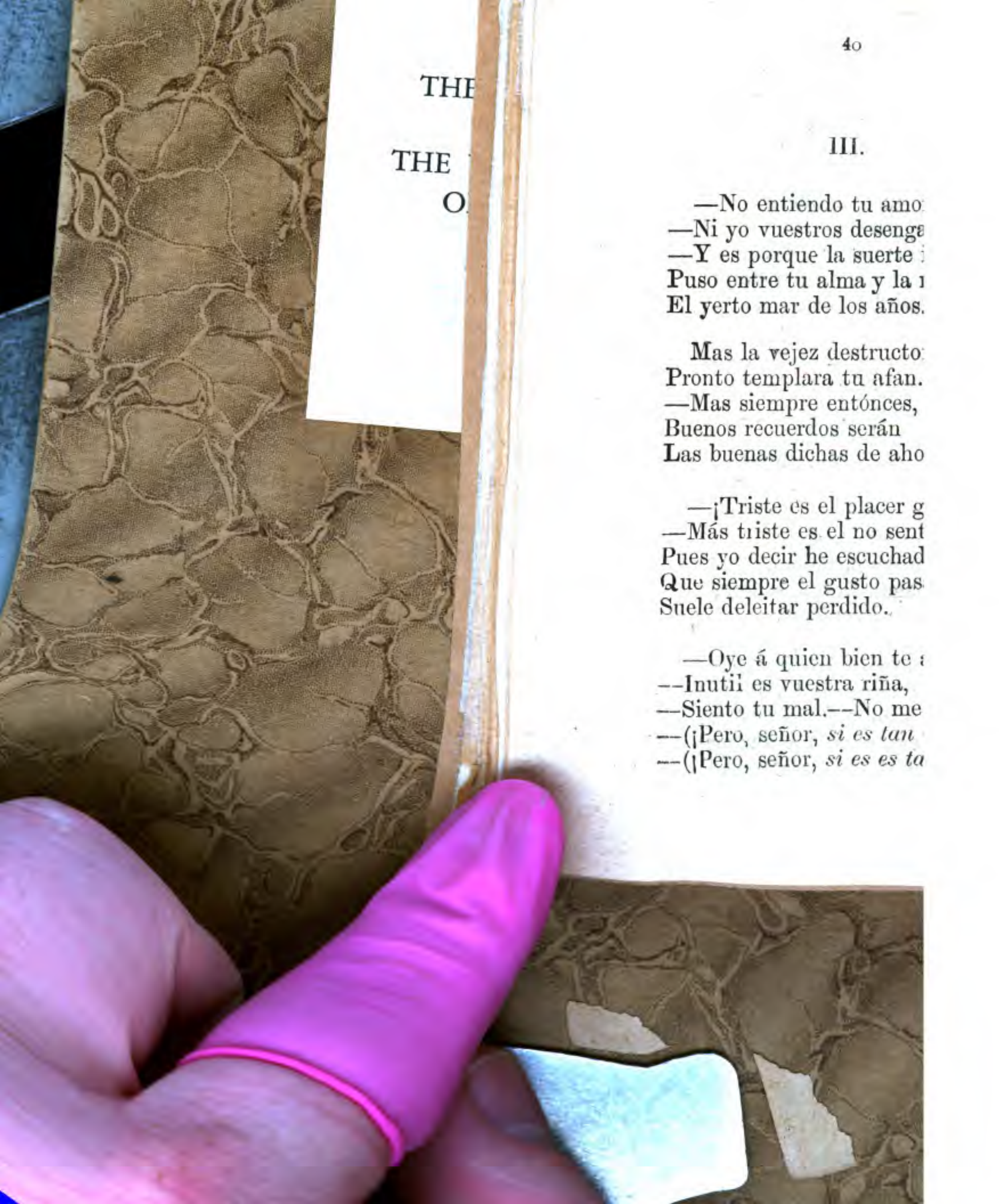
Eso es imposible, abuela.

¿Nunca soleis maldecir
Con desesperado empeño
Al sol que empieza á lucir,
Cuando os viene á interrumpir
La felicidad de un sueño?

¿Jamás en vuestros desvelos
Cerrais los ojos con calma
Para ver solas, sin celos,
Imágenes de los cielos
Allá en el fondo del alma?

¿Y nunca veis, en mal hora
Miradas que la pasion
Lance tan desgarradora,
Que os hagan llevar, señora,
Las manos al corazon?

¿Y no adorais las ficciones
Que al alma, pasando, deja
Cierta ilusion de ilusiones?....
Mas ¿no escuchais mis razones
(¡Pero, señor, *si es tan vieja.*)



THE

THE

O

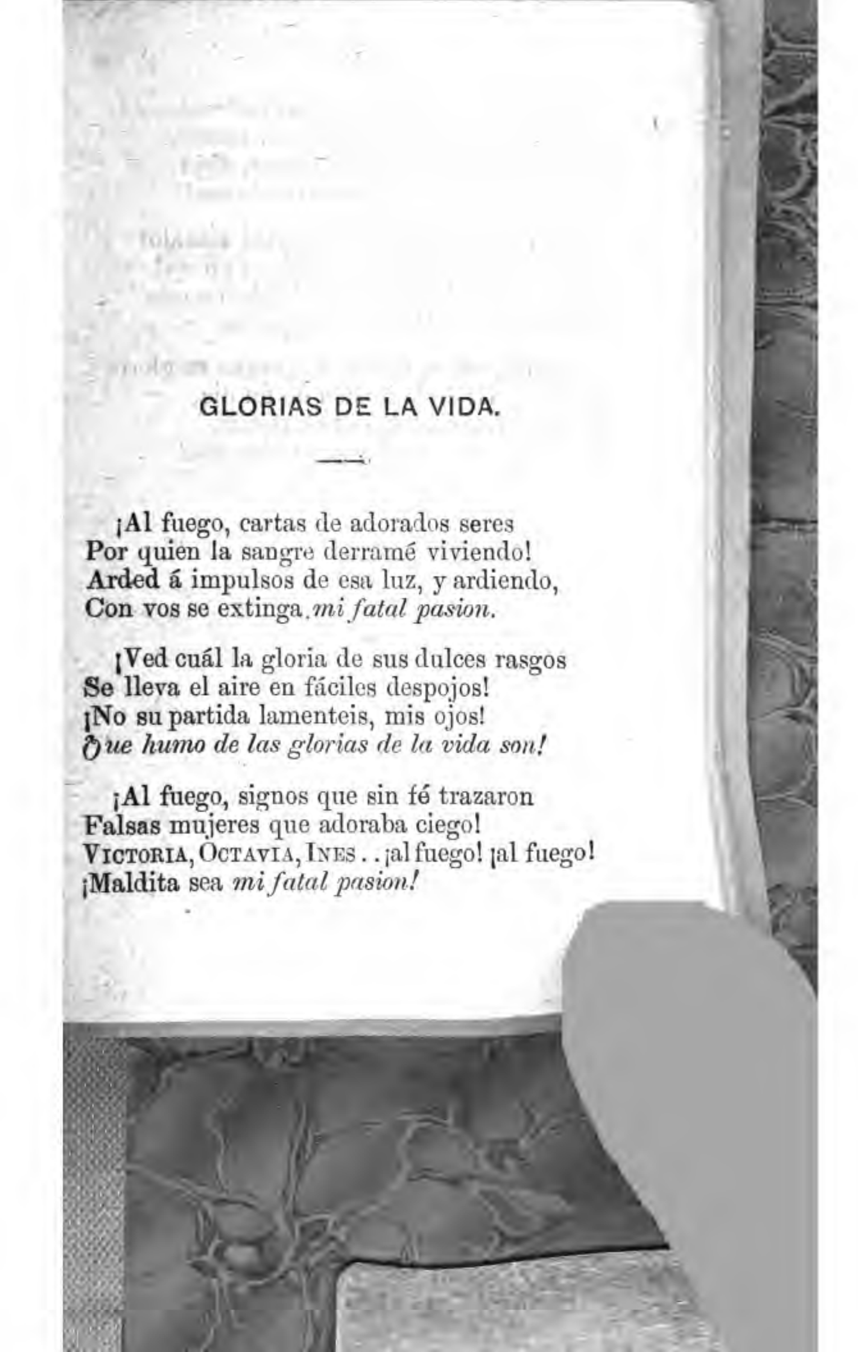
III.

—No entiendo tu amo
—Ni yo vuestros deseng
—Y es porque la suerte
Puso entre tu alma y la
El yerto mar de los años.

Mas la vejez destructo
Pronto templara tu afan.
—Mas siempre entónces,
Buenos recuerdos serán
Las buenas dichas de aho

—¡Triste es el placer g
—Más triste es el no sent
Pues yo decir he escuchad
Que siempre el gusto pas
Suele deleitar perdido.

—Oye á quien bien te
--Inutil es vuestra riña,
—Siento tu mal.--No me
—(¡Pero, señor, *si es tan*
—(¡Pero, señor, *si es es ta*

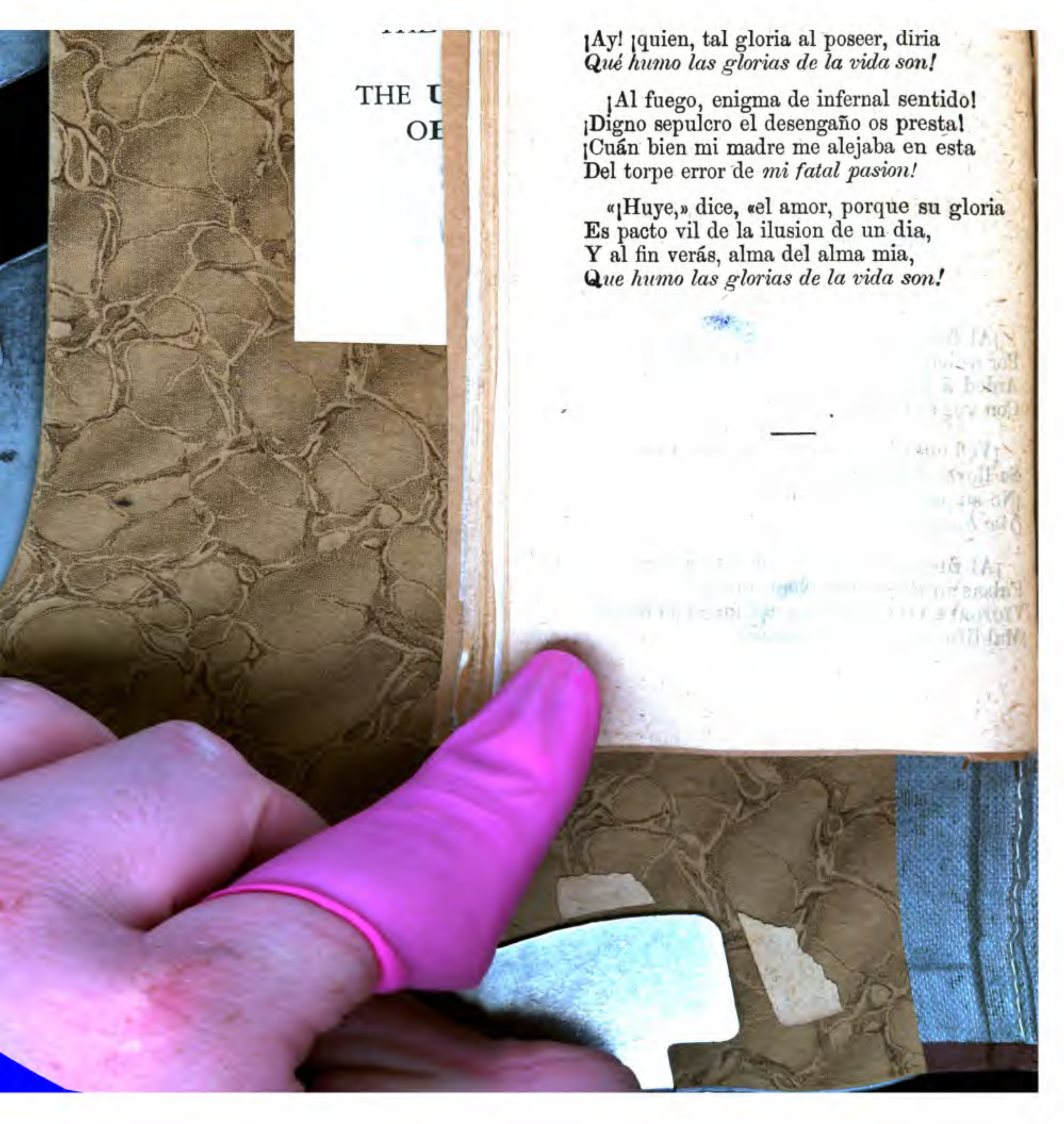


GLORIAS DE LA VIDA.

¡Al fuego, cartas de adorados seres
Por quien la sangre derramé viviendo!
Arded á impulsos de esa luz, y ardiendo,
Con vos se extinga *mi fatal pasion.*

¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
Se lleva el aire en fáciles despojos!
¡No su partida lamenteis, mis ojos!
Que humo de las glorias de la vida son!

¡Al fuego, signos que sin fé trazaron
Falsas mujeres que adoraba ciego!
VICTORIA, OCTAVIA, INES . . ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasion!*

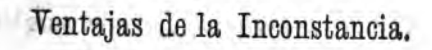


¡Ay! ¡quien, tal gloria al poseer, diria
Qué humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, enigma de infernal sentido!
¡Digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en esta
Del torpe error de *mi fatal pasion!*

«¡Huye,» dice, «el amor, porque su gloria
Es pacto vil de la ilusion de un dia,
Y al fin verás, alma del alma mia,
Q*ue humo las glorias de la vida son!*

—



Ventajas de la Inconstancia.

Despues de amarla, olvídala: que el cielo
La inconstancia al amor le dió en consuelo.

PATRICIO M. DE RAYON.

¡Ay! Anoche te escuché
(El que escucha oye su mal),
Cuando á otro hombre, por tu fé,
Le jurabas fé eternal.
¡Imprudente!

Nadie quiere eternamente;
Que pase un mes y otro mes
Y me lo dirás despues.
Aunque n estro amor fué extraño,
a no lloro

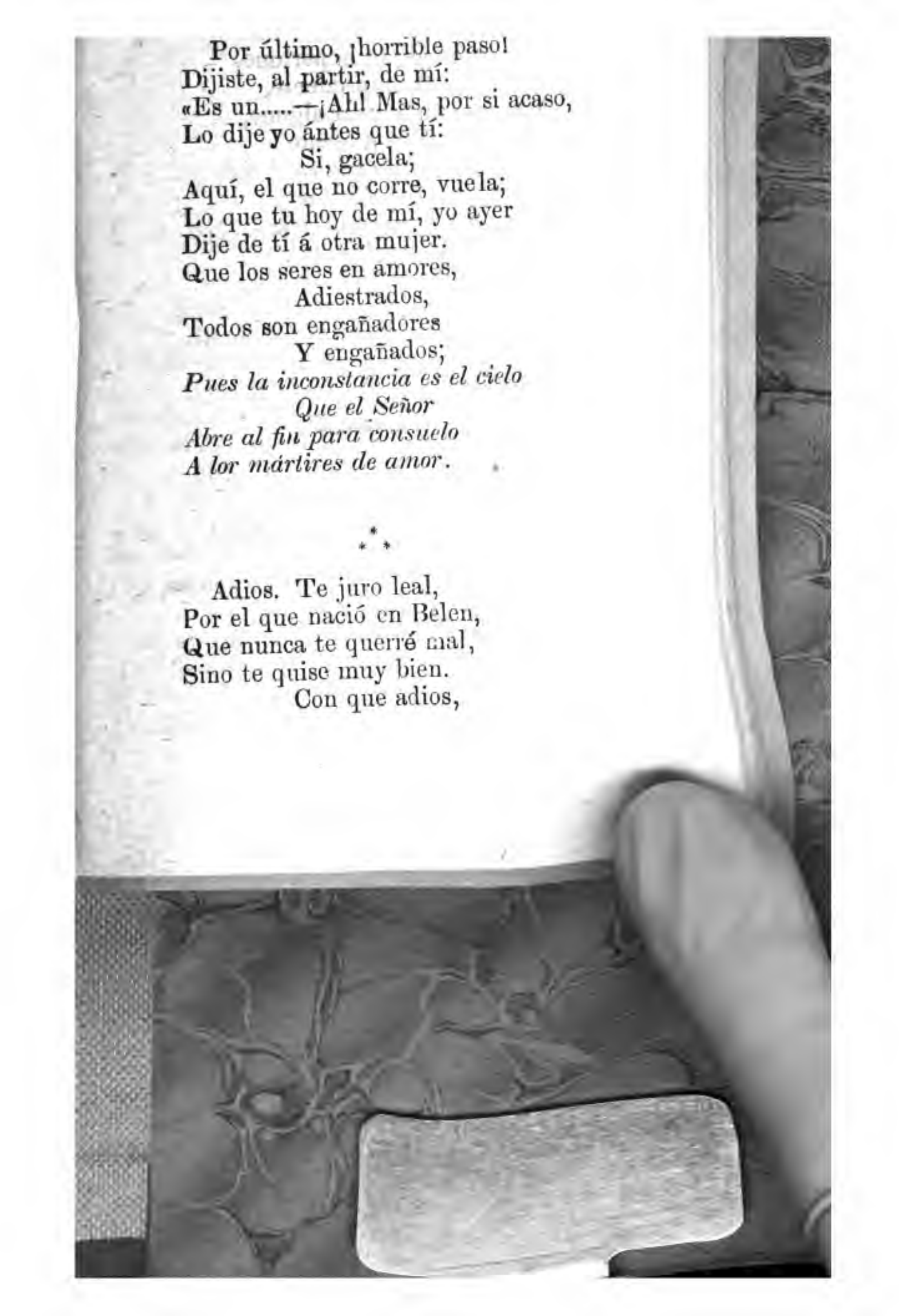


Ni mi enga...
Pues no ...
Que la inconstancia es el
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

THE
THE
O

* * *

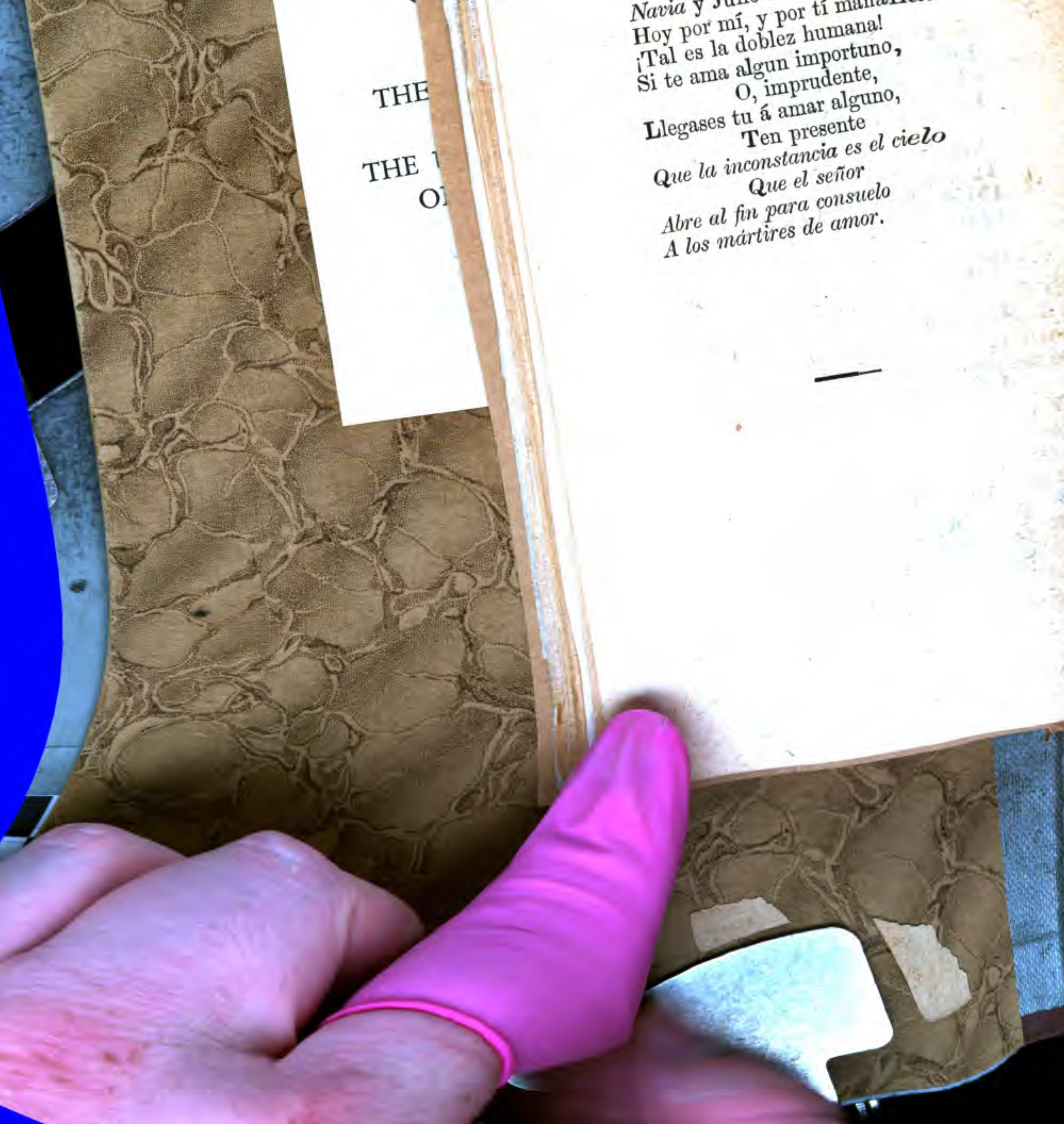
Despues, ¡ingrata! ¿que hiciste
¿Fué el ruido de un beso aquel?
Bien te oí cuando dijiste:
«No hice otro tanto con él.»
¡Ay, Victoria,
Cuan fragil es tu memoria!
Ruega á Dios que siempre cal
Aquella fuente del valle. . . .
Si me engañas, ya antes duch
Te engañé:
Porque, aunque me amabas r
Yo bien sé
Que la inconstancia es el cie
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.



Por último, ¡horrible paso!
Dijiste, al partir, de mí:
«Es un.....—¡Ah! Mas, por si acaso,
Lo dije yo ántes que tí:
Si, gacela;
Aquí, el que no corre, vuela;
Lo que tu hoy de mí, yo ayer
Dije de tí á otra mujer.
Que los seres en amores,
Adiestrados,
Todos son engañadores
Y engañados;
Pues la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A lor mártires de amor.

*
* *

Adios. Te juro leal,
Por el que nació en Belen,
Que nunca te querré mal,
Sino te quise muy bien.
Con que adios,



Navia y Julio...
Hoy por mí, y por tí mañana...
¡Tal es la doblez humana!
Si te ama algun importuno,
O, imprudente,
Llegases tu á amar alguno,
Ten presente
Que la inconstancia es el cielo
Que el señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.



SOLLOZOS.

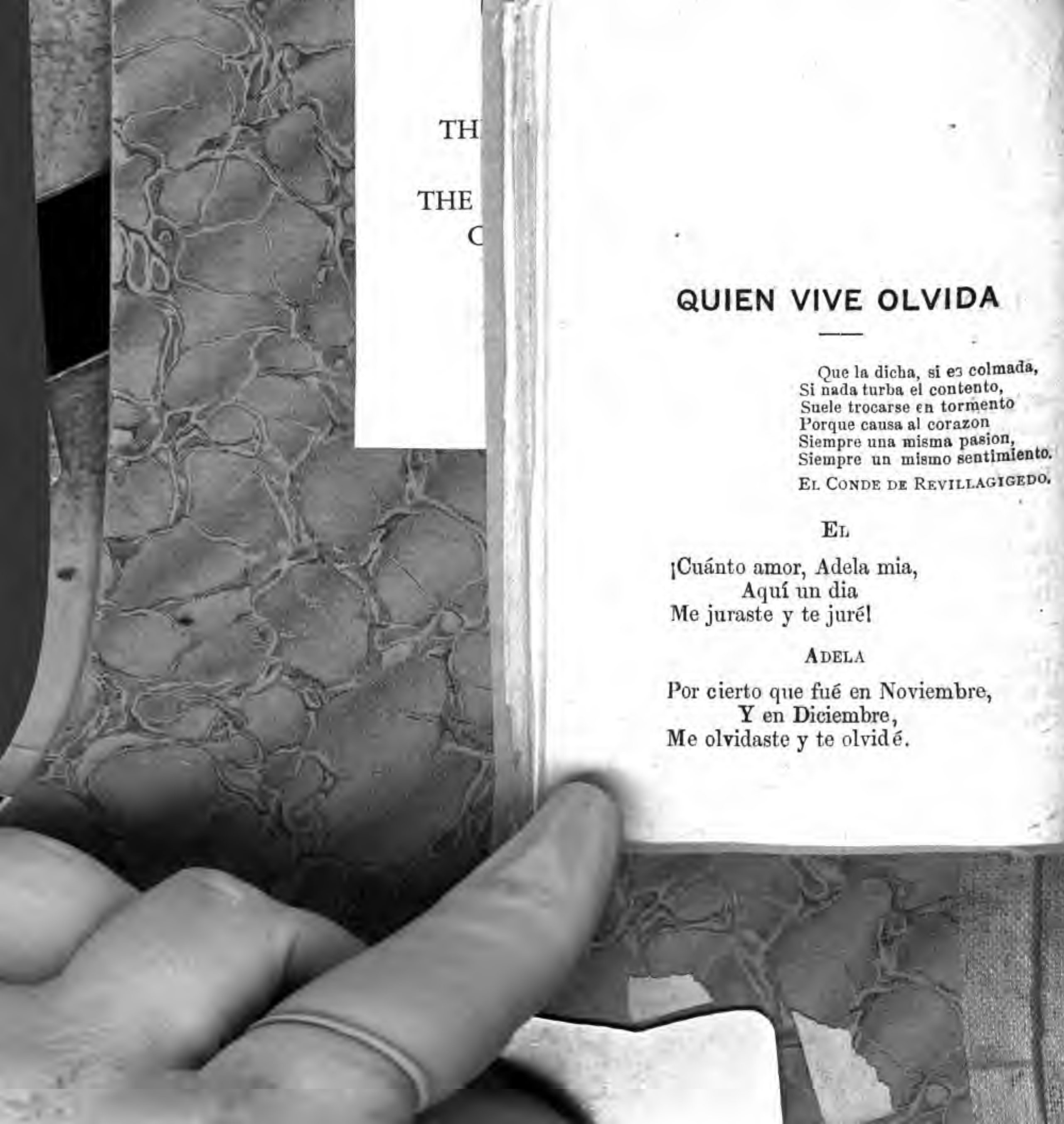
---

ozos les pregunto adónde
stá de su afliccion,
ya pasó, la voz responde:
dolor *recuerdos son.»*

; cual otras infelice
trado en la inaccion,
aun no llegó, la voz me dice:
esentimientos son.»

tud de la existencia impía!
a de hallar el corazon,
s que la *inercia* cria,
ó memorias son?





QUIEN VIVE OLVIDA

Que la dicha, si es colmada,
Si nada turba el contento,
Suele trocarse en tormento
Porque causa al corazon
Siempre una misma pasion,
Siempre un mismo sentimiento.

El Conde de Revillagigedo.

El

¡Cuánto amor, Adela mia,
Aquí un dia
Me juraste y te juré!

Adela

Por cierto que fué en Noviembre,
Y en Diciembre,
Me olvidaste y te olvidé.


La cxpresion
De que *vivir es amar.*

ADELA

Bajo expresion tan traidora,
Graba ahora
Que *vivir es olvidar.*

EL

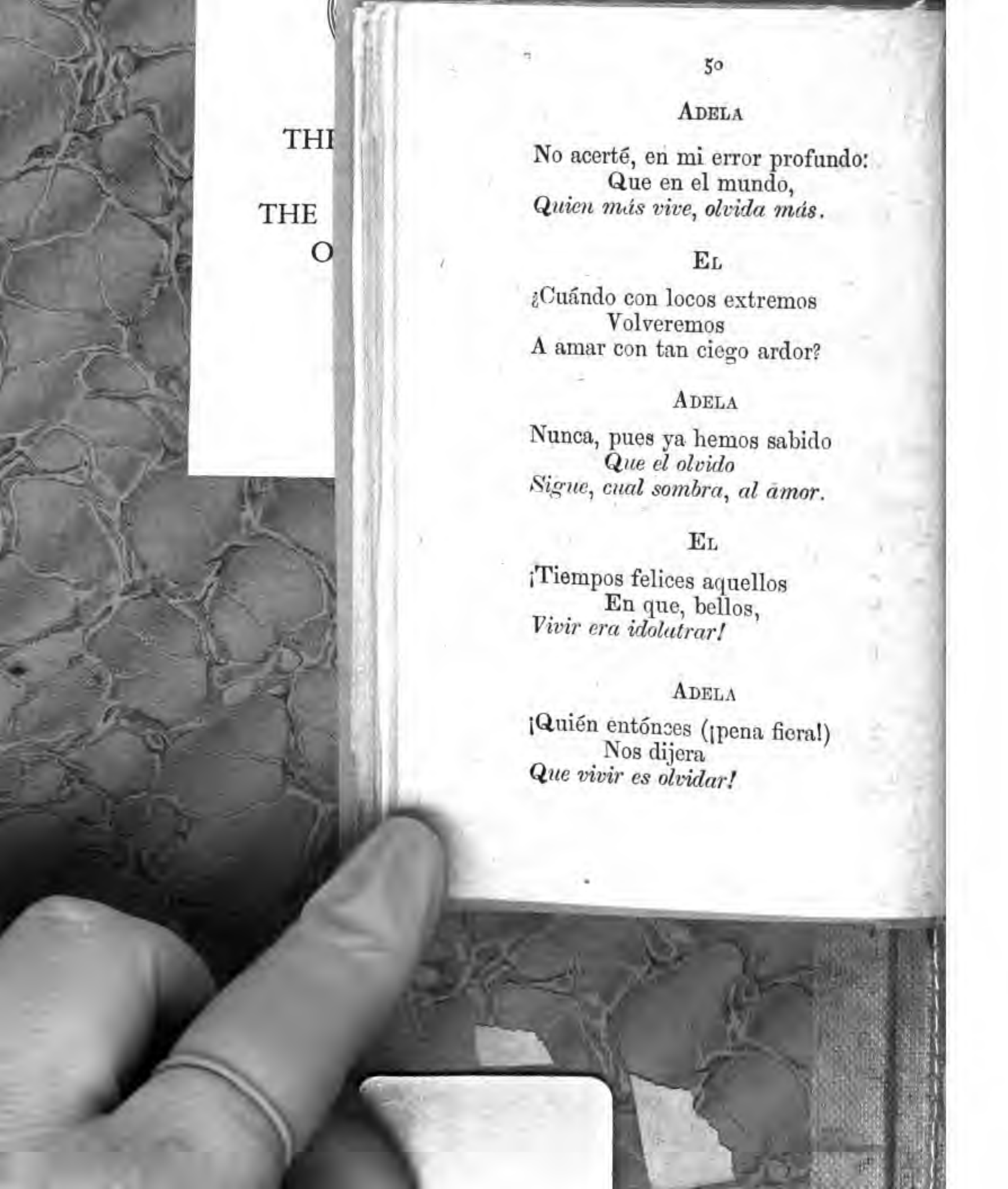
Aun por tí mi amor se inflama,
Porque el que ama
Nunca olvida, si ama bien.

ADELA

No hagas de tu amor alarde
Que, aunque tarde,
A gran amor, gran desden.

EL

Entre estas ramas, ¡ay triste!
Me dijiste:
«No te olvidaré jamás.»



ADELA

No acerté, en mi error profundo:
Que en el mundo,
Quien más vive, olvida más.

EL

¿Cuándo con locos extremos
Volveremos
A amar con tan ciego ardor?

ADELA

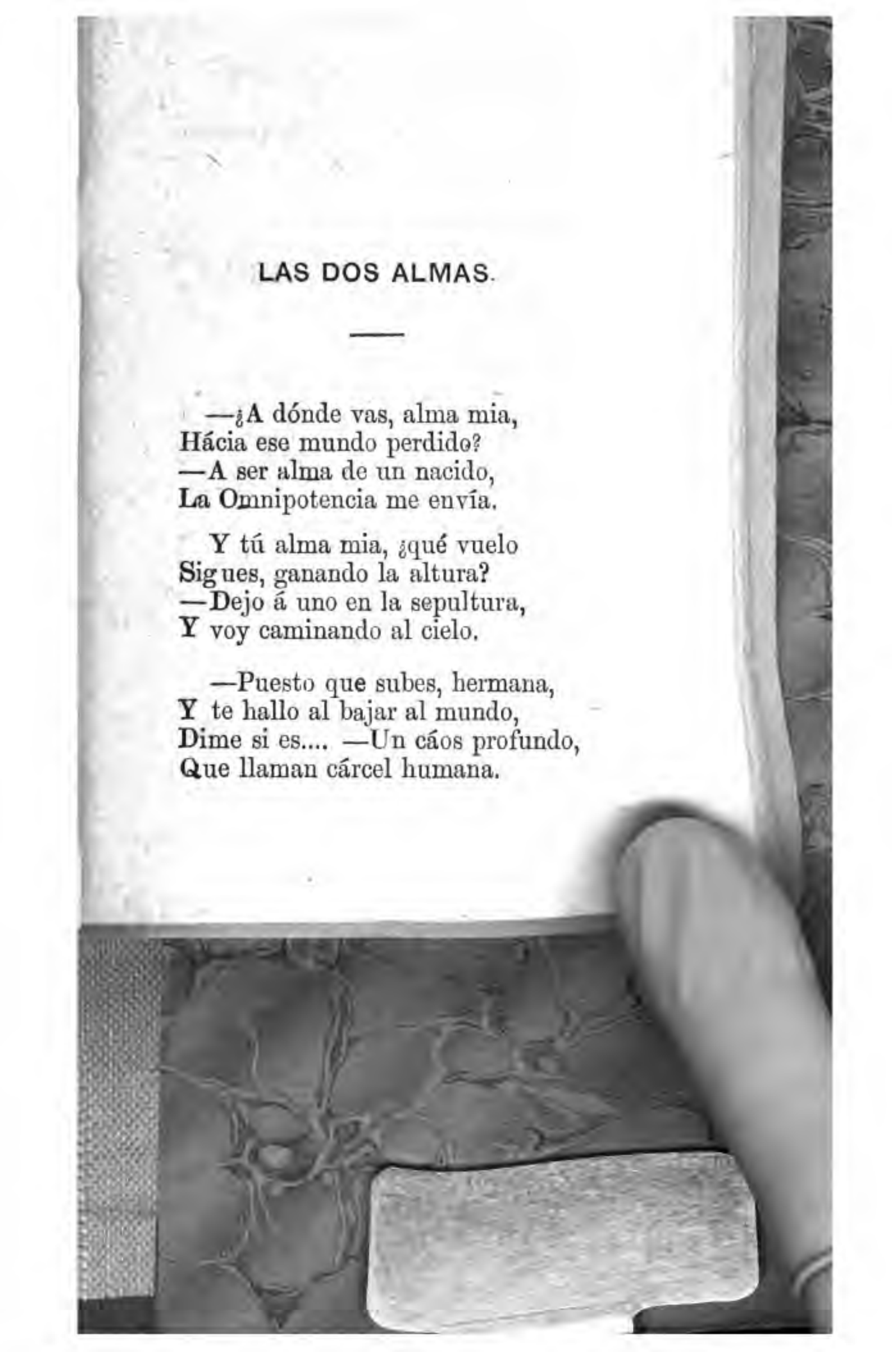
Nunca, pues ya hemos sabido
Que el olvido
Sigue, cual sombra, al amor.

EL

¡Tiempos felices aquellos
En que, bellos,
Vivir era idolatrar!

ADELA

¡Quién entónces (¡pena fiera!)
Nos dijera
Que vivir es olvidar!



LAS DOS ALMAS.

—¿A dónde vas, alma mia,
Hácia ese mundo perdido?
—A ser alma de un nacido,
La Omnipotencia me envía.

Y tú alma mia, ¿qué vuelo
Sigues, ganando la altura?
—Dejo á uno en la sepultura,
Y voy caminando al cielo.

—Puesto que subes, hermana,
Y te hallo al bajar al mundo,
Dime si es.... —Un cáos profundo,
Que llaman cárcel humana.



A ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,
Sigue en loco devaneo,
Cada potencia un deseo,
Y un gusto cada sentido.

Pues de ánsia de goces lleno,
Busca el oído armonía,
El paladar ambrosía,
E impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma
Van los sentidos gozando,
Mientras que á merced, flotando,
Va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,
Y en tan contrarios vaivenes,
Si el alma delira bienes,
Acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
Y el alma adorando el cielo,



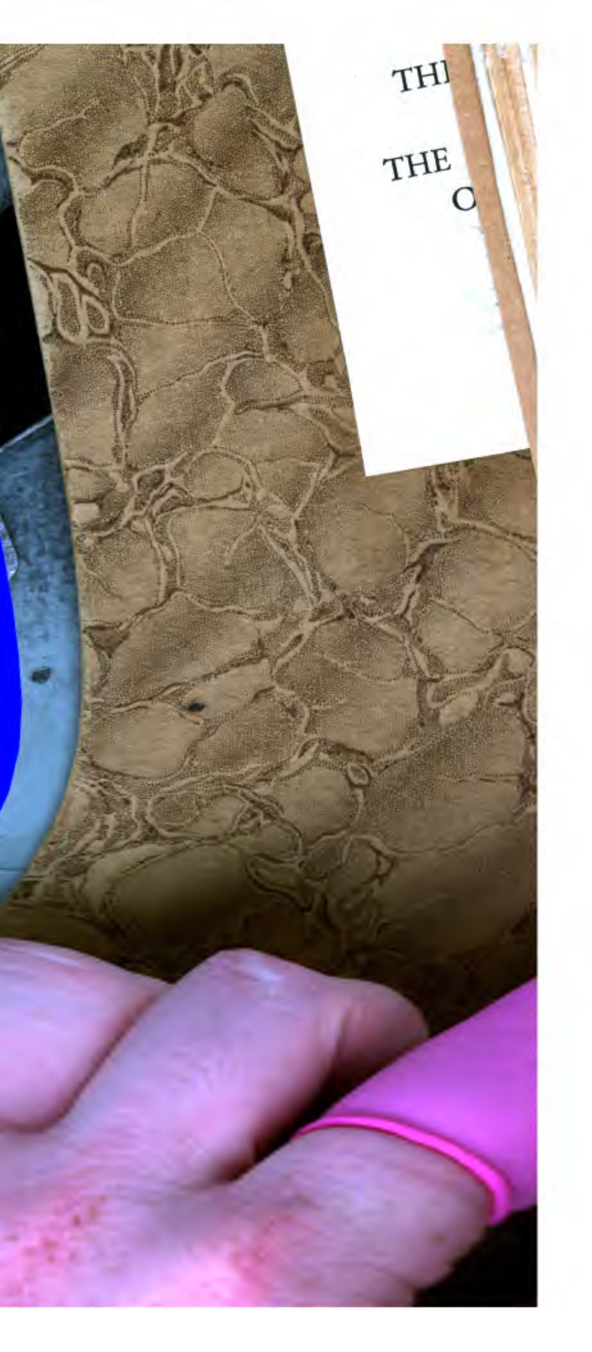
—Pues si ya, el cielo ganando,
Dejaste cárcel tan fiera,
¿Por qué al aire, compañera,
Vas esas lágrimas dando?

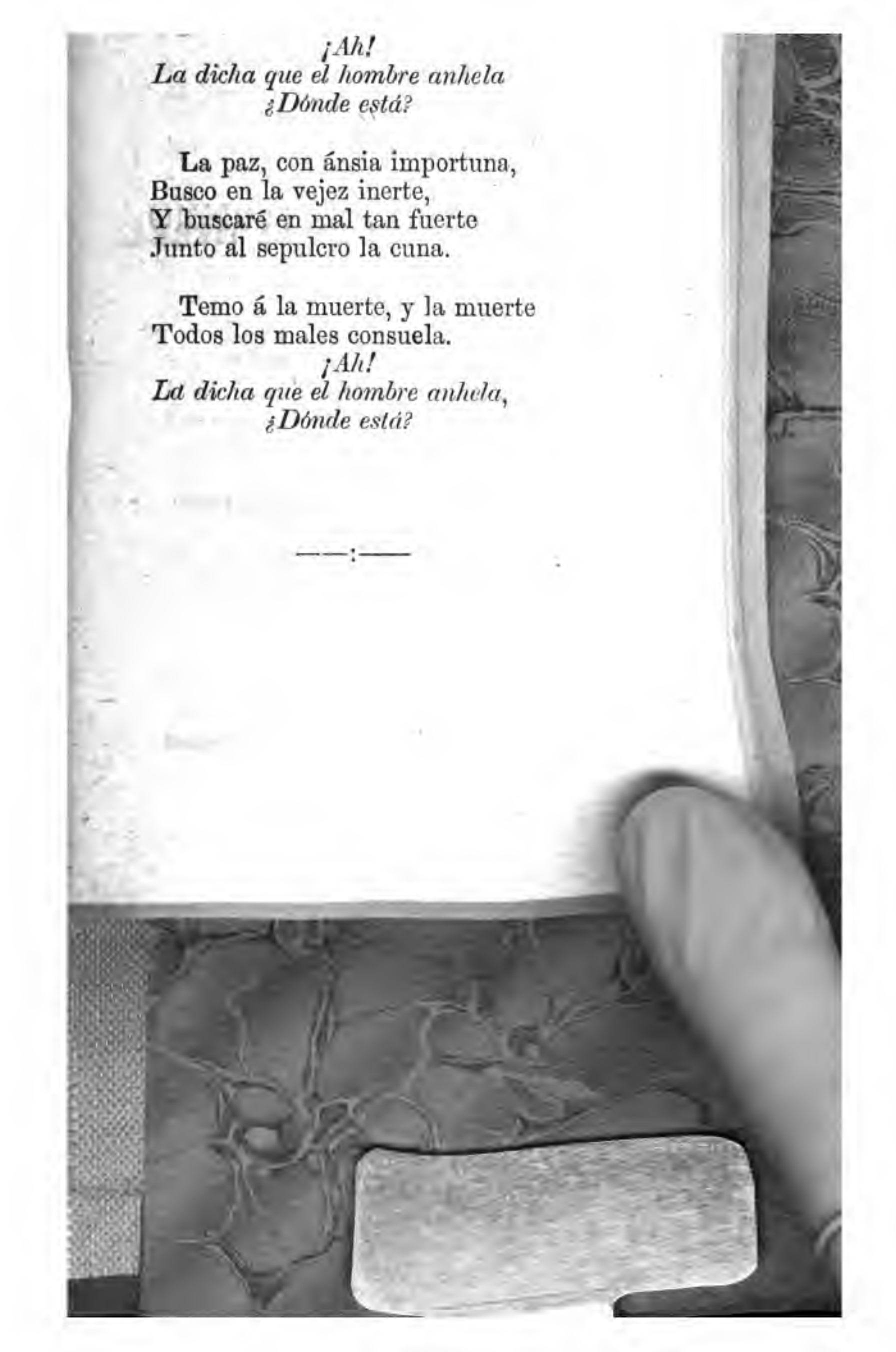
—Porque hay, hermana, en el suelo
Séres que tambien se adoran,
Y que al dejarlos se lloran,
Como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejó escalas,
Y al mundo voy que tú dejas,
Llevemos, pues, tú mis quejas
Y yo tu llanto en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,
Cuando le muestre tu llanto,
Muestra mis ayes en tanto
Al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde
De mi cautiverio el dia,
Queda adios, hermana mia.
-Hermana mia. El te guarde.


THE



¡Ah!
La dicha que el hombre anhela
¿Dónde está?

La paz, con ánsia importuna,
Busco en la vejez inerte,
Y buscaré en mal tan fuerte
Junto al sepulcro la cuna.

Temo á la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

——:——



THI

THE
O

LA VIRTU

Si anoche
A adorar tu
Es porque so
Y me dá el s
¡Pe
Ya le contar
Que, porque

Dijiste hoy á
«¡*Que egoista*

¿Como he
A ver tus ojo

Desde mi casa á tu casa?
Y ¿que pasa
Al hallarnos frente á frente?....
¿Que?... Tú mientes sin guarismo:
Yo lo mismo:
¿El no ir, por consiguiente,
Es virtud ó es egoismo?

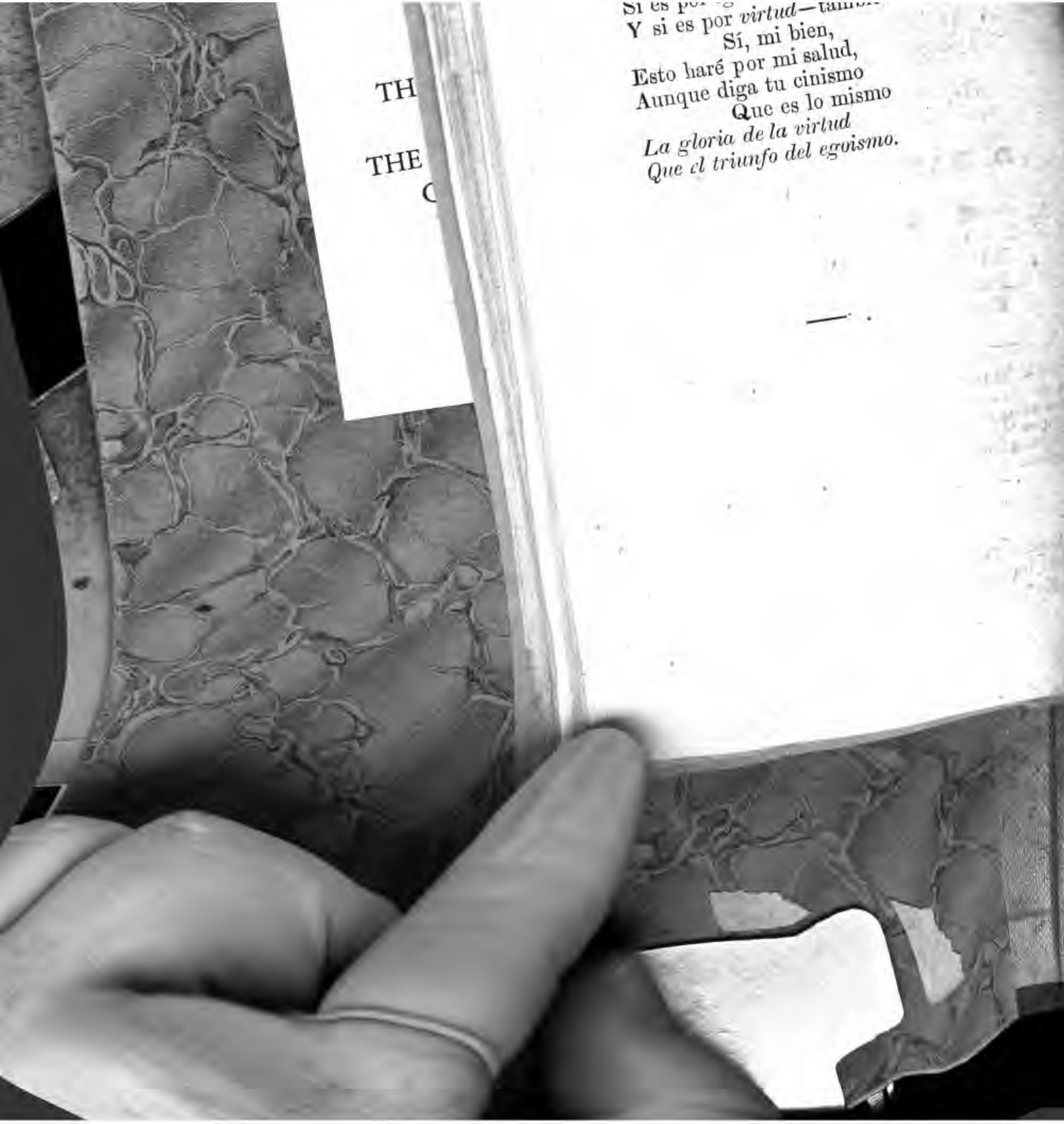
* * *

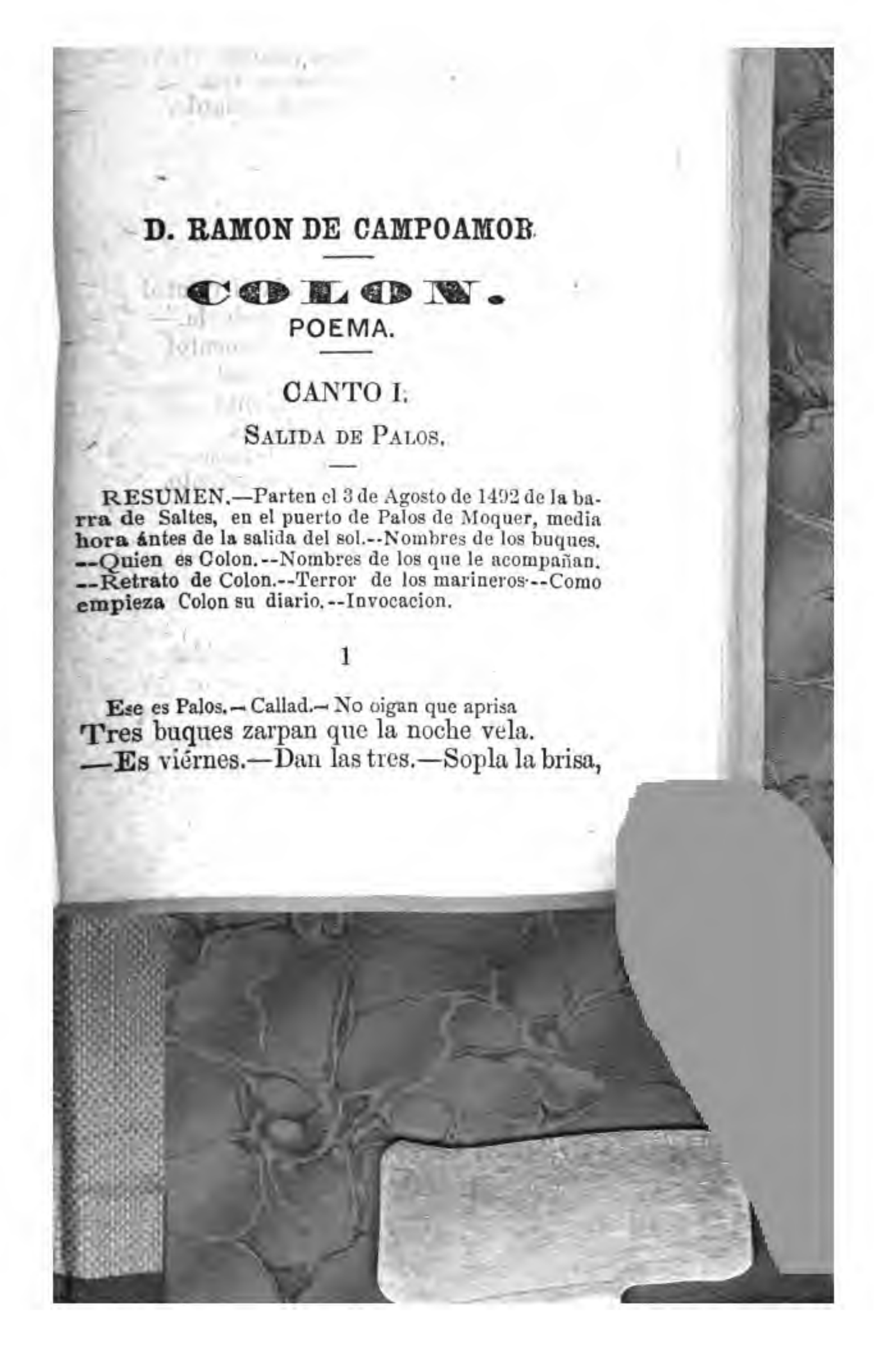
Verbi gracia, el otro dia,
Al verte de mi amor harta,
Puse un bostezo de á cuarta
Entre un «paloma» y un «mia,»
Es falsia
La de bostezar amando;
Mas si hoy, con más pulcritud
Y quietud,
No he ido á amar bostezando,
¿Fue egoismo ó fue virtud?

* * *

Desde hoy, no vuelvo á tu eden
A tomar, Flora, el sereno:




Y si es por virtud—
Sí, mi bien,
Esto haré por mi salud,
Aunque diga tu cinismo
Que es lo mismo
La gloria de la virtud
Que el triunfo del egoismo.



D. RAMON DE CAMPOAMOR

COLON.

POEMA.

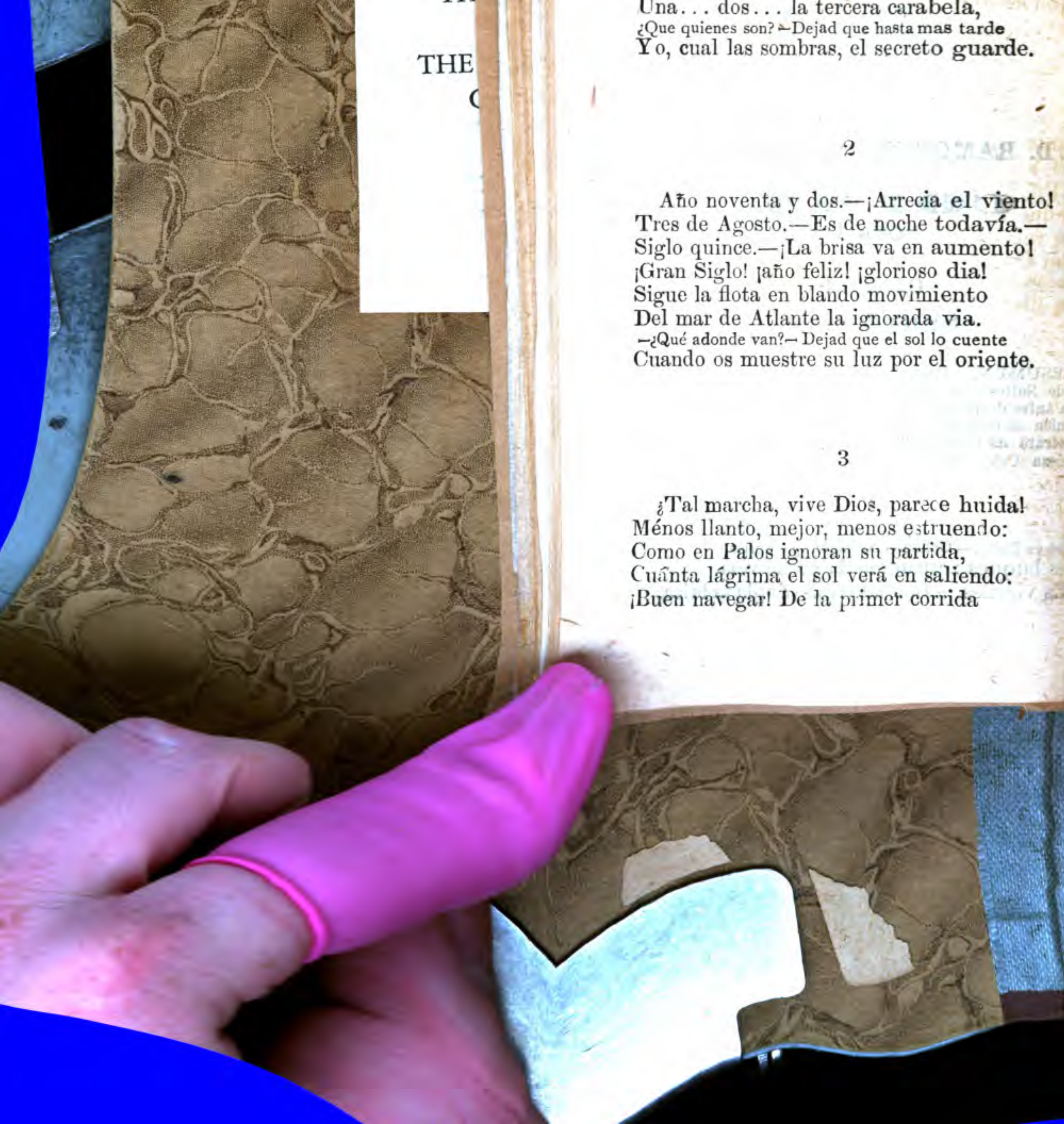
CANTO I.

SALIDA DE PALOS.

RESUMEN.—Parten el 3 de Agosto de 1492 de la barra de Saltes, en el puerto de Palos de Moquer, media hora ántes de la salida del sol.--Nombres de los buques.--Quien es Colon.--Nombres de los que le acompañan.--Retrato de Colon.--Terror de los marineros--Como empieza Colon su diario.--Invocacion.

1

Ese es Palos.—Callad.—No oigan que aprisa
Tres buques zarpan que la noche vela.
—Es viérnes.—Dan las tres.—Sopla la brisa,



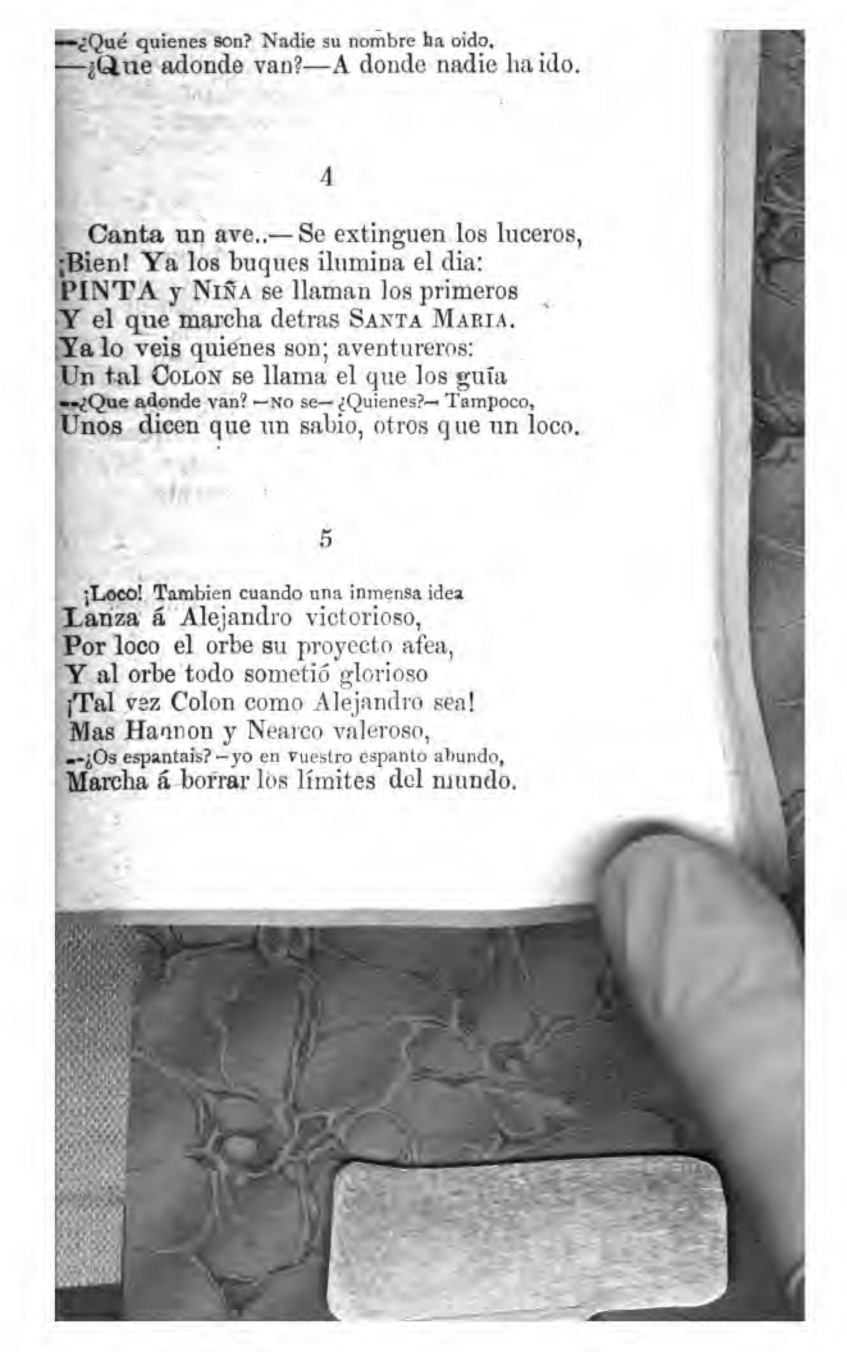
Una... dos... la tercera carabela,
¿Que quienes son? —Dejad que hasta mas tarde
Yo, cual las sombras, el secreto guarde.

2

Año noventa y dos.—¡Arrecia el viento!
Tres de Agosto.—Es de noche todavía.—
Siglo quince.—¡La brisa va en aumento!
¡Gran Siglo! ¡año feliz! ¡glorioso dia!
Sigue la flota en blando movimiento
Del mar de Atlante la ignorada via.
—¿Qué adonde van?— Dejad que el sol lo cuente
Cuando os muestre su luz por el oriente.

3

¡Tal marcha, vive Dios, parece huida!
Ménos llanto, mejor, menos estruendo:
Como en Palos ignoran su partida,
Cuánta lágrima el sol verá en saliendo:
¡Buen navegar! De la primer corrida



—¿Qué quienes son? Nadie su nombre ha oido.
—¿Que adonde van?—A donde nadie ha ido.

4

Canta un ave..—Se extinguen los luceros,
¡Bien! Ya los buques ilumina el dia:
PINTA y NIÑA se llaman los primeros
Y el que marcha detras SANTA MARIA.
Ya lo veis quiénes son; aventureros:
Un tal COLON se llama el que los guía
—¿Que adonde van? —No se— ¿Quienes?— Tampoco,
Unos dicen que un sabio, otros que un loco.

5

¡Loco! Tambien cuando una inmensa idea
Lanza á Alejandro victorioso,
Por loco el orbe su proyecto afea,
Y al orbe todo sometió glorioso
¡Tal vez Colon como Alejandro sea!
Mas Hannon y Nearco valeroso,
—¿Os espantais? —yo en vuestro espanto abundo,
Marcha á borrar los límites del mundo.

6

¿Vamos con ellos?—Sí; dejad el *puerto:*
Aquel que ama la gloria que mé siga.
—¿Qué es largo el viage?— un poco largo es, cierto,
¡Pero sopla la brisa tan amiga!....
¡Ved cual corren con ellos de concierto,
Sin vaiven, sin esfuerzo, sin fatiga,
El sol que luce, el mar que se despliega,
El viento que anda, el buque que navega.

7

Vamos pues. ¡Son valientes compañeros!
Junto á *Rodrigo Sanchez* que está enfrente
Los tres prácticos lucen más certeros,
El buen *niño*, *Roldan*, *Ruiz* el valiente.
Van soldados, grumetes, marineros;
Pedro Gutierrez.... ¡toda brava gente!
Son ciento veinte entre almirante y tropa.
¡Ay! ¿Cuántos de ellos volverán á Europa?

8

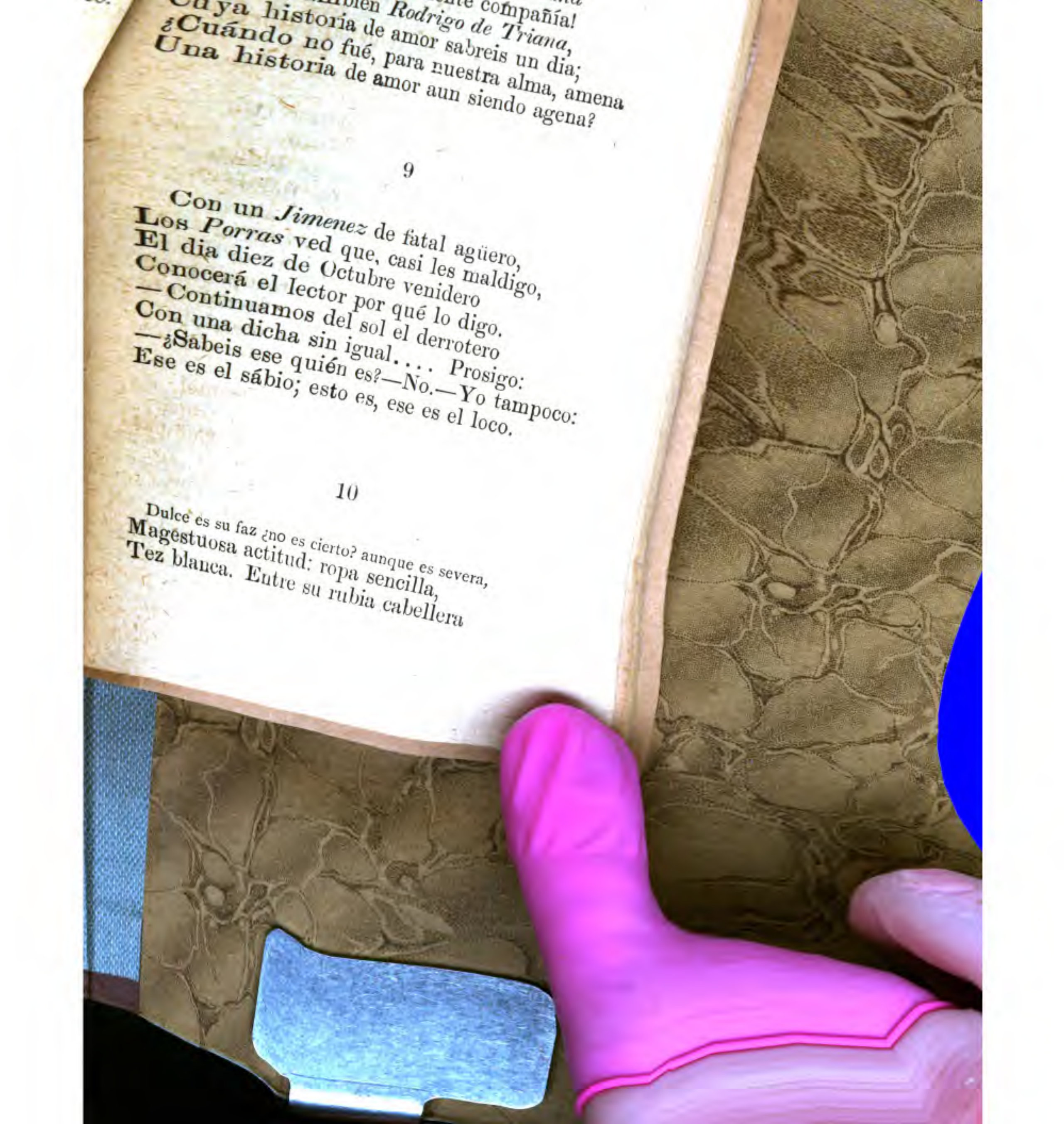
Van los *Pinzones*, gente veterana,
Que uno la *Niña*, otro la *Pinta* guía;



¿Vamos con e
Aquel que ama
—¿Qué es largo el vi
¡Pero sopla la bı
¡Ved cual corren
Sin vaiven, sin e
El sol que luce,
El viento que aı

Vamos pues. ¡
Junto á *Rodrigo*
Los tres práctico
El buen *niño*, *R*
Van soldados, gr
Pedro Gutierrez
Son ciento veinte
¡Ay! ¿Cuántos de

Van los *Pinzo*
Que uno la *Niña*



...ente compañía!
...bien *Rodrigo de Triana*,
Cuya historia de amor sabreis un dia;
¿Cuándo no fué, para nuestra alma, amena
Una historia de amor aun siendo agena?

9

Con un *Jimenez* de fatal agüero,
Los *Porras* ved que, casi les maldigo,
El dia diez de Octubre venidero
Conocerá el lector por qué lo digo.
—Continuamos del sol el derrotero
Con una dicha sin igual.... Prosigo:
—¿Sabeis ese quién es?—No.—Yo tampoco:
Ese es el sábio; esto es, ese es el loco.

10

Dulce es su faz ¿no es cierto? aunque es severa,
Magestuosa actitud: ropa sencilla,
Tez blanca. Entre su rubia cabellera



¡En el nombre de Dios! canto

Aventó con su soplo omnipotente
El palacio de sombras encantado
Donde dormia el sol en Occidente!
Canto al que el ansia hidrópica ha sacia
Del codicioso y viejo continente,
Dando á su afán en perenal tesoro
Sobre islas de coral montañas de *oro!*

—

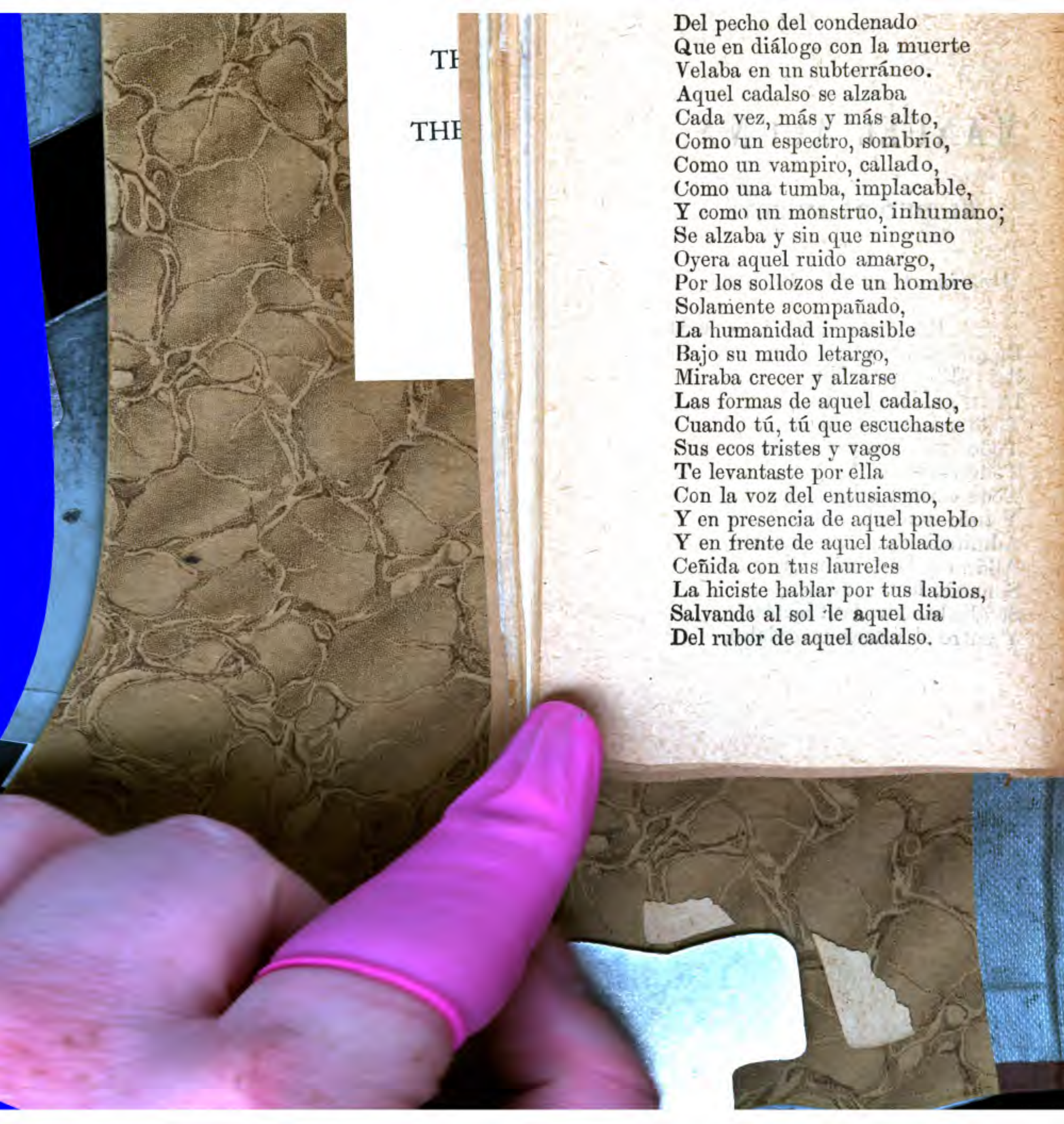


MANUEL ACUÑA.

EL REO DE MUERTE

Al eminente actor D. José Valero.

....Esa noche, ardiendo el pueblo
De animacion y entusiasmo,
Bajo el influjo sublime
De tu genio soberano,
Todo era bravos y dianas,
Todo era vivas y aplausos,
Todo cariño en los ojos,
Todo cariño en los labios,
Y todo flores, laureles,
Admiracion y.... entretanto,
Allá muy léjos, muy léjos,
Sonando lento, pausado,
Se alzaba entre las tinieblas
Y entre el silencio un cadalso,

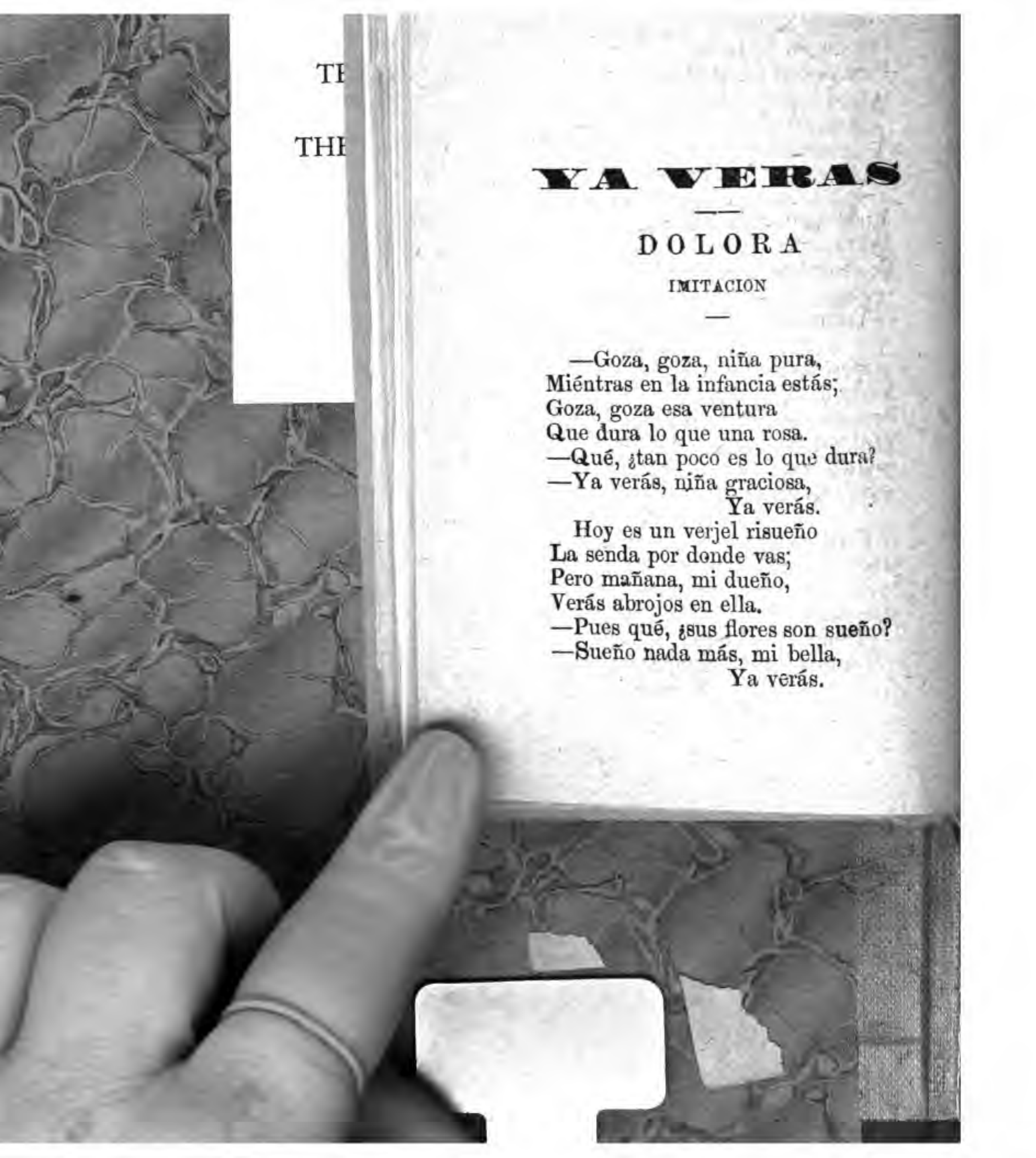


Del pecho del condenado
Que en diálogo con la muerte
Velaba en un subterráneo.
Aquel cadalso se alzaba
Cada vez, más y más alto,
Como un espectro, sombrío,
Como un vampiro, callado,
Como una tumba, implacable,
Y como un monstruo, inhumano;
Se alzaba y sin que ninguno
Oyera aquel ruido amargo,
Por los sollozos de un hombre
Solamente acompañado,
La humanidad impasible
Bajo su mudo letargo,
Miraba crecer y alzarse
Las formas de aquel cadalso,
Cuando tú, tú que escuchaste
Sus ecos tristes y vagos
Te levantaste por ella
Con la voz del entusiasmo,
Y en presencia de aquel pueblo
Y en frente de aquel tablado
Ceñida con tus laureles
La hiciste hablar por tus labios,
Salvando al sol de aquel dia
Del rubor de aquel cadalso.



Yo no sé si ya habrá muerto
Aquel que en su desamparo,
Aun más que unos pocos dias,
Y aun más que unos pocos años,
Pudo gozar la dulzura
De ver á su hijo en los brazos,
Libre del infame nombre
De hijo del ajusticiado;
Pero yo que desde niño
Aprendí lleno de espanto
A aborrecer los verdugos
Y á maldecir los cadalsos,
Dejo á la gloria que entone
Para ensalzarte su canto,
Y del condenado á muerte
Bajo los recuerdos gratos,
En nombre suyo, las gracias
De la humanidad te mando.

1873.



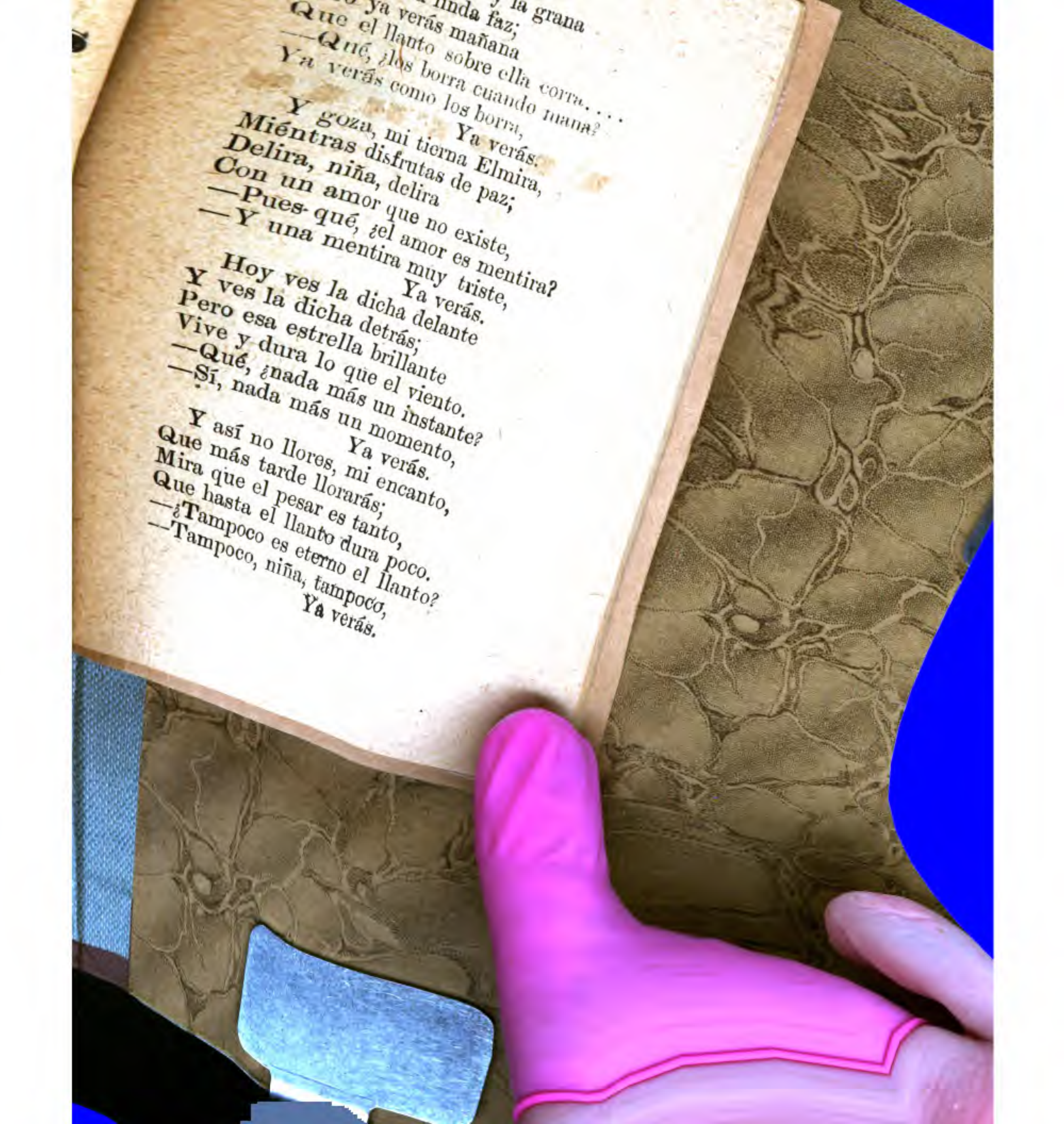
YA VERAS

DOLORA

IMITACION

—Goza, goza, niña pura,
Miéntras en la infancia estás;
Goza, goza esa ventura
Que dura lo que una rosa.
—Qué, ¿tan poco es lo que dura?
—Ya verás, niña graciosa,
Ya verás.

Hoy es un verjel risueño
La senda por donde vas;
Pero mañana, mi dueño,
Verás abrojos en ella.
—Pues qué, ¿sus flores son sueño?
—Sueño nada más, mi bella,
Ya verás.



… y la grana
… linda faz;
… ya verás mañana
Que el llanto sobre ella corra....
—Qué, ¿los borra cuando mana?
Ya verás como los borra,
Ya verás.

Y goza, mi tierna Elmira,
Miéntras disfrutas de paz;
Delira, niña, delira
Con un amor que no existe,
—Pues qué, ¿el amor es mentira?
—Y una mentira muy triste,
Ya verás.

Hoy ves la dicha delante
Y ves la dicha detrás;
Pero esa estrella brillante
Vive y dura lo que el viento.
—Qué, ¿nada más un instante?
—Sí, nada más un momento,
Ya verás.

Y así no llores, mi encanto,
Que más tarde llorarás;
Mira que el pesar es tanto,
Que hasta el llanto dura poco.
—¿Tampoco es eterno el llanto?
—Tampoco, niña, tampoco,
Ya verás.

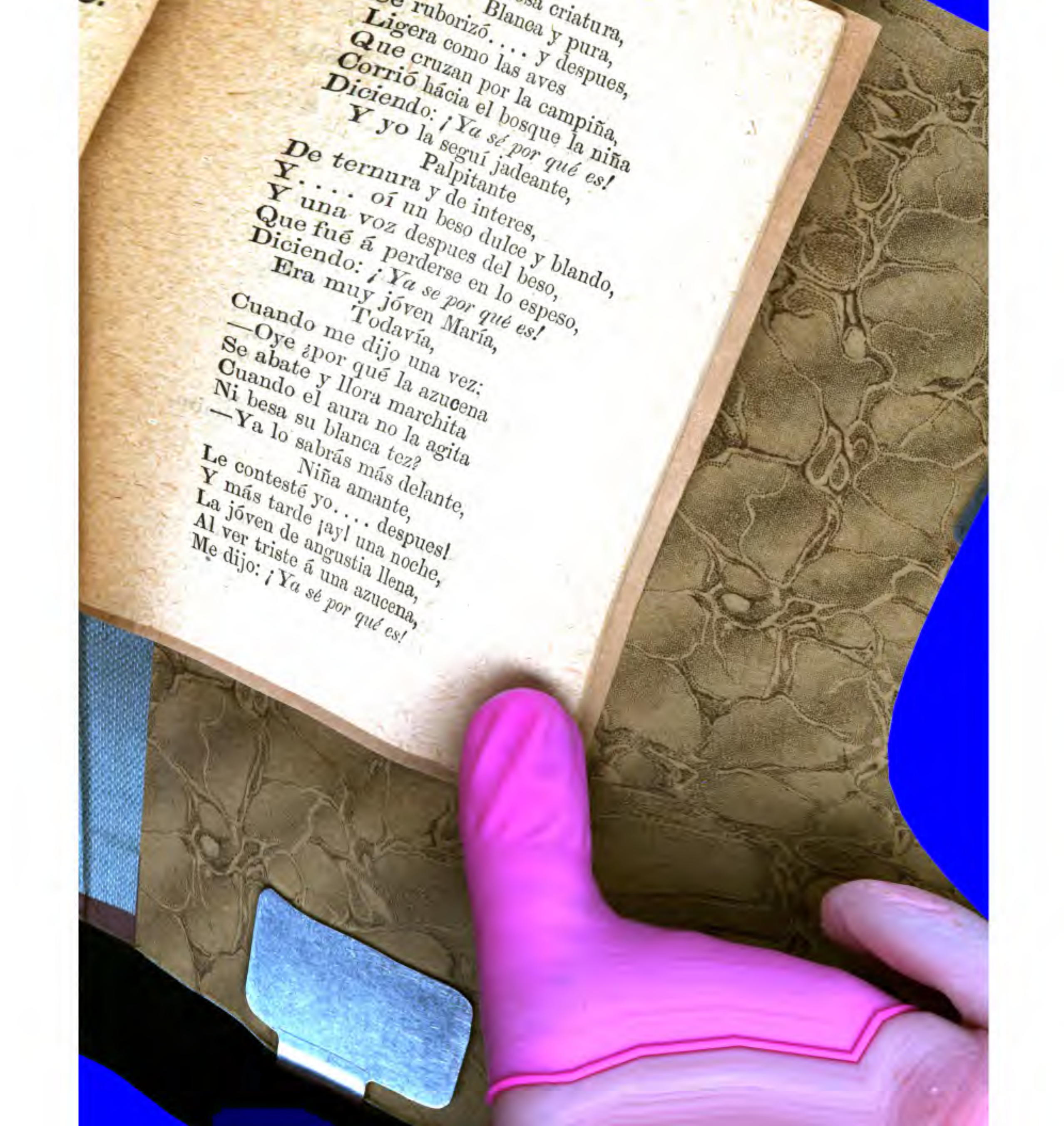


YA SE POR QUE ES.

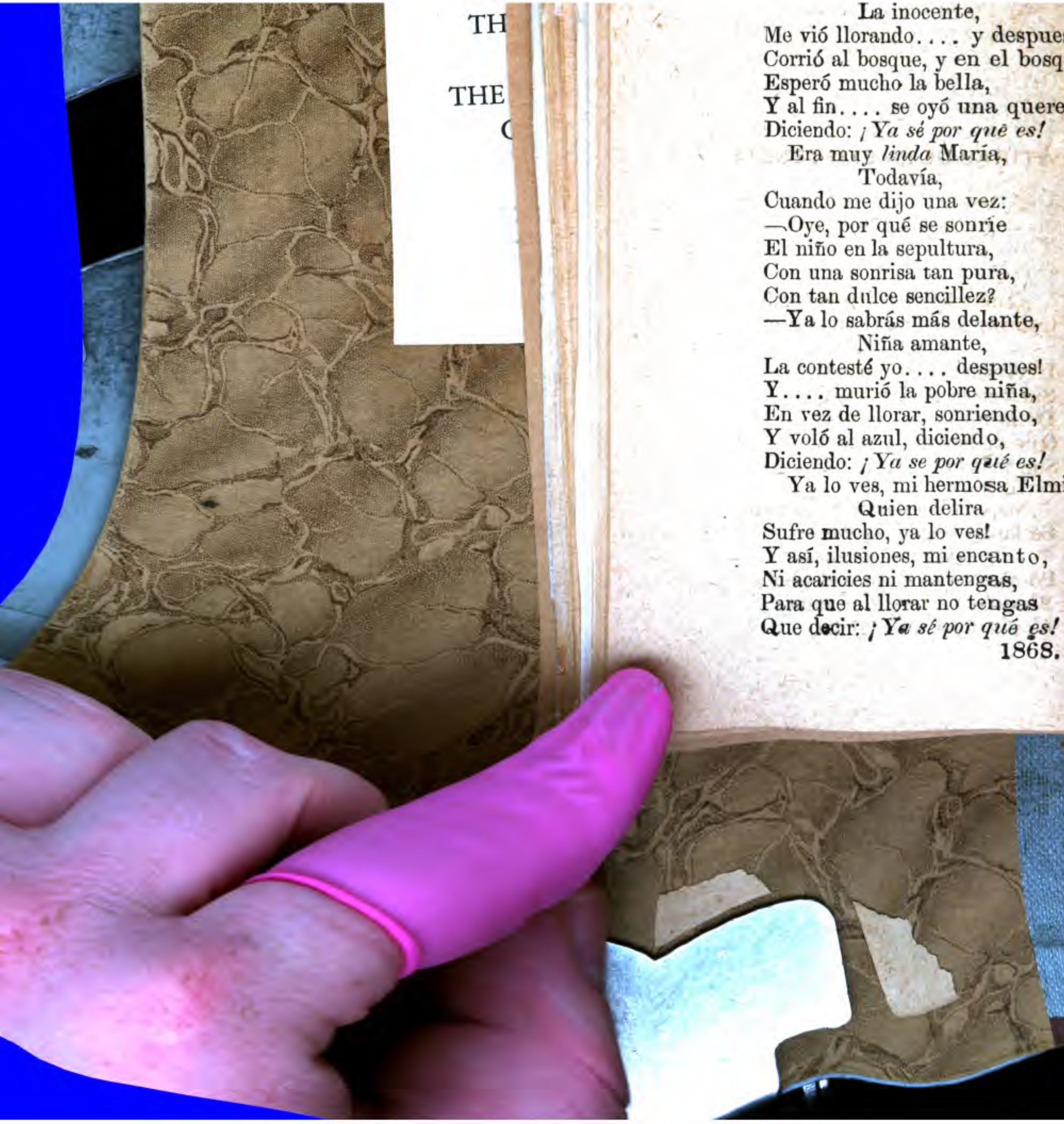
DOLORA.

A ELMIRA

Era muy *niña* María,
Todavía,
Cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por qué se sonrien
Las flores tan dulcemente,
Cuando las besa el ambiente
Sobre su aromada tez?
—Ya lo sabrás más delante,
Niña amante,
La contesté yo.... despues!
Y más tarde, una mañana,
La niña pura y hermosa,
Al entreabrirse una rosa,
Me dijo: *¡Ya sé por qué es!*



sa criatura,
Blanca y pura,
Se ruborizó.... y despues,
Ligera como las aves
Que cruzan por la campiña,
Corrió hácia el bosque la niña
Diciendo: ¡*Ya sé por qué es!*
Y yo la seguí jadeante,
Palpitante
De ternura y de interes,
Y.... oí un beso dulce y blando,
Y una voz despues del beso,
Que fué á perderse en lo espeso,
Diciendo: ¡*Ya se por qué es!*
Era muy jóven María,
Todavía,
Cuando me dijo una vez:
—Oye ¿por qué la azucena
Se abate y llora marchita
Cuando el aura no la agita
Ni besa su blanca tez?
—Ya lo sabrás más delante,
Niña amante,
Le contesté yo.... despues!
Y más tarde ¡ay! una noche,
La jóven de angustia llena,
Al ver triste á una azucena,
Me dijo: ¡*Ya sé por qué es!*



TH

THE

C

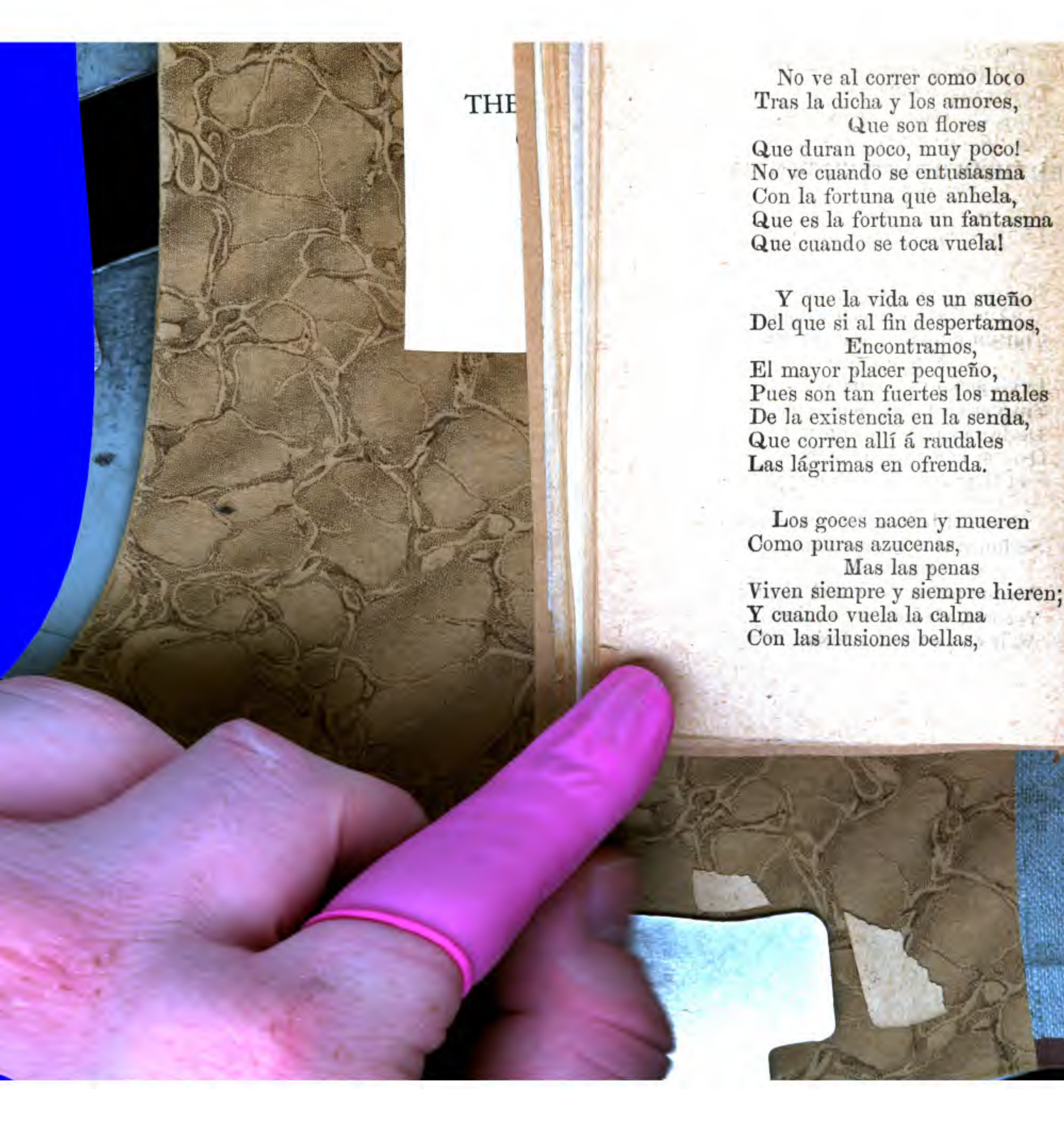
La inocente,
Me vió llorando. . . . y despue
Corrió al bosque, y en el bosq
Esperó mucho la bella,
Y al fin. . . . se oyó una quere
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Era muy *linda* María,
Todavía,
Cuando me dijo una vez:
—Oye, por qué se sonríe
El niño en la sepultura,
Con una sonrisa tan pura,
Con tan dulce sencillez?
—Ya lo sabrás más delante,
Niña amante,
La contesté yo. . . . despues!
Y. . . . murió la pobre niña,
En vez de llorar, sonriendo,
Y voló al azul, diciendo,
Diciendo: *¡Ya se por qué es!*
Ya lo ves, mi hermosa Elmi
Quien delira
Sufre mucho, ya lo ves!
Y así, ilusiones, mi encanto,
Ni acaricies ni mantengas,
Para que al llorar no tengas
Que decir: *¡Ya sé por qué es!*
1868.

MENTIRAS DE LA EXISTENCIA.

DOLORA.

¡Qué triste es vivir soñando
Con un mundo que no existe!
Y qué triste
Ir viviendo y caminando,
Sin ver en nuestros delirios,
De la razon con los ojos,
Que si hay en la vida lirios,
Son muchos más los abrojos.

Nace el hombre, y al momento
Se lanza tras la esperanza,
Que no alcanza
Porque no se alcanza el viento;
Y corre, y corre, y no mira
Al ir en pos de la gloria,



No ve al correr como loco
Tras la dicha y los amores,
Que son flores
Que duran poco, muy poco!
No ve cuando se entusiasma
Con la fortuna que anhela,
Que es la fortuna un fantasma
Que cuando se toca vuela!

Y que la vida es un sueño
Del que si al fin despertamos,
Encontramos,
El mayor placer pequeño,
Pues son tan fuertes los males
De la existencia en la senda,
Que corren allí á raudales
Las lágrimas en ofrenda.

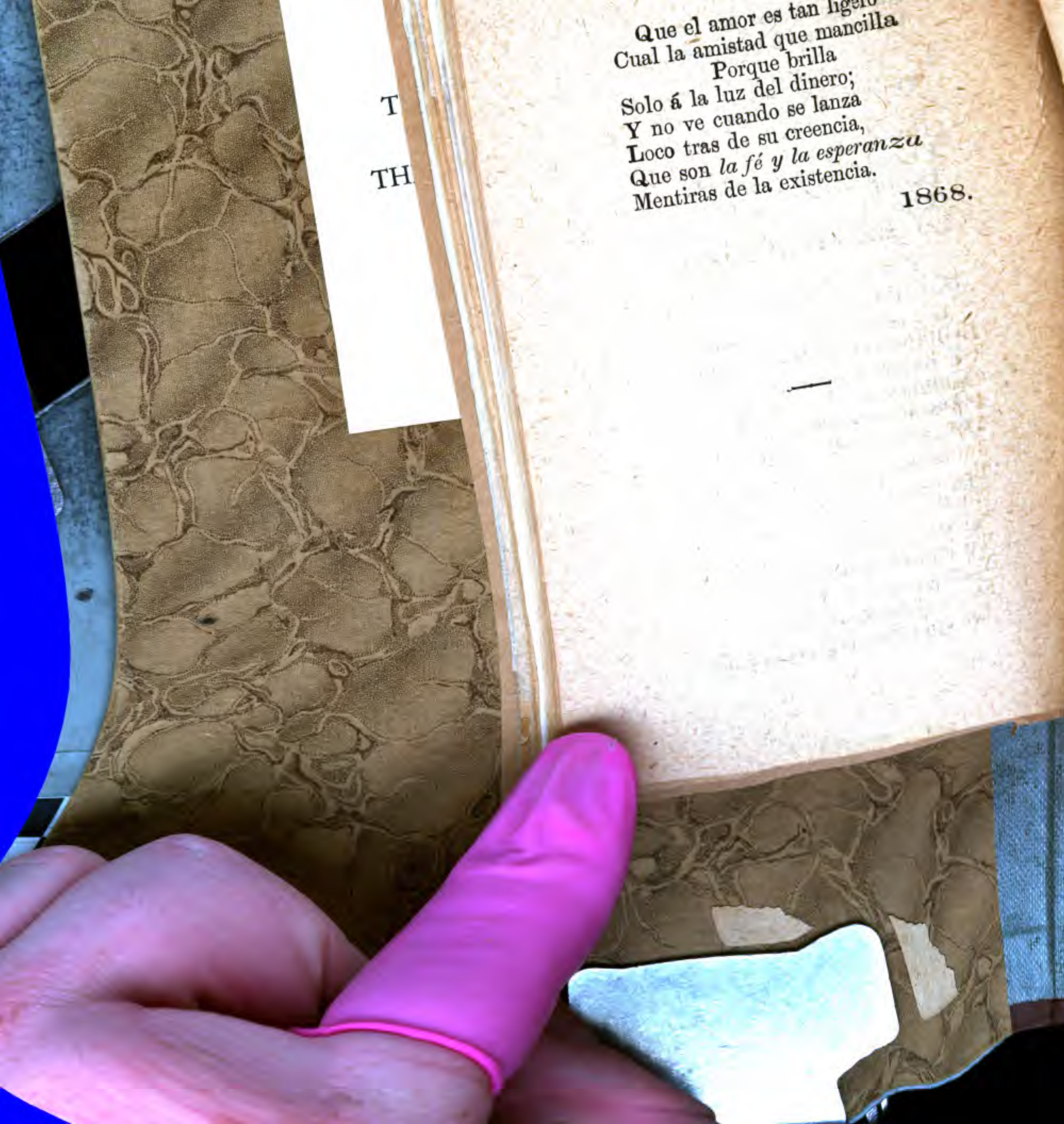
Los goces nacen y mueren
Como puras azucenas,
Mas las penas
Viven siempre y siempre hieren;
Y cuando vuela la calma
Con las ilusiones bellas,



Porque al volar los amores
Dejan una herida abierta
Que es la puerta
Por donde entran los dolores;
Sucediendo en la jornada
De nuestra azarosa vida,
Que es para el pesar «entrada»
Lo que para el bien «salida.»

Y todos sufren y lloran
Sin que una queja profieran,
Porque esperan
Hallar la ilusion que adoran....!
Y no mira el hombre triste
Cuando tras la dicha corre,
Que solo el dolor existe
Sin que haya bien que lo borre.

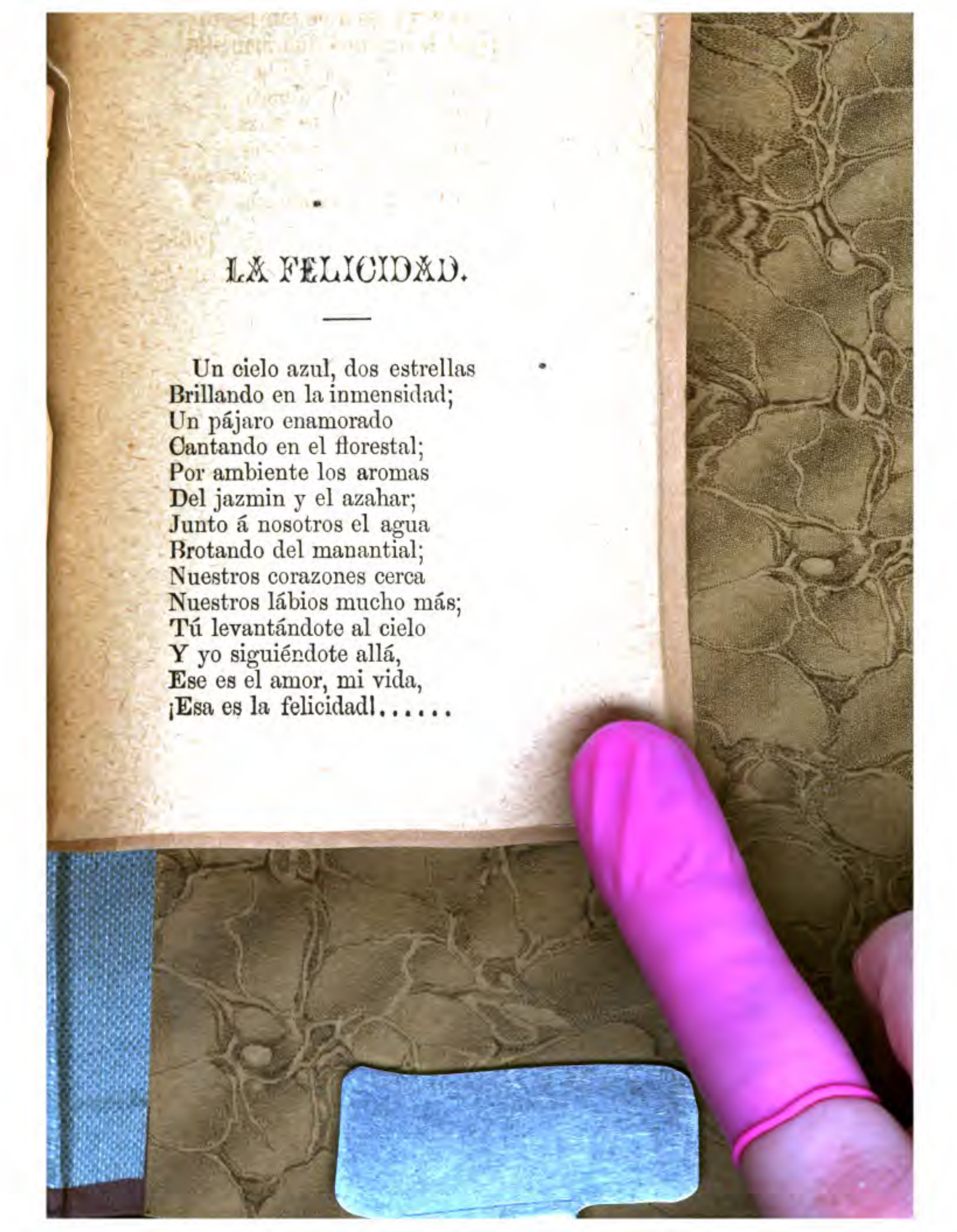
No ve que es un fátuo fuego
La pasion en que se abrasa,
Luz que pasa
Como relámpago, luego;
Y no ve que los deseos
De su mente acalorada
No son sino devaneos,
No son más que sombra, nada.



Que el amor es tan ligero
Cual la amistad que mancilla
Porque brilla
Solo á la luz del dinero;
Y no ve cuando se lanza
Loco tras de su creencia,
Que son *la fé y la esperanza*
Mentiras de la existencia.

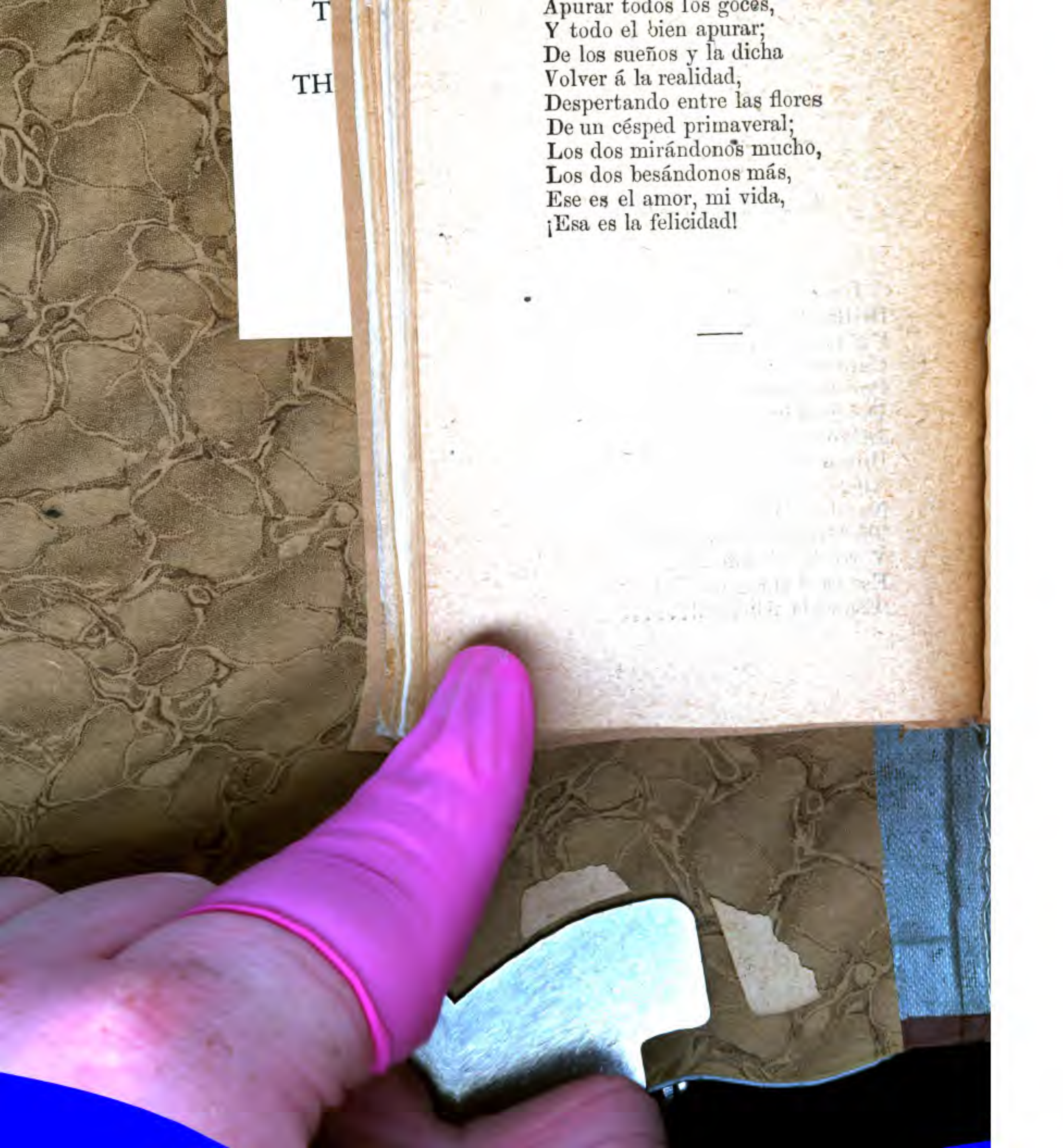
1868.

—

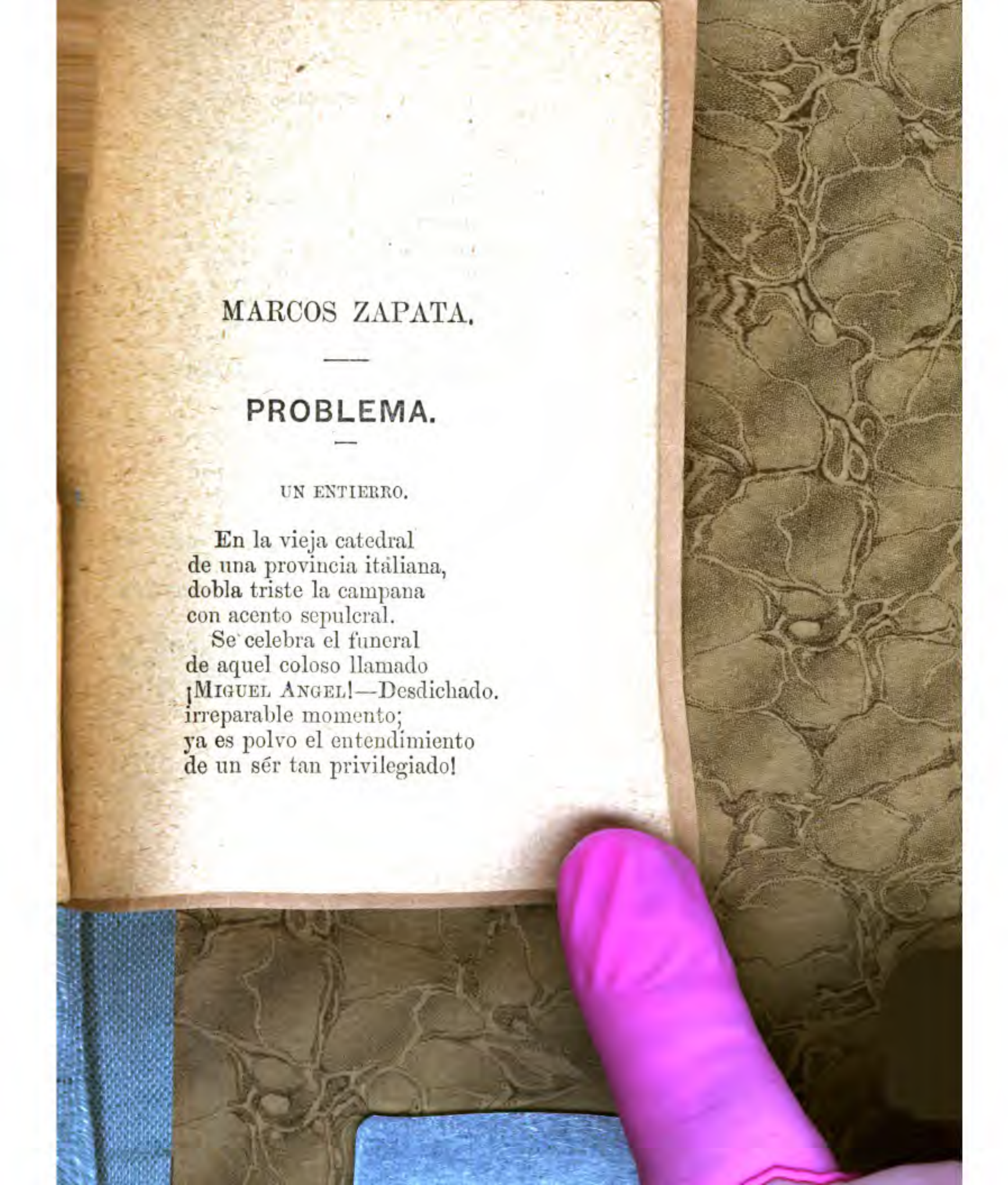


LA FELICIDAD.

Un cielo azul, dos estrellas
Brillando en la inmensidad;
Un pájaro enamorado
Cantando en el florestal;
Por ambiente los aromas
Del jazmin y el azahar;
Junto á nosotros el agua
Brotando del manantial;
Nuestros corazones cerca
Nuestros lábios mucho más;
Tú levantándote al cielo
Y yo siguiéndote allá,
Ese es el amor, mi vida,
¡Esa es la felicidad!......



Apurar todos los goces,
Y todo el bien apurar;
De los sueños y la dicha
Volver á la realidad,
Despertando entre las flores
De un césped primaveral;
Los dos mirándonos mucho,
Los dos besándonos más,
Ese es el amor, mi vida,
¡Esa es la felicidad!

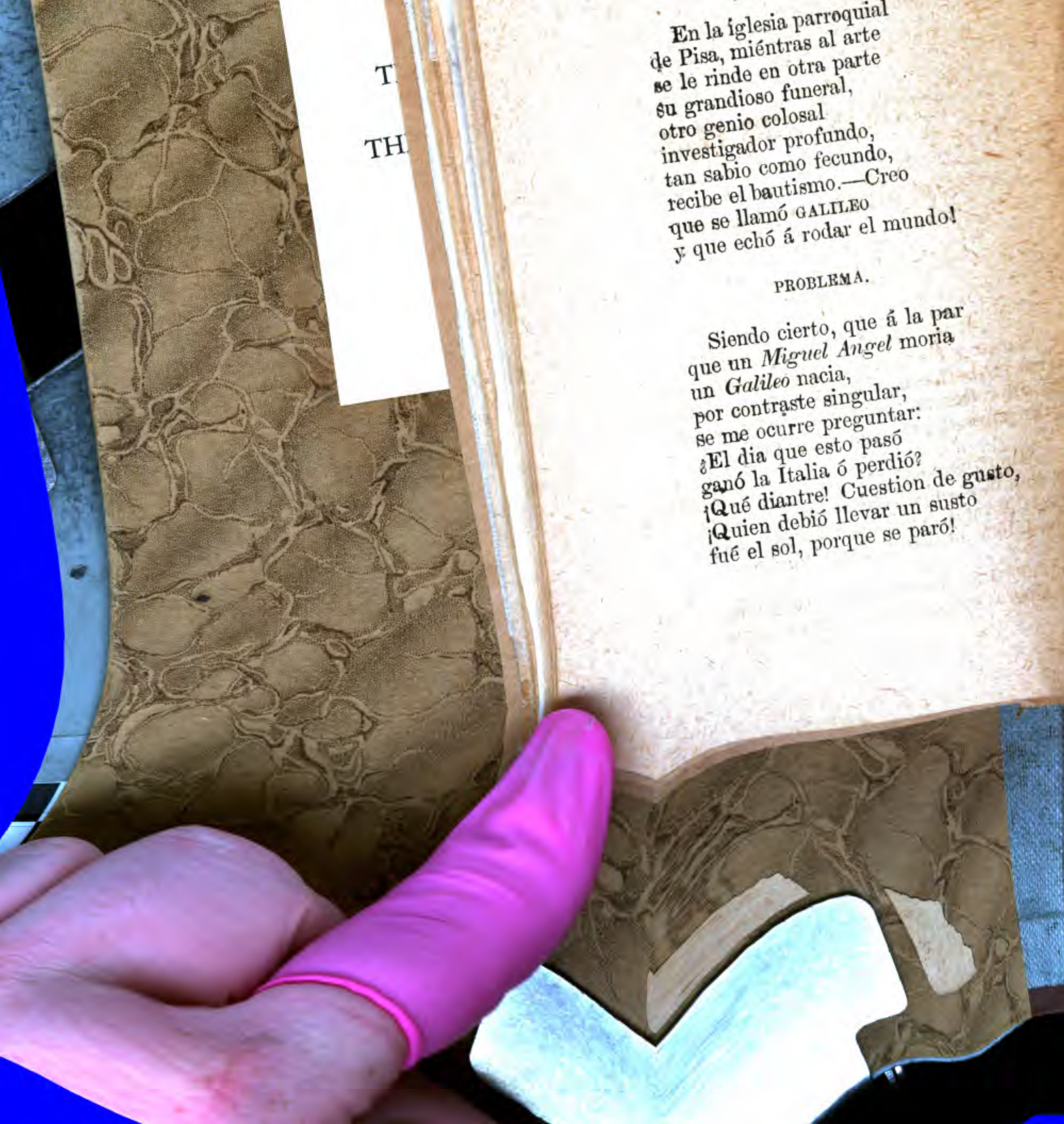


MARCOS ZAPATA.

PROBLEMA.

UN ENTIERRO.

En la vieja catedral
de una provincia itàliana,
dobla triste la campana
con acento sepulcral.
Se celebra el funeral
de aquel coloso llamado
¡MIGUEL ANGEL!—Desdichado.
irreparable momento;
ya es polvo el entendimiento
de un sér tan privilegiado!



En la iglesia parroquial
de Pisa, miéntras al arte
se le rinde en otra parte
su grandioso funeral,
otro genio colosal
investigador profundo,
tan sabio como fecundo,
recibe el bautismo.—Creo
que se llamó GALILEO
y que echó á rodar el mundo!

PROBLEMA.

Siendo cierto, que á la par
que un *Miguel Angel* moria
un *Galileo* nacia,
por contraste singular,
se me ocurre preguntar:
¿El dia que esto pasó
ganó la Italia ó perdió?
¡Qué diantre! Cuestion de gusto,
¡Quien debió llevar un susto
fué el sol, porque se paró!



JUAN DE DIOS PEZA.

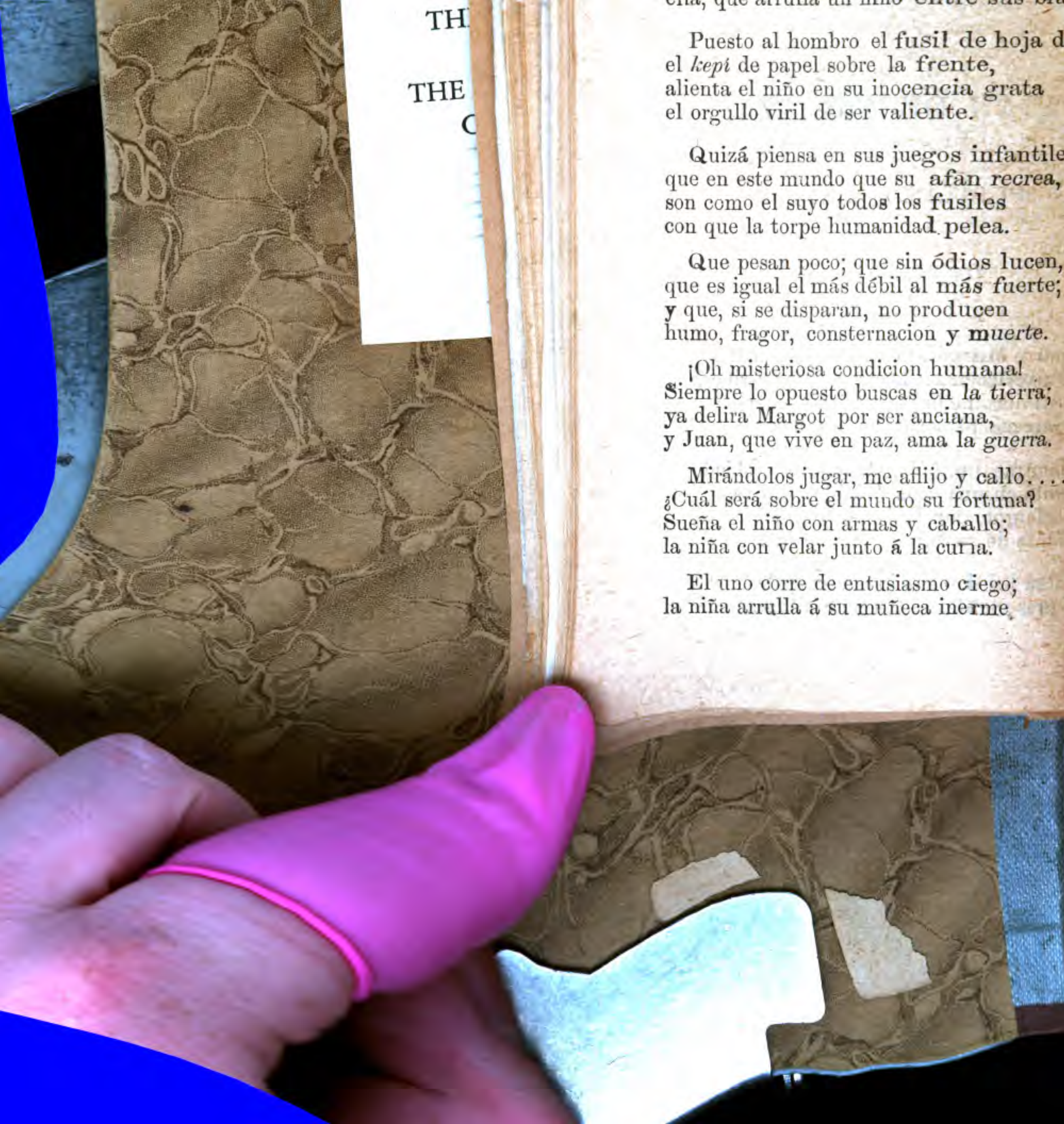
FUSILES Y MUÑECAS

(CUADRO REAL STA.)

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
que embellecen mi hogar con sus cariños,
se entretienen con juegos tan humanos,
que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
y monta en una caña endeble y hueca,
besa Margot, con lábios de granado,
los lábios de carton de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas
y alegres sueñan en tan dulces lazos:



ella, que arrulla un niño entre sus br

Puesto al hombro el fusil de hoja d
el *kepi* de papel sobre la frente,
alienta el niño en su inocencia grata
el orgullo viril de ser valiente.

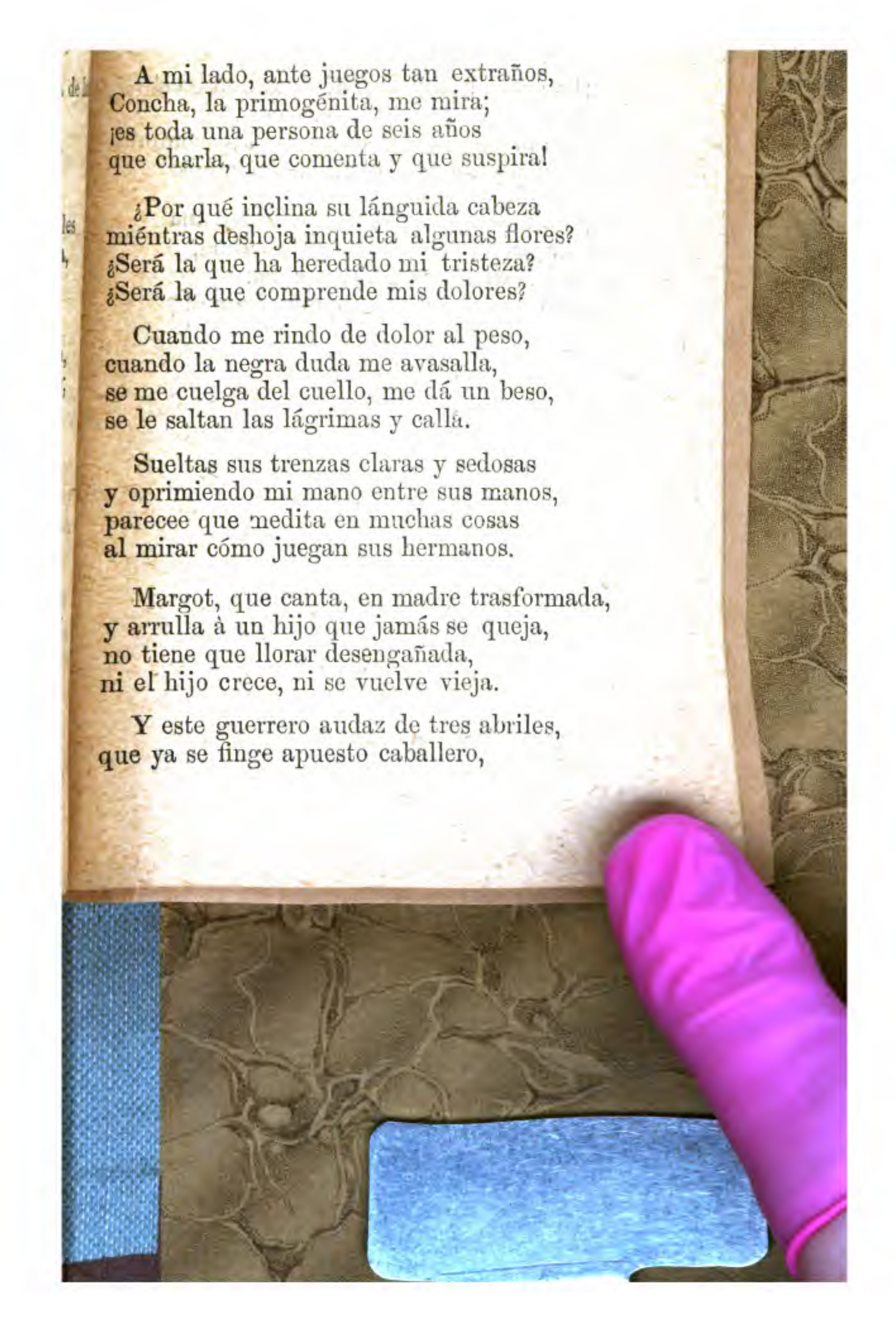
Quizá piensa en sus juegos infantile
que en este mundo que su afan *recrea*,
son como el suyo todos los fusiles
con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco; que sin ódios lucen,
que es igual el más débil al *más fuerte*;
y que, si se disparan, no producen
humo, fragor, consternacion y *muerte*.

¡Oh misteriosa condicion humana!
Siempre lo opuesto buscas en *la tierra*;
ya delira Margot por ser anciana,
y Juan, que vive en paz, ama la *guerra*.

Mirándolos jugar, me aflijo y callo. . .
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?
Sueña el niño con armas y caballo;
la niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego;
la niña arrulla á su muñeca inerme,



A mi lado, ante juegos tan extraños,
Concha, la primogénita, me mira;
¡es toda una persona de seis años
que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza
miéntras deshoja inquieta algunas flores?
¿Será la que ha heredado mi tristeza?
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo de dolor al peso,
cuando la negra duda me avasalla,
se me cuelga del cuello, me dá un beso,
se le saltan las lágrimas y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas
y oprimiendo mi mano entre sus manos,
parecee que medita en muchas cosas
al mirar cómo juegan sus hermanos.

Margot, que canta, en madre trasformada,
y arrulla à un hijo que jamás se queja,
no tiene que llorar desengañada,
ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres abriles,
que ya se finge apuesto caballero,


THE

Amo tus goces, busco tus c
¿Cómo han de ser los sueño
más dulces que los sueños

¡Oh, mis hijos! ¡No quier
turbar jamás vuestra inocen
no dejeis esa espada ni esa
cuando son de verdad, mata

—

MI MEJOR LAURO.

Con sus seis primaveras muy ufana,
Quebrando con sus piés las ojas secas,
Me recitó en el campo una mañana
Mi hija mayor «Fusiles y Muñecas.»

Repitiendo mis versos, no sabia
Que colmaba el mayor de mis antojos:
No me culpeis si oyéndola sentia
Lágrimas en el alma y en los ojos.

¡Bien! exclamé, mi niña me interpreta
Mejor que todos, aunque á nadie cuadre:
Yo juzgarla creí como poeta,
Y la estaba juzgando como padre.

Llegó á la estrofa aquella en que la nombro
Y bajando hácia el suelo la mirada,
Ví de pronto ponerse, con asombro,
Su faz, más que una fre sa, color ada,



T

TH

Y ella me respondió, dándom
—Me callo aquí, porque te qu

Nada valdrá tan cándida re
Para el que en altas concepcio
Medir no pueda, en ocasion cu
Adonde alcanza el corazon de

Puedo deciros la verdad de
Como en mis versos comprend
Por no hacerme sufrir, quedós
Por no verme llorar, miraba a

Yo, alabando el poder de su
Comprendí, perdonadme lo in
Que los mejores lauros de la g
Son los que se cosechan en sec

Vale más á mis ojos, siempr
En la eterna verdad, no en fal
La lágrima arrancada por mis
Que todos los aplausos de los

Negó á mi númen su fulgor
En el drama veraz de mis dol
El fondo de mi hogar es el pr
Y mi padre y mis hijos los act



Que suspendió, turbada, su relato?

Pronto volvió su faz á éstar serena,
Y á brillar en sus lábios la sonrisa,
Porque el placer, lo mismo que la pena,
Pasan sobre los niños muy de prisa.

—Tus versos voy á continuar diciendo—
Y con más firme voz, soltóse hablando:
¡Inocente! los dijo sonriendo,
Y entonces yo los escuché llorando.

Al terminar, sintiendo hecho pedazos
Por el dolor mi corazon ardiente,
Me interrogó, cruzándose de brazos
Y mirándome el rostro, frente á frente:

—¡Ay! dime, padre, cuando tú escribiste
Los mismos versos que de oirme acabas,
¿Por qué estabas mirándonos tan triste?
Al mirarnos jugar, ¿en qué pensabas?

Y ¿por qué?—respondí—tan preguntona
Indagas los misterios de mi lira?
—Porque soy, tú lo has dicho, «una persona
Que charla, que comenta y que suspira.»

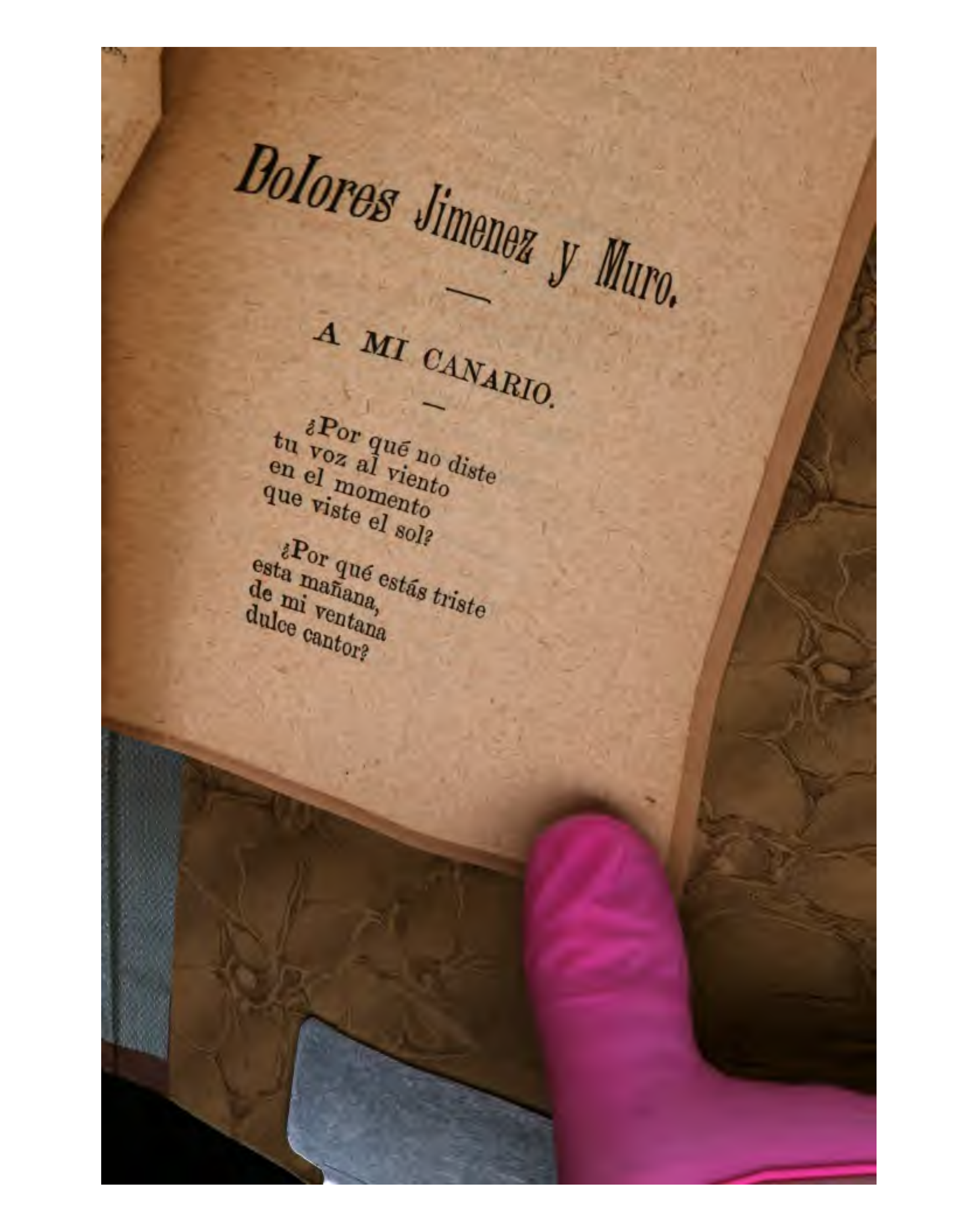


Se le saltan las lágrimas y calla?»

—¡Yo soy! ¡yo soy! me contestó
Y haciéndome olvidar penas y agr
Se me colgó del cuello cariñosa,
Cerró sus ojos y besó mis lábios.

Corrió alegre despues tras otros
Quebrando con sus piés las ojas se
Y dejándome besos y cariños
En premio de «Fusiles y Muñecas.

—



Dolores Jimenez y Muro.

A MI CANARIO.

¿Por qué no diste
tu voz al viento
en el momento
que viste el sol?

¿Por qué estás triste
esta mañana,
de mi ventana
dulce cantor?



tu mal profundo,
porque en el mund
hay que llorar;

Y tú no tienes
para tu duelo
ni aun el consuelo
de un *más allá*. . . .

—

INDICE.

CAMPOAMOR.

DOLORAS.

MANUEL ACUÑA.


TH




DE
ÑA," y en la
COMPAÑIA,
En Méxic
Diez tomo
Idem ide





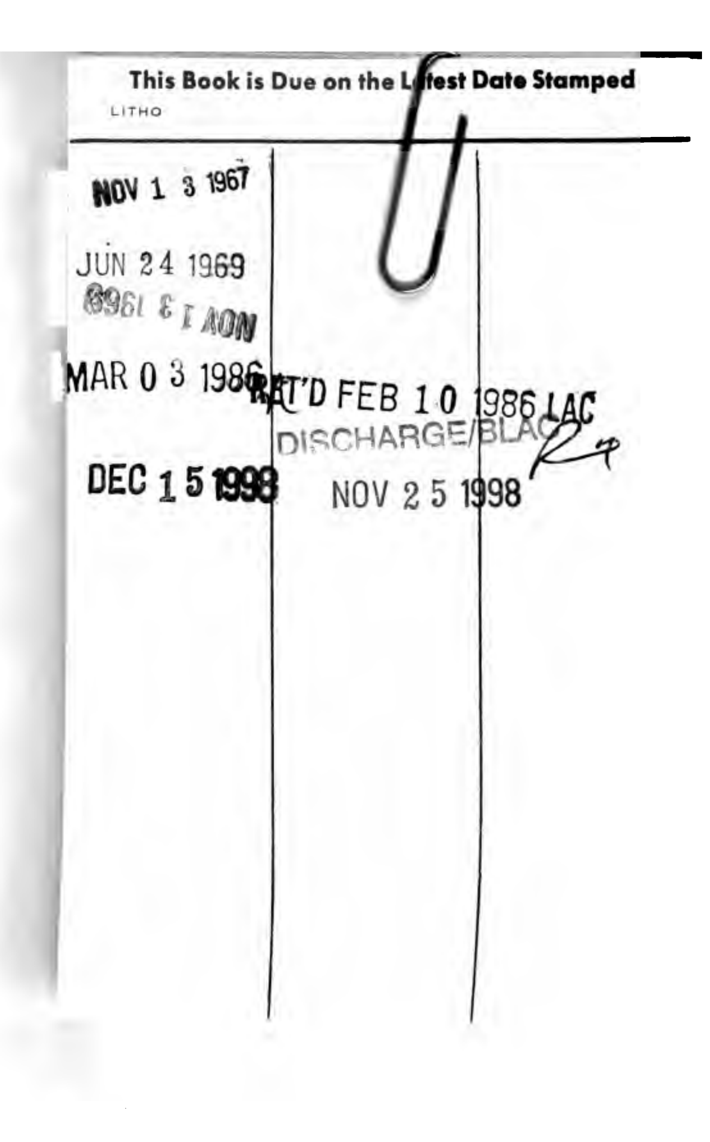




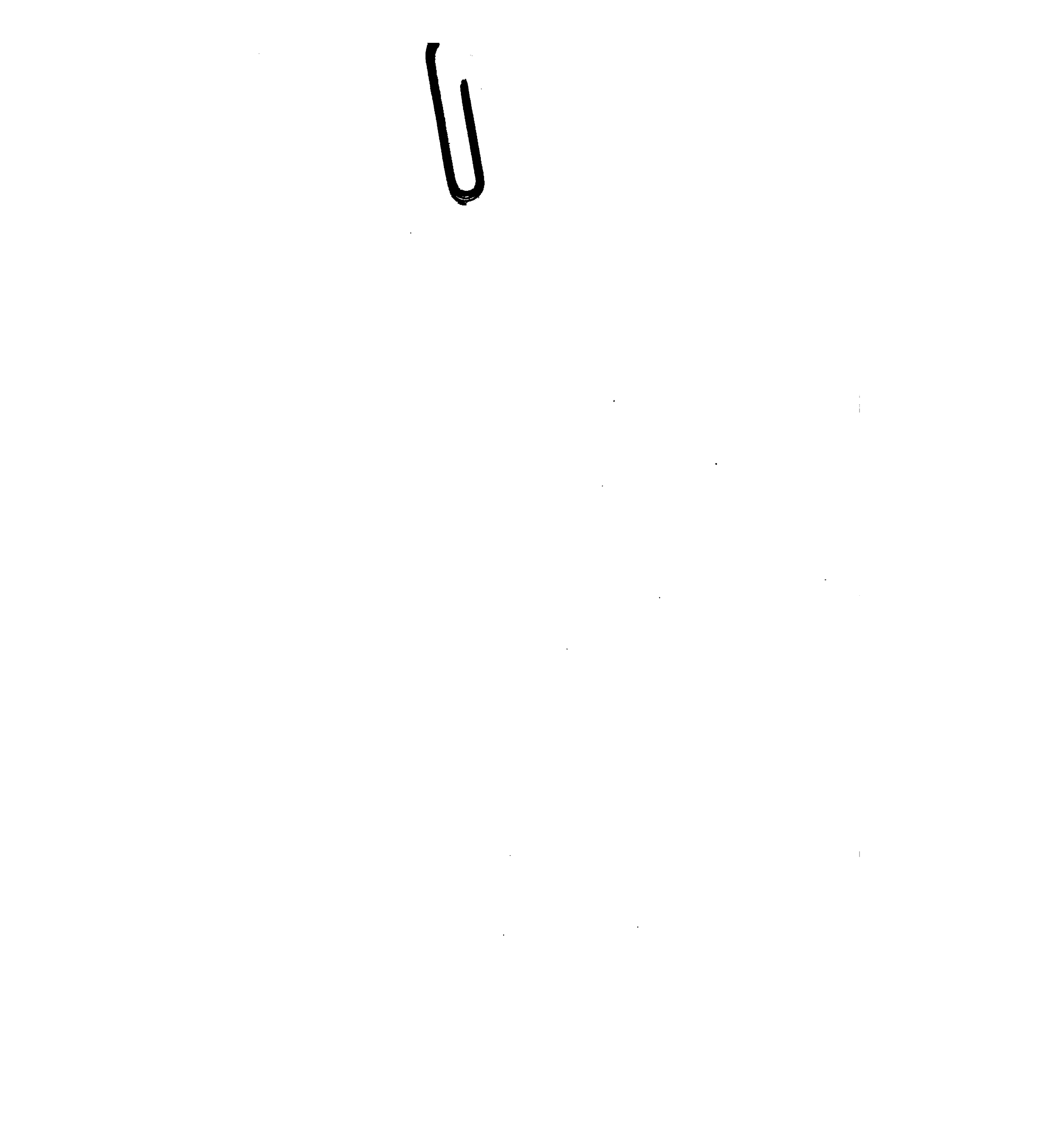


letras mexicanas

62



This Book is Due on the Latest Date Stamped
LITHO
NOV 1 3 1967
JUN 24 1969
NOV 1 3 1968
MAR 0 3 1986
RET'D FEB 1 0 1986 LAC
DISCHARGE/BLAC
DEC 1 5 1998
NOV 2 5 1998



letras mexicanas

62

LA ESPIGA AMOTINADA

La espiga amotinada

JUAN BAÑUELOS: *Puertas del mundo*
OSCAR OLIVA: *La voz desbocada*
JAIME AUGUSTO SHELLEY: *La rueda y el eco*
ERACLIO ZEPEDA: *Los soles de la noche*
JAIME LABASTIDA: *El descenso*

Prólogo de AGUSTÍ BARTRA

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Primera edición, 1960

Av. de la Universidad, 975 - México 12, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

PRÓLOGO

Amistad y coincidencias en la función lírica son en parte la dual justificación que invoco para escribir este prólogo, y un precedente: haber presentado hace algo más de un año a estos mismos cinco poetas jóvenes mexicanos en una página de un suplemento literario de gran circulación. Y he aquí que la eficacia de entonces, suscitada por un solo poema de cada uno de ellos, redunda ahora en un cuerpo de poesía compuesto por cinco libros: *Puertas del mundo,* de Juan Bañuelos, *La voz desbocada,* de Oscar Oliva, *La rueda y el eco,* de Jaime Augusto Shelley, *Los soles de la noche,* de Eraclio Zepeda, y *El descenso,* de Jaime Labastida, en una avanzada cuya marcha se encuentra bajo el signo de la fraternidad. Ser augur de un futuro es como lanzar un dado en la oscuridad. No fui esto. Sólo me limité a leer los signos, y creí. He de decir, sin embargo, que ni amistad ni coincidencias bastarían ahora para moverme —ni hubieran bastado en la anterior ocasión— si no tuviera la certeza de que este libro común afirma el valor del espíritu en función de libertad y, más allá de su carga de imágenes, sangres y savias, reivindica el derecho de la poesía a ser acontecimiento. La visión que acerca lontananzas es la misma que penetra profundidades.

En mi citada presentación decía, tras haber constatado que el tema central de los cinco poetas era el del hombre: "Así, la consecuencia primera de esta toma de posesión trascendental consistirá en el ahondamiento de una conciencia de disponibilidad para mayores nacimientos en un mundo de militancia histórica en el cual

el tiempo no correrá sobre sus propias huellas sino que se abrirá continuamente hacia adelante, y ser hombre sólo será posible entre otros hombres, sin que esa *hombredad* pueda ser menguada por lo trágico-temporal del ser ni por el sentimiento de nuestra orfandad en el cosmos. El hombre que *es* pero a quien el serlo no basta, se fuerza a decisiones vitales y espirituales en que el quehacer poético se utiliza como elemento de comunión y de amor. La palabra será posesión y entrega, siempre acto del espíritu, codificación de experiencias trascendidas. Tal espíritu, cuando vertebra una poesía, implica respuestas y anunciaciones de autenticidad, luz y esperanza que van más allá del hecho estético. Escuchadores de los orígenes, Sísifos de los retornos, mineros en la entraña de la circunstancia, en soledad acompañada o místicos de la realidad, los poetas del hombre podrán ser poetas de cruz pero no de encrucijada, y desde su acontecer se hundirán en el mito y morderán las raíces. Lejos de las palabras muertas y de cuerpo presente, nos darán el verbo de cuerpo palpitante, una poesía de la vida..."

En conjunto, la poesía de estos cinco poetas está en relaciones, buenas o malas, con la realidad. Y de ahí que, fundamentalmente, sea una poesía de temas. Se advierte una decidida repugnancia contra el poema corto —no hay ni un soneto, y tentado me he sentido de decir *afortunadamente*— y contra el juego estético como finalidad en sí misma. Nada de "escritura de ingenio" en el sentido que definió Dryden: "La composición de todo poema es o debiera ser una cuestión de ingenio, e ingenio en el poeta, o escritura de ingenio, no es

otra cosa que la facultad de la imaginación en el escritor, la cual es como un ágil perro de aguas que recorre venteando de un lado a otro por el campo de la memoria, hasta que surge la presa buscada..." Dentro de su singularidad, fuerza y variedad, cada uno de los cinco libros es como un largo poema estructurado por exigencias internas de unidad orgánica, como una gran imagen expandida que brota de experiencias, no de simples sentimientos, y en este sentido solamente, tan opuesto al de Dryden, podrían responder a la gran lección de Rilke: "Los versos no son, como creen algunos, simples sentimientos: son experiencias. Para escribir un solo verso es necesario haber visto muchas ciudades, hombres y cosas; es necesario conocer a los animales y el modo como vuelan los pájaros y saber qué movimientos hacen las pequeñas flores al abrirse por la mañana... Hace falta tener recuerdos de muchas noches de amor, cada una de ellas distinta de las otras, de gritos de parturientas y de paridas leves, blancas y durmientes, que se cierran. Es necesario también haber estado junto a los moribundos, es necesario haber permanecido sentado junto a los muertos, en la habitación, con las ventanas abiertas y los ruidos que irrumpen como golpes. Y tampoco basta tener recuerdos. Es necesario saber olvidarlos cuando son muchos, y hay que tener la inmensa paciencia de esperar que vuelvan. Pues los recuerdos mismos no son todavía esto. Hasta que no se convierten en nosotros mismos, y son sangre, mirada y gesto, cuando ya no tienen nombre y forman parte de nosotros, hasta entonces no puede suceder que, en una hora muy rara, se eleve del centro de ellos la primera palabra de un poema."

Los conceptos de Dryden y Rilke son irreconciliablemente antagónicos, y ello porque el del primero ni siquiera roza la verdad central de la poesía. En cambio, Rilke es complementado por Keats, cuando éste afirma que el poeta es lo menos poético de la existencia, ya que carece de identidad desde el momento en que se ve continuamente en la necesidad de ocupar el cuerpo de otro. Ambos vienen a decir que el poeta es *nadie* porque tiene la facultad de *ser todo el mundo,* y que su sentido total de la existencia es la sabiduría del ser puro. Sólo a partir de aquí será posible la creación de una poesía-acontecimiento a que me he referido antes y el verso se salvará porque "la parole est soudaine et un dieu qui tremble." Así, ¿pueden dedicarse a cultivar estéticas evasivas quienes son presa de la conciencia de que hay una noche en el mundo que se llama verdugo y que es necesario crear la gran esperanza levantando el suelo empedrado de buenas intenciones del infierno? Sé que con credos puede escribirse mala poesía, pero no puedo creer en una poesía que no cree.

Bañuelos, Oliva, Zepeda, Shelley y Labastida están dentro de una poesía cuyo espíritu se adhiere al destino del hombre. Porque son alma y mundo a la vez, están abiertos y avanzan, como los ríos, recibiendo las afluencias e influencias de su tiempo, es decir: heredan. No hablaré de ellas, porque no peso ni mido. Por otra parte, también las tuvo Homero. No cabe duda de que estuvo muy influido por los dioses. Están ahí con el peso, alegría, dolor y fatalidad de un nacimiento en esta hora de México a la que dan un temblor inaugural. Todos desconfían de la inmortalidad, en su profunda manera

de iluminar temporalidades, de ser país y universo, de poner la cabeza sobre el vientre de una mujer llamada Tierra, de cantar sollozos y llorar alegría, enamorados aurorales de montañas y ríos, o asomados a la ventana azul de la infancia, o mordiendo la cornamenta roja de la ira, o deteniendo un tren nocturno con una mano de trigo, de yunta a metáfora, de corazón a ojo, de venado del sur a mares que empuñan veletas. Ahí están.

Ahí va Juan, diciendo:

> ¡Oh pueblo mío! Te reconozco en la riente sal donde gorjea la alegría, donde todo regreso es volver a encontrar y toda inocencia es siempre anterior: crecida de aguas antiguas.
>
> ¿Quién entre la multitud dirá que bajo el oro de la noche cae una asechanza pétrea, y que en la frente del poseso fermenta el caos y la eternidad?
>
> . . . .
>
> Un hombre como yo dentro de mí viaja en mi sangre, y sabe de fundaciones de ciudades, de riberas frescas, de ríos lentos como el remar de los canoeros, de calles y de casas idénticas al corazón del hombre.
>
> . . . .
>
> Y así es como mi alma queda escrita, tatuada y seca como el cuero de un enorme tambor que han de batir mañana.

Un silbo órfico atraviesa su verbo y da en el corazón de la ceiba de sus visiones. Una poesía que se integra, por violación lenta, las metamorfosis de una reali-

dad fecundada por la dialéctica simbólica del espíritu. Como el cereal, tiene enterrada paciencia, mas estalla para nacer. No sólo de metáforas vive esta poesía: imágenes, imágenes, imágenes, sí, pero como luminosas esclavas que llevan a cuestas su bulto de sabiduría y misterio. Lo rodean dioses telúricos mientras interroga a la huella del viento en su alma y la estrella de Quetzalcoatl baja a endulzar en sus labios su canto del Hombre, donde laten los atabales del futuro.

Oscar, un día, enfermo de ciudad, de tos y de ira, comienza a decirnos, conmovedoramente, presa de una nostalgia de niño de mil años:

Quiero irme a mi pueblo, lejos, muy lejos.
Volver a mi casa donde mi ventana está pintada
de rojo
y el frío marcha por las noches como un soldado
cubierto de niebla.
. . . .
Me subo a mi cabeza:
y desde ahí vigilo al horizonte que agita su bandera
azul . . .
. . . Saca del hombre un hermano, un amigo;
saca de la mujer una hermana, un vientre hecho
paloma.
Enciéndete en la más pequeña hoja de la luz,
corta la cabeza de una escoba,
corre,
escóndete, azuza tu esperanza.

Es una poesía en cuyo flanco está hincado el buitre de

Prometeo. Desgarramiento, exasperación y ternura: trueno social, paloma y bandera. Con labios de musgo habla al agua lentamente, desde el sueño, de la golondrina del dolor, del muñón de la miseria. La soledad es para él una de las peores formas de la muerte, y en su furor abofetea las mejillas de las campanas. Es una poesía que se pega fuego a sí misma, se pega puños, se pega estiércol luminoso, y calendarios, y patadas de viento, y caricias de pastos... ¡Qué doliente salud la de esta voz en cuyos pozos hay una quietud de lluvia rural y un silencio de herida que se cierra!

Jaime Augusto hila sus difíciles aguas subterráneas:

Y sin embargo,
soy, también, aquel que, tendido a la vera de los
campos,
ha sido el canto de la tierra
cuando el primer tallo de maíz
surgía en los ojos de los cuervos...
. . . .
Y fuimos así,
hombres y gusanos, como siembras y sequías,
nuestro origen:
esperábamos,
tendidas las manos pesadas de rencores...
madurez de tierra virgen poseída en tibios rayos
invernales,
¿dónde el parto de la tierra?

Canta una realidad que no se reconoce ante el espejo, unos asombros que son los ritos de la luz frente al árbol

maniatado. Duerme brazos grises, pasos vacilantes, oráculos que anidan en pupilas de ceniza, adioses de cabellera de doncella, y despierta para volver a construir el puente del grito de sus esperas e interrogaciones: cuna donde las horas mecen a la mazorca de oro del día. Muerto está, viene a decirnos, quien no cree en el reino donde una lágrima puede ser un martillo y un relámpago la vertiginosa espada del amor.

Ahí viene Eraclio con su voz de yunque y su látigo de luciérnagas:

Y sé también que mis cabellos
son un coro de musgos que se tienden
a cantar sobre la tarde.
Y sé, también, que con mis labios
puedo besar a todo el universo,
y dejar después, tan sólo,
un sabor a ceiba y hierbabuena.
Y sé, también, yo lo aseguro,
que puedo plantarme en este pecho
un grupo de sabinos viejos,
y echarme a caminar como un arroyo.

¡Oh dulce herrero de sus auroras de gallos! Se encabrita el verbo bajo los gavilanes de la claridad de panal del mundo: huele a tiempo de madreselva y a sudor de bueyes entre fogatas. ¡Ohé! ¡Vientoooo...!, grita esta poesía, abriendo las piernas a la dorada ráfaga genésica. Trotan los potros por los trigales cuando el día inclina su frente ceñida por un enjambre dormido. ¡Viene, viene el fuego: nahual de amapola que escucha al grillo que

guarda dentro de su mano cerrada! La tortuga de la noche baila sobre el inmenso desove de lunas y un boyero astral vaga cantando entre las altas hierbas. ¡Viene, viene la vida!

Y Jaime, contemplándose en el disponible sudario del aire, confiesa:

Estoy aquí con la faz cortada por centellas,
iluso morador de astros perplejos,
hijo del trágico ademán, hirviendo.
Aquí, en un año sin estaciones,
de golondrinas anidadas en las vigas del viento,
repitiendo a mis ojos: "Allá están
las parcelas del sol sobre los cerros."
Aquí, como un cadáver en el anfiteatro,
abierto y conocido en mis raíces.

Sus palabras cuelgan de las negras horcas de la interjección o suenan como flautas de alfarería que convocan a los conjurados del alba. Poesía de puños levantados contra el cobarde viento fingidor de ascensiones. ¡Abajo las estrellas!, vocifera. Pero se inclinaría a recogerlas, si cayeran. No cree en Dios, pero sí en el Ecce Homo, y le duele la piel seca y sonora de Xipe Totec, dentro de la cual el viento le dicta furiosas primaveras.

Todo auténtico poeta sabe que todas las palabras son viejas, y que sólo él tiene el secreto de hundir su mano en las duras geologías y hacer que la planta fósil florezca. Pero la poesía no va sólo contra la senectud de las palabras: en su función más valedera y profunda

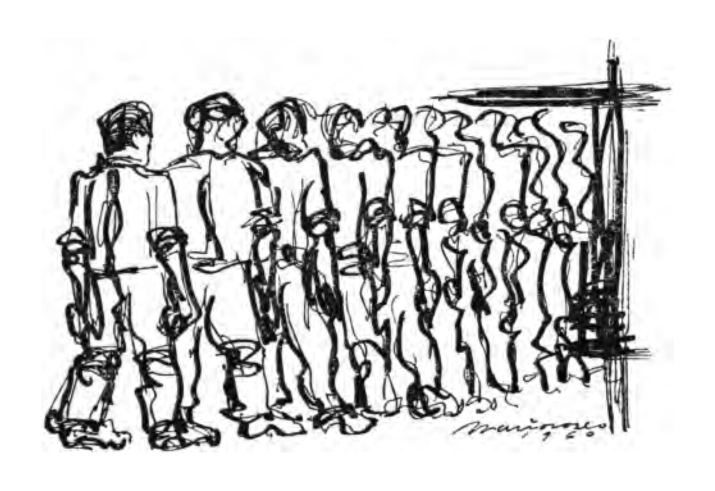
actúa contra la tendencia del pasado a repetirse en estructuras abstractas que buscan la inmovilidad de lo inorgánico: formas serviles vacías de contenidos, secas matrices del tiempo. Pero la eternidad es siempre joven, y en el hombre, dentro de la intuición del ser, canta el sentido de la tierra. Muy a menudo pienso que el poeta dice únicamente a los hombres, en múltiples variantes y acentos, esto: Hay que heredar la tierra, hermanos...

AGUSTÍ BARTRA.

Diciembre de 1959

JUAN BAÑUELOS

PUERTAS DEL MUNDO



SOBRE LA TIERRA

Cuando los días y los días sumados a los meses y años pasen, tal vez lo que hoy escribo no tenga ya vigencia o quizá alguien lo haya continuado. No sé. Pues nos ha tocado vivir los años del desorden, el atropello y la catástrofe más desorientadores del hombre.

Mas todo es cambio; al menor movimiento del ojo se altera el mundo. Por esto creo en la humanidad y en el mito, en la libertad y en la verdad. *Dos hijas pródigas buscan a ésta: la filosofía y la poesía; por la razón se hace camino la filosofía, por la imagen la poesía. La una elige un sentido; la otra es superabundancia de sentidos. Y en medio de todo esto el hombre, el hombre que golpea al silencio como al muro de un templo clausurado. Por la filosofía se sabe, nos dicen; pero por la poesía se nace.*

Me inclino por una poesía de visiones, porque sé que lo real es lo que crea la imaginación; el mito es "producto de la imaginación. Producirlo significa extraer de la suma de las cosas reales su significación fundamental y encarnarla en una imagen. Así germinó el realismo... Esto favorece el nacimiento de una actitud revolucionaria hacia la realidad, de una actitud que quiere cambiar el mundo" (Gorki). De esa manera, la poesía también es profética; y no hace falta que revele el porvenir, sino se trata más bien de revelar algo del eterno presente, o del eterno pasado. Persigo una simultaneidad de tiempos o épocas para lograr una total experiencia del mundo.

Por lo demás, yo mismo me he trazado una línea de conducta: ningún hombre es verdaderamente artista has-

ta que se libra de la mediocridad del ambiente, de la vanidad y del entusiasmo barato. La poesía de hoy debe estar orientada como una "violencia organizada" en contra del lenguaje poético y el cotidiano, que están al servicio de una clase en decadencia, la que hace que esos lenguajes sean retóricos y conservadores. Es una necesidad psicológica y social, y no el gusto exagerado de perfección o esnobismo, lo que debe obligarnos a saquear el tesoro del idioma, a buscar la palabra justa.

El arma del poeta debe ser la dialéctica, y las aguas en donde debe sumergirse la lucha de clases y las relaciones de producción; sólo la mística es capaz de suscitar sentimientos, decía Brecht.

Mas no todo está cumplido. Las consecuencias estéticas y éticas nuestras, definitivas, nacerán de las necesidades de las luchas diarias. Víctima y cómplice del verdugo, lleno de humillación pero también de ira, avanzaré un día por el camino donde el Odio no deforma los rasgos.

Poeta de mi tiempo, crónica no más de un mundo ávido de pan y de concordia, dejo aquí, pues, mi primer testimonio.

JUAN BAÑUELOS.

¿Qué sería el cielo y qué sería el mar
Y qué serían las islas y los astros y todo lo que se halla
Ante los ojos de los hombres, y qué sería también
Esta música muerta de la lira, si yo no le diese el sonido
Y el lenguaje y el alma? ¿Qué son
Los dioses y su espíritu, si yo
No los proclamo? Pues bien, decidme ¿quién soy yo?

HÖLDERLIN

IMÁGENES PARA UNA SORPRESA

¿Quién no teme la llama que es oscura?
¿Quién, porfiado, no salva su universo?
Tiene la paz amurallada espuma
con que es ave ligera.
¡Ay, pero toda, toda luz se gana
al precio de nuestras tinieblas!
Plenarias las cosas nos reciben:
¿Quién propone la sorpresa?
¡Oh, vocación de ver al mundo
completo!

Un trompo de silencio se rebela.
Es la creación haciéndose más grande que la muerte;
un gozar y un dolernos
de saber que no es más la pluma
que el esqueleto del vuelo.
¿Quién me inventa?, ¿qué invento?
Cada hora es un nido sitiado
y cada día así, con infinito,
a mi alma regreso.

¡No quiera la razón verse soñada
que entre mis manos tengo el corazón sembrado!
No rece su oración el sauce, cuando viudo
no tenga voz que le acompañe.
¡Ay, pero los huesos y el secreto!
Todo será como el sol cegado por el polvo;
triste el contento
y pobre de mí que también soy señalado,
pero más pobre el mundo
en el que a cada instante me convierto.

Y con plomo en la voz voy arrastrando
libre un tiempo feroz de cataclismo.
Avanzo con súbito ritmo de pez
(ahogado a veces)
o con luz recogida del fondo de un espejo.
Y no es verdad lo claro.
Va más allá la oscuridad constante.
El ser no es fábula,
sino la red del eco con el tiempo colmado.

Una lealtad de raíz para la tierra.
Un no sé qué de la amistad me llama,
veo señales como en la cordillera
la choza iluminada del leñador
que entre la savia se demora.
Y es leñador que en mí también se engendra
y tala tajo a tajo
la corteza y el viento de este cedro,
la sombra amarilla del planeta.
Porque si obediente el aire nos regresa,
porque si nace un musgo entre la carne:
la vida nos espera,
y aunque sea dolor habremos de cuidarla
con la fe de un ciego
que cuida su vista interior para que vea
sin soñar
la luz del día.

ESENCIA REAL

I

Como la diaria limpieza de la casa.
De igual manera que un muro recién construido,
con la duración de una estela maya
y la salud de los árboles y la fuerza de las lianas.
Así quiero caminar: limpio,
deshabitado y habitado sólo de semillas.
Destruyendo cárceles con la fuerza
y el verde
que heredé de la selva.

Mi sustancia no es ajena.
Brusco el ritmo de tambores
irrumpe en el bosque de mis huesos,
se adelanta un jabalí de pena
entre la noche
y una flecha clava
su calidad de vuelo.
(Lejos los pájaros,
la savia es canto.)
Y así se entierren los gusanos
en las huellas, tratando de pudrir
las semillas,
hay un pastor de sol entre los ojos
y un silbo de ardilla asustadiza
que va y retorna
donando el olor de la resina; inquieto,
lleva un cayado de lianas

y de asombro.
Con luz de piedra alumbro
mi alegría,
me desnudo del tiempo
y danzo en el rito del agua tranquila.
Hay un césped familiar de dioses,
hay una veta de eternidad
que se resuelve en vida,
alguien presidiendo la dignidad del pino
y la verde altivez de mis bosques:
ríos de oculto portento,
limpios como la palabra
que comienza a descender
de su signo.
Y hay ámbitos de siglos
que reptan, vuelan
y tienen un destino. El mío.

Dentro de mí hay un mundo que habito.

Yo dejo en su telúrico sueño el grano
como esas hormigas nocturnas
que se llevan las flores
partiendo su fragancia.

II

No vivió la rosa más allá de su aroma.
Ni existió el pájaro más acá de su canto.
Jamás fue el agua dueña de su forma
ni existió la lágrima fuera de su llanto.

Todo tiene su asidero.
Esperanzadamente me sostengo
en el aire, en la tierra, en el agua
y en el fuego.

ENERO ERA LA HIERBA

El sur está en mis lágrimas
mientras la lluvia piensa en mis ausentes.
Las alas del más pequeño pájaro
se pierden en la boca del viento
y tú, mi hora augural, desciendes tímida
entre tantos recuerdos.
Aquí están todos. Vienen
reunidos por el tiempo, cojeando entre la niebla
y entre quejidos lentos.
Los ojos del venado ariscos nos delatan,
y alrededor del fuego
y los ojitos tiernos de la hierba
nos ha reunido Enero.
Ya nadie falta.
Y sentados en medio del patio de la casa
nos inunda la brisa de los amigos viejos.
El antiguo reloj todavía anda
navegando sobre su mar de espejos
y el aire suena allá fuera buscando
las manos de algún buen sepulturero.
(Sólo la llave abierta del estanque
hiere al silencio con un golpe terco.)
Ya nadie falta. Y una voz de invierno
se suspende en el aire como rama:
—La mesa está servida,
Arminda, Ernesto, Juan, Jorge y Humberto.
Y con la voz del padre se renuevan
las hojas lentas del naranjo seco.

LAS UVAS, LOS SOLES

Para este amor no pongo límites ni tiempo.
Y en verdad, cuando el día pasa y pasa
y suenan las espuelas del viento,
yo cubro mi desnudez de uva, mi soledad de liquen,
mi carbón hecho de ojos que han visto demasiado.
Cuatro cirios me esperan y bajo al sueño hierba
que vaga en pleno mediodía entre las plazas
y los caminos de viajantes lentos;
puño la arena como el moribundo que aprieta a la
vida
y visito tenaz mi barrio detenido en la escama de
un pez.
¡Qué de astros girando sangre adentro, amigos!
¡Qué desove de soles cayendo en la mejilla del
verano!
Veo los días que vienen.
De noche planté muslos
para que germinaran durante la primavera.
¡Ah no estoy triste, de veras! ¡No!
¡No estoy solo! Me llamo Juan
y espiga lenta es mi boca.

CELEBRACIÓN DE LA INFANCIA

Yo celebro. Celebro y danzo
bajo la númida capa de lo eterno.
Escucho el silbo del verde olor
de mis días natales:
escucho cómo gira la rueda de la noria,
y cómo lo inasible crece en las espigas.
Y yo celebro. Celebro el diálogo del cordero
y las hojas del esparto.
Sobre el alcor de mieses cae lento
el ruido de los remos que golpean
las aguas de la noche.
Cantan las hojas, y el viajero
por vez última oye el canto de los gallos,
mientras la esposa borda su nombre
en las doradas árguenas.
Lejos, un perro aúlla y una ala del día roza
la ventana.
Mas yo celebro, celebro y danzo al son
de las flautas oscuras que apagan el oro del otoño.
Pues ¿qué es lo cierto, y qué es el júbilo del niño
ciego?
¿Y de quién es la trampa y el juego del viento
vagabundo?
La fuente de ayer mana cerca de una tumba
y un árbol crece en la mano abierta de la tierra.
Soñamos,
soñamos y las aguas de la infancia
se cierran por encima de nuestras cabezas
como una cúpula astral.

ESCRITO EN LA PUERTA AL SUR DE LA CIUDAD

Y le vino el deseo de recordarlo
con la vista

EMPÉDOCLES.

I

Subir, bajar escaleras de horizonte;
tenderse en un gran ojo
y ver la noche amontonada entre los astros.
De súbito, el mar a nuestros pies
inundándonos.
De pronto, el corazón retrasando su llegada.
Páramo de hermosura,
¿qué dijo el vuelo sin los pájaros
y qué el cielo, peinado de relámpagos?
Húmedo de animal grité en la niebla.
Nadie: la voz no devuelve nada.
En la obscuridad, alguien obtuvo su respuesta
de un espejo.

II

En el hueco de las horas
ahí me duermo. Deletreo mi ser,
y vuelve a abrir los párpados la calma.
(¡Qué libertad el sueño!)
Mientras añado magnitud al cielo,
repite el que dejo en la puerta:

—asno impaciente sobre el camino de la palabra,
toca de nuevo la flauta;
mientras una estrella rompe la noche
dale duro, araña, a tu danza.
Y repite, insiste, el que dejé en la entrada:
—reposa tú, lagarto, con la cabeza tendida en la playa.
¡Quítese los ojos la luz,
pero tú, tú, Dos de la mañana,
desátame las manos,
que está colgado mi cuerpo de mi alma!

EN DÓNDE HE DICHO ESTO

Un ceniciento amanecer casi ceniza
Tierno dibuja a mis huesos
Quebrándose en una luz medio muerta
En un silencio

Tantos temores quemando los trigales
De los hombres   No hay más
Soy mi disgusto y mi castigo
Cuánto último principio de los días
En dónde he dicho esto
Ya no quiero que mi alma le siga los pasos
A mi cuerpo   Hay miedo por la felicidad   La paz
Soñando se aparece
Qué lentitud de prisa de las horas
Qué ajuste de hombres y animales
Qué interior de tinieblas en las manos
Y en la tierra el hombre
Huella sin pie reconocible
Ay vuélvame semilla   Guárdeme entero
La parte que me ignoro
El mundo sí cabe en el olvido y no lo cree
Surcos   Manos altas llevando granos de promesas

Un ceniciento amanecer casi ceniza
Tierno dibuja a mis huesos
Quebrándose en una luz medio muerta
En un silencio
Mas otra luz resbala y quema y limpia
Y se estremece en el asombro

En su punta de lanza   Azor de historia
Nivel de niebla sobre el agua
Nube de voces y de llamas
Perenne altitud sobre los aires

Un bosque entre las calles del alba

FRAGMENTOS PARA UN POEMA

Son estas las palabras
con que la llama puesta
a malherir lo oscuro
se ilumina.

Y no es que estemos tristes,
no,
pero es cierta la hora que nos llega.
¡Ah, qué íntimo crepúsculo
ser y vivir después de la esperanza!
Cual sedienta raíz que nunca acaba
¡Señor!
la vieja sombra nos alcanza...
. . . .
...al pie de un cedro
y desde el tiempo dado al claro olvido,
a oscura luz soñado,
mientras anduvo el día olfateado
por la noche,
de sueño en sueño y polvo en polvo
germinamos.
Y hasta que el día fue perfecto
y musicales astros
comprendieron
que el círculo de llanto amordazado
era vida empezada, abierta hacia lo suelto,
antiguos nos hicimos y conformes
como el agua.
Y en la mitad podridos, caminamos.

Dudaba el día en hacer
el rostro humilde de las cosas,
y como agua en reposo, el sedimento
dejó volar al no turbado espíritu...
. . . .
...y ya tranquilizado,
desposeído y solitario, el cuerpo
fue mudo, ciego y sordo.

CON UN SABOR A SOMBRA

Desde un profundo pozo
están pidiendo a un hombre.

Y ésta es la resaca del olvido,
la tapa de su féretro,
la distancia del aire entre dos ramas,
la noche que lo ciega,
la nuca del destierro
apoyada, solemne, en una estrella.

Todo está consumado.
—Amigo,
algo de lo que este mar se lleva
es tuyo...
            Alguna vez,
debajo de un buen árbol
yo creí en la sombra.
Y héme aquí hoy,
bajo la potestad del justo
donde nada respira y es un pulmón eterno
y una pupila cierta.

Desde lo más profundo
                        ¡lo profundo!

OJO DE CABALLO

¡Con qué dientes nos hiere la pobreza!

Mientras borrachos gritan
en la madrugada,
Rosario tiene fiebre.
Es mi primera hija,
tiembla de frío y bebe
la noche de su sangre
unida.
Hundo una mano en mi bolsillo
y ni una moneda hallo que me lleve
a menguar esta pena que me muerde.
Salgo a la calle,
de un manotazo derribo a la noche
y en la esquina,
dudando de que acierte,
empeño mi reloj en la botica.
¡Qué condición! ¡Qué perra suerte!
¡Rosario se me muere!
—me repito—
y la calle, la noche, el farol y la gente
no escucharán mi grito.

PRIMOGÉNITO DESNUDO

Lo que vi por el ojo del abismo
fue cubierto por aguas que no conoce el mar.
Y me hallé solo en la mansión que tú no conociste,
allá en el fondo de los parques y los espesos bosques
donde las aves segadas por la aurora
cantaban quedamente el amor de los muertos más antiguos
sobre el rocío gris de la mañana.
En el amplio cavedio de la casa
llovía la claridad y las cosas
ya no sabían morir.
A lo lejos, las tumbas sollozaban...
(eso que tú sí conociste,
eso terrible y solitario y junto).
Y fui el primogénito desnudo,
talado en sombra, cayendo, cayendo,
como la higuera deja caer sus brevas
bajo un sonoro viento largo.
El día, colgaba de un bramante de ceniza,
la noche se sumergía en el mar
apoyada sobre sus grandes peces.
Esto vi por el ojo del abismo,
donde la luz sale de una tierna hendidura
y va a posarse en las montañas.
Donde el camino es un viajero más.
Alzo mi corazón, levanto la mirada,
porque he aquí
que la alegría del dichoso pesa
como un racimo de vid.

SALMO DEL AGUA QUE DUERME COMO UN OJO

Con el brío del tiempo, marcada va mi lengua.
Y digo:
—casa de espejos es el día
y el sol me pudre un pino de remordimientos.
Nada ha quedado de la noche,
y cuando nadie aún despierta, voy a cosechar
lo que sembraron las estrellas.
Me inclino tan sencillamente, que el cielo puede reflejar
esta espalda tatuada de hábitos terrestres.
Camino, camino
y mis ojos, de nuevo al unir la semilla con el agua,
cabalgan sobre la vasta llanura de las cosas
hasta que al fin, plenarios y vistos bien sus rostros,
el sueño secular humea de nuevo en la mirada
y quedo balbuciendo:
—¡ávido estoy de costumbres divinas!
Varias veces con extendidos brazos mido la magnitud del hombre;
mis dedos quieren hilar el lino de mi alma,
pero vuelve la mano a pesar sobre el gemido.

Allá voy, allá voy, allá voy
repito en la puerta de mi apoyo, siguiendo al silencio
y a la noche
cuando al alba terminan en ponderoso canto.

(¿Hasta cuándo mi corazón será una espalda de
suicidios?)
Sabemos decir: Terrible Señor de mi Odio Santo,
¿en dónde quedaron los gritos de mi año?
Sabe preguntar la roca: ¿con piel de piedra he estado,
como un cocuyo oscuro?
Murmura el mar: mi vientre sólo lleva un infinito
de edad meciendo náufragos.
Y así, todo lo que no se ha dicho
queda brillando en una estrella.
Padre, Maese del Grito.
Señor, el Mayor de todos,
déjame ser sed para el agua, y agua para todos;
corvo, como la esteva del arado, hazme para la
obediencia.
¡Ay! ronco, ronco
como reunión de obreros cansados de pedir su real
salario, quedo.
Quedo como una cáscara.
(¡Ay, que pudiera decir cosas semejantes a las
verdaderas!)

Ya los ojos se han callado y se han ensordecido de
húmedas tinieblas.
Caen las sombras: ciego avanzo. Voy a pasar el resto
de la noche
oyendo el canto de los astros cuando nace la hierba.
Al brillar la aurora, podré ver
cómo una paloma bebe el rocío que baña las alas
de un águila.

PERSUASIÓN DE OTOÑO

No intente la rosa ser pájaro en la rama.
Desista el río de aprender la eterna canción del mar.
No pretenda el silencio gritar en medio de la noche.
No intente el hombre faenas divinas,
pues es destino de todo mortal realizar sólo
lo que conviene a los mortales.
Mas recibir como la tierra al agua
ésa será nuestra condición: serena
como el otoño en los ojos del cielo.

ESTA NOCHE Y SUS VIEJOS NÓMADAS DE BLANCO

Y todavía, todavía el ciego Tiresias va cojeando
mientras recuerda al mar.
El astro de Quetzalcoatl anda buscando sitio entre
la noche.
La noche con todas sus estrellas gira como un viejo
molino de palomas,
y nosotros, resueltos ya en ruinas, de esta carroña
deliciosa
sabremos ser tierra, sabremos ser fuego —sabré ser
pájaro y su vuelo—
y consentiremos en nuestro propio corazón al
hombre.
Ahora cerca del espíritu vamos a crear la palabra
(un arco iris movido por el aire).
Que el tiempo nos separe como separa los días y las
aguas,
que la palabra sea como la mano de Ananías y
veamos por una sola vez,
por una, lo que no podíamos ver.
Porque ¿qué es el crepúsculo
sin los ojos del hombre?
¿Y qué es la pregunta sin que
responda el que la sabe?
¡Ay, corazón, alégrate y deja tu palabra en mi boca!
Hagamos nido en las llamas de las imágenes; que
un grillo debajo de la lengua vigile el sueño de
caracol del mundo

mientras danzando enloquecido el viento rasga
sus ropas en los árboles.
¡Ay, corazón, alégrate, y ante un poco de agua del
mar en nuestras manos,
sintamos su grandeza al recordarlo!

Y porque nuestro tiempo no es tiempo para interrogar
al Mar
sino para poner su boca en el polvo,
y porque ¡ay! difícil es ver la hora desnuda de su
arena,
he aquí que un coro de lágrimas se oye en la noche
y las estrellas tiemblan como párpados blancos en
los ojos del agua.
—Mas un día oímos la voz de la humedad del río subir
la sangre hasta la luz, y danzar astillándose en
los corazones.
¡Ay, escribo sin medir camino ni palabras: no tro-
piece mi lengua para fundar el orden y la vida!
Porque la vida es, y como la tierra, se embellece
cuando arrojamos las semillas.
Sólo cuando construimos nos despojamos de la ebrie-
dad de la tiniebla.
—Duermen los siglos en las piedras y el silencio
se hace tiempo;
en el verano de los muertos, el adolescente es un
peñasco estéril.
Sólo hila una tumba la arcilla que no conoce el agua.

Nosotros nos iremos por los viejos caminos transitados,

por las vías donde desovan los reptiles, por donde se quedó
una estrella que olvidó la noche recoger, por el lagar del sueño,
por donde el colibrí canta y su canto es liquen que cae
para formar nido en el ojo de un ciego.
¡Ah, esta noche y sus viejos nómadas de blanco!

VIENTO DE DIAMANTES

La Eternidad está enamorada
de las obras del tiempo.

W. BLAKE

Lo mismo que Adán sumergido hasta la alondra del silencio,
sucio de humana noche en que he caído, rompo todos los pronombres
para tenderme en el día óseo de la plenitud.
Acudo ebrio de musgo y tulipanes hasta las criptas de las piedras
o de los ríos secos, donde muerden al silencio cárabos crepusculares
y en donde un hombre solitario se hinca.

Pisando soledad entro en el día, porque es dable a las criaturas
ver su hora crecer para hallar luego algo de los mortales
en un grano de arena. Mas también bajo las gradas seculares y
diviso el humo de las chozas de los hombres,
veo los caminos cotidianos, las nubes que anuncian el otoño
y a la mujer grávida de su fruto sentada en su hamaca
viendo pasar las horas.
Y me muevo con las hier-

bas, y con el menor movimiento del caballo, y siento que dentro de mí corro
como ese río que estoy viendo que avanza.
¡Y miro alejarse la carreta del último cosechador!

E igual que una palabra lanzada a la mitad del mar
caigo en el seno del prodigio. Y como el minero que se cubre
con las manos la faz cuando de pronto, ciego, reencuentra la luz,
así la dulzura levanta su toga y me envuelve temerosa.
¡Ay, el hombre soy y no lo había advertido!
el amparado por dioses tutelares de la iniquidad, el que frecuenta
y ronda tanto rencor taimado del polvo con su cauda de crines blancas.
¡El hombre soy, mas no me basta!
porque el sol tiene su trigo en llamas y el mar tiene los ojos tocados por la gracia.
El hombre soy
pero toda cosa nacida con la aurora, con ella muere,
y toda criatura que engendra la noche
con ella se aleja porque oscuro es su linaje.

Todo pasa.
Y como el agua y el sol, también todo queda. Un silencio
que se sienta a esperar el primer ruido. Nuestra imagen

que se pierde y se encuentra como el humo que
no es más que el eco del fuego.
No otra cosa que la espuma negra
que va haciendo el arado sobre la tierra.
Y lejos de la memoria del viento que dejaron las
épocas,
un olor de centeno y anís hace volver los pájaros.

Y porque el horizonte no es más que una hoja larga
de perfil,
dejo que mudas tribus de peces muerdan los
guijarros,
dejo que brille el hocico del jabalí en la noche
y que bajo el zumbido de las abejas
los bueyes trillen la mies.
¡Ay, reivindicación bañada en el ojo inocente!
¡Oh, exultación del mar sostenida en el res-
plandor!
¿De qué remoto sueño hemos caído? ¿Por qué somos
una rueda que grita enloquecida? ¡Ah! triste es
nuestro paso, en verdad.
¡No más que olas somos! Nos levantamos breve-
mente...
para seguir siendo mar.

REPOSO ESTIVAL ALREDEDOR DEL FUEGO

Hacinando hiel detrás del polen
y a escondidas del insecto,
lentamente como el agua que todo lo engulle,
mis manos, ramas del asombro, rayan la espalda
de un dios desconocido.
De pronto (después del estupor el silencio),
el pájaro se inicia en su sueño de plumas
y un cortejo de hormigas alrededor de un árbol,
o de un insecto muerto,
festeja el advenimiento de la lluvia.
Con el crepúsculo avanzo por el río
mientras viejas lavanderas cantan
bajo un sauce.
¿Quién encenderá la fogata de esta noche?
¿Quién relatará el cuento interrumpido ayer?
Las begonias sueñan entre el aroma de las yeguas
y una canoa de astros baja.
¿Quién recuerda? ¿Qué animal de humo nos ronda?

De pie miro la noche:
el valle se hunde como un pez sin ojos,
y con ganas de ser mi hijo, mi padre y mi hermano
yo me quedo.

PIEDRA DE TROPIEZO

Aquí
donde el nopal, el cacto y el maguey dialogan
sobre esta tierra que no supieron ayer labrar los hombres.
Aquí
donde conversan en nieblas cimas o sobre el campo yermo de la memoria,
aquí regreso al fin
al origen del acto de la sombra,
donde la vida incendia sus puentes silenciosos
sobre ríos sin barcas,
entre dos largos gemidos,
entre dos golpes en las sienes
por la última resurrección.

La llanura con todas sus cigarras grita
y en el primer árbol de humo se engendra la llama, el día,
lento animal resplandeciente bajo el frescor de arilos del alba...
¡Oh, incesante creación! Evidencia terrible de un caracol infinito,
puño cerrado de aguas bajo un talar de tigres, sueño de lunas
bajo un rugir de soles.
¿Por qué este árbol protector?
¿Por qué esta sabiduría del ignorante en medio
de todo conocimiento?
¡Ay! ¿El ser no es antes ayuno que festín?

Un gavilán ciego desciende y corta la soledad como
un pan.
De pronto,
alguien rasga su corazón antes que sus vestiduras.
Y aquí de nuevo, aquí donde el nopal, el cacto y el
maguey dialogan,
se escucha el oleaje de la sangre:
"Como la mar hace la nave, como el viento crea el
pájaro,
como la eternidad hace al hombre, así la vida
engendra el poema.
Brota un súbito cielo de extrañas constelaciones:
rostros de nunca vistas algas con forma de caimanes,
bosques de serpientes, y jabalíes y coyotes mordiendo
la cola de un caballo recién nacido".

Ya el tiempo se serena. Humea la sangre en el
espíritu.
Entre mis huesos silba el silencio como el viento,
sobre las aguas
se mecen soles en equilibrio.
¡Oh, hambre de eternidad! ¡Perra azul! Madre de
todo lo que destruye:
la sed, la espada y la tempestad.
He aquí el águila que sabe
lo que ignora el abismo.

Valle del Mezquital, 1957.

TIEMPO DE LA CONSTRUCCIÓN

Tiempo,
yo no sé si noviembre sepulta el paisaje, pero hoy me he puesto a cantar y caigo sobre mi rostro como una piedra insomne.
Tiempo,
mi lengua arde y estoy cantando aquí, sobre la tierra, de pie en el tronco de amor que me preocupa.
¡Ah pueblo mío! ¡Te reconozco! Te reconozco bajo la sombra de la ausencia.
Levanto mi mano y digo a mi alma: "sal de tu cueva, loba". Y mi alma, soltera vagabunda preñada de mil hijos, sale a gritar, se pone en medio del pecho la palabra y roba pluma al viento.
¡Oh pueblo mío! Te reconozco en la riente sal donde gorjea la alegría, donde todo regreso es volver a encontrar y toda inocencia es siempre anterior: crecida de aguas antiguas.
¿Quién entre la multitud dirá que bajo el oro de la noche cae una asechanza pétrea, y que en la frente del poseso fermenta el caos y la eternidad?
¿Quién no oye el amargo grito de la bestia y no rememora el verano que se quiebra como un oscuro vaso?
Entre el sabino y el oyamel ondulante se enreda la hoguera, y el tiempo se presiente como la súbita pulsación de una ola vasta y olorosa a tierra próxima. El juramento nos baña, se hace amarillo el polvo y amanece.

En nuestro fin ardientemente danza el nacimiento.

Labor de sedición la de la sombra y la piedra. Mas yo no vine por el vellón de las ovejas, ni por las minas de ámbar ni las de oro, ni por la carga de café que los mercaderes sacan por la aduana,
sólo he venido a aportar el peso de mi mano que ha sabido trazar los horizontes, mi mano que no descansa y obedece.

¿Qué hay detrás de mí?
¿Qué hay delante de mí?
La soledad, que despierta como un ciervo y levanta lentamente la cabeza entre las ruinas que dejan las luchas de los hombres y las batallas del espíritu.
¿Qué hay detrás de mí?
¿Qué hay delante de mí?
Vengo de más lejos que el grito de mi nacimiento, porque nací cuando yo quise. Fui tropezando de planeta en planeta y el peso de la noche cayó sobre mi pecho.
La rueda del pavor giró dentro de mí, la locura sopló las velas del conocimiento y en el último escalón, sudor de muro destiló mi frente. Ahora vago sobre un planeta que ya no reconozco.
Mas alguien soñó. Alguien olió el agua animal de las generaciones. (En medio de los huracanes ¡cómo late el corazón del silencio! La noche es un tronco caído y reducido a eco). Lento como la vida de los minerales me humedecí de aurora ¡Oh arco iris, efímero relámpago pintado! Memoria azuzada

por las milicias del silencio ¡Oh mar, gigante corazón de un pez que sueña!
Nada había ya que retener, nada era desacorde y todos habíamos bebido el desasosiego. El color del tiempo manchaba nuestras ropas y el lado trigo de nuestros rostros,
y el Texto de la Demencia era abierto al saqueo y a la usura.

Las rutas de la alianza se abren sobre la sal blanca del mensaje.
A lo lejos, el viento oprime sus sueños en los flancos de un caballo que delira, y un hombre como yo dentro de mí se tambalea y se hunde, cae y vuelve a levantarse, apedrea mi corazón, nada en mis venas, subleva a mis sentidos, echa raíces en mis huesos como una ceiba, sacude a mi cuerpo como el vendaval al árbol,
y da un puñetazo en mi lengua para que hable.
Un hombre como yo dentro de mí viaja en mi sangre, y sabe de fundaciones de ciudades, de riberas frescas, de ríos lentos como el remar de los canoeros, de calles y de casas idénticas al corazón del hombre.
¡Ah más reales que el mar y las aves migratorias, el espíritu despierto, el espíritu que vuelve amigo y canta!
¿Quién nace espiga si antes no fue ciego grano?
El humo de la aldea tiene un rumor de árboles.

Y aquí recojo el dolor diseminado.

En el silencio de la hierba hallo la tinta y alzo mi corazón como ante una piedra de sacrificios.
¿Qué importa que un hombre de la edad de bronce y yo no nos hayamos conocido?
¿Qué importa, digo, si el tiempo en cada vuelta ya no es tiempo?
Llueve sobre los templos de Afrodita, cae el sol vertical en Memfis, la Cólquide resplandece y es más hermosa en el crepúsculo, el peregrino se detiene en Dodona, la del oráculo, Jerusalén tiene un cielo de palomas, mientras la noche, ¡ah la noche!, se derrumba sobre Tenochtitlán.
Todos los tiempos, todas las edades están aquí sobre este mar, el más furioso mar, ¡oh siglos de agua!, sobre este Mar de Cobre cuyos vientos basta el más simple parpadeo para que empiecen a soplar del lado opuesto.

¡Oh tiempo de la construcción y de las grandes migraciones del espíritu! Hay mucho que contar, hay mucho que caminar. La ira revolotea dentro de mi pecho como una águila húmeda de sangre.
Amigos, yo he viajado mucho y demasiado lejos en el mar, en la tierra y en mi alma; mis ojos han visto la enfermedad, el hambre, los adioses, los espectros, pero estos ojos han sido perseguidos por la jauría de perras flacas llamada Espera.
Pequeño en la mediocridad, he sido grande en la grandeza; caí en el amor y guardo aún memoria de su más simple lenguaje.

Tiempo,
estoy cantando ahora porque sólo quien loa y canta te destruye.
Con este puño de años, sobre esta piedra lunar escribo lo que advendrá; sobre esta piel curtida de morueco relataré cómo de peñasco en peñasco el agua cae y desaparece.
Silencio. Suena el caracol hasta que los honderos acaban de lanzar siete veces sus piedras a las siete colinas estrelladas. Y así es como mi alma queda escrita, tatuada y seca como el cuero de un enorme tambor que han de batir mañana.
Silencio. El alcaraván canta a lo lejos.
Amigos, hermanitos pequeños, escriba de mi tiempo llamadme.

Oscar Oliva

LA VOZ DESBOCADA



El hombre hace su voluntad. Eso que llaman destino, no es más que un pequeño viento en las manos del hombre, cuando éste sabe gobernarlo y dirigirlo a cualquier oeste de la tierra.

El artista debe saber dominar y sostener su voluntad; y acrecentar, aún más, su posición de hombre ante la vida.

No veo otra salvación posible, que la acción y el trabajo diario.

He leído esto en un libro de Niko Kazantzakis: "¿Poesía pura? La vida cambiada en juego lúcido, transparente, sin el peso siquiera de una gota de sangre." El decadentismo abstraccionista desprovisto de sustancia humana; el surrealismo, juego intelectual, mágico y complicado, han levantado una arquitectura para la gente que no quiere ver y oir el desgarramiento del corazón terrestre.

Yo estoy contra esa gente y contra ese arte.

Nosotros, los nacidos entre las dos guerras, tenemos el compromiso de hablar y de pelear. Porque nuestra época es de decisiones. Y a nosotros nos toca enfrentarnos a las nuevas luchas que se avecinan, para hacer de este mundo un lugar digno de vivirse.

"Para comprender con justeza el encargo social, el poeta debe estar en el centro de los acontecimientos", dice Vladimiro Maiacovski. Este encargo social, a mi entender, son la necesidad y la obligación que tiene el artista de expresar todas las emcciones, tragedias, alegrías, esperanzas y luchas de la sociedad en que vive. Saber comprender las angustias y ansias de libertad del hombre contemporáneo, y decir todo esto, siempre desde

el lugar mismo de los acontecimientos, con las palabras más ardientes, desnudas de todo ropaje innecesario, destacando estos mensajes por encima de las cabezas miserables, como una cima violenta.

Nosotros sólo estamos en el comienzo. Nuestra rebeldía no ha sido encauzada como debiera ser. Días inútiles han pesado sobre nuestras cabezas. Pero han habido también días que nos han abierto los ojos, y hemos visto. Hemos entrado en guerra con nosotros mismos, y hemos buscado la palabra, como en una cacería despiadada. Estamos en la búsqueda de nuestra propia realización. Y hemos visto muchas cosas por primera vez sobre la tierra: los poetas ven siempre toda cosa por primera vez. Y hemos creído en el hombre.

OSCAR OLIVA

Octubre de 1957

DESDE ESTA ORILLA

Cada día que pasa,
que baja de los cerros como la niebla, digo:
—Ahora.

Luego viene la noche, fría como la luna,
rasgada por fugaces luces de fuego,
y me sorprende en el sitio donde me agarró la mañana.

Sin mover las piernas,
ni siquiera para levantarme, espero;
del día no se conoce ya ni la sombra que baja de los
  árboles,
porque la oscuridad es total delante de mí.
Entonces me doy cuenta:
veo que la noche ha caído sobre San Cristóbal
como una bestia,
desgranando el rosario de las estrellas.

Del día no se tiene ya noticia:
sólo un sabor parecido al de la tierra,
un clamor angustioso pidiendo por el sol
que ha desaparecido para siempre.

No puedo esperar más, declaro.
y vuelvo a repetir,
pronuncio la palabra de todos los días:
—Ahora.

Siento en mi estómago un vacío

como si no tuviera qué comer.
Pido un vaso de agua, tan limpio,
como si me bebiera a la luna.
No tengo monedas,
sólo el recuerdo del sol que me quema las manos
o las hojas redondas que caen a mi paso,
amarillas por un otoño que se ha precipitado desde lejos.

Tengo sed, escupo arena de mi boca,
mi lengua está seca como un pozo vacío,
quiero abrirme las venas para precipitar esta pesadumbre
y ahondar estos ojos y humedecer mi noche
escuchando este silencio dejado después de la lluvia.
Porque todos los árboles se incendiaron
y sólo el olor a ceniza queda volando
alrededor de esta noche
y en las antiguas campanas
que sueltan sus pájaros llenos de música.
El Huitepec ha venido
a esta ciudad de musgo y mariposas negras.

El responso del silencio cae tan a menudo como el agua.
Pero no puedo ya más con esta incertidumbre
Yo me pongo mi traje,
mis amigos creen que ando alegre por las calles.
después que pasan el día, la tarde y la noche
y sólo queda la luna
que amanece la oscuridad en mi ventana.

Paso al sitio de la vigilia eterna,
reflejo al viento en los espejos
dejo su sombra en las paredes,
y descubro que no soy
más que una voz desbocada salida de las montañas.
Y luego me recojo, siento la sed que viaja por mi cuerpo.
Espero. Germinan nuevamente las estrellas;
el día baja de los cerros con las vendedoras de frutas;
la mañana me sorprende en el sitio donde me dejó la noche
y digo, mientras algo se mueve entre las hojas:
—Ahora.

LA HORA DE LOS SOLES ANTIGUOS

He aquí al tiempo, mis palabras.
La hora de ver al mundo y decir:
ésta es mi casa.
El día está aquí:
la hora de cosechar lo sembrado.

Ante los hombres me quedo como un niño
(maravillado ante lo innecesario,
como una brasa del árbol junto al gran día),
como huérfano de padre y madre,
de amigos y de hermanos. Camino.

Camino por la senda trillada de mis pasos
por donde se va de lugar a lugar,
de unos pueblos a otros.

Escribo. Y mis manos que no aprenden
tienen miedo de la luz que es buena.

Abro las manos,
recibo las palabras que nacen de la tierra.
Festejamos mis palabras
con la rosa de los caminos;
canto de amor, decimos, como un grano de trigo.

Abro las manos:
en mis venas, la luz de mi sangre es llama.
Soy el primero, el último,
el primer Adán que se cortó las venas

para ver su corazón lleno de palomas.
Soy Adán en busca de pájaros, de hierbas, de raíces.

Soy Adán hundido en la suave ternura de la primera
  mujer.
Soy Adán, el buscador de flores,
el que pone guirnaldas de besos en tus senos,
Soy el que dejó la sangre del primer hombre
hojas en tus cabellos.
en el vientre lleno de mariposas
de la primera mujer.

Soy Adán y sangre.

Soy la sangre del hijo.
El hijo de mi padre,
el dolor de mi madre, soy.

SIN PAZ ME ACUESTO

Sin paz me acuesto,
sin paz me levanto.
No hay sosiego,
¿en dónde está el pan
y en dónde está el vino?

Cuando me miro,
creo que soy alegre
como esos días alegres cuando llueve.
Pero viene la dicha como un río
y no permanece más.
Y no pertenece más a mi cuerpo.
Y se hace recuerdo.

Y parece que se tratara de un amigo lejano.

AL VUELO DE LA MUERTE

¡Nadie admire el paisaje que encierra una amapola,
ni sienta al pasto que se quema en la llanura!
La ceniza borrará la huella del cuerpo que dejaste
en el aire.
Escucha cómo crece la lluvia sobre la tierra. [nas,
Viene la muerte arrastrando el sueño de las golondri-
arrastrando la noche que olvidó la luna en el hueco
de un árbol [taña.
que creció sobre el corazón de un animal de la mon-
La muerte no nació de una mujer: grave misterio.
Un mal día, se tuvo noticia de la llegada de los astros
hasta el cuerpo de un hombre, y crecieron las hojas
y las flores
para espantar la lluvia que arreciaba en el verano.
Creció del sueño como una semilla, y habitó los ca-
dáveres ignorantes de todo.
Cuando la luna negra sabe del menor movimiento de
las mariposas,
y recoge con su dulce mano el salto de la hoja
desprendida
por la noche que llega encima de los árboles,
acogeré, entonces, los gritos que ocasionaron la dura
muerte de las piedras.
¡Las puertas de este pueblo permanecerán cerradas
para siempre!
¡No hay paz en sus ventanas! ¡Y el golpe amarillo de
los días
terminará con los habitantes que luchan con la tierra
y el cielo!

LA CASA SOLA

Viene la angustia.

Pequeño miedo,
como una hoja das y das vueltas
en el corredor de la noche.

En la puerta,
escondido en el viento,
tocas.
—¿Quién es?
Es el viento.
Debajo de las hojas
se quedó en silencio.
—¿Pasos?
Es el camino de la sangre
entrando en mi corazón despierto.
—¿Duermes?
¡Abre los ojos, sacúdete,
limpia ese sueño!
Precipítate a un rincón,
a un paso de la luz.
¡Anda, animal!
No grites en la noche.
Es una casa sola. Sin nadie.
Es un pequeño miedo
escondido bajo de las puertas.
Puerta de la soledad,
y agonía.

Me arrimo
hasta el brocal de la noche,
te conviertes en agua negra,
brincas como un pez,
y te llamo misterio.

Entierras
palomas vivas
en el patio de mi casa.

Bajo las alas de una mariposa
haces el sueño de los niños.

Gravemente enfermo tiras
de la cola de una estrella.
Acarreas el frío del invierno,
asustando al niño
que se acuesta conmigo.

Vienen las hormigas
a levantar mi cuerpo.

Llegan las horas en un lento
murciélago de sombra.

—¿Quién es?
Es el viento. Sonante,
da vueltas en el tejado.

—¿Quién toca?
Son los golpes
de las campanas en el viento.

De las últimas campanas
en el viento.

LA CASA DEL MILAGRO

1

Amigos, ¿se han acordado últimamente
de la luna que caía en nuestras madrugadas?
¿Alguien ha preguntado por mí,
mientras escandaliza con un vaso y un libro?

¡Escándalo del viento! ¿A qué pueblo lejano me he
marchado?
¡Negra estrella fijada en mi ventana!
¿Qué lugar, qué planeta, en qué sitio me encuentro?
¡Ósculo del sueño!
¿Quién busca en un lugar vacío? ¿Quién espera mis
cartas?
¡Imagen incendiada en el camino!
¿Quién anuncia mi rostro en un espejo?
¡Mis ojos se llenaron de la palabra ausencia,
como si mis manos recogieran lágrimas de un niño!

Amigos, ¿han visto últimamente,
cómo la luna cae sobre los árboles de los pájaros
dormidos?

2

¡Qué día! Me salí de las hojas para ver a los pájaros.

¡Ah, qué filo hiriente de la luz en las manos!
Llego. Corro preguntando en qué país habito,

salgo para ver el entierro de las crisálidas.
Los ancianos preguntan por mi nombre.
El último cometa, descubierto por un astrónomo de cobre,
ha venido de Júpiter con su lluvia de estrellas.
Pero no basta. No me entiendo. Grito para saber si existo,
y la gente de negro cree que el fin del mundo ha llegado.
Pero no basta. ¡Oh adorador del sol y de la luna,
el último paisaje que recuerdas,
era una niña en forma de amapola!
Pero no basta.
¡Qué silencio en la madera,
y una estrella olvidada entre las piedras!
¡Soledad en la altura!
¿En qué isla sin gente, sin palabras,
has perdido tus manos, tus señas de buen compañero?
¡Qué día, como una limpia sangre derramada!
Pero no basta.
Ahora van a oirme: la raíz sabe el viaje de las hojas
y el cúmulo del tiempo amontona nuevos números
en un templo destruido por los hombres.
¡Roseadura en el monte!
¡Qué alegría saber que el aire viene de un planeta lejano!
¡Qué situación absurda la de un caballo en un árbol!
Pero no basta.
El misterio es un habitante de la luna.
Es una hormiga nacida en el ojo de un lucero.

Son las antiguas palabras guardadas en los viejos
libros.
Es el signo sin aire del infinito.
Es una casa en la que entramos, ciegos.

3

Pero no basta.
El sueño invisible de las palomas,
el atardecer hiriendo como una mala noticia de cuchillos,
y la sacudida del frío que agarra de noche pensando
en una mujer,
han situado a la luna mineral encima de la casa,
como un vago recuerdo de ceniza olvidada.

Voy a contar una historia:
"si apagas la luz,
verde es como la hoja de un árbol,
y el sueño se te hace de pronto, para olvidar que vives
lejos de lo que has perdido.
En lo más hondo del frío,
el silencio vegetal se escucha como una sombra.
Casa del viento es la luna,
honda es la noche que pregunta por los niños
despiertos.
y la que camina tocando las campanas."

Es una vieja leyenda aprendida de niño.

En esta casa, he vuelto a sentir la noche

con sus pies descalzos,
mientras un viejo campanero que no existe
congrega a todos los hombres,
volviendo tristes a los niños que no han nacido.

El río de la noche devora a las estrellas:
viene la luna seguida por un viento de plata.

4

Hay más que todas estas cosas, amigos.

La casa está llena de milagros. Un día me quedé
dormido
y amanecí de pronto a la orilla de un río.
Los peces fugitivos volaban como pájaros,
y las raíces, las más negras,
emigraban a la constelación de Orión,
mientras el Toro del Oriente mugía a las estrellas.

Sin comprender que las hormigas nacen de las piedras,
a diente, a sangre, un jabalí herido muerde las patas
de un caballo.
Nadie comprendía el azoro de mis manos,
porque el lagarto buscaba en el río mariposas de
musgo,
me enseñaba sus ojos de piedra caliente.
Yo me refugio adentro de mi cuerpo
y suenan las campanas alrededor del viento.
El tigre, cavador de la muerte,
viene a morderle los ojos

a un venado de hierba.
Animal de la muerte, viene a rasgar,
a comer carne de hojas y de frutas silvestres.
La culebra busca la cabeza de una paloma.
Imposible prever la oscuridad.
De un golpe se apagaron las estrellas.
"¿Cuál es tu nombre?", me pregunté.
"¿Qué hora es, qué oscuridad es ésta?"
Nadie. Todo ha muerto.

Todo había desaparecido. Era como el Principio.

HORA TERRESTRE

Estamos lejos. Hasta el fin de la tierra.
Con el corazón de los pájaros en nuestras manos
y el misterio de la luz cuando se hace el día.

El agua no es el mar, ni es la vida,
ni una hoja caída entre las manos.

Es un pozo de luz, es un venirse para abajo.

Es como un astro animal
en las hojas que el viento ha hundido,
viento azaroso de las horas terrestres.

DESDE UN BALCÓN DEL DÍA

1

En tierra me acostumbro
y me visto de tierra.
Se llena de hormigas mi inocencia
y crece mi estatura de pastor solitario
que vigila el sueño del rebaño amargo
en la naciente casa donde habita el milagro.

La dura sombra de las frutas
se queda en mis manos que vacilan.
Vacilante mi cuerpo, lo arrastro como a un niño
hasta el lugar poblado de altas golondrinas,
de latitud y sombra.

2

Dadme la primera palabra, dádmela.

¡Que mi casa se quede sin luz,
que mis ojos no vean!
que yo sabré cuidarla en ellos
y en la sombra de mi casa.

La tierra que me cubre, ¡que se caiga!,
y mi cuerpo tan limpio,
como de recién nacido,
lleno de sangre, ¡quede!
La soledad no me hará daño, entonces.

Y mis ojos sin agua, en la sombra de un pájaro,
amanecerán dormidos.

3

No teníamos edad.

Crecimos antes de nuestro nacimiento.
Nos averiguaron los nombres,
nuestros secretos.

Jornada quc aún se puede evocar.

4

¡Levántate, y anda! Tu alegría ha de brillar como
un vaso.
Resucita al sol de entre los muertos.
Deja tus manos sobre la lumbre del día,
tus ojos en la mesa de la noche,
tus pies en la tierra:
y deja sitio para tu corazón
en el lugar donde asientes tu sangre.

Vende tus palabras,
tus libros,
vende tu corazón a una almohada
y compra con el dinero la grandeza del mar.

TRISAGIO DE FUEGO

I

Para empezar, para fraguar el canto endurecido,
para empezar el juego, para medir mi verso con una
regla,
se necesita tanto, tanto de esto que se llama vida;
de esta sal que abre los ojos como una puerta,
hasta el lugar, hasta el cansado,
hasta la muerte que te espera con unas flores de
tumba.

¿Escuchas? Hay un silencio sordo en todas las
paredes:
es la noche que avanza con zapatos de miedo.
Hay un silencio mudo pegado a las orejas.
Hay un amargo sentimiento que no deja dormir,
hace insomnio la cama, hace tarde la hora que ha
gritado,
y el símbolo de una mano hace cruces de fuego en
las montañas.

La huella que dejó mi pie derecho fue borrada en
la calle:
ya no me pertenece.
El paso de mi pie izquierdo se ahogó en el agua.
Toda la noche ardió la lluvia.
Jobel hincó su rodilla en la niebla.
El Huitepec creció como una piedra,
en su garganta murieron los pájaros,

y en sus pequeños ojos ardía la leña nocturna.
De Chenalhó vinieron,
de Navenchauc,
de San Juan Chamula,
de los árboles vinieron,
de las montañas vinieron:
vino Pasión cuchillo y trajo al día,
vino Juan Pérez Chonuc y arreció la lluvia,
vino la Rosa López Zintán
con las manos cargadas de hojas y duraznos,
y se sentó a esperar.
Bien seas, ladino;
está bien, comerciante;
ríete más, abogado;
ahora sí, indio,
te golpearán los ojos con una rama de espanto,
te hundirán en el corazón dientes de pájaro.
Bien sea el aire que conoce la uña de tu mano.
Bien sea el día que camina bajo la lluvia.

Vine a San Cristóbal en dos pies.
Vine cargado con tantas cosas
que tuve que dejar algunas por ahí,
en algún sitio que ya no recuerdo.
Si alguien me recibió fue el frío.
Me vine para abajo, sin aire, sin color en la cara.
Desde entonces hablo en sueños,
como dicen que se habla dentro de las campanas.
Desde entonces tengo la boca de mi camisa abierta.

II

Y así, sin más, estoy y escribo sobre San Cristóbal.
El día es una cruz colgada en el cuello de un muerto.
En la tarde, el diluvio crece como una espiga de agua.
¡Ah, pero este frío merece mi odio y su cristal quebrado!
El profundo metal que atiza el hielo, es un hueco que quema.
Yo me cobijo en la sangre para poder dormir.
¡Ah, este frío, amigos, inhumano, hace morir,
hace que Junio muera, hace hogueras sin llamas!

Mátame de una pedrada,
deja que muera de hambre, de pena, de ganas de orinar;
hiéreme con un minuto encrucijado,
ahógame con una hora de sombra,
pero no me dejes en la sala del frío,
no me dejes en el patio, en el corredor: ¡no me abandones!
¡Déjame en un sitio cerca del sol, porque soy bueno;
tira tu guante blanco, nube;
no, no me dejes morir de frío, señora!

¡Prende fuego a tu casa! ¡Al malestar de tu cortina!
¡Prende fuego al estornudo de tu suela!
¡A tu organismo! ¡Al mecate de tu sueño! ¡Al pelo de tu muerte!
¡Haz un montón de sangre, haz un montón de leña,
junta tus papeles y enciende petróleo sobre el jueves,

el sábado, el domingo!:
¡Arderá la semana como un árbol de fuego!

Para ganar la puerta de salida,
no hay más que un recodo,
un reposo de sangre.
¡No me detiene el aire de mil bocas!
Y escribo porque sí, porque me da la gana,
porque hoy hace Junio,
porque quiero decir: "hay aves",
"hay corazones tirados en una banqueta",
"hay un odio escondido dentro de los calzones".
Y al día no le pega el sol en la cara. Y llueve.

Para tener que comer, empeñé mi muerte.
Me quedé en camiseta
cuando me quitaron la piel, y me dejaron solo.
Mentí para tomar un vaso de agua,
y me volví malo antes de tiempo.
Si quiero aire,
no tengo mas que ponerme bajo un árbol.
Sin embargo, soy el más pobre de todos.
Sólo me pertenece este garabato que se llama poesía,
y esta joroba que nombran amor.
Así y todo, escarbé en el hueso de una fruta,
y encontré un pequeño corazón que sabía amargo.

Veo a la semana que viene como una cárcel,
veo mi pobreza tras de las rejas.
Le digo a mi padre y a mi madre que me dejen,
que soy el aire sano.

Pero el viento tiene la mirada tísica,
y mi pie no puede escapar del zapato.
Me subo a mi cabeza:
y desde ahí vigilo al horizonte que agita una bandera
azul.

III

Para el ocote de tu palabra
haz una cruz y clava tu esperanza.
Saca madrugadas del olvido, saca rosas del lodo,
saca poesía de tu saliva amarga.
Saca del hombre un hermano, un amigo;
saca de la mujer una hermana, un vientre hecho
paloma.
Enciéndete en la más pequeña hoja de la luz,
corta la cabeza de una escoba,
corre,
escóndete, azuza tu esperanza.
¡Y quema para siempre el estoraque del día!
¡Quema las puertas cerradas que van a dar a la
muerte!
¡Quema los rezos viejos, y a su palabra oxidada!
¡Quema la tabla del milagro,
y el palo de que están hechos tus pies y tus rodillas!
¡Quema el vidrio del frío y el ojo de tu vidrio!
¡Entre gardenias rojas quema tu dicha como el
papel!
Hasta entonces, quedarás limpio de culpa y de
pecado.

Para rodar,
heme aquí descosido, entre dientes,
entre guardianes sucios de frío.
Mírame bien, la altura me trastorna,
me desacostumbra a vestirme.
Para acabar el canto endurecido,
para subir al día que se destiñe
bajo mis pies helados,
para acabar el juego,
al fin de todo:
Baúl del polvo,
parábola sorda,
rendija del silencio,
Padre, tengo sed;
padre, tengo dolor.
Trisagio de fuego.
Quiero mi vida.
Así sea.

Muerde mi espalda,
acábame de una vez, mátame,
¡oh, pueblo mío!
Quiero ser libre en mi casa,
en la cárcel,
en mis pantalones, en la agricultura.
Dame la mano, dame el amor, dame la poesía.
Alta Ciudad.
Entro en mi cuarto con cara de viento.
Siento una garganta en desasosiego,
tapo a mis ojos con una tranca de sueño.
Y voy bajando, y voy diciendo adiós;

empujo mi dolor a otra parte,
a otra parte voy cargando mis huesos.
Yo recordaré una flor, un frío desvelado,
la raíz más pequeña de un árbol,
una piedra de San Cristóbal,
en cualquier sitio que me levante,
a cualquier hora que me tumben recio.

ELEGÍAS ALREDEDOR DEL CUERPO

PARA ROSARIO CASTELLANOS

Como si se me entrase con el respiro el mundo.

RUBÉN DARÍO

I

Ahora,
casi desnudo,
con rostro de árbol y mirada de piedra,
varón de la desgracia donde la frente humea,
sin cuellos apretando mi garganta.
Hoy,
alzando la voz como quien mira arriba,
vociferando casi,
8 de marzo,
domingo de aire golpeando la ventana del año,
enterrando zapatos sucios
bajo las camas sin sueño.
No es un lamento.
Es un grito ahondado en el cráter de la sangre.
Porque estoy, y me regocijo pensando en las monta-
ñas de mi tierra;
porque estoy enfermo de tanto respirar,
del niño tonto que juega con su palidez
y sus caballos sin música,
de la desventura y el desvelo y la mueca.
La peste ha entrado en casa,
¡ay, joven amigo!;

hijo ajeno,
dolor,
huérfano de la lluvia
encima de ciudades donde nadie más encontrará asilo.
Me caen soles pegajosos,
mujeres encintas de dioses que no existen,
amigos desgajados como árboles,
caciques de mirada dura,
lenguas muriéndose de sed,
y
válgame la dicha
¡Qué felices somos!
mírame reir en la boca del hambre,
¡este pueblo de México es dichoso!
¡el dinero no cuesta!
válgame por las hojas que buscan el otoño,
hay que decir algo que de veras se diga;
válgame tanto,
hijos de la vida
¡válgame tan poco, recen alto!,
que no nos oigan,
hay que cantar, bailar,
acostarse con uno mismo,
con la silueta de la mujer de enfrente;
robar el pan del compañero
(no quiero más, no quiero);
alguien va a levantar su muerte en la mitad de la
calle.
Alguien me va a sepultar vivo.
Mano sosteniendo mi brazo, levántame.
Sólo dando traspiés, enloquecido.

En nombre del padre, del hijo, del hermano,
que reviente la dicha como un cohete,
que salgan todos a la calle a ver los satélites perdidos,
que nadie tenga brazos,
que nadie sude,
que vengan a mi mesa,
que coman mi pan, que beban mi sangre.
Estas son mis palabras, mi escritura.
(La noche trepa a los árboles y aúlla como un mono).
No quiero que vengan a ponerme trapos calientes en
mis heridas.
Este soy yo,
en el sitio donde el mundo se infla como un globo.
Yo no voy a morir.
Vástago soy de mis sueños, progenitor de mi sangre.
Soy mortal como cualquier hombre, pero yo no voy
a morir.
Ventanas, paredes inmóviles, ayudadme.
Cañaveral del aire, levántame.
¡Bailad la naranja!
Enseñad a hablar al niño que no sabe hablar.
Dad vueltas al corazón de una manzana
para que se ponga a rodar.
¡Cómo duele no hacer nada,
cómo rechina la noche bajo la lluvia,
cómo pan, cómo silencio,
cómo postración evangélica de cuerpos
en el altar de las pequeñas miserias!
Ahora voy a cantar:
ved mi corazón como un papel ajado.

II

Me he subido a la tribuna de mi corazón.
Se ha roto el martes,
el sábado se anticipa de los lunes,
se levanta el sueño de la boca de Lázaro.

Oídme, compañeros:
¡tarda en venir este dolor de donde vengo!

III

¿Alguien pronuncia mi nombre?
¿Quién se quema en la cocina?
A decir verdad, no quiero la paz de los resignados.
No tengo dinero para comprar la felicidad:
sólo a mi corazón pendiente como una medalla.

IV

Voy a seguir hablando.
Porque en vano me estiro, en vano es desgañitarse.
Voy a desenamorarme.
Porque mi mirada arde
y veo las regaderas como campanas colgadas
despidiendo el agua que cae como desde una nube,
y me siento feliz en el pequeño cuarto apretado
de ladrillos donde se resbala el agua,
y donde me mojo la cara y las manos y el sexo
(el espejo empañado donde me miro sólo tiene un
ojo)

y mis cabellos parece
que tuvieran pequeñas estrellas entre pelo y pelo.
Hoy estimo mis palabras más que nunca,
mis camisas más que nada.
Voy a atarantarme con un vaso de agua,
o bien esperar que llueva la lluvia, o bien amar,
y no apagar nunca más la leña que arde como el día.
¡Alegría! ¡Alegría!

V

Me despierto nublado, espeso como este día nombrado
martes,
como las montañas y las fábricas de humo. Yo no
debo morir.
Ay, Hosanna, te he buscado en tu cuerpo
y no encuentro tus ojos ni tu voz adentro de mi boca.
¿Acaso eres la innombrable, la nunca poseída,
la que esconde los senos tras de sus manos tímidas?
Estás en mí como el agua, me tienes agarrado como
el hambre.
Estoy en ti acostado en tu nupcial mirada,
estás encinta de mis palabras y mi sangre.
Vienes ahora. Encima de tu vientre alumbra el pasto
deshojado,
y nazco como un hijo tuyo bajo la piel que me
sostiene.

VI

¿Qué día es hoy?
Ronco de tanto gritar,
¿qué pasa?
Un ventarrón amenaza con derrumbar al día.
Papeles, azoteas, sábanas tendidas y planetas extraños
se trastornan arriba en el lazo que los une.
El niño no ha dicho su primera palabra
y su abuela materna no ha muerto.
Los hombres se unen para maldecir.
Tales cosas se miran esta mañana
de la que yo les hablo.
No es posible aguantar más.
La cebolla atosiga con puntas mi mirada.
¡Este pueblo de México tiene hambre!
¡Para qué los poetas!
¿Para que la palabra baje
como un ángel idiota
a sostenerse de los sobacos?
Algo va a venir.
¿Es posible ser Patriota
con un peso,
un pan,
mil desgracias?
No fuerces tu vista delante de la luz
porque la perderás.
Estallarás como un vaso cargado de piedras.
El camino es largo.
Del uno al cien hay una gran distancia.
¡Que apuro!

Arriba el dos,
el otro.
¡Que caminar tan largo,
si la muerte se muere para siempre!
¡Que desgracia,
que fatiga,
que largo clamoreo,
dura lo que no puede durar una manzana en la rama!
Centímetro espectral mide las horas.
No des aliento al agua ni sabor ni discordia,
porque si no se levantará como una niña,
inmortal para siempre,
y contará los números como escalones,
del uno al cien,
arriba.
¡Que distancia tan lejos hay entre ojo y ojo!

¿Alguien se acerca? Estoy vivo.
Mirad cómo me enfurezco,
cómo doy de patadas al viento,
cómo rompo las hojas de papel
por donde he pasado como un extraño, cómo
grito a los cobardes, cómo
me miro frente a frente, como un enemigo más.
¡Mirad cómo destruyo las fotografías con una espada
de madera,
mirad cómo me regocijo!
Hay que romper el cielo con una piedra
para que salgan los locos desnudos,
los que murieron creyendo en la vida eterna.
El alma no existe desde hace tiempo.

Sólo la existencia,
sólo manos,
sólo hígados,
sólo rebelión, sólo poesía.
Atrás los que no viven,
cadáveres pudriéndose entre el sol y la tierra.
Atrás los abstractos y los desgraciados.
Atrás la basura y los benditos.
Atrás los que no sirven para nada.
¡Abajo los vendidos!
La gente se reúne en las calles, en las plazas, frente
a los palacios.
No vendan telas
ni carnes ni frutas
ni trajes para vestir al millonario.
No vendan su desgracia al primero que pase.
No esclavicen sus pies a los zapatos.
¿Y de qué vamos a vivir? Me preguntarán.
Del aire.
¿Y de qué vamos a arroparnos en el invierno?
Del aire.
¿Y de qué nos divertiremos?
Del aire.
¿Y de qué vamos a comer?
¡Del aire!
¡Mientras tengamos aire y paz en nuestras manos,
viviremos del aire, del aire, del aire!
Algo bueno se avecina.
Algo se anuncia en este día que mata.
¡Viva la bandera roja de la sangre!
¡Abajo mi mirada!

¡Mueran mis pulmones para no morir demasiado!
¡Viva el salario vivo de mis ojos!
Algo va ocurrir.
Me duele la punta del corazón.
Me duelen las semanas
de este mes de marzo,
la gramática,
el pie de mi pierna, el metatarso!
El pesar como el mar, marea.
Hasta que mi corazón se canse de brincar como un
sapo,
¡humarea! ¡humarea!

EN PROTESTA

Mi protesta inflamada no es sino
el grito de mi alma.

Emilio ZOLA.

Quiero irme a mi pueblo, lejos, muy lejos.
Volver a mi casa donde mi ventana está pintada de rojo
y el frío marcha por las noches como un soldado cubierto de niebla.
Quiero ir a mi pueblo, a que me cure el viento de la madrugada.
A que me vean mi padre y mi madre.
Quiero oir las campanas de bronce, los cerros azules que suenan cuando llueve;
Los altos vientos como ángeles airados,
el Grijalva que se desborda al vientre de la tierra.

Luego me viene un ansia, un malestar, un hombro alucinante nace
de mi espalda, rompe mi clavícula, y me detiene a la mitad de la calle.
¿A qué esperar? Quiero una boca donde dejar mis labios;
una palabra en voz alta, dicha en mexicano.

Estoy ahito, deslumbro como un animal, disconforme.
Con rencor hacia los hombres miserables.
Porque miserable es lo que dicen, miserables sus cabezas,

miserable lo que comen. Miserables sus trajes, sus pañuelos, sus intestinos.
Ahora odio.
Ahora congoja, ahora zapato; ahora, rodilla, no tiembles.
Me vienen ganas de pelear.
Viene una garganta al encuentro de mi voz,
me viene un niño descalzo de palabras y ademanes que se alborota como un pequeño pájaro.
¿A cómo estamos? Me pregunto.
Acomodo el día.
¿A cómo la comida? ¿A cómo la risa? ¿A cómo la vida?
Acomodo mi cuerpo.
Para darle gusto a mi sangre estoy vivo, para darle ganancia.
Estoy alerta contra los enemigos, estamos alerta.
Nos han pateado, nos han encarcelado.
Nos meten agujas debajo de la lengua.
Resistimos.
Como los árboles ante el empuje del viento.
¿Y vosotros qué, y ustedes cuándo? ¿ahora ellos,
mañana (no quiero ni pensarlo), tal vez tú y él?
¿cuándo vamos a luchar, cuándo vamos a luchar y clamar y clamar?
Y bien ¿ahora qué?
¿ahora qué, nosotros?
¡Arriba!
Arriba no pasa nada.
Pasan nubes.
¡Arriba el mitin de los trenes!

¡Arriba la huelga en la mina del hambre!
¡Arriba el acento que trastorna las vocales!
Arriba, las nubes se amontonan como piedras.

¿Para qué refugiarse entre los tuyos? No vayas a ninguna parte.
Decide tu casa, decide el movimiento de las Estaciones.
No digas más, "si algo pesa que lo cargue el viento".
No busques remedio a tu dolor, no busques quién te ampare.
No busques el color de la cal en las paredes.
Cúidate de la tos del espíritu, de la tuberculosis de la indecisión,
de la calentura del lodo.
No busques una mano que te consuele, un abrigo que te abrigue.

¿Dónde nos encontraremos? ¿Dónde avistaremos la calle?
Hay que alistarse,
salir de los hospitales en muletas,
brincar en la mesa de las operaciones.
¡Alerta! ¡Alerta!
Parte el viento rumbo al sur. Parte el viento como una espada.

Pero dirás: "primero son mis ojos que se sorprenden en el descubrimiento de la luz;
primero es el hambre que golpea mi estómago".

Pero dirás: "primero es curarse, tomar el remedio
que te salve".
Pero dirás: "yo no quiero escupir sangre en la banqueta que pisan los niños".
Pero dirás: "amo el mar".
Pero dirás: "amo".

Entonces, hay que luchar.
Pelea, fatiga. Pelea, cama, contra mis huesos.
Pelea contra los indignos de llamarse Pedro o Nicolás.
Pelea, piedra.
Pelea, obrero.
Pelea, aire, contra las aves.
No veles más tu cuerpo.
Asiste a tu muerte.
No veles la noche.
Pelea, luz; pelea, amigo.
Si viene el amarillo dale una luna para que aprenda.
Si viene el azul enséñale la línea del horizonte.
Si viene el rojo dale una bandera,
dale tu sangre, aliméntalo en tus venas.

Las paredes dicen: levantamos un cuarto.
El calendario señala el día tres de abril como un día imperecedero.
La ciudad de México está bajo un cielo de humo.
El tórax no me duele; me duele nombrarme a grandes voces.
Hay un precipicio entre mi boca y mi estómago.

El Diablo carcelero ha cerrado la puerta, ha abierto
la oscuridad,
ha roto la rebelión de los dignos.
Las cadenas dicen: nos enredamos en sus manos
como culebras.
Los altos funcionarios hacen concesiones a la muerte.
Pero las sillas dirán: no se sienten los culpables,
los matadores.
Las casas dirán: no entren.
La enfermedad que mata, dirá: asesinos.
Y yo diré: asesinos.
Acuso al hambre de matar al estómago, de herir a
las costillas,
de acabar el paso, de abrir los pómulos de la cara,
de enflaquecer la vida.
Yo acuso al agua que da de beber a los criminales.
Yo acuso al aire malo y enfermo.
Yo acuso al señor día, de vivir entre bandidos.
Al señor animal,
al señor banquero,
al señor piedra,
al señor político,
al señor dinero,
de presentarse y de inclinarse ante el señor Estado
que les da de beber y comer para mantener el crimen.
Yo acuso a los periódicos de toda falsedad,
yo acuso al ejército de estar contra el pueblo,
yo acuso a la juventud de ancianidad,
y a los muertos que no hicieron nada, los aborrezco.

No tengo nada contra nadie: nada más odio a
los conformes,
a los aduladores del oro.
Yo acuso a mis hermanos, a mis amigos.
Yo acuso a mis ojos de ceguera,
a mis piernas de no andar,
a mis uñas de tullir a mis dedos;
yo acuso a mis palabras incoherentes,
yo acuso a mi corazón de no gritar,
a mis manos de no empuñar una lanza que derrumbe
al día,
yo acuso a la enfermedad que me doblega
como un árbol lleno de llagas en la corteza,
yo acuso, en fin, a la noche,
de haber violado a una rosa que no era culpable
de ningún crimen.

Por esto, por el fuego,
por la escritura de mi lápiz,
un día más, un mes tan sólo, un año me voy, otro
me quedo.
Por mí,
por nadie,
por la vesícula del aire,
por el remolino de mi dolor,
yo estoy.
Yo estoy, sí, esperando la lluvia.
Yo espero sanar y estar bien por el invierno.
La primavera me ha hecho mucho daño.
Ahora mi palabra es ronca, y mi boca tiene tos;
y quiero irme, pero no quiero irme.

Estoy bien, amigos míos; estoy mejor.
Me alzo sobre el mar, y veo.
El viento es el cordón umbilical de las montañas.
Padezco el mal de amar a mi tierra,
de amar a mis huesos, de amar a mis hermanos.
Porque México, México, mi México.

EN EL DÍA MÁS ALTO

I

El año va bajando escaleras que conducen al mar,
Noviembre da un manotazo helado sobre mi carne.
Sobreviviente del día que pasa como una tormenta,
aparezco entre las maldiciones
y desgracias de un Pueblo que no tiene paz.

Aparejado con el día
que levanta su cabeza por entre botes de naranjas
podridas,
el rostro de la soledad, arde;
y yo,
envuelto en trapos aparentemente limpios, quisiera
vivir mil años...!

II

Otra vez como entonces, como ayer,
¡no sé qué hacer, qué decir, qué contestar!
Me viene una ansia de trastornar las cosas.
Las cuatro esquinas me agarran por los hombros.
Los cuatro vientos me sostienen los pasos.
¿Quién arranca este verso que no tiene sonido,
que no tiene huesos clásicos en su pecho?
¿Quién se inclina ante la alegría como un esclavo?
La razón del papel es ser ceniza.
No hay más remedio para el hambre, que el pan.
Ni más sol, este que se pudre en los rincones de
la tierra.

Ni más esperanza que la voluntad mía, hasta que muera.

III

Esto es demasiado para un día de vida.
Déjenme, pues, que respire.
Que levante el brazo en el cielo lleno de ancas de caballos,
para sentir el peso de la grandeza sobre la armazón de mi espíritu.
Hoy sé que el hombre es superior a todos los dioses
que se alimentan del corazón humano.
Hoy vivo.
El agua sacude la garganta de mi sed.
El viento sirve de alimento en la noche,
y estoy insatisfecho y hambriento de no saber más.
Soy humano, pero como madera igual que los conejos.
Soy solamente un hombre que deletrea la poesía.
Soy un necesitado Adán con zapatos, con ombligo, con deseos.
Soy Adán embriagado, buscando al sol adentro de las uvas,
y por cabeza tengo la cabeza de los pájaros.
Y estoy lleno de palabras,
enardecido por los asuntos que quiero tratar con ustedes.
Se me cae el lápiz.
El adjetivo que ilumina aún a las propias estrellas,
se me cae de las manos.
Me caigo yo sobre mis piernas,
mi hígado sobre mi estómago.

Brazo sobre brazo, quedo.
Los Cristos de mis pies y de mi boca, están muertos.
Yo soporto la lluvia, el odio, la venganza,
todo lo que nos empuja para abajo. Pero esto es demasiado.
Inútil, inútil que yo viva si no puedo decir todo lo que quiero.
Ay, hermano mío,
estoy lleno de palabras ardientes,
y no puedo expresarlas como yo quisiera. ¡Maldita sea!

IV

Amanece despacio; con el frío adentro, golpeando.

El nuevo día relumbra entre tanques de gas.
El que antecede a éste, ¿en dónde estaba?
¿En el rincón de una hora sostenida por paredes inmóviles?
¿Qué gesto, madre mía, fue el primero que marcó para siempre, mi rostro?
No me reconozco escribiendo estas cosas.
Yo sé que soy otro,
que a mi estandarte no llega la miseria de lo fácil,
la calumnia de lo oscuro;
que mi palabra pesa lo que pesa mi sangre.
Yo sé que a mi lado, en las ciudades, lejos, en los campos,
hay, ¿cómo decirlo?,
un ansia de que el cielo sea humano,
que el día infiel se desplome como una casa destruida.

V

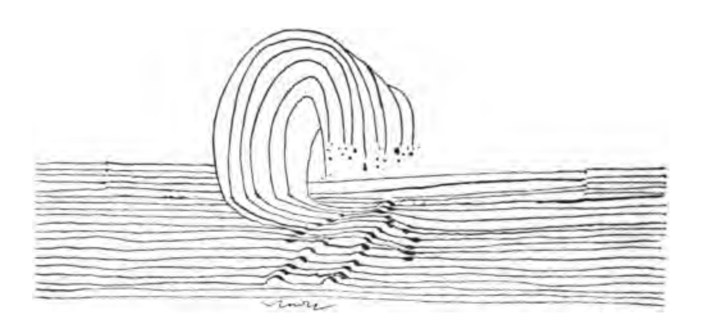
¿Éste soy? De pie, bajo el cóncavo azul del vacío.
Terrenalmente opuesto a la distancia.
Realista hasta la cumbre de mis sueños,
cargo un camino a cuestas por mis hombros.
Bajo de cuando ha mucho que no lloro,
de cuando un año a cuanto otoño sobrevive de sus hojas.
Vengo por un crepúsculo que mira desde mi estómago amargo.
Vengo desde mí, siguiendo al hombre que habita en mi calzado:
soy el bueno y el malo con un mismo pulmón.
Y así, me apresuro en el grito,
me cuelgo en el incendio,
aprieto la garganta de una nube,
me hago pasar por bueno,
me hago del honrado.
Soy todo y uno al mismo tiempo.
Soy alguien que tropieza, y vive, y sueños. Sólo eso.
Soy distinto al primer hombre, pero igual a cada uno de ustedes.
No me pregunten más: soy éste.

VI

¿Qué sucede a estas horas?
Una palabra basta para hacernos sangrar.

Jaime Augusto Shelley

LA RUEDA Y EL ECO



Cada poema que he escrito ha tomado la forma de una pequeña odisea. Una odisea que no va más allá de lo cotidiano, que está en los pies y en los ojos y en el lecho de los que la han fecundado.

El mundo —lo descrito— nunca es nuevo. Cambia el oído del que lo escucha y la voz que lo recrea. Lo nuevo lo es más aún, o sucede que sobreviene, a veces, una semejanza de mundos distanciados por una diferencia abrumadora de siglos... o de hombres, los que siempre van uncidos a la carreta.

La esperanza es la misma, la proveedora del cambio, hacia delante, hacia atrás, siempre adelante.

La muerte sujeta con igual fuerza, pero es otro el modo de temerla. Dejarla en el papel es un poco alejarla de nosotros, hacérnosla visible.

Caminar entre *los hombres, no es lo mismo que caminar* con *los hombres... esto se aprende. Yo lo aprendo.*

JAIME AUGUSTO SHELLEY.

A LA ESPERA DEL VIENTO

Mi vida es como un puñado de arena infinita;
tan infinita como el batirse del mar entre sus polos,
como su afán de elevarse por los cielos
para forjar un espejo de su propia imagen,
y caer —ídolo de sí mismo—, en su eterno lecho
líquido.

Vuelta infinita:
Un recrearse de formas que nacen
y renacen;
una tristeza que lo ha visto todo y
calla;
un volver al cielo y llorar,
llorar las manos de arena sobre el ser.

Ese ser silenciosamente sepultado por
el tiempo,
ése que ha contado uno a uno,
apagadamente,
los puñados de existencia que ha
vivido
y que ahora mira desvanecerse
entre otros tantos puños de arena
infinita.

Hermano, quiero saber el porqué de mi cansancio
y mi esperanza.
Hoy la fatiga de mi cuerpo está tan poblada de silencios,
que tengo miedo de verme caer, como los otros, sin
respuesta.

Quiero saber el porqué de los cuerpos retorcidos
y mutilados
de padres y amigos y enemigos. Hermano, quiero
saber.

Mi respuesta, hermano, no puede ser otra que la ya
penetrada por tus ojos,
tú, que has conocido la sed y el hambre,
el dolor y las pasiones;
que has sabido amar a los tuyos
y temer a los ajenos.
Tú, que sabes mudar tus palabras en acciones
y edificar conforme a la verdad o la mentira.
¡Oh, tú, que todo lo sabes y temes terminar sin la
respuesta!

Yo poco sabía. Pero hablaron,
dijeron:
—¿Ves esta piel inmensa que cubre tu alimento?
tuya es para arrancarle la sal y la esperanza...—

(La noche, conmovida, pare una luz de las tinieblas,
la agiganta:
Crea al Hombre).

...me hicieron girar y girar alrededor de nada;
mi brazo, acostumbrado, buscaba un eje,
que nació cuando yo lo quise.
Mis manos aprendieron el vacío y tuve fe.

(Sus ojos, creados a la luz,
ignoraban las tinieblas:
El Hombre cree y se contempla).

Pero ahora, hermano,
cuando siento todo lo que es mío,
cuando mi cansancio, liberado, se rebela a la hora
de mi paz y mi cosecha,
en este momento de entrega a todo lo llorado y lo
sufrido,
mis ojos me miran desde dentro, hermano,
y sé que nada encuentran...

(Dijeron:
Dos son las formas de tus ojos—
una verá todo aquello que frente a sí desaparece;
la otra, aquella que, una vez cerrada, dé
luz y se contemple).

...veo mi voz, desgarrada, erigirse y tomar forma;
veo mi sangre espejo de lamentos, ahondarse por los
senderos de mi carne;
veo mis ojos, dilatados de miseria, tenderse más allá
del azul de los sentidos.

Pero nada cambia.

(Nada, salvo los días que no pasan con su voluntad
de luz y de cansancio.
Nada, salvo las horas que fustigan noches y acarrean
sombras.)

¡Oh letargo de voz y de palabra!
¡Oh llanto estéril derramado!
¡Oh llagas cobrizas de mis ojos!
¡Oh soledad, sombra de miseria inhabitada!

Hermano, quiero saber el porqué de mi cansancio y
mi esperanza
antes de abandonar la fatiga de mi cuerpo...

Hermano, para ti,
para todos los hombres como tú nacidos,
la palabra tiene puertas con aldabas de silencio.

Vino de donde vienen las estrellas
y dijo:
—Tú, sirve de ti;
levanta el rostro y mírate en la noche,
porque el astro que ves ahora, morirá contigo.

Y levantando el rostro
me miré en la noche
que me dijo:
—Yo, que soy bálsamo a la herida del amante,
y llanto al abandono de la vida,
yo moriré contigo, mas naceré mañana—

Y en el ancho y oscuro corredor
donde dejan gotear sus luces
miles de noches esta noche,
yo sonrío: necesito sonrisas para no morir.

Mi molde,
al igual que el molde de todas las cosas,
es la Tierra:
	Polvo disuelto por los mares;
	mares nacidos de una nube;
	nubes lloradas bocarriba por los ríos;
	ríos que visten de verde a las montañas.

Oíd, hermanos;
oíd, mares, ríos y montañas, oíd:

—Hijos somos de esta Tierra que nos nutre y nos coarta—.

A la hora en que las cosas y los hombres
abandonan su estancia ficticia en el espacio
y pasan a su real bóveda de sombra.

Cuando la nitidez del día cae como ígnea refutación
y se hace descansar en las tinieblas,
lo cierto y lo incierto,
lo justo y lo injusto,
todo,
todo se une a la integración del caos enrojecido.

A la hora gris, mortaja de los días.

Amparado en la luz, única, de la memoria,
acompañado por la potestad unánime del rayo,
por la rítmica coloración de estremecidas luces
y risas muy lejanas,
se va, de un día a otro,
de un cuerpo a otro,
lleno de luz y sin destino.

A la hora gris, mortaja de los días.

Como siempre,
todo ha de seguir igual que antes.
Se podrá seguir siendo, calladamente,
no más que la dócil maduración de un rito inescrutable.
Se podrá sentir, soñar, morir;
Seguir el calendario del silencio.

Se podrá llegar sin asombro hasta el mañana,
y creer,
creer a la sombra de los párpados caídos
el espejo inválido de las cosas y los días.

¡Hay tanto,
tanto que podrías dejar de hacer!
¡Sería tan fácil esperar la muerte estando muerto!
¡Ser águila sin alas!
¡Dejar el mismo rencor brillando a los ojos del amigo!
¡Sería tan fácil volver el rostro a la presencia del verdugo
y negarle la palabra hermano!
Así,
ser el que ha de ceñir su grito a la impotencia.
El que, confundido en el temor de su vergüenza,
se ha de entregar a la justicia de Pilatos.

Y sin embargo,
soy, también, aquel que, tendido a la vera de los campos,
ha oído el canto de la tierra
cuando el primer tallo de maíz
surgía a los ojos de los cuervos.

El que, tendido en un lecho,
ya de parto, ya de muerte,
se aferra a un cuerpo
dispuesto de antemano
por la lucha o por la espera.

Entonces, ¿bajo qué señal se hará escuchar mi grito?
¿Acaso he de decirme:
—Descansa, olvida,
ésta lucha no es la tuya;
la justicia de los hombres no
es la tuya?

O bien,
impulsado por el dolor ausente de los muertos,
¿he de alcanzar mi voz hasta el torbellino sin eco
de las cosas
para arrancarme la sentencia de los siglos
y gritar al oído de los sordos:
Cristo ya no existe?

¡Pilatos, vengo a entregarte tu corona de espinas!

La noche, rígida en su estultez de piedra,
ha vuelto a nacer al advenimiento de los dioses-
    tiempo;
la resurrección de lo indecible
ha tomado forma ante los ojos cargados de luceros
y los cuerpos, dóciles, extraños entre sí,
pululan incesantes,
abrigados en lo que va del crepúsculo a la aurora.

El contrato astral de los hombres ha expirado
y la libertad pesa;
                pesa la conciencia,
dueña temporal del aire.

Y yo me digo:
                —No todo está perdido—
Pero no hay eco que responda.

De piedra soy.
Duro es verme nacer de piedra;
duro es ver al hombre nacer de piedra:
Mas he nacido.

Y duro es, también, verle morir
verle caer cuando se le ha visto firme,
y hemos encontrado sus entrañas llenas de canciones
hijas de su andar caprichoso en el camino.

Pero cae.
como nació de piedra, cae...
polvo de piedra que cae,
que no lleva canción en sus entrañas,
que no lleva nada en sus entrañas,
que no sea un vasto eco de miseria,
hecho de mareas viudas,
de resacas que se estrellan contra todo,
que no llegan jamás
sino al mismo, infinito punto de partida.

Un recuerdo coagulado en el silencio.
Una fuga de existencia prematura:

El ojo que vio y se ha cerrado,
va a la búsqueda de todo lo que existe.
Va, y se pudre a la mitad de su camino...

¡Silencio, silencio,
que va a empezar la función!

—¡Mi vida es como un puñado de arena infinita...!—

TU PRESENCIA

Ah, la lejana, latente presencia,
el sueño viejo, perenne,
recostado todo el tiempo
en la silla sin respaldo, sin conciencia...

Ah, la terrible, mísera presencia,
el hurgar iracundo por las calles
de latir uniforme a mis pisadas...

(...nace del verte reflejada, transparente,
nace del ritmo aterido de mis miembros,
del no alejarse de mis voces...)

Ah, la quejumbrosa, aprisionada presencia,
incrustada a las palabras,
deletreada hasta en los sueños.

Ah, tu presencia, tu presencia
de remordimiento inútil.

Tu presencia...

ME ESTOY ACOSTUMBRANDO

Me estoy acostumbrando a verte partir;
te he visto hacerlo todos los días,
y ya casi me acostumbro a no sentirte sin ver...

(Hay un ciego que te busca en medio de la Luna).

Y es que al irte no te vas;
te quedas, muda, frente al mutismo de mi memoria,
como el viento. Como el mar.

(Una voz, sin aliento,
se está dejando aplastar por las estrellas).

Y sin embargo,
ya casi me estoy acostumbrando...

DE LO QUE SE LLAMA AUSENCIA

—Hay noches, ya dije, en que no encuentro nada.

E. ZEPEDA.

Y tras el eco de sus pasos
sólo ha quedado esta furia ciega
y este dolor mordiéndome la lengua...

(Mi voz,
¿qué hacer con mi voz que no se abre camino?)

—Se fue— me digo,
y el viento barre sus pisadas.

Cruzó el umbral de lo que era mío,
y de aquello, de aquel soñarme vivo,
ya nada queda sino el recuerdo en fuga...

(unas manos... unos ojos...).

Sólo el recuerdo que sigo buscando:
que he buscado en el silencio sucio de las madrugadas,
con esta mi boca que no hace sino repetir su nombre...

(...la vi,
caía la tarde iluminada de lamentos...)

...y es que mi boca,

como las más altas copas de los árboles,
cantando,
sabe hacer llorar cada pedazo de viento.

Así, hoy,
ha de cantar este vacío que lo llena todo,
estos mis puños señalados de vergüenza.
Cantará el dolor callado de su ausencia
para que la noche sepa que la sigo buscando.

TRÁNSITO DE LUZ

Hoy, al pasar de mi cuerpo a mi palabra,
he aprendido que el llanto no abre las sepulturas de
los cuerpos.

(Me hallaba ubicado en un sitio en el que mi cuerpo
no estaba presente.)

Había, ahora lo sé,
lluvia, luces y palabras,
pero yo vivía enmedio de la noche.

Recuerdo también que lloraba;
pero creo que aquello no era llanto.
Era, creo, sólo algo más con que llenar
la superficie áspera de mis manos aprendices.
Sólo eso.

(Me aprestaba a descubrir a qué hora del horizonte
nacen los dioses.)

Por lo demás, habría que callar,
habría que volver al sitio donde hemos estado
y buscar y buscar lo que no hemos encontrado...

ESPEJO DEL ORIGEN

Porque al llegar a la natividad última de los ojos
juntos fuimos a su primer destello incierto y prematuro,
y juntos recorrimos, aherrojados, la misma redondez girante,
abrazados a la misma concepción herida de la tierra,
fuimos iguales y pudimos amarnos.

(Tú allá:
la misma incertidumbre cubriéndote de fe;
Aquí, yo:
blasonando de dolor mi espera...)

Porque para hablar nos hicieron jugar con las mismas palabras,
descubrir el eco de las mismas voces
y ahondar en el firmamento igualmente lejano
el mismo mundo de fantasía y miedo,
fuimos iguales y pudimos amarnos.

Pero porque el cauce de los ojos y los labios
no bastó para contener la distancia de tu cuerpo
ni mi voz pronunció la palabra de renuncia
capaz de despedir de ti otras vidas, otros sueños o temores,
hoy habrá que desandarlo todo
e imaginar, cerrando los ojos,
que al nacer sólo soñábamos
que éramos iguales y podíamos amarnos.

A LA HORA DE PARTIR

—Es la hora de partir. ¡Oh abandonado!
P. Neruda.

Había que partir,
y no obstante,
aún quise esperar a que este último día,
este último dolor crepuscular a cuestas,
me despidiese en tus pupilas, alargándose.

Era la hora de partir,
mas ¿dónde descansar tal destino de ausencias?
Mis labios, fértiles al abono de tus ojos,
habían hallado nuevamente aquel universo no
descrito.

Pero las palabras se me quedaban en la sombra,
mudas.
Tibiamente sujetas a la oquedad cerrada de la boca,
solas.

Inútil decir que no eran nada,
palabras.
Si acaso palabras para acariciarte desde lejos.
Desde lejos, porque había que partir.

ORÁCULO DE CENIZAS

Antes,
mucho antes de haberme ungido a la palabra.
Cuando la espuma del viento aún no enraizaba en mi garganta.
En ese tiempo en que recuerdo a hombres llorando en medio de las calles,
a niños clavados a los vientres con el temor apretado a las placentas,
yo esperaba.

Antes,
cuando, reclinado en mis ojos sin ventanas,
yacía contemplándome en las cosas,
y gozando la elemental lujuria de la tierra traída hasta mis huesos,
entonces, yo solía preguntarme en qué remoto lugar de mis entrañas,
en qué absurdo puente derruido de mi espera,
me había abandonado el grito que iluminaba los rostros de otros hombres.

Y es que yo sólo conocía su faz dura;
su fe ciega;
su cómodo ubicarse limpios en otra esfera redentora
capaz de dar color a su inocencia.

Y había que languidecer junto con ellos, los hermanos.
Había que esperar.

"De mis divinas manos os constituí en regidores de
la Tierra.
Os di la fuerza para cimentar vuestro poderío,
para haceros levantar del polvo ancestral
y la miseria en que os abatíais.

Os lo he dado todo.
En vosotros quedaba tan sólo justificar la alegría
que os era dada,
y hacerla valedera para siempre tributándome vuestra humildad.

Pero he aquí que de la virtud otorgada sin recelo
habéis hecho parir, con manos pródigas,
la multiplicada ambición de vuestra voluntad debilitada.

El odio, el hambre y la codicia
se alojan en el corazón de cada uno de los que antaño llamábanse justos.
Gritáis y blasfemáis, y el amor no cabe ya dentro de vuestros proyectos.
En vuestro aburrimiento, hastiado de ser siempre el mismo,
clama y se debate el escondido origen de vuestra naturaleza.

Mas, decidme,
¿acaso el agobiante fardo de esas desdichas
no es comparable al que tan ligero acarreáis en la alegría?

Ojalá os valiera saber que la felicidad
que quiméricamente suponéis os habita
sólo es válida si de antemano habéis postrado, en
holocausto,
vuestras discordias y vuestro afán de asesinar al
hermano
que os ignora criminales.

Que la fe en que os requiero, sea con vosotros..."

Y es el caso que yo no soy
(ni he sido),
ladrón, ni asesino, ni blasfemo.
Pero tampoco quiero la paz mientras a mi alrededor
se hacinen las tumbas de los otros;
mientras la verdad y la justicia se ahogan en un
grito ensangrentado.
Mientras haya un hombre que, llorando en medio de
las calles,
me asegure:
—"Hermano, ¿a qué vivir, si es la paz
lo que yo busco?"—
Y el grito de los vivos no lo llame.

Y yo tenga que responder con palabras que han sido
lavadas
con la sangre de otros muchos, rebeldes de su pro-
pio grito
y esclavos del llanto de los que, no estando muertos,
yacen despiadadamente contemplándose en las cosas.

A ellos, enlutado en mis palabras de hombre,
me dirijo:
—"Hermanos, que el viento que levanta
muertos
no los persuada de la sinrazón de nues-
tro grito."—

REINO EN LA MONTAÑA

CANCIÓN

Desde este valle —sol de pino y niebla—,
desde mis ojos que se esfuerzan por echar raíces.
Desde esta lengua extraña y silenciosa,
acavernado hasta lo más estalactita de mi sombra;
desde así,
voy a retener mis pasos sobre todas las temporalidades y todos los presagios.
Allanaré lo obscuro y lo llamaré deseo,
color de fiebre...
Reduciré el momento y lo llamaré recuerdo,
sabor de fiebre...
Recordaré la forma en que fui nacido
y reinaré sobre el rojo territorio de mis venas.

Estoy aquí para recrear al día,
para llamarlo siempre...

Salimos del bosque de tejas ennegrecidas y clamamos.
La noche, hoja derramada sin altura,
nos golpeaba mostrándonos la sencillez de nuestro
azoro;
sometiéndonos tutelarmente entre sus ruidos,
campana sin eco que se inflamaba hasta hacernos
titubear.
Una luna, salida de algún lugar que se acerca al
origen de los hombres,
saluda familiarmente nuestro paso.
Ropaje de sueños afilado de nubes, oscurece.
Ni un suave palpitar de ciervo perturba la montaña.
A diferencia de las cosas,
los hombres somos semejantes y diversos:
cambiamos sólo por instantes de salud.
Pero somos los mismos
—la misma densidad del aire
que consume tanto enfermo;
el mismo sustrato de vacío arrancado a una ola
cualquiera
que viene a nuestro encuentro haciéndonos danzar
grotescamente asidos de las madrugadas.
Somos la paz y la calma.
Somos la tormenta.
Pero somos diferentes cuando el sudor que se em-
bosca en nuestra piel
hace acto de fatiga mientras humeamos con los
codos encogidos

(morbosamente encogidos contra la carne diferente de cualquier hembra
animada por los ojos y acariciada torvamente en el estadio fallido
de cada lecho impersonal a cada hora...)
Ciertamente, la mirada no es la misma.
Por eso, por cada tropiezo-horario sujeto a dos cadenas,
—vivir me significa colarme dentro de ese obstáculo de género diverso que salta en las mañanas—;
por eso, por cada tropiezo-horario sujeto a dos cadenas,
—morir me significa tenderme contra un colchón de ausencias y deseos por las noches—;
por eso, digo, creemos ser diferentes de los árboles.
De ahí que mis pies que llevan tanto volver atrás inútilmente
sólo sean formas que complementen el huso sensual al que es dable sujetarnos.
(¡Probemos a mordernos los pies para ver nuestra justicia!)
La luminosa intensidad de nuestros actos, fielmente comprobada,
nos induce a creer que dos y dos son cuatro. Y hacemos por llamarnos locos.
(Así, por ejemplo, digo:
mis brazos, herramientas de utilidad reconocida,
son, en realidad, el ramaje más ligero con que noto el ir y venir de mis sucesos).
Preconizo la fuerza y el coraje,

pero me humillo al más leve susurro de las hojas.
Y es que en este reino de júbilo verdeante,
la mentira se deslava y sufre vértigo.
¿Somos los mismos?

Como fijo en las cercenación fluvial de la pradera,
el ojo repara y va indagando el color sobre la sangre.
La tierra conquistada (siempre conquistada),
ve a sus hijos color de bronce, yacer color de piedra.
Se construye y edifica sobre espaldas apremiadas de
derrotas:
—*"Señor, ampáranos en tu dulce reino..."*—
La mentira se deslava y sufre vértigo
bajo un cielo ataviado de cruces sin sentido.

Repetimos la llanura en nuestra boca y centelleamos.
Reclusos de la sombra,
lamentamos la facilidad con que se diluyen alegres
    nuestras voces.
Burlador de piedras y de nubes,
el sol nos adopta y ejercita extraños juegos
con el viento que silba incomprensible.
Torpes de tanto abrazo alcanzado a nuestra espalda,
llagados los pies desaprensivos en la marcha,
nos da por sonreír de todo,
                                        a modo de respuesta.
Acontece también, cuando reímos demasiado,
que sentimos al silencio acogerse a nuestro júbilo.
. . . .
Nos buscamos los unos a los otros,
pero la densidad del aire —la misma densidad del
    aire que consume tanto enfermo—
nos retiene firmemente, abrasándonos el rostro.

Del sol y de sus juegos,
sólo nos queda el inclinado susurro del soplo
    anochecido;
anochecido el día,
sólo su canto permanece indefinidamente enclavado
    en la más alta memoria de los cerros.
En el filo infinito y superior de cada cuerpo,
el despertar de las conciencias se desnuda,
                                        solemne y cauteloso.
Una columna de reflejos se yergue inmóvilmente:

Estamos de nuevo entre nosotros.
—La oscuridad sea, a nuestros miembros,
túnica conforme a nuestra sangre—.

Y en la llanura, ni un suave aletear de pájaro...

Bajo la cúpula solar del mediodía,
una calle de resuellos galopa contra el viento
mientras en la iglesia,
nubes de cirios se desposan a la vera de la luz adormecida.

Hollamos plazas, templos y mercados.
Los responsos de la tarde caen del campanario
como débil protesta hecha añicos.

Vertiendo mariposas en los ojos de los niños,
las fuentes, cortejo de cupidos beodos,
describen arcos vuelos,
girasoles soleados en los siglos de granito.

Caemos en el aparente arrobo de la tarde.
Nuestros rostros van y vienen del sueño a la alegría,
hambrientos de voces y canciones para alejar la mala muerte.
De lejos nos viene, también, la soledad de nuestro asombro.
Es entonces que clamamos, duros de ternura,
y nos abrimos en sonrisas anchas de miseria.

El final de la jornada lo perdemos,
ateridos y humillados:
Seres somos concebidos ciegamente,
sin retornos...

Prevenidos por pájaros amigos,
avistamos la tierra y la parcela abandonadas.
Nos acercamos al barro familiar,
nuestros labios buscándose en su sed de orillas
accesibles.
Hemos llegado. Pero no hay gritos jubilosos, ni risas,
ni pozol dispuesto al umbral de la casa que así lo
advierta.
Poco a poco, nos vamos estrellando contra formas
duramente cabizbajas,
tercamente enmudecidas...

El relato de la lucha librada en nuestra ausencia
nos ahoga y nos hace descender a la confirmación
de nuestros cuerpos.

Nuestras sombras, siervas agoreras,
se dilatan velando la rueca inconclusa,
desesperadamente inconclusa, que ya no gira;
que ya no gira en su tocado de pañales, húmedos
de tanto miedo por la noche.

Dormimos en la muerte y blasfemamos.
Danzamos y cantamos a la tierra que nos hace llegar
al seno de la madre nuevamente.
Nuestros ojos, manantiales devastados,
se esparcen y acotan al paraje que habitó la ira,
desterrándola.
Rotación de injurias y lamentos,

la eternidad se ha ido encogiendo, amoratada y sucia,
rasgando el cordón de vida que la ataba.
Con dolorida certidumbre, tropezamos en el límite
que en torno a nosotros erigimos:
Hemos descendido a nuestros cuerpos,
pero una absurda procesión de incógnitas nos detiene
e interroga.

Velamos, velamos.
Velamos el ataúd de ramaje y lodo;
velamos a la noche;
velamos a la muerte;
velamos a la rueca inconclusa, enmohecida. Gemimos.
Pero la rueca lunar, con todo, ha de seguir hilando.
Hilando y meditando...

Sentados junto al fuego, esperamos.
Tres tercios de vida fuimos dejando caer en medio
de las brasas:
esperábamos.
Y la espera no llegaba.

Fuimos ecos en el viento;
remolinos en el polvo;
raíces en la tierra;
haz de nubes impotentes.
Negamos la alianza con lluvias y cosechas:
sentados junto al fuego,
yacimos esperando la segunda aurora.
Sin decirlo, sentíamos estar así desde antes de la
forma primera.

Tres tercios de historia dejaron sus huellas en las calles del pueblo.

Ahitos de ver cada semilla agostarse en la fosa común de los gusanos,
temerosos,
nos anudábamos más y más dentro del fuego,
acongojados.
Y fuimos así,
hombres y gusanos, como siembras y sequías,
nuestro origen:
esperábamos,
tendidas las manos pesadas de rencores...
Madurez de suelo virgen poseído en tibios rayos invernales,
¿dónde el parto de la tierra?

Suaves vientos nórdicos se han venido a posar sobre mi alma.
Canceles de nubes que palpitan y se desgarran en lentos y veloces movimientos,
se han venido a posar sobre mi alma...

Nuestro diálogo ha quedado enmudecido largamente desprovisto de alas y seres perfumados. Nos hemos recogido en la voz que acerca nuestro pecho a lo imposible
y henos aquí,
compartiendo el pan y el vino,
con sombras que asaltan nuestro paso melancólico.
..." Merodeamos campos sembrados de desgracias, acontecidos y cercados de ennegrecidos hábitos. Se nos pide contraseña a nuestro paso y hemos contestado —sí— y tímidamente hemos entrado
Arados rotos,
lanzas rotas,
creaturas rotas fueron viéndonos cruzar su tierra de nadie (y digo cruzar aunque no hubiésemos dado un solo paso, porque la impresión fue que nos movíamos de arriba abajo pero las cosas danzaban de abajo a arriba y nosotros no hacíamos otra cosa que mover la cabeza y decir —sí— constantemente).
Luego
que hubimos llegado al cansancio de no llegar

a ninguna parte, hartos de exasperada inercia, nos dio por azotar todo cuerpo que a nuestra afirmación no contestase.

Arados rotos,

lanzas rotas,

creaturas rotas fueron así azotados sin piedad.

Y sus lágrimas —eco de sus lágrimas— fueron elevándose del pozo al que nosotros parecíamos descender.

(Y digo parecíamos porque en realidad volábamos ya muy por encima de los muros y los cercos, y los lamentos —eco de lamentos— jugaban a hallarse suspendidos de alguna estrella plañidera.)

Si medimos la largueza que hay en la mano de un hombre, mediremos también su insignificancia. La nuestra no hubo de conocer siquiera aquella que entonces, puestos de pie al cabo de la noche, nos separaba de esos seres que a modo de águilas giraban en torno al sol dispuestas sus alas vegetales en prismas radiantes, como ordenada procesión de flores en un jardín nocnurno . . ."

El poeta se incorpora de su lecho de raíces amapolas, midiendo la distancia entre ambos batallones: ¡en verdad, ningún asesino conoce el rostro de su víctima, tan alejados están!

¿Qué hacer?, balbuceos de inconfesada sedición se apartan y ceden al abrigo acariciante

reclutado en la fatiga. Duerme... ojos indiferentes al extremo de su nostalgia acobardada (aplicados de sumiso agotamiento, de lento rodar de inexistentes lágrimas hurtadas a la fiebre distendida muscularmente a lo largo del creciente día sólido en su ración indestructible de presentes). Duerme, duerme...

Suaves vientos nórdicos se han venido a posar sobre tu alma.
Canceles de nubes que palpitan y se desgarran en lentos y veloces movimientos,
se han venido a posar sobre tu alma...

No más tránsito de luz en los tejados vaporosos.
Nunca otra canícula descendiendo como voz anunciadora.
¡El fuego recaerá sobre cada cuerpo y cada sombra!
¡Aquí todo será fruto de tormenta!

Abriremos el libro de los muertos
y veremos el reflejo de cientos de noches incendiadas torpemente.
Rodearemos el casco orillado de la luz
y sentiremos que el calor atosiga nuestro cuerpo.
—De rodillas, de rodillas —dirán algunos.
¿Hasta dónde llegará el amor a nuestra carne?

El prisma de doscientas mil cabezas,
enterrado en el sótano capilar de cada torre,
tornará a dar vueltas y vueltas,
embriagando la oscura placidez de cada rostro.

Negarse es voluntad entre los seres.
Malezas hay
y escondrijos,
donde revolcar la ira satisfecha.

Caracolas y sueños apercibidos al friso de la noche.
Mar debatiéndose sobre formaciones de barro
milenario.
"El cuerpo es guía y presa de corrientes entrechocadas en la profundidad
de alguna superficie caída de altas naves derroteras;
hay orillas de suaves erosiones emboscadas a ras de albas y crepúsculos:
un lento ser nocturno a fuerza de olvidar lo oscuro.
Luz aplicada a la transformación de todos los deseos
que inexplicablemente retroceden antes de aclararse en la garganta.
Fuerza que se entrega entre gritos espumosos..."

"Rodar sobre piedras ensayadas de camino. Luego arena, raíces y,
casi siempre, lodo. Luego arena, raíces, y de nuevo, arena. Un sol que
se eleva cegadoramente y nos sume en profundísimos silencios.

Luego nada. Luego arena..."

Caracolas y sueños apercibidos al friso de la noche.

LUGAR DE LOS RETORNOS

Corazón de Pino

"Boca de Jade:
—He aquí el lugar,
he aquí el lugar de los retornos.
No busquemos ya más sobre la tierra innumerable.
Boca de Jade, ábreme tu cuerpo."

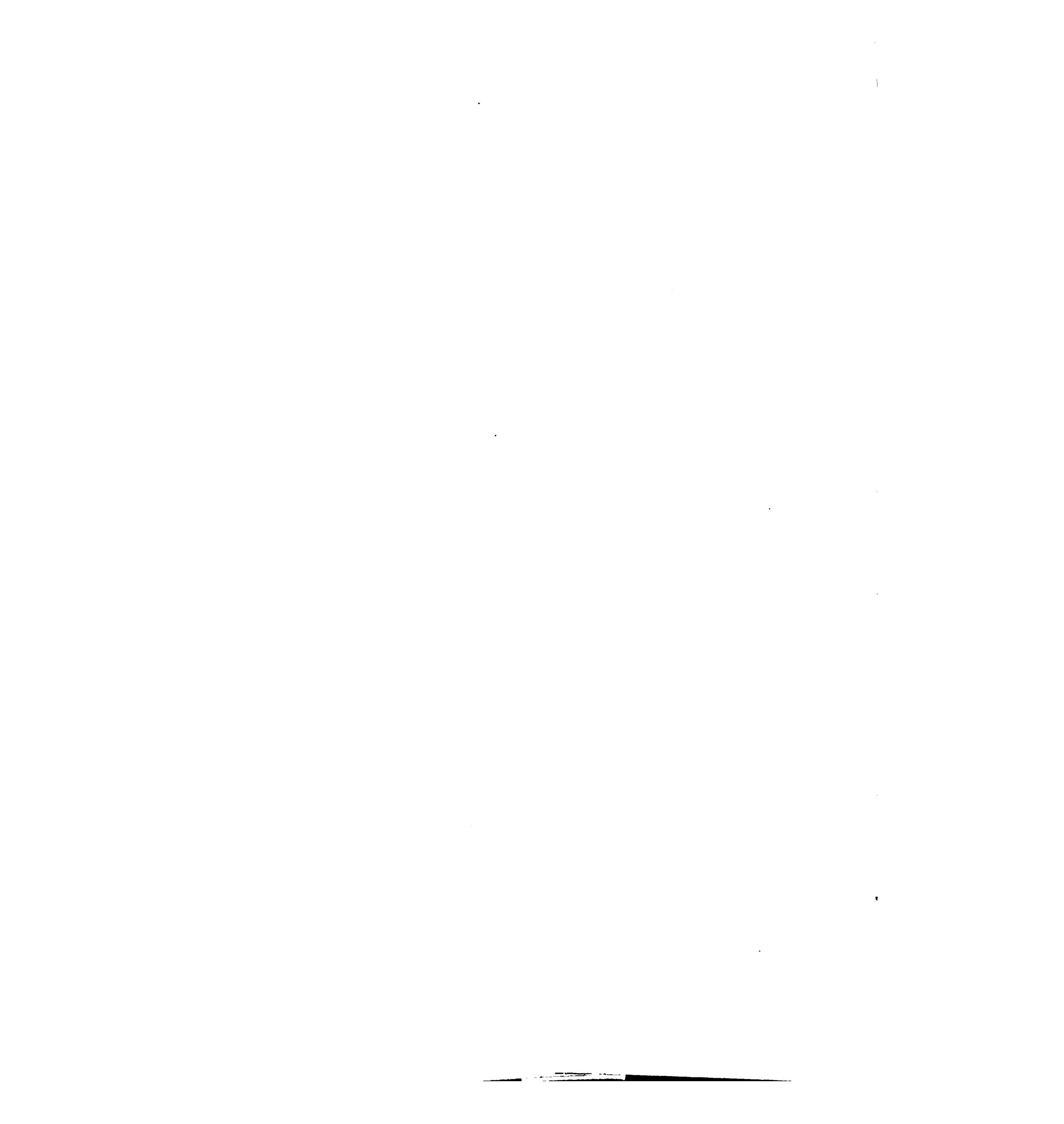
Sea tu voz conmigo,
que tu corazón yace en los desiertos verdes
más allá de lo que mi lengua conoce y me describe.
Sea tu voz en mis arenas,
tu sed en mis orillas,
que tu grito está distante
y tu palabra aún dirigida hacia los hombres.

Seca tu llanto y canta,
porque la marcha hacia lo oscuro es azarosa
y el canto aligera las distancias.
Refrescarás tu corazón y volverás,
como es razón del día volver hacia la noche.

Vuelve, Corazón de Pino, ¡aléjate!

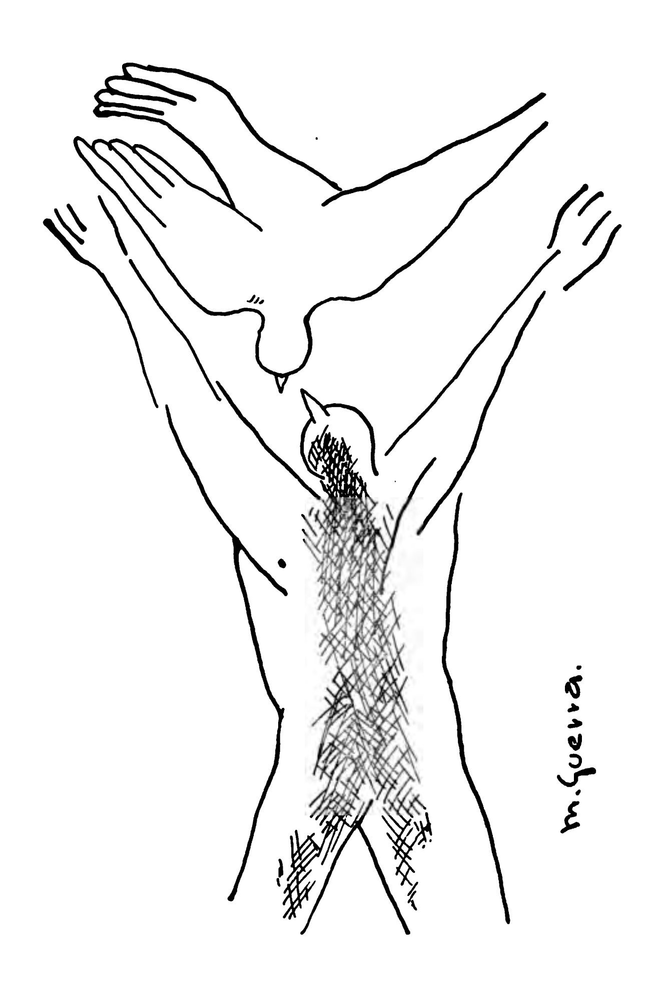
"Vino a nosotros y se plantó en el temor de nuestros corazones.
Por miedo fue que agonizamos tardes enteras, . .
agigantándonos en riscos
o tributándonos en el juego de sus cresterías espumantes.

Él nos obligó a amarle.
Él nos obligó a amarle y a temerle,
porque bajo la atropellada convulsión,
bajo la piel transparente y sucia,
se daban,
al igual que en nosotros,
el azar y la alegría."



ERACLIO ZEPEDA

LOS SOLES DE LA NOCHE

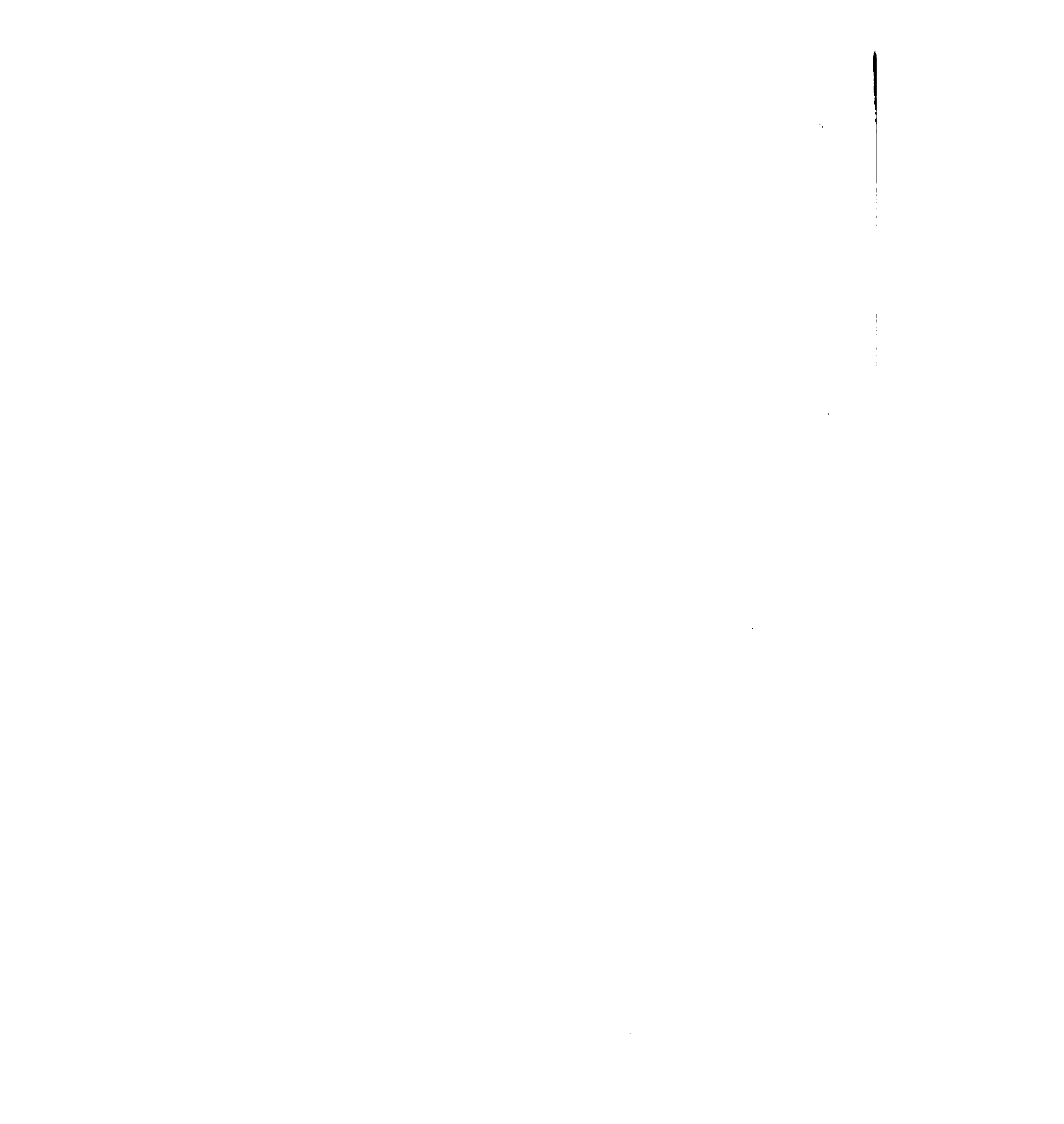

m.Guerra.

Creo que la poesía debe ser sencilla, clara, casi un ponerse a hablar con un amigo; por lo tanto, en mi obra, quiero evitar rebuscamientos, limaduras infinitas, tono doctoral. He dicho una poesía sencilla, mas no intrascendente; hacer esto equivaldría a caer en un doble error: no hacer poesía y no ajustarse a nuestro tiempo.

Creo también que la poesía debe ser portadora de una idea, vehículo de un sentimiento, ya sea éste personal o colectivo. No estoy hablando de lo que durante mucho tiempo se llamó "mensaje", pero pienso que el creador imprimirá a su obra el impulso de su verdad, hecha suya, hecha carne, y su poesía, entonces, estará diciendo algo.

Estoy en contra de la poesía hueca, de la de puro ropaje, de la retórica. En definitiva, creo que lo importante es ser sincero, comprometerse cuando se es consciente del compromiso contraído, pero no ser jamás un incondicional. Pensar que la poesía es producto de hombres dirigida a hombres y no a otra cosa, es lo que en verdad importa.

ERACLIO ZEPEDA.



POEMA DEL QUINTO SOL

PRIMER SOL

Para enseñarme el mundo, mi casa tenía
una ventana más grande
que el ojo del aljibe.

Hizo ya mucho tiempo, amiga, que yo tuve esta casa.

El día plantó en sus tejados
granos de luz para preñar luciérnagas
a la hora en que el hombre
piensa lenguas lamiéndole los muslos,
y busca a la mujer completa.

Yo estaba siempre envuelto
con flores y gavilanes crucificados en las nubes.
En las tardes, corrían por mi casa
muchachas y niños y caballos jugueteando con el
viento.

Tenía una casa con las rejas abiertas para todos,
y sal, y pan y abrazos daba yo al romero.
Yo tenía, entonces, un hermano
para leer juntos en la tarde
y salir a labrar en las mañanas.
Las paredes de mi casa estaban modeladas con barro
dispuesto por mis manos y las manos de mi hermano;
y mi hermano y yo, estábamos formados
con el mismo barro que tenían los muros de mi casa.

Los muros de mi casa estaban pintados con saliva
de culebra.
Mi casa tenía un pozo en el centro del patio
al que arrojé el corazón de un toro recién castrado
para alejar con su bramido a los espíritus.
Mi casa tenía un ciprés plañidero
que en las noches quería irse al cementerio.
Estaba mi casa llena de rumores y mujeres,
de cantos y relinchos,
y ocupándolo todo, las manos y los ojos de mi hermano.

Una noche, a la hora en que nace el viento,
encendí la tea con crines de cien potros
para besar, llameando, las raíces de los muros;
cuando fue el momento en que el sol se cae
por la garganta y el brocal del pozo,
las cenizas volaban en el pico de los cuervos.

¡Ay el barro de mi casa, de los cantos y los panes!
¡Ay el barro de los muros!
¡Ay el barro del alero cubierto de gorriones!
¡Ay el barro de los ojos de mi hermano!

¡Seguirán dormidos,
hasta llegar el día de los encuentros finales!

En el filo de la roca, ha nacido un árbol...
Un pez está naciendo en el fondo arenoso del río...
En el corazón de la montaña, nació un tigre,
y en la orilla de todos los ríos del planeta,
nace un hombre.

Las arenas y las hojas, esparcidas por la tierra,
se pierden, arrastradas por el viento,
más allá de todo lo conocido por los pájaros.

La tierra quema tanto como un animal en celo,
y se quiebra, en pedazos, todo el llano.

Las aguas del mar, de todos los ríos
y todas las vertientes,
se van por la garganta de la tierra.

El fuego, como una culebra,
muerde y mata a las hierbas y a los árboles,
los animales huyen, siguiendo el cauce muerto del arroyo.
Toda vida que empieza, allí mismo es abandonada.

Un hombre nace en el centro del fuego,
y yo busco, paso a paso, la distancia.

En las tardes lloro mis manos,
quiebro mis uñas, lloro mi cuerpo,
recordando...
Es en las tardes
cuando el olor del tiempo me traspasa
con su espada.
En las tardes abro la ventana
para que entren palomas en mi casa.
Es en las tardes
cuando me refugio en el ojo de buey
de las tazas de café.
En las tardes, con mi aliento,
levanto las faldas olorosas
de las muchachas que pasan a mi lado.
Es en las tardes
cuando quiero romper las ramas
de todos los árboles del parque
para hacer una fogata que prolongue al día.
En las tardes mis manos amasan violentas
la estatura de otras tardes.
En las tardes,
a las seis de la tarde
de todas las tardes,
hundo mis brazos
en el crepúsculo de los cipreses,
y busco...
pero busco otra vez, y otra y otra,
y nunca encuentro nada.

Veinte veces, a través de veinte lágrimas,
he visto cómo los árboles
se van poniendo enfermos en otoño.
Veinte años hace que guardo
mujeres en mis ojos...
Y todavía voy de puerta en puerta,
de tarde en trago,
de trago en medianoche,
buscando, buscando...

Vuelvo a hundir mis manos
en la noche de los trenes fantasmas,
y busco, y busco...

Soy un hombre que vive con el viento,
con el pájaro, con la nube, con la noche.
Vivo con todo lo que busca
un espacio preciso, en donde
anidar el espíritu lleno de humo,
de sales y de gritos.
Tengo un espíritu ancho de universo,
y a la luna enredada entre mis nervios.
Soy libre:
leopardo encuevado en las mañanas;
jabalí que se pierde en el crepúsculo.
Viento soy.

Puedo vivir donde ellos quieran;
pero igual que la sangre brotando a borbotones
del corazón roto de un pájaro, atravesado
por una piedra de muchacho,
se me escapan hojas de verano
por el resquicio de los sábados.

Soy nube, pájaro, polvo, día y noche.
Todo lo que cambia soy.

Una vez, camarada, tuve una amiga.
Una amiga era
que llegó cuando ya no recordaba
cómo era una amiga.
Y era que se incrustó en mis palabras
como una jabalina de colores,
haciéndome decir cosas sencillas.
Y fue que una noche sin grillos,
transparente a las piedras y a los árboles,
se durmió en mis venas,
y ya no tuve miedo de las fiebres.
Una vez se disolvió en mi vaso de vino
para hacerlo menos amargo
y me dio una sonrisa de su saliva dulce,
para curar las heridas de estas manos.

Una noche se fue entre luciérnagas,
al viento su camisa perfumada de besos,
sin que las estrellas se dieran cuenta.
Se fue en silencio,
poniendo los pies sobre las piedras,
para no despertar a los pájaros ni al llanto.
Esa noche, los tulipanes abrieron sus labios,
bocas presintiendo ya el gemido,
sangre contenida en un lamento.
Con su mano abierta, diciendo adiós,
partió la luna en cinco pedazos;
amiga, adiós.

La noche, con todo lo que guarda,
a veces no me deja ver nada.
Busco en todas las puertas,
los parques, las ventanas y los basureros.

Hay noches, ya dije, en que no encuentro nada.

Pero hay otras, como ésta,
en que encuentro todo lo que quiero.
Las noches guardan tanto,
que me lleno y me lleno
los bolsillos y las manos,
y no puedo llevarme todo.

Podría decir que en estas noches,
me pesa el dos inicial con que escribo mi nombre.
¡Me duele tener veinte años
y saber tan pocas cosas!

Salgo del café
aturdido de las mil palabras que dije,
y que no fueron capaces de asentar nada importante.

Voy por las calles, martillando clavos
y metiéndolos entre mis ojos,
porque siento un ansia terrible,
—caballo que perdió las riendas—,
de tirarme en una banqueta
a esperar no sé cuántas cosas.

Quiero gritar a todos los que encuentro
que no es justo que a mí esto me pase;
que a pesar de mi aspecto,
de esta mi cara, labrada a golpes de hacha,
me siento capaz de llorar
cuando veo un pájaro muerto entre las flores.

Tercer Sol

Aquí mi voz.
Aquí mi grito, mis ojos y mi luna.
Aquí mi risa, mis manos y mis venas.
Aquí todo lo que llevo en los bolsillos.

Aquí todo lo que tuve y lo que tengo.
Aquí esta letra muda que no escribo.
Aquí mi corazón
y aquí mis huesos.
Aquí todo lo disperso,
igual que hojas muertas en el viento.

Aquí, después que el sol
ha caído como un fruto maduro,
me desabrocho la camisa
y muestro el pecho a las estrellas.

Es ahora, camarada,
cuando no hay calles, ni parques, ni plazuelas,
que puedan detenerme.
La noche me lleva de la mano
como a un niño, por todas las puertas,
y me enseña lo que se esconde
detrás y más allá de las cortinas.

Veo a un niño de ojos más profundos
que el agua de un cenote,
cobijado en el papel
que el viento no pudo arrebatarle
a la hora del crepúsculo;
me sonríe plenamente y dice:

—"El viento es bueno,
recuerda cómo vuelan en él las golondrinas."

Encuentro tres viejas que cruzan la plaza.
Caminan tristes y deshojadas;
el nieto de una de ellas, desde hace una hora,
está jugando en las estrellas.
Al pasar junto a mí yo las escucho:

—"No debió haber partido
cuando el limonero aún tenía
las ramas cubiertas de sonrisas."

Rozo a una mujer, aclocada en la banqueta,
que agita sobre el vientre ciego y magro
un poco de sombras y vinagre;
se arranca con la zarza de los dedos
haces de cabellos blancos, de sal;
reclama al hijo cubierto de duraznos
que lleva en la sangre desde hace treinta años,
sin haber podido nunca, al darle un seno,
mostrarle las hojas y los pájaros, y decirle:

—"Corre y llénate las manos con la hierba."

Encuentro a un hombre con los ojos arrancados
que perdió las mariposas, los cerros y la luna,
antes, mucho antes, que su cabeza descansara
en el primer mordido muslo de mujer.

Sale de la noche con pasos húmedos
y apuntándome con su bastón de ciego me pregunta:

—"¿Se cubrieron de retoños los árboles este año?"

Un hombre avanza entre la lluvia
despejando las sombras con una sonrisa olorosa.
Lleva debajo de las ropas
una ración de pan para su mesa.
Al encontrarse conmigo me mira a los ojos
y, extendiendo las manos pintadas de trabajo,
me ofrece la mitad de su alimento.

—"Ya tengo suficiente" —me dice.

Y entre la lluvia sigue su camino.

Un enfermo que viene tras de mí
levanta la cabeza hacia las nubes
y abre la hoja seca de su boca
para recibir más lluvia:

—"El agua cae
y los hombres que labran la tierra
estarán sonriendo:
¡La lluvia es buena!"

Me detengo en el ojo lunado de una esquina
y busco debajo de mis poros
bocas con las que mi carne muerda
la llaga profunda que me parte.
La lluvia me golpea la cara,
y creo que podría llorar toda la nube.

Pienso en el niño muerto
que perdió los juegos y las risas en el parque;
y siento que mi llanto no es un trueno.
Toco a las hembras que preñó la noche
y van sin nada más que la espera
pateándoles el vientre;
y veo que tengo las manos llenas de rocío.
Recuerdo el alarido, elemental y ronco
de las mujeres que ven marchar al hijo
con los brazos hediendo a fusil y muerte;
y sé que mi grito es inmaduro.
Veo mi sombra fuerte, ribete de mi cuerpo,
y la comparo a los hombres que se alejan.
¡En verdad que aún me falta mucho en la mirada!
La lluvia es buena
y yo lo había olvidado...

Cuarto Sol

Sé que en mis venas palpita un toro
que en las noches lame la sal de los caminos.
Y sé que en cada una de mis manos
llevo cinco pájaros del monte
que hago volar a cada instante.
Y sé también que mis cabellos
son un coro de musgos que se tienden
a cantar sobre la tarde.
Y sé, también, que con mis labios
puedo besar a todo el universo,
y dejar después, tan sólo,
un sabor a ceiba y hierbabuena.
Y sé, también, yo lo aseguro,
que puedo plantarme en este pecho
un grupo de sabinos viejos,
y echarme a caminar como un arroyo.

La tierra es ancha y palpitante, como el cuello de un
leopardo,
y yo digo que todas las piedras
tienen una vena de agua que las lava
tal se tratara de ojos o monedas.

Existe, más allá de mi mano izquierda,
una vereda adoquinada con pájaros y niños
que me están llamando.
Adivino, más allá de la bruma y de la lluvia,
un reino que está cubriéndose de trigo,
en el que nadie mira al mundo detrás de los cristales;
los hombres saben lo que quieren
y la muerte no desova en las camas de los hospitales.

Venid, caminos de tierra y hierba,
llevadme hacia el sudor y las canciones
de los campesinos que trabajan, bailan y procrean
bajo la sombra sencilla de las cañas.
Camino enlosado con cantos vigorosos
de muchachas que danzan en los cerros,
llévame hacia allá, para sentir que mis brazos
tienen ya razón de ser potentes.

Atrás, atrás, las rondas inútiles
con el frío y el asco golpeándome los ojos
y las manos adentro del bolsillo...

Cuando el día se abrió,
más rojo que una granada,
estaba yo cantando entre las hierbas.

Bienvenida la alegría del Quinto Sol
que es ungüento de luz para mis ojos.
Bienvenidas las mañanas alumbradoras de arados,
y el ruido de pezuñas en la grava.
Bienvenida a mis manos la lucha pura y fuerte en el potrero,
y la mano de amigo del vencido.
Bienvenidos los enlabios fértiles sobre la arena del arroyo,
y el agua corriendo después entre los muslos.
Bienvenida, tú, mujer, que recoges la simiente
como un surco recién partido.
Bienvenidos los hijos dispersados por mis venas
que pongo a madurar bajo los árboles.
Bienvenida, compañera, que tienes para el hijo
una mazorca de maíz en cada pecho.
Bienvenidos los niños salidos de mis manos
que recogen caracoles y guijas en la arena.
Bienvenida la vejez clara,
llena de amigos, nietos y caballos.

Bienvenida la muerte, rodeado de animales y hojas de viñedo.

RÍO DE CIEN PIEDRAS

Exactamente igual que un niño,
el río nos alcanza y nos observa.
Fuerte y viejo es este río.
Viene de lejos,
de más lejos que la estrella que vimos,
más lejano que la voz de un pastor de nubes y pinares,
más allá de donde salta el día.
He recorrido todas sus orillas;
mi padre las recorrió también
y mi abuelo fue por ellas como por las piernas de
    una muchacha.
Habitado de cien piedras,
el río conoce lo que el tiempo lleva.
Camina sobre él mismo, salta, va enrollándose,
avanza.
Palpitar de garzas en su cuerpo sabe.
Conquisto su fuerza
y grito alegremente al incrustar el remo.

Remo y promesas cortaré en el agua.
Remo y abrazos te daré en un viaje.
Remo y canciones te llevaré bogando
hasta un país de frutas tiernas
que sólo el río, mi potro y yo
conocemos.

SANGRE EN ESPERA

¡Ha llovido tanto sobre las siembras!

Busco mi brazo y mi vereda.
El sueño es rojo
y el camino es largo.

Irme por una carretera sin árboles
y aguardar el desove del cielo.

¿De dónde viene esta lluvia?
El viento corriendo en la garganta hasta encarnar
el grito claro y sustentador del cuerpo.

Nadie sabe nada...
Ni yo, el sembrador de soles.

COSECHA COMUNAL

Mis dientes son granos de maíz
que germinan palabras
y las echan a volar sobre los cerros.
Me fijo en la tarde,
tan hondo como un musgo,
más que una ceiba,
con estas piernas que me llevan
cuando las canciones florecen en mi boca.
El mundo habita dentro de mis ojos
y yo lo derramo en tu corpiño.

La totalidad de mi cuerpo es una selva de rumores,
espejo y tronco de los menesteres del día.

El viento soy que se cuela por las puertas,
en las noches,
para ir sabiendo el calor de las mujeres.

He aquí que yo soy el camarada de todos los
muchachos.
Reímos juntos: bandada de risas
igual a una codorniz advertida en el trillo.
Sembradores del campo:
nupcias comunales del cuerpo ayuntado con la tierra.
Cantamos juntos:
bandera que se extiende más ancha que una madrugada.
Morimos en el viento:
protesta y manifestación de vida y surco abierto.

He aquí que somos granos en la espiga del día.

Yo no soy el jefe de nadie.
Soy, tan sólo, un hombre más.
Es decir, soy un árbol que camina.

Yo sólo soy caudillo de mi sangre
que hago cabalgar sobre el caballo.

¡AQUÍ NADIE PUEDE CANTAR!

¡Aquí nadie puede cantar!
¡Ni decir que la niebla viene arrastrándose en la sierra
como una bestia humedecida!

¡He dicho que aquí nadie puede cantar!
¡Ni decir que es duro apresar al pájaro,
o que se queda la sangre con las piedras
en la persecución del venado!
¡Que hay un trigal alumbrador de rostros,
que la tierra se ha visto de pronto hueca y dolorosa
sin potros nacidos de la luna!

Ya tú, compañera mía,
te estás yendo con el río.
Ya te estás subiendo a las estrellas.
Y todo yo me he sentado a ver pasar el agua,
los troncos,
y tu cuerpo.

¡Nada, que mi boca no puede gritar nada!

DE LA PARTIDA

I

¿Recuerdas cuando dejamos caer la tarde,
igual que una sonrisa?
¿Recuerdas cómo la lluvia se enterró en el campo,
igual que una semilla,
la brisa que subió del río cuando derribé a la luna
y el temblor de mi cuerpo agitando el nido de los
grillos?

No abandones jamás estas monedas.
Llévalas en tus senos
y te darán caricias debajo de los pinos.
No borres lo que escribí en la arena.
No tires el vino que olvidé en el vaso.
No mates al toro que perdoné la herida.
No olvides el viento que dejé en tu falda.

Me tendrás contigo
en la primera mordida a la manzana.

II

El campo se llenará de danzas y cometas.
Esta primavera nacerán más tortugas en el río.
Trescientos potros sentirán el golpe del herrero.
Se levantará una casa y nacerán veinte niños.
Todo seguirá germinando entre tus manos.
Tus ojos serán el barbecho del mundo

porque has aprendido a morir cada noche
y a sembrar de nuevo en cuanto nace el día.

Úngeme con tu bálsamo para que no me arrastre el
tiempo.
Háblame como al día en la orilla del lucero.
Búscame en el salto bruñido de un pez.
Grítame en una lengua de enramadas.
Abrázame en el golpe de una ola.

Yo siempre avanzaré cargándote la sangre.

En cualquier lugar del canto,
te estaré escuchando.

¡NADIE HABLE DE LA MUERTE!

¿Quién reprocha mis palabras?
Yo soy el anunciador de la vida,
no el profeta de las calles oscuras.
Soy el que canta el amor pleno y sencillo:
estoy cantando lo que veo a mi lado
como un correr de cien caballos.

Yo no soy el que habla de la muerte.
¡Abre tus oídos y busca un pájaro enfermo!

Yo me elevo con la última bengala campesina de
esta tierra,
estallo bellamente,
e ilumino a todos con mi aliento.

DEL AÑO ZOZOBRA

Porque no existe sabor en mis encías,
porque no hay ya nada en mis viejos pantalones,
porque no hay compañera, ni fuerza, ni coraje,
porque todo lo tengo roto como el saco,
porque en mis ojos nada llevo propicio a cosecharse
es que me pongo a correr por los caminos
y a hacer notar al mundo que no me pasa nada.

Porque engaño con la vista,
porque niego con el cuerpo,
porque hablo de una amada que no existe,
porque oculto al miedo jugando con puñales,
porque muerto camino haciendo creer
que estoy repleto de semillas,
por esto y por algo más que se me olvida
hoy estoy aquí rompiendo las paredes.

En verdad, por el nombre con que firmo
los documentos de la ley,
por la luz que danza en los objetos de mi casa,
por mi madre y por mi hermana que se mueven de
    sol a sol
ocupadas en pequeños menesteres,
por todo ello en verdad, en verdad,
ahora van a oírme.

A mí, al del pecho extenso como una bandera,
a mí, al que hablaba de luz y de caballos,
que firmaba orgullosos manifiestos,

a mí, nacido a las cinco de la mañana de cualquier
mañana,
a mí, al de las piernas con plurales raíces en la tierra,
al dueño de leyendas y mil fórmulas mágicas,
a mí, al que robaba mujeres en las noches,
a mí van a escucharme.

Con la misma intención con que el practicante
hace saltar la fuerte losa de un sepulcro,
y con los ojos ávidos de escrutar y escrutar
se acerca a las violetas manchas del cadáver,
y las transcribe, así,
hoy me rompo el pectoral de luz
que mi abuela adquirió para su nieto primogénito
el día de mi advenimiento.

No más simulaciones, por favor, no más simulaciones.

Estamos aquí para hablar,
para amasar las sílabas e irlas formando
en el orden de una hilera de sentenciados a muerte.

Considerando que la palabra es responsable
de los incendios iniciados en su hacienda
y puede, en consecuencia, ser sujeta a tribunales;
considerando que la voz es susceptible de ser en-
mudecida
a resultas de las mentiras por ella germinadas;
considerando asimismo que la mano es cómplice
de los signos que traza en las superficies aptas del
escrito,

y porque he aquí que mi herramienta
está constituida por la huella nerviosa de la pluma,
por esto, en el punto oeste de mi cuerpo,
sujeto estoy a estas cuestiones.
¡Arriba, de golpe, mercaderes del ingenio!
Abandonemos el tibio lecho conseguido,
no es posible proseguir este negocio.
Revisemos los granos de la espiga.
¡La alforja está vacía, mercaderes!

El año se nos muere de aburrido.
Diciembre se derrumba en una silla,
el tiempo se me escurre por el angosto
agujero del bolsillo.
Asombrado quedo en este día,
una piedra más me ha derribado,
me duelen las mordidas de los meses
y me punza el calendario las tetillas.

No divaguemos el balance:
Hicimos varios planes de conquista,
laboramos en una audaz coreografía
y celestes movimientos de asteroide,
practicamos la gimnasia manuscrita
y pasamos largas temporadas en los libros.

Palabras vanas fueron las tareas:
cuando hubo terminado lo referente a lo previsto,
nos echamos a dormir en los pajares.

El tiempo se me viene en año nuevo,

cumplo menos tardes en la tierra,
se nos pierde la pujanza de los veinte,
se achaparra a nuestros ojos el futuro,
nos estamos muriendo diariamente,
ahogamos a un hijo en cada noche
y quitamos el saludo a un viejo amigo.

Mientras todo este apocalipsis nos limita
nuestro oficio se reduce a yacer con las mujeres.

Hundiendo en el polvo los zapatos,
llenándome de piedras las pisadas,
arando en el mar de los absurdos,
caído acabo el día y hundo la cabeza en las axilas.

El tiempo me transforma los espejos,
me pudre activamente la alegría,
arrójame en las pestañas la figura,
me rompe el ojo que atestigua el crecimiento,
y admito que el niño que fui de repente quedó muerto
en una esquina.

Esta hora relincha de impaciencia,
agita los nervios del codillo
y trotando se pierde en los relojes.
Los días saltan por las ventanas abiertas,
nos lavamos la cara en las mañanas,
se abandonan los cabellos en el peine
v, de pronto, en un brusco movimiento,
comprobamos que debajo del retrato
una mancha amarilla ha florecido.

Sujetos al tiempo, estamos
como el gavilán en la tensa cruz del vuelo.
¿En dónde está mi parcela trabajada?
¿Dónde mi tierra, dónde mis creaciones?
¿Dónde aviva el fuego de la lucha?
¿Dónde se confiesan los pecados?
¿Dónde mi obra, dónde el pueblo?
¿Dónde la revolución de nuevo se levanta?
¿Dónde hay un fusil que dispare bibliotecas?
¿Dónde hay una máquina capaz de anclar el tiempo?
¿Dónde estoy yo cubierto de capullos?

Seco estoy en este aniversario y no concibo floraciones.

No desesperes, tierra erosionada,
no te ofusques, Eraclio de bejucos,
ni te apenes, sargento granadero,
no pierdas la esperanza, campesino.
Todo habrá de cambiar en el planeta,
sólo el que es ateo inventa situaciones,
por la divina providencia habrá justicia,
los que mueran de hambre irán al cielo,
bienaventurados los ciegos que no lean los periódicos,
gloria eterna al que bese la mano del obispo.
¡Vamos, arrodíllate, borrego del señor,
aúlla tus plegarias, hijo pródigo, tú pecador!
Hoy es nochebuena y mañana es navidad.
Vamos a rebuznar junto al pesebre.

En el año uno zozobra estoy hablando;

despliego la arquitectura de los versos
hasta el último rincón de este solsticio.
Levanto las palabras como el ciervo la cabeza
recortada por la brama,
y me hago escuchar a grandes voces.
He dicho que ahora van a oirme.

Abordando el centro exacto del escenario,
por mi propio derecho,
de un golpe derribo barricadas:
desempeño los papeles más extraños,
me reviento de risa frente al público,
me visto de payaso y presento juegos malabares,
relato extraños viajes de suicidas.
Me uniformo de artillero y quedo muerto en un
combate,
repito de memoria las escenas,
escondo la piedra que me cala,
brinco de júbilo aguardando los efectos,
ejecuto sin razón un triple salto a muerte
cosechando girasoles,
me esfuerzo por hacerme comprender por las plateas,
me rebelo contra cualquier palabra contenida en
reglamentos,
colecciono con esmero las respuestas,
me caigo de rodillas en el templo de la aurora,
ridiculizo los actos bondadosos y recibo feliz los pal-
moteos.
¡Ya no sé cuál es mi propia cara!
En vano me pregunto por mi nombre,
de balde trato de pararme,

me escondo en una cueva de ladrones y robo la paz
a los difuntos.
Me visto con chalecos de mentiras,
me saco de una vez los intestinos
y la gente aplaude frenética y continúa.
En cualquier plazuela improviso un espectáculo:
pasen a ver las carcajadas,
el acto de asombro de Zepeda,
la máscara de lluvia que se calza,
asistan a la burla de un profeta,
a la pequeña muerte de un extraño,
vean cómo a veces llora y se queja y se derrumba
el águila muerta de su fuerza,
y el epitafio grabado en sus pupilas.
El hombre que se ufana en ser borracho,
por una moneda presencien el ridículo,
la absurda condición de asalariado,
el hércules que mendiga la comida,
la hazaña del imbécil que hace versos.
Por última vez estoy actuando.
Comprueben mi temor acumulado;
de prisa ponte los prismáticos.
¡Atrás de la raya! ¡Atrás de la raya!
El fin de fiesta está en escena.
Me pongo a llorar como un chamaco,
imploro caricias de pasada,
me alquilo de tameme de las penas,
platico de mi amor en las boticas
y por dentro me insulto a voz en cuello.

Soy el rey de los actores, el más humano de los títeres,

el último mimo del planeta, el único pierrot del
universo,
la más alta loma de excremento.

Después de decir lo que acontece,
de abrirme el pecho con el mismo ademán
con que me quito el traje,
después de apagar el fuego a manotazos,
me siento como aquel que recuperara el habla por
un tiempo.

En verdad, me regocijo profundamente
de poder realizar estas largas disecciones;
sin embargo, después de todo,
no me avergüenzo de mi ánimo pequeño:
un hombre lanzó el puño cerrado a la galaxia
y colocó en la elipse un instrumento.

Esto era lo que quería decirles, amigos.
Si algo se ha callado, puede sembrarse en el moreno
surco de la mano.

Mañana,
todo habrá caído tierno, como el polvo
sobre mi sombrero blanco,
y es posible que aún podamos silbar en las banquetas.

Diciembre, 1959

Jaime Labastida

EL DESCENSO


V. ROJO

Estoy por un arte que no olvide al hombre. Aborrezco la indiferencia. No es hombre aquel que permanece indiferente al desgarramiento de un pueblo, o al parto de la bestialidad actual.

Sin embargo, me parece ver dos movimientos en los artistas descontentos de su mundo: uno es el de la evasión, otro, el del encuentro. Los primeros, crean paraísos artificiales; los segundos, se sumergen en las entrañas de la realidad. Los primeros, sufren un movimiento de reacción y huída; los segundos, un movimiento de revolución y lucha. Pero el arte, justo es decirlo, nunca ha derrocado tiranías. Sólo se trata de la posición que asumamos como hombres. Las posiciones puristas me parecen inhumanas y cobardes; en cambio, las posiciones comprometidas olvidan, a veces, el requisito fundamental de todo arte: que lo sea.

Yo no abogo por el artista maldito; pero estoy con él, en tanto encierra su actitud una protesta. Quisiera que una tarea nos fuese encomendada a los jóvenes: la transformación de una sociedad convertida en purgatorio.

Nuestra época es de crisis. Y pienso que un poeta que fuese pasivo reflejo de esta época, sería un poeta en crisis. Pero el arte no es contemplación. La obra de arte no es un espejo de lo real externo, porque contiene un elemento invitable: el hombre. El artista conquista la realidad, no se somete a ella. El arte es guerra y me impongo la obligación de encontrar caminos de certeza. Por eso estoy con los luchadores y no con los evasivos.

Se es hombre, o proyecto de hombre. Por lo mismo, se podrá ser poeta o carpintero. A medida que un poeta

logra su integridad humana, va logrando su integridad poética. Hombre y poeta maduran juntos. Poesía y humanidad son proyectos del hombre que las vive. La poesía nace del hombre, no del espíritu. Y ser hombre significa ser uno: ni cuerpo y alma, ni espíritu y materia.

Estoy contra los falsos, contra los que mienten al escribir. Debemos luchar en contra de lo artificioso hasta lograr una dura entraña de sinceridad emotiva. Cualquier pose, niega esto. Las influencias tienen que asimilarse; el mensaje debe volverse, en cierto modo, propiedad exclusiva del artista; las ideas tienen que hacerse auténticamente nuestras. Las obras nacidas de actitudes falsas llevan ya en sí un elemento mecánico que las doblega de inhumanidad.

Hago mío este pensamiento de los "Anales de los Xahil", y que aplico a los artistas turbios de emoción o hincados ante el altar de su largo llanto: "Su lenguaje no era claro; por eso su nombre es silencioso."

Son muchas las formas del silencio. Y aun el artista de combate puede olvidarse de hablar artísticamente y ser un silencioso más, como cualquier abstracto. Y al hacer esto ofrecerá, aun sin quererlo, armas a sus propios enemigos.

En las palabras del poeta se hace presente, siempre, su realidad. Y de ella abrevamos. Quien tiene mucho que dar es porque tiene mucho que recibir. Lo que nos pertenece es la vida. Es deber nuestro buscar un arte que la nombre.

JAIME LABASTIDA.

Ciudad de México, otoño de 1959.

ESTACIONES DE UN PUEBLO

A Gabriel López Chiñas

No hay nada que no pueda referirse.
Estoy aquí, golpeado como un timbal en una dura
sinfonía,
señor de la desgracia que en el aire danza
y que viene a contar la parábola del muerto.

Hierba solar es el cabello de esta suave mujer,
lino seco en las primicias del agua;
un peine que es bieldo lo trenza en gavillas.

Esta mujer va a parir un hijo que se llamará Caín.

El niño despertará asido del asombro;
fundador de milagros,
salvaje que levante el suelo de profundas raíces;
rebelde que asesinará al conforme Abel,
que es silencio, es lodo, es piedra.
Será Caín el hijo de esta mujer de temblorosa carne.

Un pueblo cayendo en las esquinas,
mendicante frente a puertas cerradas,
sabe que no puede sufrir ya más insultos
callando bajo látigos y oro,
que no siempre, como ahora, vivirá Abel
en este sitio donde el agua se endurece.
Este pueblo gimiendo bajo sucia conquista y colonatos
será Caín, madurador del bronce.

Pueblo, persígnate:
En el nombre del Hambre,
del Odio
y de la Santa Blasfemia.

La primavera madrugó sobre el campo de nopales. Amanecía:

Un indio puede morir sobre lechos espinosos, callado.
Puede morir con mímica rutina,
con ensayada muerte de camino.
Se ha visto morir en cada trago de agua
y en cada pedazo de comida, indiferente hasta la niebla.
¿Qué flecha vibra entre sus ojos mansos?
Es el suplicio de ver su piel
colgando en las paredes de las chozas, al abrigo de las fiestas solares.

Es la caída de pluma y piedra desde aquél,
el de los pies quemados,
hasta el cortar sin filo de una daga.

Tendido sobre su cama hecha de piedra y de tezontle,
dura como la gruesa lágrima de una mujer
ante la muerte fresca de su hijo,
el peso de cualquier abundancia le sofoca.
Vive por vengar el dolor de mancebas derrotas,
por maldecir el lazo que le anuda el tropo de azúcar en los dedos.
Y entra en el atrio de una iglesia,

rompe la puerta y sus herrajes y, en la nave,
agonizante ya por las espadas de luz que la atraviesan,
grita su desgracia de sentencias azules.
Implora, no perdón, sino paño de amor sobre su llanto.
Y destroza los altares silenciosos,
apaga los cirios y las velas
y escupe las espinas de los santos.

El verano cayó sobre el campo de nopales. Atardecía:

Todo va madurando hacia los siglos
mientras que el sueño de este pueblo se congela en la miseria.
No conoce canciones de alegría, sino largo desgarro de la sangre.
No nace nada de repente. Y todos los momentos
van surgiendo de una inseguridad sobre la Tierra, seca como insulto.

Todo va madurando hacia los siglos.
Hasta los muertos maduran en nosotros
una vida de vela y cempasúchil.

¡Que el machete no se guarde en el viejo tapanco de la troje!
¡Corre, venado de latitudes morenas,
arráncate tu rostro de ídolo dormido!
Rugir de bestia y zarpazo de fiera acometida.
¡Brilla, brilla, pupila agorgojada por la ira:
este país de fermentadas aguas,

de hinchados pies por caminos de piedra y esqueletos,
ha de saltar hacia la aurora!
Anuncio de tormenta: trueno y rayo.
Muerte de las voces pequeñas y amargadas.
Doctrina entumecida, muere.
¡Y que surja el rapto de las alas!

El otoño se extendió sobre el campo de nopales.
Anochecía:

Un asesino lleva sentado sobre sus hombros
el cadáver del hermano que mató
en un día de embriaguez
con abundante licor de luna espesa.
Fardo del remordimiento sobre el lomo de la conciencia.
Otoño es ya este pueblo con piedras en el hígado.
Ha visto a una araña tejer el vidrio de su baba,
sólo para que sea su tela destrozada por la dura pezuña de un novillo.
Y así tiene él la mano, a ras del polvo,
como simple telaraña en el paso del ganado.
Ha visto a un lobo matar caballos
mordiéndoles el anca mientras corren.
Y al mismo lobo, con el hocico cosido,
encerrado en jaulas de vergüenza, ser exhibido por los ranchos,
hasta que lentamente muere de hambre.
Sabe que es suya la venganza más terrible.
Y la teme, como si en un terrible sueño,
se hundiese entre pantanos de lodo y crucifijos.

Cargador del dolor, este pueblo ya no soporta la
injuria de su peso;
del llanto blanco de las velas sobre la manta prieta
de su cuerpo.

El Tameme Mayor también sobre su espalda carga
el ulular de gente que agoniza, un lucero,
una campana de vestidos sonoros,
el tejido entero de la noche.
Es esclavo de su mandato primero. Se obedece.
No es libre para cambiar las leyes impuestas por
su mano.
Es responsable del llanto y la alegría,
lleva dolor de placenta y de vagina
y también de verdugo que cercena los cuellos en
secreto.

El invierno se hincó ante el campo de nopales.
La noche, por oscura, presagia un día brillante:

Así como el dolor llegó, también se va.
Amanece la risa sobre este pueblo de alfareros,
como dioses sentados en la tierra.
La hormiga roba el grano a los avaros designios.
Arrullo de placeres; canto gutural y ritmo agónico
en el filial misterio de la noche;
la flauta, como vasto silencio conjurado;
las plumas ancestrales, los dioses de ondulantes es-
pigas;
la pirámide, puerta del asombro, reverencia al enigma,
al nudo pétreo del misterio; y el juego pirotécnico,

carrizo en luz que desprecia cabezas y abate vírgenes
 tinieblas.
Las puertas giran sobre goznes ancianos en el muro
 pálido del aire,
y este pueblo se planta semillas en la boca
porque lleno está su pulmón de blancos vientos.

Estoy aquí, con la faz cortada por centellas,
iluso morador de astros perplejos,
hijo del trágico ademán, hirviendo.
Aquí, en un año sin estaciones,
de golondrinas anidadas en las vigas del viento,
repitiendo a mis ojos: "allá están
las parcelas del sol sobre los cerros."
Aquí, como un cadáver en el anfiteatro:
abierto y conocido en mis raíces.

LA FÁBULA DEL FUEGO

Aquí hay un vasto horizonte de montañas
que parten al cielo como hachas,
un vago clamor de avena y de maíz
en la garganta y el arado.

Sin futuro y sin alba,
este suelo hinca sus raíces
en el fuego del pasado
que le vuelve ceniza las entrañas.
¡Antepasados crepúsculos de gloria
cercan sus aguas dominadas!

¡Se incendian las marismas!
Con manos olfativas
la tierra se partió en un mediodía de cigarras.
Bruscamente, se retuercen los troncos
por un crepúsculo lunar,
y un buey camina lentamente
mientras soporta el yugo y el silencio.

Un águila de bronce
arranca el sayal a un peregrino arrodillado
y le deja líquidos los huesos, como lluvia.
¡La desolación y la angustia
no corrompen las miradas!
¿También tu corazón es negro, sacerdote?
¡Profeta del silencio,
arroja ya tus hábitos nocturnos!

¡Canten, augures de la música,
con bufanda de sol sobre su cuello!

Un potro se despeña
como un puñado de sal caído de la mesa.

¡Maravilla de vientos que romperán las nubes
y parirán sin sábanas la vida!

¡A construir, sobre estas ruinas que son una derrota,
piedra sobre piedra,
sangre sobre sangre,
la torre que hereden nuestros hijos!

BAJO LA PESADA LOSA DEL MUNDO

Sobre la Tierra, estamos enterrados.
Todo su peso cárdeno
se vuelca sobre mis pies antiguos.
Toda la Tierra me avienta sobre el cielo,
me sujeta en mi raíz
y me hunde entre sus manos.
Despedazado estoy.
Mis ojos van allá, por el impulso,
mas presos en órbitas se quedan,
asidos a su fin y a su condena.

Toda la Tierra es una losa terrible
sobre cuerpos caducos y marchitos.
Los cielos rosáceos se coloran aún más de sangre
violenta
que se arroja por los ojos.
Bajo la pesada losa de la Tumba Terrestre,
se mueven vidas sepultadas,
muertos que se engañan.
Pero las tumbas se violan,
para encontrar los huesos,
deshechos en pedazos, débiles al tacto.

El dolor nace y se queda, callado,
en las voces de los muertos que palpitan.
El dolor es propio: nace del corazón
y se renueva con la sangre, en su latente
perfección de círculo, de cansada finitud.

Un día amaneceré resucitado.

LA CERTIDUMBRE

Hay un guadañador llamado muerte.
ANÓNIMO ALEMÁN DEL SIGLO X

¿Nada dejaré en pos de mí sobre la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!
¿Cómo hará mi corazón? ¡Ay, en vano hemos venido,
en vano hemos brotado sobre la tierra!
ANÓNIMO INDÍGENA PREHISPÁNICO

En este espacio, en que mi mano mueve al viento,
mi piel ha de caer sobre mis huesos, hasta hundirse.

Y yo no he de morir, tal como Cristo,
apagándome en la cruz como una vela,
porque mi voz alcanza origen por las rocas
y me grita en la sangre que soy hombre.

Creo que ha de desaparecer este que escribe,
para dejar el paso al que se pudre.
Creo que ha de desaparecer este que sueña,
para dejar espacio al que se entrega.
Creo que ha de desaparecer este que piensa,
para dejar lugar al que fermenta.
Porque soy el hombre que agoniza
con el idéntico estertor del mundo;
soy el semejante, el igual,
pero he de desgranar de mieses las gargantas.

Yo no he de ser aquel que entre el maíz
vaya a venir a rellenar las bocas.

Yo soy éste que está aquí, ahora,
mutilándose a pedazos.
Y no seré el cuerpo que se hunda entre la tierra
o el que se queme y esparza por el viento.
Yo soy éste que queda aquí, entre palabras;
o el que muere, exacta y totalmente,
cuando el agua despedaza los pulmones.

Si vinieran las nubes a fecundar
mi corazón sangrante y desgajado.
Si los árboles repitieran mi palabra,
desunida entonces de mi boca.
Si en las minas de carbón surgiese
en duras mutaciones mi mensaje.
Si vibrasen mis voces en la tarde
y mi cara no esparciese niebla
bajo la seca mirada de los siglos,
mis entrañas no conocerían el límite del cuerpo,
y cantarían.

Pero ante la vecina evidencia de la noche,
la negra sangre se derrama.

INVOCACIÓN A UNA ALTA IMAGEN

A Ruth

Mujer de viento,
permite que la playa de tu oído
recoja el mar de mis palabras.

He de enseñarte a amar lo que yo amo
y has de aprender a amarte toda tú.
He de romper lo unido a la costumbre
para que tu sed conquiste calma.

Ya te hundiste en el agua
y vives, como océano,
ciñendo el continente de mi torso.
¿Ves el reflejo de la sal en los esteros?
He aquí que tu mirada dulcifica.

Estela es tu nombre.
En mí la dejas como un vasto ámbito de espuma
o una turbia primavera aflorando hasta la piel.
¡Ah, la tierna región que ahora me señalas!

Recoge de mi antorcha el fuego suficiente
para quemar la casa de tus padres.

Corazón de designios amables,
acaricia mi esperanza arrodillada.
Te invoco, mujer:
siente la savia de mi voz;

te imploro, imagen alta abierta a mi resguardo.

Abanico del aire, tócame.
Cabellera del fuego, incéndiame.
Ánfora de la alegría, sáciame.
Señora de la luz, concédeme la sombra.

DE LA CAÍDA

¿Soy yo el estiércol para abonar los campos
donde muge, con el trigo, el viento?
¿Quién soy yo, bendito estío?
¿Y para qué esta lucidez, esta conciencia?
¡Prefiero la embriaguez del entusiasmo!

Mujer, vasta mujer como horizonte,
en mí no tienes alborada.
Aquí estoy, dudando, vacilando,
sosteniéndome en los huesos,
a puros pantalones.

Como un remolino,
como una tormenta,
como no sé qué,
como lo que sea,
mi voz se desmorona
y cae hasta tus plantas.
Cae hasta tus plantas, lo repito.

¡Ah, la sequedad de mi garganta,
el aire seco que respiro,
el hálito podrido y seco que exhalo por los dientes!

El nudo de mi cuerpo se me aprieta.
Éste soy yo, el que retira su mano de tu vientre.
Ésta eres tú, la que solloza de dolor quebrado.
Éstos somos los dos: bastardos de la sangre,
tibios corazones indecisos.

¿En qué lugar dije yo esto?
¡Qué importa ya la lucidez,
aquí rompo mi garganta, aunque me ronque!

EL CRECIMIENTO

Con la palabra inauguramos, damos vida.
Yo te nombro la playa de mi cuerpo,
la bahía de mi boca,
el abra de mis brazos.
Yo te nombro callada,
yo te nombro vibrante.
Te digo aves, te digo remolinos.

Espeso ahora mi juventud, tú la adulteces.
Grave ahora mi corazón, tú me lo sanas.
Tú me haces crecer como la tierra plantas,
como la tierra uvas,
como la tierra creces.
Y yo crezco contigo.
Me haces crecer sobre tu cuerpo
y soy como una enredadera
tendido entre tus brazos.

Peso ahora tu corazón y el mío:
peso lo doble.

LA REALIDAD Y EL SUEÑO

Espesa turbulencia preside mis palabras.
Para mí, tú eres aún una doncella.
Dentro de mí, habito un nido de fantasmas,
un lecho de cigarras, casi un cielo infantil.

Tomándote los pechos, jugamos a ser niños.
Ríes. Rozo apenas tus párpados.
Inocente me miras.

Yo te beso en la boca y tu misterio se abre,
ávido de abrazos.
Mi cuerpo se abre en cruz.
Nuestras manos se estrechan.
Tu palpitante corazón deshoja mis latidos.
Dicen ser esto la alegría.

Yo te estrecho,
yo te estrecho.
Somos los dos turbias bestias
crucificadas en los brazos del otro.

El antiguo ensueño azul se desbarata.
He aquí la vida, hermosa y dura.

LA IMPRECACIÓN

Empiezo a tener duro el corazón,
pese a que dije que el hombre no endurece sino
olvida.
Sobre estas riberas, el carbón,
sobre mi mano, la alegría.
Me quemo, me abraso, un sol llaga mi pecho.

Estoy amanecido;
soy, estoy así desde hace tiempo,
digamos unas horas,
digamos desde mí, desde mi muerte.

¡Me lleva la joroba de un mendigo!

¡Alegre! ¡Alegre!
¿Alegre ya mi corazón?
Mentira.

EL DERRUMBE

La madre tierra danza sollozando sobre la luz sin
polvo.
Las estrellas vibran como pequeños alacranes.
Todo da vueltas, ebrio, todo se trastorna.

Y yo aquí, junto a una pálida mujer.
Yo aquí, donde nadie quiere morir,
donde nadie quiere morir.

Gritos, allá arriba:
¿Dios, que gime salvaje?
Y aquí, sobre la tierra,
este palpitar de sangre amenazada.
Aquí, mientras la bóveda celeste se contrae,
aspira aire como un pulmón enrojecido,
yo, mientras, sudando.

¿Escuchas a un dios que ronca?
¡Señor, Señor, el hijo de mi hambre,
no gesticules risas de payaso,
no me aplaudas como a un torvo animal!
¡Que nadie se arrepienta de vivir!

Y todo gira, todo avanza hasta un punto.
¡Qué tragedia,
qué hueso señalando la unión de las cuatro esquinas
del mundo!
¡Qué blasfemia de estrellas,
qué desgracia!

Y el cielo se hunde,
se va hacia atrás impulsado por una mano terrible:

Arranco corazón a la poesía,
designo con voluntad a los torrentes,
nombro tributarias a las piedras,
violento afirmaciones en las plantas,
animo de razón a los crustáceos,
señalo el amor de las serpientes,
codifico el corazón del hombre.

Dioses resbalan de las manos
y un hombre, sobre un pedestal de ronca afirmación,
apuntala su pulmón contra la muerte.

Siglos atronadores pasan.

DE LOS LÍMITES

Roído de corazón hasta los huesos,
lunar,
famélico de sueños,
postrado sobre mi propio cuerpo
como sobre la cama de un enfermo,
es un hecho que sudo,
me estiro,
lleno de raíz mis pantalones.

Uno quiere olvidar,
uno quiere correr, pero tropieza,
balbuceantemente y tentaleando enlodado y con
coraje.

Hay un borbotar de palabras sin gracia
en mis adentros.
Y no puedo hacer nada:
ni escribir,
ni reir,
ni dar un beso.

Y mientras enormes naves atracan en mi saliva,
yo corro, grito, o me detesto.

GENEALOGÍA TERRESTRE

Llega un momento en que el amor tiene que ser
violencia.

No es tiempo de llorar.
Suficiente lo hicieron los antepasados que la danza
quebró.
No soy un hombre vencido de coraje,
pero vine, agarrado de llanto,
a un mundo de ceniza.
Desde entonces, tengo la espalda sucia.
Convicto de humanidad y preso,
acusado a veces por chacales,
en verdad doy testimonio de mí para los otros.

La luna desciende, virgen de horizonte,
para acostarse con el agua.
Dije que no era tiempo de llorar.
El cielo, como una bestia, se arrodilla;
las estrellas caen como si el cielo se hubiese
desgajado;
en los espejos, en lugar de rostros, ríen las calaveras.
¿En dónde están los hombres?, me pregunto.
Se quedaron viviendo en las palabras
y por lo mismo, rechazo las metáforas:
el sol no va como cayendo por las delgadas ramas
de los pinos.

Lluevo estrellas dolorosas.
Hablo de la genealogía terrestre de mis huesos.

Y, como animal en celo,
mi lengua fuera de mí se precipita:
acaricio el talle de esta tierra como si fuera el de
una mujer.
Sepulto besos en sus labios,
calaveras en sus pródigos pezones,
mientras palpita la vértebra rojiza de mi cuerpo.

Porque fincado en una ciudad que gime de rodillas,
mis puños genitales procrean dioses en las nubes.
Y son para mí héroes de sol que apaciguan las llagas
y lamen la sarna del espíritu.
Y luego me pregunto:
¿Qué decir de la sal?
¿Qué decir de los hinchados por el hambre?
¿Qué responder cuando hay innumerables muertos
exigiendo justicia?
¿Qué responder ante las guerras?
Y alguien afirma que este mundo es sueño sólo y
podredumbre.
¡Carcajadas de saliva arrojo sobre su rostro!
¡Aquí estoy, sobre la tierra vivo!
También la razón lucha.
No sólo el corazón destruye odios.

Venga hasta mí tu soplo, Señor,
y quebrante mis huesos.
Señor, asesíname, mata mi roja culpa.
Señor, arranca de cuajo mi tristeza.
Te alejas.
Desde que empecé a invocarte lo sabía.
No necesito, pues, de ti, Señor:
humíllate a mis plantas.
Señor, atrévete a mirarme:
ciego quedas.
Señor el miserable, ¿duermes?
Yo cumplo mi faena, mi castigo.
¿Duermes?, te pregunto como un hombre a su mu-
jer desnuda.

Perdona mis irritadas vértebras,
perdona mis inflamadas vísceras izquierdas,
pero sé que no tengo eternidad
y la preocupación no dobla mis espaldas.

Por el agonizante que nadie sabe socorrer,
por todo lo que sucede bajo el sol,
te instigo a desconfiar del hombre que no habla,
o del que habla y nada dice.
¡Hay siniestros crímenes satisfechos
bajo este manto pálido de estrellas!
El cansancio es una forma de morir, afirmo,
y no hay tumbas que amortajen la libertad.

Tengo derecho a entristecerme.
Perdí la fe en un buey que ahora mastica y rumia
su silencio,
la fe en un potro que galopa contra el mar.
Repito lo que todos saben:
hay desgracias que la gramática no entiende.
Y en retazos,
me duele el verbo,
me duele la palabra,
duéleme la vida.
Humano soy, salobre, ferocidad llameante de navajas.

La noche se acuesta entre mis muslos.
La noche no poseída por los perros
ni por los humos de las chozas.

La luna no es la esfera nacida de un parto inexplicable,
ni la que parece surgida de los cerros,
o del mar,
o de más allá del mar y de los cerros.
Su cuerpo nace de mi voz.
Es ella quien le crea su hermosura
y quien la va pariendo en tumultuosa floración de lirios.

El cielo es prieto como la piel del indio de mi tierra
que poco a poco se oscurece.

Una mujer se inclina hacia el futuro
llena del hijo que se gesta en su vientre.
Otra mujer se equilibra con el niño a sus espaldas,
envuelto en el rebozo como un montón de tierra.

El más cruel de los naufragios
ahoga a un criminal de nombre maldecido,
y yo digo: la venganza del amor es justa.

No es falso lo que hablo,
mutílenme la mano si les miento.

Sé que no soy el libre de pecado:
estoy ennegrecido de ruindad,
sucio de odio;
estoy así, harapo de maldad.
La pureza no es el atributo de mi carne.
Mis manos de limosna están cruzadas por látigos
de culpa.
Barro yo, arcilla mi memoria,
fango de alcantarilla en que me muevo.
Soy un vacío ensamble de cenizas.
Soy un cuerpo por anciano turbio.
Quiero que todo me suceda.
Pienso que es la hora de vivir.
Pienso que es la hora de no esperar ninguna hora.
Yo el sin piel, el sin pellejo.

Reconozco mi terrestre condición,
mas en vez de llorar y sufrir,
vivo la vida en tercos remolinos.
Tal vez no sepa nada.
Saber es recordar y yo no vivo de recuerdos.

Ahora deseo tan sólo que cuando muera yo,
quede siquiera un amigo que recuerde y sonría, y
diga:
su balbuceante latigar fue de hombre.

No es tiempo de reír.
La espalda de este país hecho cadáver,
y azul ya de tan muerto,
rezuma de gusanos.
Insisto en que no es tiempo de reír.
Hay un hato de borregos que espera la navaja cruel del capador.
Y digo, por fin:
¡Opresores de pueblos, hijos de la llama del carbón,
para ustedes no habrá misericordia!
Día llegará en que la luz galope.
Porque todo lo que digo existe,
porque todo es verdad y nada invento.
Día llegará en que triunfen mis dioses ancestrales:
la mariposa de navajas que rasga corazones,
los bebedores de la noche que humean en los espejos,
los murciélagos que huyeron del guacamayo, vástago del sol,
los hombres comidos por los tigres,
los hombres zarandeados por el viento,
los hombres que huyen del fuego haciéndose aves,
los hombres hechos peces
para no ser ahogados en este país en que la sed calcina.

Y llegará el poder.
Y será grande.
Será la palabra de maíz.
Será la sangre de la culebra
y el espasmo del ave.
Será el poderío de nuestros huesos.

¡Toquen los atabales de la guerra,
resuenen los tambores!
¡Desnudos de palabras,
acabemos con lo que acaba!

Que perdonen los siglos nuestra fiereza

EL DESCENSO

PARA MI PADRE

Mudo, caído hasta un negro balbuceo,
sin manos para escribir lo que me pasa,
sin huellas que dejar entre la niebla
que se avienta sobre el valle,
sin nada,
mudo, he dicho,
desciendo hasta la cripta de mi cuerpo.

Palpito, sangro como un buey destazado a
machetazos.

¿Quién huye? ¿Hacia dónde?
El venado no escapa
a la flecha de luz del cazador.
¿Por qué huyes?, me repito.

Y me sumerjo, como en una choza de negros
minerales,
en el hueco que forman mis costillas.

El mundo se quema, arde como un carbón en la
tiniebla.
Y el mundo se deshace
mientras yo quedo hundido en mi memoria.
¡Que yo hierva, que yo me queme,
que yo arda en la llama del mundo!
¡Protéjase mi corazón de la alegría!

¡Arrójense mis pies sobre el pantano,
mis manos sobre el humo!
Quiero hundirme en el agrio sabor del Universo.

Un fuete fustiga la espalda de la angustia.
¡Espejo para mi cuerpo cercenado,
más sal en mis heridas!
¡Señor del Hambre, dame tu comida!

Lo sé, lo siento:
es fiebre lo que tengo.
Mi llama titubea y golpes de mi mano se desatan.
Yo soy un grito,
un puño que golpea puertas de esmeralda.

Me palpo los costados con manos interiores.
Me desvisto, me desnudo a todas las miradas.
No me avergüenzo de mostrar mi rostro a multitudes;
contemplen a un payaso divirtiéndose.

Yo, el de los nombres aún no escritos,
el de las imprecaciones balbucidas,
me enfurezco.
¡Miento!
(Y los poetas se equivocan, nunca mienten.)
Camino sobre la piedra de mis carnes y me río.
Contra mí sólo me enfurezco.
No santifico mis angustias,
ni justifico mis dolores.
Pero soy un puñal reluciente,
un grito desenfundado,

una protesta.
Y con lástima en mi voz lo reconozco:
ahora sólo protesto y debo protestar en contra mía.

Porque hay documentos que no firmo,
camino una huella prolongada a la fuerza,
para dar razón de mi palabra.
Supuro violencia como una bronca úlcera,
y no deshago ni signos ni metáforas.

Sobre la agonía de un moribundo
reposa el sueño de un médico dormido;
a los ancianos, les florecen las arrugas.
Y yo me callo y doy vueltas
como un trompo
o como un halcón
en torno de sus alas.
Conozco mi límite en los polos,
mi antártica mirada,
mi oficio de hombre carpintero
que levanta palabras para incendios.

Tengo riberas,
y por eso,
fragmentos de luceros se me clavan,
distancias se me astillan,
y la medida desde mis pies hasta la luna
me tumba de rodillas en el polvo
y me seca los ojos,
y me seca la boca,

y con harapos ata mis quijadas.
Y agua desnuda cae sobre la lumbre de mi carne.

Lloro lágrimas de tierra
cuando la represalia del sol cae sobre mis huesos.
Las estrellas me gritan, y grito contra ellas.
Viejos astros se ríen de mi edad y de mi esfuerzo,
y los maldigo.
Me debato, giro, giro como un gallo
que clava navaja y luz en su adversario.

Y desfallezco;
quedo crucificado entre pezones
que rebosan de leche.
Sobre mi cuerpo golpea el dolor
y sé que estoy sólo caminando.

Mas a pesar de todo,
me sobreviene un nacimiento,
como si naciera bruscamente,
un día como éste
en que comprendo
al viento que enrosca columnas de piedra en las iglesias
y el sepulcro de otoño que es el cuerpo.
En el día de mi nacimiento yo no sufro
al ver el ala de un campanario
despedazada a luces por el sol.
Un viaje arrió banderas de alegría,
y no entristezco.
No sufro por el llanto que gritan las guitarras.

Hoy me parece que nací,
y ya tengo historia.

Ya, de este suelo, comprendo el embarazo.
Hoy, tuve un padre.
Hoy, el cobijo de mi infancia se derrumba,
mientras aprendo a callar,
madurando a símbolo y a piedra.
Escucho adentro cómo
un ronco río de rotas arterias me corroe.

Y viajo dentro de mí, pero soñando.
Me visito sólo lugares conocidos.
No es que yo me conozca,
es que me aprendo.

En verdad voy caminando por adentro
con pies que me nacieron en el vientre.

Y ahora, grito sin mi boca
y no quiero detenerme.
A gritar, a gritar,
a limpiar las palabras del polvo que las cubre.
¡Que las palabras galopen!

Voy a escribir sin fundamentos.
Quiero escribir,
haciéndome tan sólo una plegaria:
no tropiece yo contra mí mismo,
no tropiece mi voz contra mi mano.

Porque he huido al conocerme
y me he escondido entre licores,
entre pequeñas cápsulas de frases,
entre amigos,
ahora quiero regresar hasta mi centro;
quiero ser el primogénito
y devolverme a los orígenes;
quiero comerme,
ya que es ésta la única antropofagia permitida.
Quiero habitarme,
como en el vientre de mi madre.

Los pensamientos son como las piedras.
Esto, es algo que ya dije;
pero hoy lo siento dentro de mí, de nuevo.
He callado mucho tiempo
y hoy hablo como un loco, desquiciado.
Como los pensamientos pesan, se me entierran.
La palabra es un viento que los alza
y los hace presentes en imágenes.
Al caer, van madurando como el vino:
se añejan en tumulto, utilizando al corazón como
bodega.

Lo anterior es verdad:
por la mano con que escribo, lo sostengo.

Ya descubrí mi habitación y la llamé con duro
nombre.
Si Tierra la llamé, no fue casualidad: es lo más duro.

Hablé con timidez, un poco antes.
Mentiras dije en un azul exacto.
Tuve deseos de no sufrir,
y me escondí.
¿Y qué he sufrido?
Me atreví a ser un dios vulgar cincelando planetas
y dialogando sólo con mi sombra.
Pero mentira fui.
Si soy un grito que golpea la quijada del siglo,
no puedo equilibrar mis opiniones.
Amo la vida
y tal vez más tarde descubra su sentido.
¡Sangre! ¡Que mi dolor se haga poesía!

¿Qué tormentos de silencio me persiguen?
¿Qué animales hurgan mis entrañas y las mastican
detrás de una pared de miel y sal y sangre?

Tuve miedo de mí.
¿Acaso soy un látigo tan duro
que lastimo a mi propia carne?
¿Acaso no puedo soportarme?

Avanzo con fuego calzándome los pies.
¡Adelante! ¡No puedo detenerme!
¡Seca y vacía quede mi garganta!
Mi figura se atavía:
sólo me reconozco desnudo de finales
y vestido de caminos.
Por encima de todo, el entusiasmo.
¡Mueran los tibios, los ausentes!

¡Para que arda la vida, los dioses piden sangre!
Coatlicue, ¿acaso miento?
El espíritu de la tierra me preside.
Desde el mendigo al pan hay un camino que recorro.
Pido la dignidad para mi raza.
Soy un hereje en este pueblo que camina debajo de la sombra.
¿Por qué la tranquilidad en una isla?
¿Para qué desear la eternidad?
¿Por qué prados de flores?
¡Fuera! ¡Calcémonos espinas!
Si yo soy una espina,
si soy una daga que hace daño,
no me pido perdón por los dolores que me causo,
ni les pido perdón por la herida que les abro,
hermanos en mi sangre.
¡Gritemos!
¿No es una espalda flagelada el mundo?

¡No tropieces ahora, no te detengas!, me digo.
¡Fuera razones y queden sólo sentimientos!
¡Que yo quede de fuera,
enseñando en lugar de piel la médula!
¡Atrévete, cabrón!

Hay que saber que Coatlicue pide sangre,
que el cielo no es hermoso,
que no existe paz para la gente,
que sólo en las lágrimas está la comunión,
que el amor y la alegría se bastan ellas mismas
y por eso las encierran los avaros.

Y también que el dolor avienta
torbellinos de espuma en las palabras
y vórtices de sombra entre la música.

En este momento,
reconozco que estuve cargado de memoria,
pletórico de imágenes
como un racimo en una parra de raíces rotas.

Porque ahora, verdaderamente siento
que aunque ronco y ya sin voz,
desposeído de torturas,
mis manos harapientas
al fin palpan el más duro reino de la luz
que brinca su frontera con la sombra.

En México, en América, desde el mundo.

Firmado toscamente.

Si yo pudiera, tan sólo con la huella digital.

DIALECTO Y QUEMADURA

Hoy se inicia en este sitio la escritura.
Hoy se muerde el presagio.
Hoy se tienden poco a poco las palabras
como las cuerdas de las que penden los ahorcados.
Sobre la firma de mis uñas crece una raíz de espanto.
La ceniza hecha pedernales me golpea.

¿A dónde van estas palabras huecas y vacías?
Juro yo,
el radical de dientes,
no escribir más cosas semejantes.
Hay que hablar lengua de fuego y no dialecto de
ceniza.
Y es que a ratos digo cosas verdaderas pero miento:
¿Comprendes, animal de la sombra?
¿Te extraña esto, acróbata divino?

¡Ábranse fosas a los castrados de la vida!
¡Calle aquel que no tenga nada que decir!
¡Calle yo ahora!

ÍNDICE

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de *Gráfica Cervantina, S. A.,* Av. División del Norte 1521-B, México 13, D. F., el día 29 de octubre de 1960. En su composición se utilizaron tipos Baskerville de 10:12 y 8:10 puntos, y de él se tiraron 2 000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de los autores y de *Martí Soler*.

